

C. G. DE LA CRUZ

MIENTRAS SOÑÁBAMOS

*mirando al*

CIELO

VOL. II



# Contents

[Título](#)

[Creditos](#)

[Descripción](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notes](#)

# Mientras Soñábamos Mirando al Cielo



C.G. De La Cruz

Copyright © 2018 C.G. De La Cruz

Título: Mientras Soñábamos Mirando al Cielo

Fecha de edición: Mayo de 2018

Todos los derechos reservados.

ASIN: B07D5XPY6

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático.

## DESCRIPCIÓN

¿Qué sucede cuando no consigues olvidar?

¿Volverá Amelia a creer en el amor?

¿Conseguirán Aiden y Xavier volver a entrar en su vida?

En esta segunda parte de la bilogía viviremos como Amelia intenta resolver su pasado enfrentándose a sus mayores temores y tomando las riendas de su vida.

Si crees en los flechazos y alguna vez te has enamorado de quien no debías... esta es tu historia.

Una novela llena de risas, canciones, acción y mucho amor.

Mientras soñábamos mirando al cielo, una historia que te enamorará.

*Cuando las almas se tienen que reencontrar en esta vida, el universo acerca los mundos, elimina las distancias y reta a lo imposible hasta que vuelven a unirse.*

# CAPÍTULO 1



Me cuesta respirar, creo que no voy a llegar al ascensor, pero finalmente lo hago. ¿Qué estoy haciendo? Durante toda la noche le he estado dando vueltas en mi cabeza y ha sido mucho más fácil. La angustia que siento en el corazón por escuchar la voz de Aiden llamándome, por no darme la vuelta y correr a sus brazos, ha sido una verdadera tortura. Me llevo la mano al pecho e intento respirar mientras presiono con fuerza de nuevo el botón del ascensor. Es como si el tiempo pasara mucho más despacio y de un momento a otro fuera a venirme abajo. Me apoyo con una de las manos contra la pared y giro la cabeza hacia el pasillo donde, en la lejanía, escucho las voces de varios compañeros salir de uno de los despachos. Cierro los ojos para coger aire y justo en el momento en el que los abro, mi mirada se cruza con la de Xavier que me observa haciendo un gesto con la cabeza. Tras indicarle a su interlocutor que espere, dirige totalmente su atención y sus pasos hacia donde yo permanezco junto al ascensor. Vuelvo a apretar con insistencia el botón, finalmente se abren las puertas y entro acelerada volviendo a apretar el botón del ascensor, esta vez de bajada.

—¿Amelia? —Escucho los pasos apresurados de Xavier acercándose a la puerta —Amelia, espera.

Pero el ascensor ya ha cerrado sus puertas y ha iniciado el descenso. Sé de todos modos que Xavier no va a respetar mi decisión de no querer hablar con él, pero al menos ahora tengo la posibilidad de posponerlo y poner en orden mi cabeza y mi corazón.

Salgo del edificio conteniendo la respiración, cruzo la garita de seguridad acelerada y cuando he andado unos cuantos metros me llevo la mano al pecho e intento volver a respirar. Al principio lo hago deprisa, pero me obligo a poco a poco ir apaciguando los latidos de mi corazón.

—¿Amelia? —escucho la voz de Rachel a mi espalda —¿Estás bien?

—¡Rachel! —exclamo sorprendida de verla allí y le pregunto —¿Qué haces aquí?

—Sabía que necesitarías a alguien en estos momentos —dice pasándome un brazo por el mío agarrándose y andando a mi lado —¿Dónde tienes tu bicicleta?

La miro sorprendida, he salido tan nerviosa y acelerada que no he recordado que he aparcado mi bicicleta en el aparcamiento interior.

—Vamos, tranquila. No va a pasar nada, ya has dado el primer paso para recuperar el control de tu vida —dice mientras me pasa la mano por la espalda.

Vuelvo a entrar por la garita indicándoles a las personas de seguridad que hay en esos momentos que he olvidado la bicicleta dentro y no puedo más que finalmente sonreír levemente cuando veo que se miran entre ellos y ríen abiertamente.

—Señorita Navarro, un día de estos perderá la cabeza —dice uno de ellos con un guiño dejándome pasar.

Me dirijo hacia donde tengo estacionada la bicicleta y cuando levanto la mirada me detengo en seco. Xavier está apoyado junto a ella con las manos en los bolsillos observándome.

—No voy a morderte —dice finalmente al ver que no me acerco.

—Lo sé —digo en un hilo de voz casi inaudible.

—¿Te marchas? —pregunta en un tono de voz amable, pero firme.

—Necesito hacerlo —contesto empezando a andar hacia la bicicleta.

—Estás huyendo, lo sabes ¿verdad? —apunta sereno.

No puedo evitar levantar la mirada y verlo allí apoyado, tan seguro y cariñoso a la vez en su forma de hablar conmigo.

—Puede, pero es lo que necesito en estos momentos —contesto sacando las llaves del candado de la bicicleta.



Mis manos tiemblan cuando agarro el candado así que empleo más tiempo del normal en conseguir que la llave entre en la cerradura.

—Tranquila —dice Xavier quitándome cariñosamente las llaves de la mano y soltando el candado. Con un movimiento firme y resuelto, gira la rueda con el pie y coloca la bicicleta a mi lado —Amelia, estoy aquí, quiero que lo recuerdes. Estoy y siempre estaré, nunca permitiré que vuelvas a caer. Llámame si necesitas hablar o simplemente respirar.

Xavier me cede la bicicleta que yo agarro por el manillar, se acerca a mí y tras darme un cariñoso beso en la frente se aleja con la cabeza gacha. Todavía temblando me subo a la bicicleta y salgo de las instalaciones reencontrándome con Rachel que me espera al otro lado de la verja.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada al verme salir.

—Sí, tranquila. Vayámonos de aquí —digo agobiada —¿A qué hora tienes que volver al trabajo?

—En un par de horas, no te preocupes por mí —dice empezando la marcha —¿Dónde quieres ir?

—¿A casa? —pregunto nerviosa.

—Vayamos a comer algo antes —dice decidida —Es jueves, vayamos a Plein.

Estoy muy nerviosa. Todos los acontecimientos se han precipitado durante estos últimos días y no dejo de escuchar la voz de Aiden resonando en mi cabeza, pidiéndome que no me marche y que vuelva. Esa voz que siempre ha sido serena y segura, hoy parecía asustada y desesperada, eso ha hecho que toda mi alma se quebrara en ese instante. Sin darme cuenta las lágrimas de nuevo empiezan a rodar por mi rostro. No puedo dejar de pensar en él y a cada momento siento como esa ineludible atracción que siempre ha sentido mi cuerpo hacia Aiden, pugna por intentar alejarse de él. Según me voy alejando de su despacho, pequeños trozos de mi ser se van rasgando con el dolor que eso causa en mi alma. Mi cuerpo empieza a convulsionarse por el llanto y antes de que hayamos llegado a Madurodam tenemos que parar cerca del lago de Van Stolkpark ya que las lágrimas impiden que consiga ver.

—¡Madre mía! Estas peor de lo que Gabrielle y yo nos esperábamos — dice Rachel, bajando de su bicicleta y apoyándola en el suelo, apartada del carril de bicicletas.

—No sé qué me pasa, Rachel. No puedo parar y la tristeza se ha instalado en mí. Ya no controlo nada —digo entre sollozos —¿Qué voy a hacer?

—Ame, Ame. No te preocupes, todo pasará. Date tiempo, volverás a ser la misma de siempre pero más sabia —dice con una leve sonrisa y guiñándome un ojo, añade —Siempre que eso sea posible. Vamos, sentémonos un rato. Ha salido el sol.

Dejamos las bicicletas junto a un árbol y nos sentamos en la gran explanada de césped verde frente al lago. Como ha indicado, el sol ha salido y la temperatura es bastante agradable. No estamos mucho tiempo sentadas hasta que Rachel decide tumbarse en el suelo y mirar al cielo, en silencio. Poco a poco voy calmándome y empiezo a jugar con la hierba frente a mis pies. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me giro hacia Rachel que me observa pensativa.

—¿Qué piensas? —pregunto tumbándome a su lado.

—Ame, no te enfades. No sé si una mente loca como la mía podrá ayudarte esta vez. Lo único que puedo hacer es apoyarte en tu camino, puede que Xavier sea el único que pueda ayudarte en esto como la otra vez —dice con preocupación —Mírame aquí estoy, no sé qué decir, no sé qué hacer, no sé qué cantar...

—Eso sí que es realmente preocupante —le digo con una leve sonrisa triste.

—No te rías de mí, estoy preocupada —dice Rachel lanzándome unos pocos yerbajos que ha estado arrancando.

—Creo que me iré unos días a España —digo finalmente.

—¿Estás segura? —dice levantándose y extendiendo su brazo para darme la mano y ayudarme a levantarme del suelo —Se me ha congelado el trasero.

—No estoy segura, no estoy segura de nada, pero puede que me venga bien —digo en un susurro.

Las dos reanudamos la marcha, pedaleando una junto a la otra por el estrecho carril de bicicletas en un silencio que acalla el profundo desasosiego que siento en estos días. Pronto dejamos atrás la zona boscosa y nos adentramos en el terrible caos de circulación que hay en esos momentos en una de las vías principales de salida de la ciudad y ante mi sorpresa, escucho al principio en un leve susurro para cada vez escuchar con más claridad.

♪ ♪ ♪ 1

...

*I need some shelter of my own protection, baby  
To be with myself and center  
Clarity, peace, serenity*

*I hope you know, I hope you know  
That this has nothing to do with you  
It's personal, myself and I  
We've got some straightenin' out to do  
And I'm gonna miss you like a child misses their blanket  
But I've got to get a move on with my life  
It's time to be a big girl now  
And big girls don't cry*

*Don't cry  
Don't cry  
Don't cry*

*The path that I'm walking  
I must go alone  
I must take the baby steps till I'm full grown, full grown  
Fairy tales don't always have a happy ending, do they?  
And I foresee the dark ahead if I stay*

... ♪ ♪ ♪

Me cuesta sentir algo más que no sea cansancio y desesperación, pero

finalmente una leve sonrisa nace en mis labios. Rachel y yo nos detenemos en uno de los numerosos restaurantes que hay en Plein y aunque lo intente, no consigo llevarme mucho al estómago. Estoy totalmente agotada y entre eso y que Rachel tiene que regresar al trabajo damos por finalizado el rápido almuerzo. Antes de llegar a casa nos detenemos y nos despedimos.

—Llámame si te agobias —dice Rachel dándome un fuerte abrazo sin bajarnos de la bicicleta.

—Estaré bien. Necesito desconectar de todo y dormir un poco —contesto decaída.

Vejo alejarse a Rachel en su bicicleta levantando la mano en señal de despedida y cuando gira para incorporarse a la avenida principal, vuelvo a reanudar la marcha a casa.

Según voy llegando a casa parece como si poco a poco el cielo se fuera cerrando sobre mí y me engullera haciéndome sentir por momentos más y más pequeña. Me obligo a seguir moviendo las piernas hasta llegar a casa y abro la puerta con un sentimiento tan grande de tristeza y soledad que cierro la puerta tras de mí y me derrumbo en la entrada dominada por el llanto. No puedo controlarlo, así que decido llorar e intentar liberarme con ello del sufrimiento que siento en el alma. Realmente no sé cuánto tiempo pasa hasta que me voy calmando y allí, acurrucada en la entrada entre las escaleras y la puerta de entrada, todavía con el abrigo y las botas puestas, me invade el sueño y me duermo en el frío suelo. Me despierto sobresaltada por el estridente sonido del timbre de la puerta. Mi corazón late de prisa de nuevo, pero intento no moverme y no contesto. Pronto descubro quien se encuentra tras la puerta sin necesidad de mirar por la mirilla. Todo mi cuerpo se ha puesto en tensión y me obligo a no hacer ningún ruido abrazada a mis rodillas permaneciendo en el suelo. Empiezo a temblar y sé que es del desconsuelo que siento en esos momentos y aunque mi corazón me pida que abra la puerta y me lance a sus brazos, para poder volver a sentirme segura en ellos, mi mente me frena como nunca lo había hecho.

—¡Amelia! —escucho que dice volviendo a tocar a la puerta esta vez con la mano sobre la madera y bajando la voz añade —¡Joder, Amelia! No hagas esto, por favor, no te alejes de mí. No puedes desaparecer sin hablar conmigo después de todo este tiempo que hemos pasado juntos. Amelia, por favor.

Cada vez me encojo más en el suelo y me siento más pequeña allí tirada. No puedo escuchar su cálida voz con esa tristeza sin que se me rompa un poco más el alma desgarrada. Me tapo la boca con las manos para que no pueda dejar escapar ninguno de los sollozos que empiezan a invadirme.

—Amelia, siento no haberme dado cuenta, que estés pasando por todo esto tú sola. Deberíamos habernos dado cuenta —Es como si su voz se fuera apagando cuando me cuesta escuchar sus últimas palabras que añade — Amelia, ya no sé vivir en este caos si no es contigo...

Son solo unos instantes, pero se me hacen eternos cuando siento que Aiden aparta su mano de la puerta y oigo los pasos que se alejan de la entrada de casa. Subo desconsolada a mi habitación, tras sacarme el abrigo por el camino y dejarlo caer por el suelo del pasillo. Me lanzo sobre la cama, agarro uno de los cojines que hay sobre ella y lloro hasta volver a caer en un ligero sueño que es interrumpido de nuevo por una desgarradora pesadilla.

El primer día es una verdadera desesperación con el carrusel de tristes sentimientos, pero el viernes todavía no me encuentro mucho mejor. Las dudas me asaltan constantemente. No sé si he hecho bien. ¿Podría haberlo solucionado de otra manera? ¿Por qué he dejado que esto llegue a esta situación? ¿Por qué no he pedido ayuda antes? Sé de sobra que habría tenido toda la asistencia que hubiera solicitado, pero el orgullo y la cabezonería han sido más grandes, y ahora hay momentos en los que creo que no hay vuelta atrás y no podré parar esta sensación de tristeza y vacío que me invaden. No me visto en todo el día y cuando miro el teléfono móvil veo varias llamadas de las chicas y mensajes. Decido no contestar e intentar distraerme pasando canales con el mando de la televisión. Aparte de la tele tienda y las noticias, que es la primera vez en mi vida que creo que no me interesa conocer, no hay nada que me atraiga. Intento distraerme de nuevo con un libro que tengo a medio leer, pero tampoco lo consigo cuando oigo que alguien golpea la puerta de la entrada y escucho voces a lo lejos. Dejo el libro abierto sobre la mesita y me acerco a la ventana. No tardo mucho en darme cuenta de que se trata de las chicas que están hablando entre ellas.

—¡Ame, abre la puerta! ¡Tenemos un plan! —berrea Rachel desde la puerta.

Me doy cuenta de que no van a parar de golpear la puerta hasta que abra,

así que voy a la cocina y aprieto el botón del telefonillo para abrir la puerta de abajo. Cualquiera diría que acaban de entrar dos toros de estampida mientras suben por las escaleras. Gabrielle y Rachel suben rápidas empujándose la una a la otra mientras yo espero en el rellano de la primera planta.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto sorprendida.

—Tenemos un plan —dice Gabrielle con una sonrisa tímida y esperanzada.

Miro sorprendida a ambas cuando se miran entre ellas y levantando los brazos exclaman a la vez.

—¡Nos vamos a París!

—¿París? ¿Cuándo? —pregunto sorprendida.

—En tres horas —aclara Gabrielle moviendo las manos para que me mueva —Vamos, muévete.

—Yo tenía pensado marcharme a España unos días —aclaro sorprendida.

—Por eso ya te he comprado un billete muy bien de precio el domingo desde París a España —dice Rachel sacando un folio de su bolso y añade con una sonrisa de oreja a oreja orgullosa —Lo sé, no hace falta que me lo digas. Soy fabulosa planeando nuestras escapadas.

—Chicas, no sé si soy buena compañía en estos momentos —confieso algo cohibida.

—Vamos, Ame. Todo se ve de forma diferente en París —dice Gabrielle pasándome una mano por el hombro.

—¡Adiós, batamanta! ¡Hola, París! —exclama Rachel tirada en el sofá levantando las manos —Necesitamos una escapada de chicas, hace más de un año desde la última. París siempre es una buena opción y nos vendrá bien a las tres.

Esa misma mañana había dejado abierta la maleta sobre la cama con algunas cosas ya en ella para marcharme a España, así que rápidamente, mientras yo me ducho, ellas me ayudan a terminar de llenarla. En menos de dos horas salimos cada una con nuestra pequeña maleta de cabina en un taxi

hacia una de las estaciones principales de trenes de La Haya.

No tengo mucho tiempo para pensar. La arrolladora presencia de las chicas hace que me sumerja en la vorágine de entusiasmo y no pueda pensar en todo lo que ha estado sucediendo en estas últimas semanas. Cuando el taxi nos deja en la puerta de la estación, bajamos raudas y corremos cargadas de nuestros abrigos en la mano y la maleta auestas hasta el andén que indican en una de las pantallas. Aunque no es una estación en la que me suela mover, conseguimos encontrar nuestro andén sin ningún problema entre el tumulto y la enorme cantidad de personas que corren por la estación en busca del tren que les lleve a casa tras una dura jornada de trabajo.

## CAPÍTULO 2



Cuando Rachel ve llegar el tren que nos llevará a la estación de Róterdam donde haremos un rápido cambio al definitivo que nos llevará a París, empieza a dar saltitos de emoción. No sé si las chicas tienen razón, pero solo verlas tan animadas ante nuestra corta escapada a París, hace que me obligue a intentar dejar atrás alguno de los pensamientos de los que no consigo desprenderme en los últimos días.

La conexión que realizamos en la estación central de Róterdam es muy justa y antes de que nuestro tren se detenga, Gabrielle ya nos anima a no entretenernos. Las tres descendemos del tren y casi corremos hacia el andén que nos informan las pantallas informativas. Finalmente, antes de que cierren las puertas, escasos minutos antes de que el tren inicie su marcha, ya estamos situadas en nuestros asientos con una especie de nerviosismo, regocijo y satisfacción que no podemos contener, no sin antes haber corrido entre pequeñas multitudes de viajeros que se agolpaban por el andén. No me explico cómo lo ha hecho con tan poco tiempo, pero Rachel nos ha conseguido asientos contiguos a pesar de que nuestro vagón va casi lleno.

Emprendemos la marcha y poco a poco dejamos atrás la ciudad de Róterdam. Por un momento las tres permanecemos calladas y vuelven a mi mente las últimas palabras de Aiden en la puerta de casa. No puedo evitar que un desasosiego vuelva a mi corazón cuando doy un fuerte suspiro y me doy cuenta de que ambas me miran.

—A ver, a ver, que no decaigan los ánimos. Lo tengo todo programado —apunta Rachel sacando la *tablet* del bolso.

—¿Lo has programado todo? —pregunta Gabrielle sorprendida frunciendo el ceño.

—Todo, todo —afirma con una sonrisita —Solo quedan pequeños flecos



que pulir.

—Recuerda que solo vamos dos noches —apunta Gabrielle.

—No te preocupes, todo controlado. Tenemos tiempo para pasear, comprar y comer por nuestros sitios favoritos de París. ¿Queréis visitar algo en especial?

Gabrielle y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. Conociéndola seguro que no ha pasado por alto visitar alguna que otra tienda de alguna marca conocida e indudablemente sabe que disfrutaremos de nuestra estancia callejeando simplemente por las calles de París.

—Perfecto, así me gusta, que confiéis en mí plenamente —dice concentrándose de nuevo en su *tablet* y añade, frotándose la barbilla seria — Ya tenemos reserva para cenar mañana en Le Kong y vamos a tener suerte, mañana estará despejado.

—Rachel, ¿cuánto tiempo llevas planeando esta escapada? —pregunto fascinada por el control de la situación.

—Desde esta mañana a las diez —dice levantando la vista hacia nosotras con una amplia sonrisita —Lo más complicado ha sido localizar a Gabrielle esta mañana porque estaba en una reunión. Pero cuando ha dado el visto bueno, todo ha empezado a rodar.

—Eso y que tiene una secretaria y dos asistentes para ella sola —dice con una sonrisa Gabrielle.

—¡Cierto! —exclama con satisfacción y añade haciendo una mueca — Con ellos y mi mente, ha sido fácil.

Llegamos a París a la hora prevista y decididas vamos a buscar un taxi. Es viernes y hace buen tiempo para esta época del año. Eso hace que se note en el ambiente de sus calles iluminadas por sus numerosas farolas en sus empedradas calles y avenidas. Siempre he pensado que París es diferente. Realmente no necesitas hacer nada para sentirte bien en esta ciudad. Es mágica y simplemente imaginarme paseando por sus estrechas calles y bulevares junto a sus habitantes hace que un atisbo de esperanza brote en mí, pensando que todo finalmente puede tener solución.

El taxi nos deja en la puerta del pequeño apartamento que Gabrielle posee en el céntrico y mítico barrio de La Madeleine. Es una edificación antigua, de estilo Haussmann, pero perfectamente conservada con una pulcra fachada de piedra y los ventanales inconfundibles de la arquitectura de los edificios de la zona. Rachel baja del taxi como una flecha y se despide del taxista en su perfecto francés pagándole la carrera. No deja de sonreír y da saltitos hasta que el portero del edificio nos abre la puerta y nos da la bienvenida. Animadas subimos hasta el último piso en el moderno ascensor de cristal. Gabrielle es la primera en entrar y va encendiendo las luces. Dejamos las maletas a la entrada. No es un apartamento grande, pero está en una inmejorable zona de París y aunque todavía está a medio decorar, está totalmente renovado con un gusto exquisito. Rachel abre las puertas francesas que dan a una pequeña y coqueta terraza exterior.

—¡Qué bonito es París! Vamos chicas, no perdamos el tiempo —dice emocionada volviendo a cerrar la puerta de la terraza —Vayamos a disfrutar de esta preciosa ciudad.

—Pero tú, ¿a qué hora te has levantado? —pregunta Gabrielle desconcertada por la vivacidad de Rachel.

—A las cinco y media, pero estar aquí es un lujo y necesito aclarar las ideas —dice pensativa dejándonos preocupadas.

Le pedimos unos minutos para arreglarnos y cuando salgo está embelesada mirando por uno de los ventanales del salón.

—Rachel, ¿te encuentras bien? —le pregunto a su lado mientras Gabrielle termina.

—Estoy bien, Ame —dice con una leve sonrisa pasando su brazo bajo el mío y agarrándose a mí —Vayamos a comer algo escandalosamente delicioso en esta fascinante ciudad. ¡Gabrielle, date prisa o te dejaremos aquí! —añade berreando.

Vamos caminando animadas hacia el río. Esta noche es el único momento que Rachel no tiene programado qué hacer, así que en nuestro pequeño paseo encontramos una *Brasserie* con una mesa en la terraza. El entorno es precioso con una especie de fachada de madera, sus verdes toldos para resguardarnos del frío de la noche y sus estufas que calientan el

ambiente en esa época del año. No es un sitio turístico y nos atienden enseguida. Con los diferentes platos, pedimos un tradicional vino tinto francés que nos recomiendan. Sin darnos cuenta las tres empezamos a hablar y poco a poco vamos contando alguno de los secretos que últimamente teníamos guardados. No es que no quisiéramos contarlos, es que últimamente las tres hemos estado sobrecargadas de trabajo y habíamos dejado de lado la sana costumbre de hablar unas con otras de manera más relajada. Gabrielle nos cuenta que su departamento vuelve a estar sobresaturado de trabajo y que por mucho que lo solicite a la central, no le envían más personal. En todo momento me observa e intenta evitar nombrar tanto a Aiden como a Xavier. Por su parte y para nuestra sorpresa, Rachel está empezando a darse cuenta de lo rápido que va su relación con James, aunque eso realmente no es lo que le preocupa.

—No lo entendéis —dice acongojada —Estoy preocupada, mi futuro marido trabaja en el sitio que yo dejé porque no me sentía realizada y ahora no dejo de pensar si hice bien.

—¿Tú futuro marido?! —preguntamos sorprendidas Gabrielle y yo al unísono.

—Bueno, sí. Él todavía no lo sabe —contesta divertida con un aspaviento de mano y una picara sonrisita.

Pedimos la cuenta cuando nos damos cuenta de que entre las tres nos hemos bebido dos botellas de vino tinto. Tal vez sea por ello que estamos mucho más animadas y elocuentes. Decidimos caminar un rato callejeando. Seguimos hablando animadas y Rachel decide seguir contándonos algún que otro secreto de su relación.

—No me miréis así, yo también tengo secretos y problemas —dice achispada, y empieza a tararear.

♪ ♪ ♪ 2

*...Tell me what you want to hear  
Something that will light those ears  
Sick of all the insincere  
I'm gonna give all my secrets away*

*This time, don't need another perfect lie  
Don't care if critics ever jump in line  
I'm gonna give all my secrets away*

*My God, amazing how we got this far  
It's like we're chasing all those stars  
Who's driving shiny big black cars  
And everyday I see the news  
All the problems that we could solve  
And when a situation rises  
Just write it into an album  
Send it straight to gold  
I don't really like my flow, no, so*

...♪♪

Cuando nos damos cuenta nos hemos alejado bastante y caminamos directas hacia el Arco del Triunfo. Gabrielle mira su reloj y observa con una amplia sonrisa.

—¡Vamos! Todavía queda casi una hora para que lo cierren. Subamos a ver la ciudad —Nos alienta.

Rachel nos agarra a cada una de una mano y nos empuja corriendo en su dirección. Efectivamente, todavía no ha cerrado, así que subimos lo más rápido que podemos los doscientos ochenta y seis escalones de la estrecha escalera de caracol y salimos al exterior en la parte de arriba, desde donde se puede admirar todo el esplendor de París. Las vistas de noche son magníficas y desde ese punto podemos observar toda la ciudad y, sus grandes monumentos iluminados, siempre provocan que se me emocione ante tanta grandeza. Permanecemos observando desde la terraza en silencio junto a los pocos turistas que ya quedan a esas horas de la noche.

—¡Es precioso! —exclamo finalmente dando un fuerte suspiro.

—¡¿Quién iba a decir que tres chicas de pueblo acabarían en la cima de esta preciosa ciudad?! —comenta Rachel para nuestra sorpresa.

—Rachel, yo no soy de pueblo. Soy de ciudad —digo levantando una ceja.

—Yo soy Parisina —replica Gabrielle riendo.

—Valeee, ¿quién nos iba a decir a dos chicas de ciudad y una de pueblo que acabaríamos juntas aquí en todo lo alto de París? —corrige y añade entre carcajadas —¡Qué pejugueras sois!

Tras deleitarnos la vista y el alma con tan magníficas vistas, nos anuncian que el monumento va a cerrar y decidimos coger un taxi para volver al apartamento de Gabrielle. Resolvemos dormir las tres en la misma habitación y, a pesar de estar cansadas y que ya es tarde, movemos un colchón de la habitación de invitados a la habitación principal. Les propongo dormir yo en el suelo. Después de todo, lo he hecho en innumerables ocasiones en alguna de las misiones con Xavier, pero ellas deciden que debe ser a suerte y acabamos decidiéndolo con una moneda.

—La suerte de la pueblerina —dice Rachel entre risas tumbándose en el colchón situado en el suelo.

Estoy cansada así que cuando Gabrielle avisa que apaga la luz, nos desea buenas noches y se tumba junto a mí, cierro los ojos con un leve suspiro con la esperanza de poder dormir. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando noto una cálida mano sobre mi hombro que aparto sin la más mínima de las contemplaciones de un fuerte manotazo haciendo que me despierte. Frente a mí me encuentro con los oscuros ojos de Gabrielle que me observan con cierta tristeza en ellos.

—Perdona —susurro sin poder evitar un pequeño puchero.

—¿Estás bien? —pregunta intentando no despertar a Rachel que descansa en esos momentos —Tenías una pesadilla.

—Lo siento —contesto levantándome de la cama todo lo rápido que puedo intentando no pisar a Rachel.

Me dirijo al cuarto de baño y cierro delicadeza la puerta tras de mí. Apoyo mis manos sobre el mueble e intento respirar más tranquila. Efectivamente estaba teniendo una pesadilla. Pensé que después del agradable rato disfrutado con las chicas, esa noche mi mente dejaría de asfixiarme en todo tipo de recuerdos macabros que no puede olvidar. Abro el grifo de agua fría y me echo agua por el rostro y el cuello, pero cuando

vuelvo a mirar al espejo veo a una Amelia que no es la que espero. Mis ojos están tristes, agobiados y dos terribles surcos oscuros se dejan ver en su parte inferior. Sin poder evitarlo, la tristeza me invade de nuevo olvidando las últimas horas y las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Me siento en un pequeño taburete que hay y me abrazo a mí misma intentando contener el enorme desconsuelo que siento en esos momentos. Oigo el leve sonido de unos nudillos sobre la madera de la puerta y moverse la manivela.

—Cielos, Ame ¿dime en qué puedo ayudarte? —pregunta Gabrielle acercándose a donde me encuentro y abrazándome.

No puedo evitar las convulsiones por intentar contener el llanto cuando me abraza con más fuerza. Gabrielle me abraza por detrás y permanecemos así un par de minutos hasta que controlo el irrefrenable llanto.

—Ame, deberías dejar que alguien te ayudara con todo esto que estás pasando. Yo no sé qué puede estar pasando por tu mente o qué es lo que vivís y vivisteis en aquella misión de la que todos volvisteis tocados. Nosotras podemos distraerte, podemos hablar, reír, pero deberías hablar con alguien que entendiera de estas cosas —dice Gabrielle y tras una leve pausa añade — No es justo lo que te está pasando. Lo siento, pero no es justo que por esto te alejes de todos los que estamos a tu alrededor y te queremos.

Gabrielle continúa pasándome la mano por la espalda y me pasa una caja de pañuelos de papel que hay sobre una estantería junto a varios perfumes.

—Lo sé. Siento haberte despertado —digo sonándome con uno de los pañuelos.

—No te preocupes por mí —dice con enorme cariño en sus palabras.

—¿Crees que habré despertado a Rachel? —pregunto en un leve susurro.

—Si la hubieras despertado ya estaría aquí. Ella está respirando —dice haciendo el gesto de comillas con los dedos cuando pronuncia esa última palabra —como si fuera una motocicleta.

No puedo evitar reír por sus palabras y me llevo la mano a la boca intentando no despertar a Rachel por el simpático comentario de Gabrielle. Volvemos a la cama y tras unos largos minutos mirando al techo, me doy

cuenta de que la respiración de Gabrielle se hace más pausada e intento acompañar mi respiración a la suya que parece tan tranquila. Finalmente, consigo dormirme.

Me despierta un ruido lejano que proviene de la calle y cuando abro los ojos me doy cuenta de que las cortinas están totalmente echadas para que no entre la luz. Gabrielle no está a mi lado y cuando los ojos se han habituado a la oscuridad observo que Rachel tampoco está. Me giro y cojo el teléfono móvil de la mesita que hay a mi lado para ver la hora y es cuando me doy cuenta de que hay una nota en un papel con la letra de Rachel.

*«Bonjour, no te hemos querido despertar para que pudieras descansar. Cuando estés lista te esperamos en el café de enfrente. Ponte ropa cómoda. Muack»*

Doy un fuerte suspiro, un día más. Me desperezco, me levanto y abro las ventanas mientras me preparo y me meto en la ducha. Mientras el agua caliente resbala por mi espalda se me encoge el corazón al recordar que he soñado también con Aiden. No puedo evitar echarlo de menos. Intento ordenar las ideas de mi cabeza para no empezar a llorar de nuevo. Primero he de solucionar otros aspectos de mi vida para poder intentar estar bien. Tras arreglarme con unos vaqueros y un jersey de lana grueso, ordeno el cuarto y hago las camas antes de cruzarme mi bolso por el pecho y asegurarme de que llevo todo lo necesario. Tras saludar al portero del edificio, salgo al exterior y me paro unos segundos a disfrutar de los tímidos rayos de sol que están abriéndose paso entre las nubes. Miro hacia la derecha y allí veo a Gabrielle en una pequeña mesa del *Café* en la estrecha terraza trasteando su teléfono móvil mientras se lleva una taza que tiene sobre la mesa a los labios. Me acerco a paso ligero.

—¡Buenos días! —digo apartando una silla que hay junto a ella —Siento haberme dormido.

—¡Buenos días! —exclama —No te preocupes, lo necesitabas y tenemos tiempo.

—¿Y Rachel? —pregunto sorprendida por no verla por allí.

—Ha ido a mirar el escaparate de la esquina. Ha descubierto que tiene la necesidad imperiosa de tener un bolso de la nueva colección de primavera —

dice con socarronería —Enseguida estará aquí. ¿Quieres tomar algo?

En ese momento ha aparecido un amable camarero que tras saludarme toma nota de mi pedido. Han pasado escasos minutos cuando mientras charlo tomándome el café de la mañana, vemos aparecer a Rachel por la acera de enfrente cargada con dos bolsas. Va caminando alegremente, ataviada con una bonita boina de lana ladeada hacia un lado de la cabeza y con una enorme sonrisa en su rostro.

—*Bonjour, mademoiselle. Ça va?* —dice alegremente dejando sus bolsas en una de las sillas y dándome un pequeño abrazo, añade—¿Preparadas para disfrutar de un día increíble en París?

Gabrielle y yo nos miramos y no podemos evitar sonreír.

—¡Preparadas!

—No, no, no. Todavía no estáis preparadas. Necesitáis una tan bonita como éstas —dice señalando su boina y abriendo una de las bolsas con una amplia sonrisa de complacencia—He comprado una para cada una.

Rachel nos da un delicado paquete a cada una y cuando lo abrimos, vemos dos bonitas boinas en su interior que nos probamos al instante.

—*¡Très chic!* —exclama dando unas palmaditas de satisfacción contenta —Ahora ya estamos preparadas para sumergirnos en esta nueva aventura.

—¿No nos vas a decir a dónde vamos? —pregunto divertida.

—Tú siempre eres nuestra Amelia, con esa increíble sonrisa que llena nuestras almas de actitud positiva y con detalles hacia todos los que te rodean. Así que hoy yo seré vuestra Amélie y os llevaré a pasear por las estrechas calles de Montmartre y sentir la energía de los lugares que inspiraron a increíbles y legendarios pintores como nuestro queridísimo Van Gogh, Renoir, Monet y subiremos a ver la ciudad desde las alturas en la basílica del Sagrado Corazón donde Amélie observaba a Nino. Luego tenemos reserva para el *brunch* en tu sitio favorito, Ladurée donde podremos disfrutar de todas sus apetecibles *delicatessen* y comer tus adorados *macarons*. Gabrielle podrá saborear una *crème brûlée* y romper la capita de azúcar con la cuchara y yo comerme un delicioso *éclair* de chocolate. Y por



ahora, no os voy a contar más, que el tiempo corre —concluye dando pequeños golpecitos a su reloj de pulsera.

Gabrielle y yo nos miramos. Es a nosotras dos a las que nos gusta la película de *Amélie*, jamás hubiera imaginado que Rachel supiera de qué va la película.

—Vamos chicas, hagamos un *selfie* con este aspecto tan parisino y *chic* que llevamos —dice con una amplia sonrisa levantando su teléfono móvil — ¡Un segundo, un segundo, falta alguien! —exclama y para nuestra sorpresa, abre su bolso y saca un pequeño gnomo con un enorme gorro rojo que sujeta entre nuestros rostros y nos indica —Ahora sí, digamos los cuatro ¡*Baguette!*

No conseguimos hacer una foto decente con la risa que nos invade a Gabrielle y a mí. Cada vez que aprieta el botón de disparar la foto, grita ¡*Baguette!* Y coloca al maldito gnomo por nuestras cabezas para que tenga una posición privilegiada.

Rachel sube y deja el resto de sus compras en el apartamento. Decidimos coger el metro y parar en una de las paradas cercanas a Montmartre e ir caminando por las estrechas y empedradas calles llenas de galerías de arte, artistas que exponen sus trabajos, cafeterías y turistas. Todavía es temprano, así que nos animamos a subir a la basílica del Sagrado Corazón antes de que se abarrote de turistas. Vamos caminando entre sus empinadas calles llenas de comercios y restaurantes que le dan ese colorido especial a una de las zonas más bonitas y bulliciosas de la ciudad, hasta llegar a las escaleras mientras vamos tirando de Rachel para que no se quede atrás mientras va quejándose y tarareando la melodía de «La valse d'Amélie».

—No lo entendéis, es que yo cargo con el gnomo —dice con un puchero infantil.

Finalmente, y tras hacer dos parones, Gabrielle le asegura que ella cargará con el minúsculo gnomo y entre los lamentos de Rachel, llegamos a lo alto de las escaleras. Nos acercamos a la barandilla de piedra emocionadas por ver la ciudad desde lo alto. Hoy hay un precioso cielo azul salpicado con alguna que otra pequeña nube blanca.

—¡Mirad, mirad allí abajo! —exclama Rachel muy seria.

—¿Dónde? ¿Qué sucede? —pregunta Gabrielle.

Ambas intentamos enfocar la vista hacia donde ella señala con su dedo índice.

—¿No lo veis? —pregunta con una sonrisa y añade en una carcajada — ¡Es Nino!

Rachel no puede dejar de reír de manera bastante escandalosa por la gracia que acaba de hacer en referencia a la película de Amélie. Gabrielle la mira sorprendida y le lanza el gnomo antes de que a las tres nos dé un ataque de risa.

—No os lo esperabais, ¿eh? —dice entre risas —¿Qué queréis que os diga? Me sé la película. Me habéis obligado a verla tres veces. ¡Vamos chicas! Un *selfie* con París de fondo —dice recogiendo al gnomo del suelo — Todos a una, ¡*Baguette!*

Rachel mete por medio al gnomo en cada una de las fotografías que tomamos en la zona de la basílica y tras permanecer un rato por allí decidimos emprender el descenso y continuar con su ruta. La bajada la hace más animada, dando saltitos como si tuviera quince años agitando el gnomo en el aire y cantando en un perfecto francés.

♪ ♪ ♪ 3

*Je veux d'l'amour, d'la joie, de la bonne humeur  
Ce n'est pas votre argent qui f'ra mon bonheur  
Moi j'veux crever la main sur le cur, papalapapapala  
Allons ensemble, découvrir ma liberté  
Oubliez donc tous vos clichés, bienvenue dans ma réalité*

*Je veux d'l'amour, d'la joie, de la bonne humeur  
Ce n'est pas votre argent qui f'ra mon bonheur  
Moi j'veux crever la main sur le cœur, papalapapapala  
Allons ensemble, découvrir ma liberté  
Oubliez donc tous vos clichés, bienvenue dans ma réalité*

... ♪ ♪ ♪

—Pero yo sí quiero las joyas de Chanel y todo lo que se pueda permitir

—aclara Rachel refiriéndose a la letra de la canción —¡Adoro Chanel!

Gabrielle y yo descendemos con más tranquilidad, mientras Rachel ya está casi al final del camino. Ambas estamos de acuerdo en cambiarle los planes a Rachel. Cogemos el metro, pero no nos detenemos donde ella quiere continuar la ruta y bajamos varias paradas después. Ya casi es la hora en la que tenemos mesa reservada para tomar el *brunch* y en toda la zona circundante se encuentran las tiendas de numerosas marcas conocidas de lujo. Rachel no sale de su asombro cuando se lo comentamos e insiste en darnos un abrazo de grupo. Tras ello, ella y el gnomo van de un escaparate a otro mirando las nuevas colecciones allí exhibidas. Mientras ella nos arrastra al interior de varias de ellas, Gabrielle y yo vamos charlando y sin darnos cuenta acabamos hablando de un proyecto de trabajo en el que ambas hemos participado. No nos damos cuenta hasta que nombra a Aiden y a mí se me encoge el alma.

—En la reunión de ayer estuvo mucho más serio de lo habitual — Termina confesando Gabrielle — Parece un buen hombre...

En ese momento, Rachel da un pequeño grito que hace que nos giremos hacia ella. Se acaba de enamorar de un escaparate y nos exige entrar con ella. Finalmente, hemos llegado a nuestro *brunch* en Ladurée casi zigzagueando por cada calle. Nos sentamos en sus cómodas sillas dejando a un lado todas las bolsas que llevan todo lo que hemos ido adquiriendo en las numerosas tiendas en las que Rachel nos ha hecho entrar, aunque he de reconocer que todo lo que he comprado son cosas bastante bonitas. Comemos y charlamos animadamente durante más de dos horas y también aprovechamos para descansar. Antes de irnos, compramos varias cajitas con una pequeña selección de sus deliciosos *macarons* para regalar.

El apartamento de Gabrielle no está muy lejos, así que caminamos hasta allí para dejar las compras y descansar un poco. Acordamos salir hacia el restaurante para cenar antes y pasear por la orilla del Sena y la zona del Louvre. Rachel ha hecho un programa combinado entre *Amélie* y *Sex and the City*. Cuando llega la hora, nos acicalamos para la ocasión y salimos las tres con nuestras mejores galas. Vamos caminando despacio, disfrutando del ambiente que hay en esos momentos junto a los turistas que hay paseando junto al Sena, jardines y monumentos hasta llegar al restaurante. Nada más entrar se encargan de nuestros abrigos y nos preguntan por la reserva. Nuestra

mesa todavía no está preparada y tenemos que esperar así que aprovechamos el momento y pedimos un cóctel en la barra. Es un sitio diferente a todos, es una combinación entre lo moderno de un local refinado de cócteles, con todo lo palaciego de la ciudad de París. Todo parece controlado, desde la decoración, la música, la comida, ... pronto nos avisan de que nuestra mesa está preparada y subimos animadas. El último piso está compuesto por una increíble terraza cubierta de una vidriera espectacular con vistas a la ciudad. Ya hemos venido en alguna ocasión, pero lo que me sorprende en esos momentos es que el camarero nos guía hasta la mesa más cercana a la vidriera y saludando cortésmente a Rachel le aparta la silla.

—¡Madre mía! ¿Cómo has conseguido esta mesa con tan poco tiempo? —pregunto con la boca abierta admirando las vistas desde la mesa aún sin sentarme.

—Querida, una tiene sus contactos —dice totalmente complacida por la sorpresa que nos ha dado.

La miro y levanto una ceja, hemos venido más veces y por mucho que lo hemos intentado nunca nos han dado esta mesa.

—¡Vale! Lo confesaré, ha sido James —dice con una sonrisa en el rostro —Hemos estado hablando y le comenté dónde había reservado y que nunca habíamos conseguido esta mesa y parece ser que es amigo de un amigo de no sé quién y... ¡voilà!

Durante la velada disfrutamos de una succulenta cena con las mejores vistas al *Pont Neuf* y al cielo de París. No puedo evitar pensar que es un sitio al que me gustaría venir con Aiden. ¡Dios mío! Hace solo un par de días que me he apartado de él y no dejo de pensar en incluirlo en cualquiera de los planes que me pasan por la mente. Entro y salgo de la conversación con las chicas, pero hay algo en mi mente que está cambiando y todavía no sé cómo afrontarlo. No dejo de darle vueltas a todo lo que ha ido sucediendo durante estos meses y a la inesperada aparición de Aiden en mi vida. Cuando finalizamos la velada y a pesar de ir las tres calzadas con tacones, proponen pasar a la orilla izquierda del Sena al barrio de Saint-Germain-des-Prés. El tiempo nos está acompañando durante el fin de semana y en ocasiones miro al cielo y es Aiden lo primero que me viene a la mente ¿Estará también mirando las estrellas? ¿Cómo estará? Volvemos a cruzar para ir hacia el

apartamento de Gabrielle por el precioso Pont des Arts. Gabrielle y Rachel se empeñan en que debemos cruzarlo pensando en cosas positivas y pensando en el amor. A mí, lo primero y lo único que me viene a la mente y al corazón, es Aiden. Jamás pensé que echaría tanto de menos la sonrisa de alguien, su cálida y ronca voz, cómo gira su cabeza y levanta una ceja cuando algo le sorprende. Echo de menos cada insignificante detalle de él en mi vida y es así, pensando en él, como atravieso el Pont des Arts.

Mi segunda noche no es diferente a la primera con las chicas. Me desvelo en tres ocasiones, pero esta vez tengo suerte y no despierto a ninguna de ellas. Por la mañana, Rachel nos ha preparado un recorrido por la ciudad en bicicleta, cosa que nos parece de lo más original y entretenido. Nos vestimos con ropa cómoda, y vamos caminando a por las bicicletas que tiene reservadas. Nos paseamos por toda la ciudad, los Campos Elíseos, la Torre Eiffel, el Louvre, ... Durante el recorrido Gabrielle nos cuenta historias divertidas de cómo creció en esa gran ciudad y como en verano se marchaban al noreste de Francia a pasar unos meses más tranquilos. Vamos paseando por la orilla del río hasta Notre-Dame que es donde paramos a contemplar su impresionante arquitectura, gárgolas y ver sus maravillosas vidrieras en el interior. Tras mezclarnos con todos los turistas que en esos momentos disfrutaban de su visita, decidimos cruzar el río y dejar atrás el tumulto. Pasamos por la puerta de uno de los sitios favoritos de Gabrielle para comer, la Creperie des Arts, así que decidimos degustar un delicioso crep antes de regresar al apartamento e ir preparándonos para despedirnos de la ciudad.

El tiempo ha pasado volando y antes de que nos demos cuenta estamos en el apartamento de Gabrielle recogiendo nuestra maleta y guardando todas las compras que hemos realizado en estos dos magníficos días. Han sido especiales y aunque no haya podido olvidar del todo todos los problemas que llevo conmigo, he conseguido que en ocasiones no haya sentido la presión o ansiedad que estaba sufriendo en estas últimas semanas.

Ya es media tarde cuando nos abrazamos en la estación de París Norte para despedirnos. Ellas dos volverán a La Haya y yo pasaré unas semanas en España y me apartaré de toda esta locura e intentaré sobreponerme de todo lo vivido en estos últimos meses.

—Toma, sé que lo odias, pero te dará fuerzas —dice Rachel cuando terminamos de abrazarnos, entregándome el gnomos.

—¿Seguro que no quieres quedártelo tú? —pregunto esperanzada con una mueca.

—No, él quiere conocer mundo y todavía no conoce España —dice con una amplia sonrisa, y llevándose el gnomo al rostro le da un beso y susurra —¡Cuida de ella, Baguette! Sácale una sonrisa cuando veas que la necesita. Espero que volváis pronto a casa los dos.

Sus palabras, aunque puedan parecer tontas, me han llegado al corazón y no puedo evitar volver a abrazarla dándole las gracias mientras las lágrimas inundan mis ojos. Gabrielle espera su turno y cuando Rachel se aparta, se acerca siempre prudente.

—Te echaré de menos —dice mientras intenta sonreír.

—Yo a ti también —digo abrazándola.

—Piénsate lo de pedir ayuda, por favor. No es que seas débil, todos en algún momento necesitamos ayuda de alguien —dice a mi oído en un susurro mientras continuamos abrazadas —Lámame cuando lo necesites.

Acabamos las tres llorando en mitad de la estación y avergonzadas nos limpiamos las lágrimas rápidamente. Gabrielle miró el reloj y nos indica que deben marcharse, así que comienzan a andar hacia el andén desde donde saldrá su tren.

—No te preocupes. Yo cuidaré de ella —dice Rachel elevando la voz con una sonrisa señalando a Gabrielle.

—¿Ves? Por esto necesito que vuelvas pronto —dice Gabrielle provocando que no pueda ocultar una sonrisa mientras las veo alejarse.

Y allí me quedo durante unos instantes que parecen eternos, observando cómo se alejan de mí haciendo que por unos momentos me sienta la persona más desamparada e indefensa de esa preciosa ciudad.

## CAPÍTULO 3



A pesar de unas cuantas turbulencias, el vuelo hacia España es bastante tranquilo y aterrizamos a la hora prevista. Sé que mi madre se ha ido con las amigas a un viaje por el norte de España y no estará cuando aterrice. Así que cuando se abren las puertas y veo a la gente que se agolpa en la barandilla del exterior para dar la bienvenida a los viajeros, yo esquivo la multitud y me dirijo hacia la parada de taxis.

El cambio de temperatura es notable y en el mismo taxi tengo que quitarme la chaqueta que llevo puesta. El trayecto no es largo, y más a esas horas de la noche que no hay tráfico y al día siguiente la gente trabaja. Me instalo en el pequeño apartamento que compré hace un par de años en el centro de la ciudad, está apartado de todo y podré pasar unos días tranquilos.

Cuando entro al apartamento el silencio lo invade todo y conecto el interruptor general para tener luz. Dejo la maleta en la entrada y tras sacarme los zapatos, me dirijo a la cocina. La nevera está desconectada y abierta, y lo único que hay dentro son un par de botellas de vino en uno de los estantes. La conecto y la cierro. Reviso el resto de la casa y decido sacar sábanas para preparar la cama de la habitación principal. Cuando estoy sumida en la tarea oigo un mensaje que me entra al WhatsApp y miro el teléfono. Me he olvidado de mandar un mensaje a las chicas al aterrizar y son ellas las que me escriben para decirme que ya están en La Haya y que James ha ido a por ellas a la estación. Se me ha olvidado por completo escribirles. Antes de contestarles me doy cuenta de que Aiden me ha mandado un mensaje causando que mi corazón se estremezca. Decido no abrirlo y contestar a las chicas, antes que nada. Les deseo una buena semana y me quedo mirando fijamente la pantalla decidiendo si leer o no el mensaje de Aiden. Finalmente, apago la luz, desconecto el teléfono móvil y me acurruco sobre las sabanas sin hacer la cama. Mi mente no se está quieta ni un minuto. Quiero, pero no quiero leer el mensaje. Me arrepiento de todo y no me arrepiento de nada.

Todo en estos momentos es un caos hasta que tras bastante tiempo dando vueltas en la cama no puedo evitar la huella de la tristeza de todo lo que ha estado pasando y comienzo a llorar.

Me despierto de un sobresalto con una pesadilla y cuando intento descubrir la hora que es en el teléfono móvil, recuerdo por qué lo he parado. Son más de las cuatro de la madrugada. Voy a la cocina buscando algo de beber y tras buscar por los armarios y no encontrar agua, abro una botella de vino tinto que me llevo al salón junto a una copa. La vista ya se ha acostumbrado a la oscuridad cuando me siento en el sofá dándole un gran sorbo a la copa de vino que me he servido. Entonces miro el teléfono móvil que he dejado sobre la mesita que tengo delante. Creo que temo que ese nuevo mensaje me rompa por dentro definitivamente y por eso me inquieta tanto. Sigo bebiendo en la oscuridad intentando lograr el suficiente valor para abrir el mensaje de WhatsApp hasta que caigo rendida en el sofá y vuelvo a dormirme.

Cuando despierto la oscuridad me invade, pero oigo algo de movimiento en la calle. Vuelvo a mirar el teléfono móvil, es casi medio día y yo sigo con la misma ropa que llevaba ayer, tirada en el sofá frente a una botella de vino tinto vacía. Me duele la cabeza así que decido no moverme mucho y tras una ducha, me pongo el pijama, abro un poco las ventanas con las persianas bajadas y me siento delante de la televisión con un paquete de galletas que tenía en uno de los armarios y que por suerte no ha caducado. No conozco ninguno de los programas que hacen en esos momentos y tampoco quiero ver las noticias, así que acabo viendo a un par de gemelos que te renuevan la casa en cuestión de días. Intento beber agua del grifo, pero me sabe a rayos, así que como no me apetece vestirme para bajar al supermercado decido abrir otra botella de vino, esta vez de vino blanco, para que acompañe las galletas. Antes de que me dé cuenta me he bebido la botella y caigo de nuevo en un inevitable sopor. Durante la noche doy mil vueltas y me despierto en varias ocasiones empapada en sudor y con el corazón acelerado, pero me ducho, me cambio de pijama y me recuesto en la cama acurrucada invadida por la desesperación y el cansancio.

Al tercer día me despierto cerca de las ocho de la noche y finalmente decido vestirme con lo primero que encuentro en la maleta que todavía se encuentra en la entrada de casa y bajar al supermercado que hay cerca del



apartamento. Me pongo una chaqueta ancha sobre la parte de arriba del pijama con unos vaqueros y corro antes de que cierren. Debo de tener una pinta horrible ya que nada más entrar, y a pesar de forzar una sonrisa y avisar a la cajera de que me daré prisa, me mira con cierto estupor. Corro por los pasillos del supermercado con la cesta cogiendo cosas sin detenerme a mirar. Galletas, café, un par de *pizzas*, agua y vino. Me doy cuenta de que llevo más botellas de vino que de agua cuando la dependienta amablemente me ayuda y lo pone en dos bolsas que cargo hasta casa tras pagar. Cuando entro en el portal de casa la vecina del piso de bajo tropieza conmigo al salir y me saluda con una amplia sonrisa. Creo que la habré visto menos de cinco veces en mi vida, pero he de decir que siempre es encantadora y me invita a que un día baje a su casa a tomar un café. Fuerzo una sonrisa y le digo que estoy bastante ocupada, pero que lo intentaré. Supongo que es lo que se suele decir en este tipo de ocasiones.

Cuando llevo cinco días desconectada de la realidad, medio borracha a todas horas, comiendo galletas e intentando descubrir como esos gemelos de la televisión consiguen hacer esas enormes reformas, recibo una llamada. El teléfono móvil no deja de iluminarse sobre la mesa y lo miro con una especie de pánico. Antes de que me dé cuenta y tras no cargarlo durante estos días se apaga y deja de iluminarse. Me quedo embobada mirando hacia la mesita mientras me llevo la botella de vino a los labios. Durante estos días he acabado con todas las existencias de vasos limpios y no recuerdo cómo funciona el lavavajillas.

Mi día a día se convierte en levantarme cansada, soportar el día agotada por no poder dormir del tirón durante la noche y ver programas de todo tipo en la televisión. He vuelto a conectar el teléfono móvil para hacer un pedido de comida a domicilio. La ausencia de galletas o algo sólido me está causando cierta debilidad. Lo enciendo, hago el pedido y lo vuelvo a apagar, no sea que sigan entrándome mensajes. No mantengo contacto durante un par de semanas con nadie, a excepción de los repartidores de comida a domicilio. Empiezo a plantearme la necesidad de bajar un día de estos la basura al contenedor, pero solo cuando el barrio duerma y no tenga que cruzarme con ningún vecino que me pregunte y me sienta en la obligación de sonreír. Vivo intentando dejar de sentir culpabilidad por todo lo acontecido en estos últimos meses, intentando no recordar nada a lo que aferrarme. En esos momentos en los que no puedo aplacar los pensamientos, una parte de mí

misma desearía haber muerto en aquella misión en Uganda con mis compañeros o incluso haberme cambiado por Fatuma. En ocasiones, me despierto en mitad de la noche con fuertes temblores y las reacciones que estoy teniendo últimamente no son lógicas, lo sé, pero no puedo evitarlas. Si me acerco a alguien puedo arrastrarlo a mi infierno y destruir sus perfectos mundos en los que viven. Vuelvo a pensar toda la noche hasta que recuerdo que después de aquella horrible misión, me recetaron pastillas para el dolor, así que me levanto como puedo del sofá y las busco con desesperación en el cuarto de baño.

No sé qué hora es o en qué día estamos cuando me despierto sobresaltada por el timbre de la puerta. Con violencia cae una de las botellas que ocupan la mesita frente al sofá donde duermo últimamente.

—¡Mierda! —exclamo, y no puedo evitar soltar una pequeña y siniestra carcajada al ver el desastre que hay a mi alrededor.

Vuelven a tocar al timbre de la puerta con bastante impaciencia. Me levanto y la cabeza me da vueltas, así que me sujeto en el brazo del sofá. Creo que voy más mareada si cabe que anoche. ¿O es de día? «¿Quién será a estas horas? Nadie sabe que estoy aquí» Mis pensamientos los interrumpen unos golpes en la puerta que resuenan en mi cabeza como un mazo golpeándome. Sin darme cuenta piso uno de los cristales de la botella que se ha estrellado contra el suelo y ante la insistencia me dirijo a la entrada cojeando.

—¡Ya voy! Un segundo, joder. ¡Qué impaciencia! —grito de forma muy descortés.

Me da igual quién sea y qué problema tenga. No se puede ir así a casa de alguien y golpear la puerta de esa manera. Voy cojeando por el pasillo, golpeándome en varias ocasiones contra la pared al perder el equilibrio, aunque más animada que otros días. Esas pastillas están haciendo milagros con mi humor. Miro por la mirilla, la claridad que entra por las escaleras me ciega. Veo una mano que se acerca a la mirilla y vuelve a golpear la puerta con fuerza.

—¡Amelia, abre la puta puerta o la tiro abajo! —escucho al otro lado de la puerta.

—¡Joder, Xavier! ¿Qué haces tú aquí? Vas a despertar a mis vecinos con esas voces —contesto tras la puerta.

—Amelia, son las cinco de la tarde. Tus vecinos deben estar bien despiertos —contesta con voz grave y autoritaria —Abre la puerta, Amelia.

Recelosa miro a mi alrededor, todo está oscuro y no recuerdo hace cuantos días abrí una ventana.

—Xavier, estoy ocupada. No esperaba visita —digo finalmente con una especie de risotada causada por los nervios, aunque orgullosa de mi agilidad mental.

—¿Ocupada con qué? —pregunta Xavier hosco.

Pienso durante un par de segundos.

—De acuerdo, pero solo un momento —digo pensando en abrir, sonreír, agradecerle la visita y volver a mi mundo cuando me deje en paz. Además, le informo a través de la puerta —Estaba durmiendo.

Giro la llave. Tengo un extraño temblor últimamente en las manos cuando me levanto y abro la puerta un poco, provocando que cierre los ojos al instante al deslumbrarme con la claridad.

—Hola. Tengo migraña y estaba durmiendo. Deberías de haber llamado —digo sin mirarle a los ojos intentando parecer tranquila y forzando una estúpida sonrisa.

—Lo he hecho. Te he estado llamando durante más de diez jodidos días —contesta Xavier serio y ordena —Déjame pasar.

—No es buen momento —intento retenerlo en el rellano de la escalera.

—Me importa una mierda —dice haciéndome a un lado y entrando.

Xavier enseguida encuentra el interruptor y enciende la luz del pasillo.

—¿Por qué tienes esto tan frío y oscuro? —pregunta frunciendo el ceño, serio.

—Te lo he dicho. Estaba durmiendo y tengo migraña —contesto

cabreada porque no me hace ni caso.

—De acuerdo. ¿Qué te estás tomando para el dolor de cabeza? — pregunta escudriñándome de arriba abajo. Creo que lo que está viendo no le gusta y pregunta —¿Qué está pasando aquí?

—¿Por qué no te vas a la mierda? —le pregunto airada tras su mirada de desaprobación. Ya van dos veces que se me ha trabado la lengua y no me mantengo casi en pie.

—Tú ya estás en ella, ¿no? —pregunta Xavier colérico cuando entra al salón —¿Qué es todo esto? ¿Estás borracha?

—No, no lo estoy —le grito furiosa —¡Sal de mi casa!

Estoy a punto de perder el equilibrio y es cuando se da cuenta de que voy cojeando y hay un pequeño charco de sangre junto al pie que no apoyo del todo.

—Estás sangrando —dice asustado dando un par de zancadas acercándose a mí.

Creo que en sus ojos veo pánico, pero cuando está a mi lado le doy un bofetón que literalmente retumba en toda la casa, lo que hace que se paralice por un instante mirándome con el ceño fruncido.

—¡Sal de mi casa! —digo sin poder controlarme y empiezo a golpearle cuando intenta acercarse —Déjame sola.

—Amelia, eh, eh, eh. Amelia, estate quieta, tranquila —dice sujetándome con decisión los puños mientras yo me revuelvo contra él dándole paradas.

—Déjame, quiero estar sola. No puedo más. Quiero que te vayas —grito mientras empiezo a llorar desconsolada y furiosa sin parar de retorcerme entre sus brazos que intentan sujetarme.

Xavier apoya mi espalda contra su pecho y rodea mi cuerpo sujetando por delante mis brazos con una sola mano mientras se acerca a la mesita y recoge el frasco de pastillas medio vacía.

—Joder, Ame ¿Cuántas te has tomado de estas? —pregunta abriendo el

bote y observándolo medio vacío.

Continúo retorciéndome contra él intentando que me suelte, aunque Xavier me agarra con fuerza y no permite que mis pies rocen el suelo cuando ve todos los cristales esparcidos por el suelo del salón. Sigo golpeándole todo lo fuerte que puedo con mis pies descalzos, aunque él no se inmute y me lleve a rastras abriendo la primera puerta del pasillo y localizando el cuarto de baño. Diligente, se saca los zapatos y la americana como puede, y entra en la ducha conmigo a rastras. Doy un fuerte grito y sigo retorciéndome todo lo que puedo cuando abre el grifo y el agua, más bien fría, empieza a correr sobre nuestros cuerpos vestidos.

—¿Qué narices estás haciendo? Te odio, te odio —le grito sin cejar en mi empeño de soltarme.

—Me parece perfecto —dice serio colocándome en el centro para que la mayor parte del agua caiga sobre mí —¿Quieres dejar de moverte? Vas a hacerte daño.

De la cólera poco a poco voy pasando al llanto. Un llanto triste e incontrolable en los brazos de Xavier quien no hace ni un ápice de intención en soltarme. Él intenta calmarme abrazándome por la espalda mientras yo, derrotada y vencida me intento dejar caer en el suelo. Ya no hay nada que me pueda mantener erguida que no sean sus brazos. Ya no puedo más.

—Shhh —intenta acallar mi llanto Xavier con cariño y delicadeza — Todo se va a solucionar. Tranquila, Amelia.

Dejo todo el peso de mi cuerpo caer sobre sus brazos y su cuerpo. La cabeza me va a estallar y no puedo hacer nada más que no sea rendirme y caer rota en ese terrible vacío que temía. Xavier me echa el pelo hacia atrás con una de sus manos y deja caer la alfombrilla del baño, sale y agarra una mullida toalla.

—Ame, sácate esa ropa, veras como enseguida te encuentras mejor. ¿Dónde tienes ropa limpia? —pregunta levantándose la barbilla con su dedo índice con ternura y añade cuando ve que no le contesto —Espérame aquí un momento.

Lo oigo hablar como a lo lejos y cuando me suelta me voy dejando caer

hasta quedarme sentada en el suelo de la ducha, abrazada a mis piernas en silencio. No sé cuánto tiempo tarda en volver, pero entra de nuevo vistiendo unos vaqueros y una camiseta seca mientras, con una toalla se seca enérgicamente el pelo. En la otra mano lleva un pijama que deja sobre el armario.

—Vamos, Amelia. Levanta. Sácate esa ropa o vas a resfriarte —dice levantándose del suelo y sacándose de la ducha —Venga, siéntate aquí. Deja que te examine el corte del pie.

Xavier me ayuda a sacarme la ropa mojada y secarme el pelo. El acto no tiene nada de sexual y lo hago mecánicamente. Lo miro y no lo veo, aunque está allí, cubriéndome con la toalla y ayudándome a que introduzca los brazos por la chaqueta del pijama. Abre todos los cajones del armario hasta encontrar algo con lo que desinfectar el corte y vendas para cubrirlo. Todo el proceso lo hace con extremo cuidado muy serio, mientras yo permanezco en silencio.

—No te preocupes, no te tendrán que poner puntos —dice vendando el talón.

Ya no tengo ganas de luchar con él. Ya no tengo ganas de nada, así que me encierro en mi mente y espero que todo pase y se vuelva a marchar. Me lleva con cuidado al cuarto y me deja apoyada contra el armario mientras con movimientos rápidos estira las sabanas y hace la cama que yo nunca termine de hacer.

—Vamos, métete en la cama —me pide abriendo la sabana —Cuando despiertes estarás mejor.

No sé por qué vuelvo a obedecerle y me meto en la cama en silencio. Una vez tumbada me hago un ovillo mientras él me cubre con la sabana y una manta que encuentra en el armario. Me quita un mechón de pelo de la cara y acerca sus labios a mi frente.

—Descansa, verás cómo te encontrarás mejor cuando descanses —susurra Xavier.

—Por favor, no te vayas —le pido aterrada cuando veo que se gira y se dirige a la puerta de la habitación.

—No me voy a ninguna parte. Tranquila —dice y con decisión acerca un sillón que hay en una de las esquinas de la habitación y se sienta al lado de la cama.

Instintivamente saco mi mano y agarro la suya como si fuera un náufrago y su contacto fuera lo único que me pudiera salvar. Xavier la acaricia con el dedo pulgar y no me la suelta en ningún momento a pesar de lo incómodo de su posición. Me despierto en numerosas ocasiones durante la noche con temblores que sacuden mi cansado cuerpo y mi agotada mente, pero Xavier calma mi desesperación en cada una de ellas.

Despierto al día siguiente por el leve sonido y el aroma que llega de la cocina. Tardo unos instantes en darme cuenta de dónde estoy. Me miro y veo que llevo un pijama que no es mío.

—¡Buenos días! —dice Xavier entrando a la habitación con una taza de café y levantando la persiana de la habitación para que entre la claridad.

—¿Qué hora es? —le pregunto intentando incorporarme en la cama.

—Temprano —dice con un leve gesto en su rostro.

—El pijama, ¿es tuyo? —pregunto avergonzada.

—Sí, tu ropa estaba mojada y no sabía dónde buscar —dice sereno, sentándose en el sillón cruzándose de piernas y, dejando el café junto a mí en la mesita de noche, me pregunta —¿Recuerdas algo?

—No —digo confusa y triste —bueno, sí. No sé. ¿Qué haces aquí?

—Estar contigo. ¿Cuéntame, qué recuerdas? —pregunta mientras me acerca la taza de café —Toma, te sentará bien.

Alargo mis manos para agarrarla y me doy cuenta de que tiemblan. Instintivamente lo miro a los ojos.

—Debes marcharte —susurro escondiendo mis brazos bajo las sábanas.

—¿Por qué? ¿Para seguir destruyéndote tú sola? —dice con ironía y tras frotarse los muslos con las manos sobre el pantalón se levanta y sentencia —Vamos, levántate. Te prepararé algo de desayunar y hablaremos.

Mientras le oigo trastear en la cocina, entro al cuarto de baño y me quedo paralizada por el rostro que veo reflejado en el espejo. Mi piel está más pálida de lo normal, grandes ojeras oscuras la adornan de manera tétrica y mis pupilas están bastante dilatadas. Mientras abro el grifo para lavarme la cara me doy cuenta de que mis manos, más huesudas que nunca, continúan temblando. Echo un vistazo a la habitación y no veo la maleta, así que voy andando descalza hasta la cocina.

—Deberías ponerte algún calzado, puede quedar algún cristal por la casa —me sermonea Xavier.

Me acerco al armario de pared y saco unas zapatillas de estar por casa.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto seria en el vano de la puerta.

—Fue simple, seguí el rastro de tu tarjeta de crédito —dice Xavier indicándome que entre al salón donde ha dispuesto una mesa con café recién hecho, zumo de naranja y tostadas.

—¿Tenía yo todo esto en la nevera? —pregunto sorprendida y confundida.

—No, he bajado esta mañana a comprar algo de comer. Tenías la nevera vacía —añade sentándose en una silla tras retirarme una silla para mí de la mesa del salón. Subo uno de mis pies a la silla y me abrazo a mi pierna pensativa sentada en la mesa —Siéntate bien y come.

—Estoy de excedencia. ¿Qué haces aquí? —pregunto ofuscada.

—Los amigos no se toman excedencias —dice mordiendo una tostada a la que ha untado tomate rallado mientras pone frente a mí un plato con otra igual —¡Come!

Xavier me observa en todo momento. No tengo hambre, pero finalmente decido coger la taza de café que tengo delante.

—¿Tu familia sabe que estás aquí? —pregunta Xavier serio.

—No.

—¿Tus amigos? —añade imperturbable.



—No, me apetece estar sola y no soy buena compañía en estos momentos —susurro llevándome la taza a los labios.

Xavier enarca una ceja y saca el teléfono móvil de su bolsillo trasero del pantalón. Desliza un dedo sobre la pantalla. Lee tranquilo, vuelve a bloquearlo y guardarlo en su pantalón. Giro mi rostro y miro el salón. Está todo ordenado y limpio y, en la cocina he podido observar que ya no quedan cajas de comida a domicilio ni botellas vacías de alcohol sobre la encimera.

—¿Por qué no eres buena compañía? —pregunta cruzándose de piernas.

—No necesito que vengas a psicoanalizarme —digo terca dejando la taza sobre la mesa.

—No te estoy psicoanalizando. Estoy intentando entender en qué he fallado —contesta Xavier serio.

—Tú no has fallado —respondo rápida sin pensar —He sido yo la que ha fallado.

—¿Y cuándo lo has hecho? —pregunta, tranquilo.

—No lo hagas —susurro obstinada.

—¿Que no haga el qué? —pregunta terminando su tostada.

—Preguntarme cosas. Sé cómo funciona esto —contesto con rabia.

—Vale, no quieres hablar. Demos un paseo —sentencia sirviendo más café.

—No me apetece. Quiero estar sola —contesto, tozuda.

—¿Confías en mí? —pregunta guiñándome un ojo con una leve sonrisa.

—No —contesto y Xavier enarca una ceja mirándome fijamente y ampliando su sonrisa —Bueno, sí. Confío en ti.

—Perfecto, pues vístete. Necesito dar un paseo —dice sereno y añade señalando la mesa —Yo recogeré todo esto mientras tanto.

Me levanto despacio y busco mi maleta. Antes estaba tirada en la entrada, abierta y con cosas por el suelo. Ahora está en la habitación de

invitados cerrada. La llevo a mi habitación y busco algo que ponerme. Unos vaqueros y una camiseta irán bien. Mientras me visto, me doy cuenta, para mi sorpresa, de que durante estos días he adelgazado bastante. Antes de que pueda terminar, me giro al sentir que Xavier está esperándome en la puerta de la habitación observándome meditabundo. Cuando se percata que yo también lo observo, sonrío.

—¿Estás preparada? —pregunta.

—No —contesto, algo aterrada por salir al exterior.

Me cruzo el bolso sobre el pecho, me pongo un pañuelo al cuello y atravieso la habitación nerviosa para dirigirme a la puerta donde me espera mientras abre la puerta para dejarme pasar. Nos dirigimos a la ladera del río que hay a escasos metros de mi apartamento. Hace buena temperatura y, aunque al principio me agobie por estar en un espacio abierto después de tantos días en el apartamento, es agradable sentir los cálidos rayos de sol de esta época del año en el rostro. Xavier camina a mi lado con las manos en los bolsillos. Paseamos tranquilos y en silencio durante un rato hasta que nos damos cuenta de que hemos llegado al final de la ladera que esta arreglada para su disfrute. Xavier me observa y tras pasarme el brazo por los hombros me acerca a su cuerpo e iniciamos el regreso en silencio. Sentirme tan cerca de él hace que me sienta un poco más tranquila. Todavía recuerdo aquellos momentos en los que ese simple gesto hacia que todo mi cuerpo temblara de lo nerviosa que me ponía por su cercanía. Ahora es diferente, es un gesto de protección que me indica que está a mi lado, que puedo contar con él, aunque a mi mente le cueste procesarlo. Pasamos más de una hora paseando sin cruzar una sola palabra. Cuando estamos llegando al apartamento me doy cuenta de lo cansada que estoy y de que el paseo no ha sido tan buena idea para mi herida del pie. Xavier me la examina nada más llegar al apartamento y se cerciora de que no apoye más el pie. Mientras él baja al supermercado a por más provisiones, me deja con el pie apoyado sobre la mesita del café encima de un cojín. Siento que el silencio me envuelve de nuevo y es cuando inconscientemente alargo una de mis manos y agarro mi teléfono móvil que descansa sobre la mesita. Lo desbloqueo, voy directamente al WhatsApp y abro el mensaje de Aiden antes que cualquier otro.

*«Recuerda que aun cuando todo está oscuro, puedes ver las estrellas»*

No puedo evitar que el corazón se me encoja al leer sus palabras y ver su foto en la pantalla. Intento respirar, pero me cuesta y antes de que me dé cuenta estoy haciendo un puchero y me pongo a llorar desconsolada tumbada en el sofá. No puedo dejar de pensar en él, lo feliz que he sido a su lado y como poco a poco, he fastidiado todo lo que teníamos. Lo he hecho para protegerlo, para que todo lo que a mí me estaba afectando no le llegara a él. No me percaté que Xavier ha entrado por la puerta. Cuando me ve llorando de nuevo deja presuroso las bolsas que trae y se acucilla asustado frente a mí.

—Ame, ¿qué sucede? —pregunta intentando levantar mi cuerpo del sofá.

No puedo contestar por el desasosiego que siento. Las lágrimas no dejan de recorrer mi rostro, liberadas por fin.

—La he fastidiado, Xavier, y no puedo evitar echarle de menos —confieso finalmente entre hipidos.

—Eh, Ame. No has fastidiado nada. Cálmate —dice abrazándome sentado a mi lado en el sofá —Todo se va a solucionar.

No volvemos a hablar. Mientras yo descanso y duermo en el sofá, Xavier prepara algo para comer. Comemos hablando lo mínimo, no me salen las palabras y Xavier respeta que no pueda o no tenga la necesidad de hablar. Simplemente me acompaña y espera pacientemente. Pasan un par de días. El pie ya está completamente curado y nosotros continuamos con la rutina de paseos cada vez más prolongados, comidas en casa, y tardes viendo programas y documentales de la televisión. Uno de los días Xavier se levanta y decide que es hora de hacer algo diferente. Así que salimos temprano de casa y conduce hasta una de las playas cercanas. No puedo evitar inspirar profundamente cuando nos acercamos a la arena y lleno mis pulmones con aire y brisa que llega del mar. Hace buen tiempo, pero la playa todavía no ha sido invadida por turistas. En esa época del año solo se ve alguna que otra persona haciendo deporte o pasear a sus perros por la orilla de la playa. Caminamos el uno al lado del otro hasta que le pido que nos sentemos.

—Cuando cierro los ojos no dejo de ver el rostro aterrado de Fatuma corriendo hacia mí. Ese miedo de sus ojos no me abandona, y ha hecho que momentos que creía que tenía superados volvieran a mi mente y resuciten

con fuerza —digo finalmente mirando como las olas del mediterráneo rompen en la arena a pocos metros de nosotros —Le fallé, Xavier. Ella era mi amiga y la pusimos en primera línea. No la protegimos y yo no puedo dejar de revivir esos instantes. Por favor, no digas nada, déjame hablar —le pido cuando veo que va a contestar a mis palabras —Tengo miedo, tengo miedo de que no lo estemos haciendo bien y por nuestra culpa esté muriendo gente. Tengo terror a que vuelva a suceder lo que pasó en Uganda. Xavier, no podría volver a soportar lo que vi allí, ver como los torturaban y saber que nosotros íbamos a ser los siguientes. Todo ese tiempo que nos hicieron permanecer allí sabiendo que íbamos a morir ha vuelto y no me deja dormir. Tengo miedo de no saber hacer de nuevo mi trabajo, de que en cualquier misión volvamos a vivir lo que sucedió allí. Cierro los ojos y siento como si la piel se me volviera a desgarrar en las manos de Kattanga. Su aliento cerca de mi cara, cada una de sus palabras mientras jugaba con su enorme cuchillo desgarrando mi piel para marcarme, para que me fuera desangrando mientras no dejaba de tocarme. Escuchar tus gritos, cómo te golpeaban y volver a recordar cómo pedía al cielo que nos pegaran un tiro a cada uno y dejáramos de sufrir toda aquella agonía. Me siento culpable por haber sacado la fuerza de enfrentarnos, de no ser yo la que muriera esa noche degollada por ese sucio machete que acabó con la vida de nuestros compañeros. Cada día que me miro al espejo y miro las cicatrices recuerdo su mirada y temo volver a enfrentarme a otra nueva situación y poner en peligro al equipo por no poder reaccionar. Temo volver a pasar por ese infierno y llevarme por delante a todas las personas que quiero y que están a mi lado. Y sabes lo mucho que desconfío de las personas y lo mucho que me cuesta poder contar lo que siento.

Xavier permanece unos instantes en silencio a mi lado jugueteando con la arena que cae entre sus dedos.

—¿Qué crees, que yo no tengo miedo en alguna ocasión? ¿Que no hay días en los que mandarían todo a la mierda y cambiaría de trabajo? Yo también en muchas ocasiones tengo dudas, pero estamos para ayudar. ¿Cuántos ataques hemos evitado? Por cada muerte que vemos, ¿cuántas hemos salvado? No podemos salvar a todo el mundo, pero nos dejamos la piel en ello, créeme que estoy seguro de ello. Arriesgaste tu vida por Fatuma y tanto ella como todos los que han perdido la vida en alguna misión sabían en todo momento a lo que se arriesgaban. Como tú y como yo lo hemos sabido

siempre. ¿Tienes miedo? —pregunta mirando al horizonte —Realmente me asustaría si me dijeras que no lo tienes. Es normal, es condición humana y Kattanga ha sido una pesadilla, pero debería entrarte algo en la cabeza, NO —dice elevando un poco la voz —fue nuestra culpa salir de allí con vida, NO fue nuestra culpa lo que les paso a los compañeros. Sufrimos una emboscada y ambos salimos mal parados.

—Tú estás bien —discrepo de las palabras de Xavier.

—¿Estoy bien? —pregunta, irónico —Yo también tengo pesadillas. Muchas menos que tú, pero las tengo. Sí lo hablaras con un médico te darías cuenta de que es normal, que es un proceso por el cual tu mente debe pasar. Para mí no fue fácil lo que sucedió en aquellas cuatro paredes mientras permanecemos encadenados. Nadie en esta vida merece las torturas que sufrimos, pero intento contrarrestarlo pensando en las cosas buenas que hacemos. Date un respiro, la vida por desgracia no es justa y en muchas ocasiones suceden cosas que no nos merecemos. Cada vez que mires tus cicatrices, recuerda que Kattanga no pudo contigo, que te enfrentaste a ellos y sobrevivimos saliendo de allí. Que luchaste por tu vida y por las vidas de todas las personas a las que, sin ellos saberlo, has ayudado. ¿Sabes? Deberías estar orgullosa de lo mucho que has luchado para desmontarle sus planes, desplomar la estructura de su organización, sus aliados, arrasar sus reservas de armas, sus campamentos..., muchas de esas cosas no hubieran sido posibles si no hubiera sido por ti —dice dándome un leve empujón con su hombro en el mío

—¿Qué voy a hacer? —le pregunto con un fuerte suspiro.

—Recuperarte y volver al trabajo. Hemos nacido para esto por mucho que en ocasiones pensemos que no —contesta guiñándome un ojo.

—Si alguien se entera de esto, no me dejaran volver —digo inquieta.

—Nadie tiene porque enterarse —resuelve encogiéndose de hombros y después de unos minutos de silencio añade —Ame, yo también tengo mis propias pesadillas, no sabes lo mucho que siento no haber sabido protegerte mejor, que sufieras todo lo que allí nos hicieron pasar y haberte perdido desde ese momento.

Tras sus palabras permanecemos en silencio ambos mirando al horizonte.

No sé qué contestar a su confesión y ante al alboroto de mis pensamientos permanezco en silencio. Poco a poco, me doy cuenta de que las lágrimas han cesado y serena empiezo a analizar y ordenar sus palabras en mi mente.

## CAPÍTULO 4



Esa noche tengo otra pesadilla y Xavier, que duerme en el sofá desde su llegada, corre a mi habitación y se tumba a mi lado calmando mi ansiedad. No es la primera vez que nos quedamos durmiendo juntos tras calmar mi respiración y mi corazón. Las pesadillas persisten, pero en las siguientes noches son cada vez menos habituales. Una de las mañanas me despierto antes que él y le preparo café que le llevo al salón, me siento en la mesita junto a la taza de café y sin hacer ruido, observo su respiración. Parece tan tranquilo y serio cuando duerme que siempre me ha sorprendido, es todo lo contrario a lo que es cuando está despierto. Xavier es una persona súper nerviosa que no se puede estar quieto y siempre va regalando sonrisas a todo el mundo.

—¿Se puede saber qué narices miras? —pregunta con voz ronca.

—A ti —digo con una sonrisa.

—Deja de mirarme —insiste mientras yo no puedo evitar sonreír ante su incomodidad y pregunta mientras se despereza—Has madrugado, ¿sucede algo?

—No, solo he pensado que antes de irnos debería visitar a mi madre y pasar un día con ella.

—¿Irnos? —pregunta Xavier socarrón.

—Sí, debería empezar a pensar en hacer algo. Debo empezar a coger las riendas de mi vida de nuevo e intentar solucionar todo el desastre que he hecho con la gente que me rodea —digo con una pequeña mueca.

—Tienes a mucha gente a tu alrededor que te quiere, será fácil —dice agarrando la taza de café y llevándosela a los labios y tras unos segundos me sorprende exclamando —¡Gracias al cielo! Ya estaba hasta las mismísimas

narices de ver programas de reformas y decoración cada día. Me estaba acartonando.

Lo miro achinando los ojos y no puedo evitar lanzarle un cojín. Llamo a mi madre y quedo con ella para verla al día siguiente. No le he dicho que he estado en España todo este tiempo, simplemente que estaré de paso y que pasaré a verla. Tampoco es que me haya hecho mucho caso, acaba de regresar con unas amigas de viaje y está ocupada visitando a otras. También he quedado con un par de amigas, después de esta excedencia no sé cuantos meses tardaré en poder volver a España.

Ese día decidimos, o más bien decido, que deberíamos acercarnos a la playa a dar un último paseo y comer en uno de los numerosos restaurantes de la costa. Xavier no está muy convencido, pero finalmente accede a mi petición. La playa vuelve a estar desierta, no es como hace unos días en los que caminábamos en silencio el uno al lado del otro. Cuando estamos llegando y veo en el horizonte la playa, acelero el paso y empiezo a dar saltitos de alegría mientras Xavier carga con las toallas. Hace una espléndida mañana de cielo azul y el sol brilla calentándonos con sus intensos rayos de sol.

—Xavi, bañémonos —digo entusiasmada.

—¿Llevas el bañador puesto? —pregunta Xavier irónico, enarcando una ceja.

—No hay nadie, no lo necesitamos —digo mordiéndome el labio divertida y levantando las cejas un par de veces.

—¿Sabes que pueden detenerte? —apunta Xavier precavido.

—¡Esta playa es nudista! —exclamo y echo a correr por la estrecha pasarela de madera que llega casi a la orilla de la playa.

Cuando llego a la orilla, miro a un lado y a otro, no hay nadie. Sin pensarlo me saco las sandalias, agarro los bajos del vestido y estiro decidida hacia arriba, sacándomelo por la cabeza y tirándolo en la arena sin consideración. Me giro un poco cubriéndome con mis brazos los pechos mientras no puedo evitar reír al ver la cara de sorpresa de Xavier.



—Vamos gruñón, haz una locura por un día —le tiento, y con una sonrisa en mis labios y solo con las braguitas puestas, me acerco a la orilla mojando mis pies. Me estremezco de lo fría que está y no puedo evitar dar un grito y hacer aspavientos con mis brazos riendo al volver a sentirme viva — ¡Joder, esta fría de narices!

—Haz el favor, vas a resfriarte —apunta Xavier sentándose en la arena junto a mi ropa.

No le hago caso y poco a poco voy entrando en el mar hasta que el agua me llega a la cintura y es cuando decidida me sumerjo del todo bajo el agua.

—¡Ohhh! ¡Madre mía! —grito emergiendo del agua, echándome el pelo hacia atrás.

—Estás loca, lo sabes, ¿verdad? —dice Xavier riendo a carcajadas sin quitarme los ojos de encima.

Una vez mi cuerpo se ha acostumbrado permanezco un tiempo dentro nadando y chapoteando. El mar y el sol hace que mis pensamientos se calmen. Así que disfruto de un momento de calma interior en la soledad del tranquilo mar Mediterráneo de ese día.

—¡Xavi! —llamo cuando ya me he cansado de chapotear.

—¿Sí? —pregunta bajándose las gafas de sol con la mano sobre la nariz.

—Voy a salir —anuncio.

—De acuerdo —dice con una sonrisa.

—No mires —digo un poco avergonzada después de todo.

—Ame, no seas cría. Ya te he visto alguna que otra vez con menos ropa que hoy —dice extrañado frunciendo el ceño.

—Bueno, ya, pero no mires —digo infantil.

—¿Y si te secuestran? —pregunta divertido ante mi sonrojo.

—¿Quién? ¿Una gaviota? —grito desde el agua con vergüenza.

Xavier se sujeta las gafas en la cabeza y pone una de sus manos

cubriendo sus ojos con una sonrisa. Salgo del agua y me acerco a él casi dando brincos del frío que siento en el cuerpo.

—¡Joder, que frío hace! —exclamo mientras me cubro con una de las toallas tiritando.

Xavier ríe por mis palabras.

—Mira a tu alrededor. ¿Ves a alguien? —pregunta Xavier divertido levantándose del suelo —Eso debería ser señal suficiente de que todavía no es momento para los baños en el mar.

—Me apetecía mucho —digo con una mueca infantil intentando cubrirme al máximo con la toalla por el frío.

—Ven aquí —dice Xavier divertido tirando de mí y empezando a frotarme los brazos para que entre en calor.

Ambos reímos cuando cierro los ojos y el aroma de su piel me traslada a otro tiempo. Estamos tan cerca que hasta siento el calor que emite su cuerpo. Las risas han cesado, ambos nos miramos a los ojos con una leve sonrisa. Xavier desliza las manos hasta mis caderas y atrae mi cuerpo al suyo. Veo que se muerde el labio y hace un pequeño movimiento con las cejas acercando sus labios a los míos, cuando un par de recuerdos aparecen como dos nítidas fotografías de Aiden. Me aparto rápidamente de él dando un fuerte suspiro y me empiezo a vestir en silencio. Ay, madre mía, que difícil está la cosa. En estos días me he sentido tan cerca de Xavier como antes de Uganda. Necesito parar todo esto.

—Perdona —digo apartándome de él —Nos hemos dejado llevar.

—Me habías pedido que hiciera una locura por un día. Discúlpame, sé que estás o estabas o no sé qué tienes con Horwood, pero uno no es de piedra —contesta Xavier recogiendo una de las toallas del suelo y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

En el fondo tiene razón y me siento mal cuando lo veo que empieza a caminar un poco cabizbajo hacia la pasarela de madera.

—Vamos, cielo. Me debes un par de cervezas para bajarme el calentón que llevo —dice sin girarse levantando uno de sus brazos.

Inmediatamente agarro las sandalias y corro detrás de él por la pasarela. Comemos en uno de los chiringuitos que hay abiertos frente a la playa y aunque insisto en pagar, no me permite hacerlo. Antes de regresar a casa, caminamos tomando un helado por el paseo. No nos hemos dado cuenta y acabamos hablando de varias misiones que en estos momentos lleva Xavier. Cuando me doy cuenta, me quedo en silencio unos instantes. Francamente, hablando con él me doy cuenta de lo mucho que disfruto analizando datos y situaciones. Cada día me voy sintiendo más cómoda y más relajada, incluso ya empiezo a dormir noches enteras.

A la mañana siguiente he quedado con mi madre para desayunar mientras Xavi se queda en casa trabajando con el ordenador portátil. Para variar, mi madre, aparte de conmigo ha quedado con más gente y me pide que pase a recogerla a la mercería de una amiga que ha ido a visitar después de estar fuera unos días. Cuando me ven aparecer las dos empiezan a hablar descaradamente como dos marujas de mi sin ninguna vergüenza. Se conocen desde hace más de cincuenta años y aún siguen quedando a desayunar y hablar de vez en cuando. No puedo evitar sonreír cuando Merche me da un cariñoso abrazo y recuerdan lo pequeña que era cuando iba y jugaba detrás del mostrador. Espero unos minutos más hasta que terminan con sus confidencias y me marchó con mi madre que sigue igual de ocupada que siempre.

—¿Comes en casa? —me pregunta mientras caminamos hacia la cafetería.

—No, he quedado a comer con Bego. Luego pasará a por mí —digo eligiendo donde sentarnos en la terraza.

Mi madre me cuenta todos las novedades y su viaje al norte. No deja de repetir lo bonita que es la zona de La Rioja, quienes han ido, lo que han visto y lo que se han comprado. Habla y habla sin parar, en varias ocasiones en mi vida me he preguntado cómo podemos llegar a ser tan diferentes. No tarda en conducir la conversación hacia sus temas médicos. Me cuenta que no puede estarse quieta y que se pone nerviosa si se queda todo el día en casa.

—Debería irme a visitarte unas semanas —resuelve finalmente provocando que casi me atragante con el té que me estoy tomando.

Estar con ella es agradable, pero es complicado seguir su ritmo en algunas ocasiones. Ya en casa, mientras espero a que llegue la hora en la que Bego pasará a recogerme, continúa con su charla y me explica todo lo que ha comprado. En ese momento recuerdo que le había traído unos dulces de París. Anoche Xavier y yo abrimos una caja y miramos las fechas para comprobar que estuvieran en condiciones óptimas después de los días que han pasado guardados en la maleta.

—Ohh, querida, esos dulces pueden estar buenos, pero tú no has probado los mazapanes que he traído de Logroño —dice dejando a un lado los preciosos, perfectos y carísimos merenguitos que le he traído de París.

—Mama, pero ¿los mazapanes no se comen en la época de Navidad? —rechisto ante mi sorpresa de que menosprecie los delicados dulces.

—Querida, estos mazapanes de Soto te los comerías hasta en plena ola de calor en agosto —dice sacando varias cajas de un armario mostrándome las variedades mientras me explica —Fuimos al pueblo..., qué gente tan encantadora, todo tan mágico y los mazapanes..., los más ricos que pruebes en tu vida.

Mi madre insiste en que me lleve dos de las cajas que se ha comprado y cuando intenta que me lleve vino también para La Haya le recuerdo que voy en avión y que no me está permitido llevar líquidos. Se queda un poco desilusionada, pero pronto encuentra otro tema de conversación y se anima de nuevo hasta que recibo un mensaje de WhatsApp de Bego de que ya está esperando en la puerta principal del edificio abajo. Le doy un fuerte abrazo a mi madre de despedida, es una mujer singular a la que no hay más remedio que quererla.

—¡Hola! —saludo a Begoña cuando la veo estacionada en la puerta del edificio con una sonrisa.

—¡Hola! —dice bajando del coche y dándome un abrazo.

Dejamos la bolsa con las cajas de mazapanes en el maletero y cuando voy a sentarme en el asiento de acompañante veo dos pequeños cuadros de colores muy vivos.

—¡Qué bonitos! —exclamo sorprendida por la viveza de sus colores y

sus trazos.

—Discúlpame, son de Nacho —dice pasándolos al asiento trasero —va a clase de pintura con mi madre.

—Pues son preciosos, muy Kandinsky —apunto mirando uno de ellos — La próxima vez que venga con más tiempo, avisa a tu madre de que me iré con ellos a pintar una tarde, que hace mil años que no la veo y me apetece darle un fuerte abrazo.

—Siempre dices lo mismo y luego siempre llegas y te vas sin avisar — me sermonea Begoña con una sonrisa sabiendo que no es culpa mía y que muchas veces dependo del trabajo.

Mientras buscamos aparcamiento nos vamos poniendo al día más o menos de cómo estamos. Intento evitar decirle que llevo unas semanas aquí, porque si se lo cuento tendría que contarle también lo que ha sucedido, así que esa parte la obvio. Llegamos al restaurante donde ha reservado. Esta parte siempre se la dejo a ella. Entramos charlando animadamente y nos acercamos a la barra donde dos chicas esperan pacientemente a ser atendidas. No dejan de reír, cuando nos damos cuenta de que éramos compañeras de colegio las cuatro. Al principio se me para el corazón, no sé cómo reaccionar y me pongo nerviosa. Lo sé, soy como un bicho raro y hasta que no me siento cómoda me quedo paralizada. Begoña y ellas sí que han seguido manteniendo la relación así que cuando me ven, sonrían y hacen que todos los nervios acumulados del momento se disuelvan y nos abracemos con cariño. ¡Madre mía! ¡Que ilusión verlas! Yo no sé realmente cómo habré cambiado desde que estudiábamos en el colegio de monjas, pero ellas están iguales. Sin darnos cuenta nos ponemos a hablar de manera animada, cruzando conversaciones atropelladamente hasta que aparece el camarero y le pedimos, si es posible, cambiar la reserva a una mesa de cuatro. Para nuestra satisfacción nos da una mesa en un rincón y podemos hablar tranquilamente.

—Bueno, ¿y qué es de tu vida? Me dijeron que estabas viviendo fuera — dice Nati, una de ellas, con la alegría que le caracterizaba de pequeña.

—Vivo en La Haya —digo con una sonrisa

Y solo con nombrar la ciudad, me doy cuenta de lo mucho que la echo de menos. La ciudad, sus habitantes, mi casa, mi trabajo, mis amigos..., y no

puedo negarlo al que más echo de menos es a Aiden. Las observo como hablan abiertamente de sus cosas. Intento participar en la conversación, pero en ocasiones analizo la situación y me siento extraña. Allí estamos en mundos tan diferentes y tan iguales. Salimos de la misma ciudad y qué diferentes han sido nuestros caminos hasta hoy. No dejan de acribillarme a preguntas que en ocasiones no sé cómo contestar y busco con la mirada a Begoña que reconduce la conversación. No puedo evitar sonreír cuando me doy cuenta de que ocultar o esquivar preguntas de ellas es mucho más complicado que hacerlo en cualquier misión del trabajo. Hablamos de todo y nada, desde trabajos, comida, hijos, militares e incluso chonis. De alegrías y problemas. Ellas me hacen ver que no soy la única que tiene la exclusividad de no encontrarse bien en algunos momentos o que tiene que sortear algún problema. Begoña, Nati y Toñi, en esos momentos, sin que ellas lo sepan, me hacen tener más esperanza que nunca. Y es que como dice el dicho, a veces comer con las mejores amigas que se pueden tener, es toda la terapia que podemos necesitar en ciertos momentos de nuestra vida. Xavier me llama mientras tomamos el café para asegurarse que estoy bien y me comenta que hay un vuelo esa misma noche que podemos coger.

—Me parece perfecto —digo sin dudarlo ni una décima de segundo.

—¿Segura? —pregunta animado Xavier.

—No, pero nunca lo sabré si no lo hago. Así que adelante, compra los billetes y en una hora estaré allí —digo más animada.

Sé que tengo que aprovechar el momento y empezar a recuperar mi vida. Los paseos y las charlas con Xavier me han ayudado mucho, incluidos los paseos en los que ninguno de los dos hablaba. Pasar la mañana con mi madre y qué decir de la comida con las amigas de toda la vida, las que te ponen los pies en la tierra y hacen que te des cuenta de lo que realmente vale la pena, ha sido fundamental también. Nos despedimos las cuatro con una sonrisa en la cara, ha sido muy bonito volver a ver a Nati y a Toñi después de tanto tiempo.

Cuando llego a casa, Xavier ya se ha encargado de casi todo, así que yo termino de hacer mi maleta, comprobamos que todo está cerrado y nos dirigimos al aeropuerto. Nuestro avión va con retraso por las condiciones meteorológicas que hay en estos momentos en Ámsterdam. Nos informan que

hay fuertes rachas de viento así que después de pasear por parte del aeropuerto, esperamos pacientemente en nuestra puerta de embarque.

—¿Has hablado con Horwood? —pregunta Xavier serio mirando su teléfono.

—No —digo sorprendida por su pregunta tan directa.

—¿Te ha escrito? —continúa con su interrogatorio.

—Sí —contesto, extrañada por su curiosidad.

—¿Y tú a él? —continúa, preguntando.

—No —contesto tajante.

—Deberías contestarle —dice serio —Se ha preocupado por ti este tiempo.

Tras la breve conversación nos quedamos callados hasta que subimos al avión y Xavier me ayuda a colocar el equipaje en su sitio y, como es costumbre, me deja pasar al lado de la ventanilla.

—Realmente no entiendo la obsesión que tienes por la ventanilla si a los cinco minutos de despegar te duermes —dice socarrón.

Avisan por megafonía de que vamos a despegar con rumbo al aeropuerto de Schiphol. Nos abrochamos los cinturones y se me acelera el corazón con una pequeña sensación de satisfacción al saber que en menos de tres horas estaré en casa.

## CAPÍTULO 5



Efectivamente, duermo durante casi todo el vuelo hasta que siento como que alguien me toca el cinturón de seguridad e instintivamente agarro con fuerza su muñeca.

—Soy yo, Bella Durmiente —dice Xavier enarcando una ceja —Vamos a aterrizar, comprobaba tu cinturón de seguridad.

—Joder, lleva cuidado, un día de estos te ganarás un buen guantazo —digo con voz de sueño soltándole la muñeca.

Llegamos a Ámsterdam entre fuertes turbulencias. El avión va lleno, pero no sé cómo se las apaña Xavier para salir de los primeros. Nos dirigimos a la parada de tren, tenemos que acelerar el paso o lo perderemos. El siguiente es dentro de una hora. Ambos pasamos nuestra tarjeta de transporte casi al vuelo y subimos al tren resollando. Xavier se encarga del equipaje y nos sentamos en dos de los asientos libres. Todo está oscuro, pero miro con emoción por la ventana del tren pasar enormes campos de pasto y de vez en cuando las luces de alguna casa que salpican el paisaje.

No sé si es el cansancio o simplemente el olor a tierra mojada característica de la zona que penetra en mí, pero me relajo y no puedo evitar sonreír.

—¿Contenta de haber vuelto? —pregunta Xavier atento a todos mis movimientos cuando levanto la vista hacia él.

—Por ahora sí —digo con cierto nerviosismo.

Cuando llegamos a la estación central de La Haya, ya hay un taxi esperándonos que nos lleva a casa.

—Puedes venir a mi casa esta noche... —me indica Xavier acercando mi



equipaje a la puerta de casa.

—No —contesto decidida —Cuanto antes me enfrente a mis propios miedos antes los superaré.

Xavier le pide al taxista que espere unos minutos mientras me ayuda con la maleta dejándola en la primera planta junto a las escaleras. Va a estar un par de días fuera en una misión, pero me repite antes de marcharse que estará pendiente por si necesito algo. Me da un cálido abrazo y guiñando un ojo y con una sonrisa, se da la vuelta y baja las escaleras con paso decidido. Xavier es un buen hombre, de los mejores que conozco. Siempre dispuesto a ayudar a los que lo necesitan. Un hombre encantador, educado, divertido y guapo, de los que crees que no existen hasta que un día aparece y lo tienes frente a ti. Decido ir a la cama y dejar el equipaje para el día siguiente.

El ruido de la lluvia me despierta antes de que amanezca. Por extraño que parezca, esta noche no he tenido ninguna pesadilla, al menos que yo recuerde. Miro el teléfono móvil y veo que hace unos minutos Xavier me ha mandado un mensaje deseándome un feliz día. Tengo muchos mensajes por contestar, pero todavía es demasiado pronto, así que bajo al salón y abro la maleta con ganas de empezar a ordenar todo. Me he levantado con ganas de hacer cosas y eso hacía tiempo que no me sucedía. Estoy nerviosa cuando tras regresar de hacer una pequeña compra, me siento enfrente de una taza humeante de té y empiezo a leer y contestar todos los mensajes de WhatsApp que tengo sin atender. Decido hacerlo por orden de llegada, saltándome el primero. Empezar es mucho más sencillo de lo que esperaba, así que voy contestando uno tras otro. Llega un momento en el que ya me duelen los dedos y entonces es cuando empiezo a mandar pequeños audios dejándome los más extensos para el final. Llamo a Gabrielle que me contesta sorprendida y permanecemos hablando durante unos minutos. Continúo con Rachel, que se alegra de que este de vuelta y me pega la gran bronca por no haber acudido antes a ella. Deciden que esa noche se pasaran por casa a verme y así es como tras más de tres horas, termino de mandar mensaje escritos y de audio.

Solo me queda uno por contestar, el más difícil. Al que más miedo tengo de contestar y el que más me encoge el corazón. Literalmente me tiemblan las manos cuando leo todos los mensajes que me ha mandado. No puedo evitarlo y las lágrimas llenan mis ojos con sus palabras. No parece enfadado, pero realmente no sé cómo enfrentarme y pedirle disculpas por todo lo que ha

sucedido durante todas estas semanas. Le escribo un mensaje. Sin darme cuenta es casi un testamento y justo cuando estoy releuyéndolo para mandárselo, decido borrarlo. Intento escribir otro más corto y ser más concisa, pero sucede lo mismo que con el anterior. Finalmente, decido mandarle un audio, así que activo el famoso candado de WhatsApp y me dispongo a ser sincera. Finalmente, tras hablar más de quince minutos al teléfono, envío el mensaje a la papelera y acabo llorando por la congoja que siento en esos momentos. Vuelvo a intentarlo, pero tras pasarme dos minutos dubitativa intentando hablar, vuelvo a enviar el mensaje de voz a la papelera. Vuelvo a leerme sus mensajes y no encuentro palabras para contestarle. Aiden ha sido tan especial, tan diferente y tan único que mi corazón y mi alma se encogen imaginando si le he causado daño alguno. Tomo aire y lo intento de nuevo cuando de repente suena el timbre de casa. Miro la pantalla del teléfono móvil y tras un fuerte suspiro vuelvo a terminar mandando el mensaje a la papelera.

No me he dado cuenta de la hora que es y cuando me acerco al ventanal del salón, veo a Rachel mirando hacia arriba agitando la mano con una sonrisa.

—¡Holaaaa! —berrea Rachel subiendo la escalera rauda después de sacarse los zapatos de tacón y dejarlos en la entrada.

La espero en lo alto de la escalera con una sonrisa.

—¡Oh, Ame! Cómo te he echado de menos —anuncia mientras extiende los brazos de manera graciosa y me da un fuerte abrazo.

—Rachel, no seas empalagosa —digo con una sonrisa después de que balancee nuestros cuerpos unidos y no me suelte en varios minutos —Pasa, Gabrielle todavía no ha llegado.

—Ahh, seguro que llega enseguida. Es que tu departamento va un poco loco desde que tú no estás —dice con una sonrisa y añade con sarcasmo — Así cuando regreses te valoraran más.

—Rachel, yo siempre me he sentido valorada —digo frunciendo el ceño sorprendida.

—Da igual —sentencia con un gesto de mano —Así te rogaran antes que

vuelvas y que todo empiece a volver a su sitio —Tengo hambre, ¿tienes algo para comer?

Rachel me sigue a la cocina y toquetea los dulces que tengo en un pequeño cuenco en la barra de la cocina.

—¿Qué es esto? —pregunta observando el cuenco mientras le sirvo un té.

—Mazapanes —contesto tras girar y ver lo que señala —Los traje mi madre de un viaje. Todavía no los he probado.

—¿Puedo? —pregunta con uno de ellos en la mano.

—Por supuesto, vayamos al salón —contesto con una sonrisa.

Ambas nos acomodamos en el sofá del salón con las piernas apoyadas en la pequeña mesa de café mientras mantenemos la humeante taza de té en nuestras manos y vamos bebiendo mientras hablamos. De repente me doy cuenta de que estoy sonriendo mientras escucho hablar a Rachel. Es agradable volver a sentirse bien en casa. Sé que me queda camino por recorrer, pero escuchando a Rachel me doy cuenta de que veo las cosas de manera muy distinta a como las veía antes de marcharme.

—Ame, necesito que me des tu opinión..., ¡ohhhh, madre mía! —exclama en un grito.

Asustada, me giro completamente hacia ella que está mirando detenidamente uno de los mazapanes que acaba de sacar del envoltorio.

—¿Cómo has dicho que se llama esto? —pregunta dándole otro mordisquito al mazapán cerrando los ojos.

—Son mazapanes de Soto. Es un dulce más bien típico de la época de Navidad en España —digo con una sonrisa al verla disfrutar con el dulce en la mano.

—¿Y quién es este señor? —dice mirando el envoltorio sorprendida.

—No sé, supongo que será el fundador —contesto cogiendo uno del cuenco y probándolo.

Permanecemos unos instantes degustando cada una nuestro dulce en silencio, sentada la una al lado de la otra.

—Rachel, echo muchísimo de menos a Aiden. Se me viene el mundo encima cada vez que pienso que quizás en estas semanas él haya seguido con su vida y yo solo sea una piedra en el camino —digo a bocajarro rompiendo el momento de magia que teníamos.

—Está raro —informa Rachel —No sé, ha vuelto a ser el mismo de cuando llegó. Exigente, serio y poco comunicativo.

—Echo de menos todo. Mirar las estrellas a su lado, su voz, sus cálidos abrazos, la mirada que pone cuando se enfada... —confieso con añoranza.

♪ ♪ ♪ 4

*Sunlight comes creeping in  
Illuminates our skin  
We watch the day go by  
Stories of all we did  
It made me think of you  
It made me think of you*

*Under a trillion stars  
We danced on top of cars  
Took pictures of the stage  
So far from where we are  
They made me think of you  
They made me think of you*

*Oh, lights go down  
In the moment we're lost and found  
And I just wanna be by your side  
If these wings could fly  
For the rest of our lives*

...♪ ♪ ♪

Mientras Rachel canta riendo intentando disminuir la tensión que siento, yo no puedo evitar sonreír. En ese momento tocan al timbre y voy a abrir la

puerta. Es Gabrielle que sube las escaleras disculpándose por llegar tarde.

—Chicas, lo siento, no he podido salir antes —dice llegando a la primera planta.

—En el salón —digo elevando la voz.

Gabrielle entra y me da un fuerte abrazo mientras que Rachel continúa cantando la canción. Vuelvo a calentar agua y preparo más té que llevo al salón.

—¿Qué hacéis? —pregunto cuando las veo murmurar.

—Le hablo a Gabrielle de estas delicias que has traído de España con las que debo llevar cuidado antes de hacerme adicta—dice con una carcajada.

Las tres empezamos de nuevo a hablar. Las chicas se preocupan cuando les cuento cómo me he sentido estas pasadas semanas y en varias ocasiones en las que me invade la pena, están allí para agarrar mi mano. Por ellas me entero de que Xavier y Aiden no se llevan nada bien y que han expresado sus discrepancias en varias ocasiones en las reuniones, y que Aiden es el que intenta absorber la gran mayoría del trabajo junto a Daina y otra gente del departamento. Doy un fuerte suspiro. Hasta esos momentos de tensión por la sobrecarga en el trabajo, los echo de menos. Cuando se lo comento a las chicas, me miran extrañadas y no pueden evitar reír.

—Estás loca. Horwood está de un humor de perros y “Jenni” —dice haciendo el gesto de las comillas al pronunciar el nombre de la secretaria de Aiden —que así se hace llamar ahora o como la llamo yo, “señorita sin bragas”, se cree que domina el mundo, retiene mucho las llamadas y es imposible hablar con él cuando se le necesita.

Siento un escalofrío por mi cuerpo cuando Gabrielle me recuerda a esa mujer insufrible que ninguna de nosotras entiende. Ni la propia Daina, que se lleva bien con todas las asistentes y secretarias de la organización, entiende su forma de actuar. Finalmente, las chicas se quedan a cenar en casa mientras seguimos poniéndonos al día de todo lo que nos rodea. Yo escucho con atención ya que he estado totalmente desconectada, pero me alegra ver que rápido que me ponen al día de todo lo que ha sucedido o sucede en estos momentos. Pasan las horas sin darnos cuenta charlando hasta que decidimos

dejarlo por esta noche. Mañana ellas tienen que madrugar.

—Una foto de un nuevo comienzo antes de marcharnos —dice Rachel dando unas palmaditas emocionada — pero aquí falta alguien...

Rachel se levanta del sofá con un fuerte impulso, corre hacia la cocina y regresa blandiendo algo en su mano.

—Faltaba ¡*Baguette!* —exclama con una sonrisa enseñándonos al maldito gnomo que yo había dejado sobre la repisa de la campana de la cocina y haciéndonos reír —Vamos, chicas. Hoy es el principio de una nueva era para nosotras. Decid conmigo, ¡*Baguette!*

Antes de que se vayan, guardo el gnomo en el bolso de Rachel sin que se dé cuenta para que desaparezca de mi vista. Al fin y al cabo, ella seguro que le tiene más cariño que yo.

Esa noche me cuesta dormir. Me he propuesto que cuando me levante mandaré un mensaje a Menno para hablar de mi reincorporación. Solo pensar que pronto coincidiré con Aiden me pone muy nerviosa. Rachel me ha aconsejado que me deje llevar y que cuando me lo tropiece hable con él. Después de todo yo me despedí de él sabiendo que tardaría un tiempo en volver hasta que me recuperara. Después de dar mil vueltas en la cama, me levanto y miro al cielo. Sorprendentemente está totalmente despejado y brillan de una manera especial las estrellas. No puedo evitar pensar en Aiden y que una tímida sonrisa aparezca en mi rostro, recordando momentos con él mirando las estrellas. De repente una estrella fugaz surca el cielo. Cierro los ojos y con toda mi alma pido que pueda solucionar todo con Aiden. Con esperanzas renovadas, me vuelvo a meter en la cama y me duermo, esta vez plácidamente.

La mañana no acompaña. Hace un día bastante desapacible, pero aun así me levanto y me pongo en marcha. Tras prepararme una taza de café me siento en la cocina mirando el teléfono móvil, intentando reunir fuerzas y llamar a Menno al trabajo. Cuando finalmente lo hago, han pasado más de veinte minutos y tras marcar el número directo a su despacho en recursos humanos, la llamada se queda en espera.

—Brouwer —dice atendiendo la línea.

—Hola Menno —digo cohibida por no saber cómo empezar la conversación —Menno, soy...

—Navarro, Amelia Navarro —contesta con voz animada.

—Exacto —digo con un suspiro y le pregunto —Menno, ¿podría hablar contigo?

—Por supuesto —responde decidido y pregunta —¿Cómo jefe de recursos humanos o como amigo?

—Como ambas cosas, creo —respondo nerviosa.

—Sé que es precipitado, pero tengo libre el almuerzo... ¿Estás libre? —pregunta con voz afectuosa.

—¿Fuera del trabajo? —pregunto más animada.

—Tengo que salir al Paagman [5](#), ¿nos vemos en la cafetería a las doce? —pregunta Menno ansioso.

Miro el reloj de pulsera y doy un suspiro. Ya no hay marcha atrás.

—Allí estaré —respondo nerviosa.

—Tengo ganas de verte. Espero que tengas buenas noticias para mí —dice Menno al otro lado de la línea —Nos vemos en unas horas.

Me quedo unos instantes con el teléfono móvil en la oreja sin darme cuenta, después de que Menno cuelgue. Paso del entusiasmo al decaimiento, pero debo volver a mi vida y enfrentarme a todos mis miedos.

Me arreglo rápidamente para mi cita con Menno, pero no lo hago especialmente formal. Antes de que me dé cuenta ya he terminado y estoy lista, pero miro el reloj y todavía queda tiempo. Decido salir antes de casa. El cielo está totalmente cubierto y en cualquier momento va a caer un fuerte chaparrón. El autobús me deja un poco alejada del punto de reunión, pero no quiero acercarme más al trabajo y tropezarme con alguien. Ha empezado a llover y me resguardo bajo el paraguas hasta llegar a la esquina de la librería. No hay rastro de Menno así que lo espero mirando varios libros allí expuestos. Voy curioseando en las diferentes estanterías hasta que veo a

Menno que entra por la puerta, siempre con su impecable traje. Le hago una señal con la mano y me sonrío abiertamente guiñándome un ojo.

—Ame —dice acercándose y saludándome con tres besos —Mando esto y nos sentamos.

Mientras Menno se dirige a la sección de correos, yo pregunto por una mesa y justo cuando estoy hablando con el camarero para elegir la mesa aparece él a mi espalda.

—Eso es buena señal —dice Menno a mi espalda mientras el camarero nos prepara la mesa.

—¿El qué? —digo sin saber de qué habla.

—Sigues seleccionando la mesa para controlarlo todo —dice con una mueca burlona mientras me aparta la silla para que pueda sentarme —Me ha alegrado mucho tu llamada.

No puedo evitar que una sonrisa tímida aflore a mi rostro. Pensé que estaría más nerviosa pero aquí estoy, emocionada ante la perspectiva de volver al trabajo. Menno me observa cuando me cede la carta.

—No me mires así —le digo incómoda —Menno, necesito hablar contigo.

—Para eso y para almorzar estamos aquí. Cuéntame, ¿cómo estás? —dice juntando sus manos sobre la mesa y entrelazando los dedos en señal de interés.

—Quiero volver al trabajo —digo con gran ímpetu y me detengo un momento para coger aire —Sé que no hice las cosas del todo bien, pero te aseguro que no supe hacerlas mejor. Necesitaba un tiempo para reorganizar mi cabeza después de que sucedieran algunas cosas en la última misión. Debería haber seguido el protocolo y no lo seguí, pero he aprendido... y estoy dispuesta a subsanar todos los errores.

—¿Qué errores? —pregunta Menno sorprendido.

—El no hablar las cosas con quien debía y cuando debía —contesto seria.



—¿Has hablado con Horwood? —pregunta Menno perspicaz.

—¿Crees que habrá algún problema con él? —pregunto paralizada.

—No, supongo que no. Xavier te ha estado cubriendo muy bien las espaldas durante tu ausencia y supongo que Horwood prefiere trabajar contigo que con él —apunta con una sonrisa pícara.

Durante casi una hora, Menno y yo continuamos hablando de unas cosas y otras. Le confieso que todavía no he visto a Aiden, lo cual le sorprende.

—Pero, ¿pasó algo antes de marcharte? —pregunta extrañado.

—Noo. Aiden es el hombre más bueno que conozco, pero yo lo hice mal y temo su reacción —contesto agobiada sin saber realmente cómo explicarlo.

—¿Quieres que le diga que has vuelto o que te vas a reincorporar? —pregunta en su tono más profesional, Menno.

—Esperemos a que pase la evaluación —sentencio tras dudar unos segundos —Después ya veré qué hago para solucionar todo.

—Todo saldrá bien —resuelve Menno llamando al camarero para que traiga la cuenta.

Quedamos en que Menno se ocupara de tramitar la evaluación para poder volver al trabajo y que me avisará cuando la tenga lista. Ha dejado de llover así que espero en la parada del autobús y me voy tranquilamente hacia el centro observando la ciudad por la ventanilla. Necesito volver al trabajo, estar sin hacer nada es sumamente aburrido.

A los dos días Menno me avisa para que al día siguiente acuda a su despacho para ser evaluada. He estado hablando y ayudando a Daina, que en secreto me va poniendo al día de todo lo que va sucediendo en el trabajo. Ha mirado la agenda de Aiden y esa mañana la tiene bastante complicada cargada de reuniones, así que será poco probable que nos tropecemos. Estoy nerviosa, así que quedo para correr con Xavier la tarde antes. Me transmite tranquilidad. Según él, ninguno de los que nos dedicamos a este trabajo estamos totalmente cuerdos, así que nadie se va a extrañar de que haya necesitado de unas semanas para descansar y desconectar. No he vuelto a beber desde que Xavier fue a por mí a España y debo reconocer que me

encuentro mucho mejor. Xavier, con sus innumerables charlas me hizo pensar mucho y cambiar algunos aspectos de mi forma de pensar. No voy a permitir que la muerte de los compañeros o la de Fatuma haya sido en vano.

La noche antes de la evaluación no duermo muy bien y me levanto muy nerviosa. Tardo más de la cuenta en elegir qué ponerme, sé que me van a analizar de arriba a abajo.

«¿Paso a por ti en el coche?» Me manda un mensaje Xavier.

«No es necesario, gracias» Contesto nerviosa.

«Sin problema, en cinco minutos estoy en tu casa. No te retrases, tengo una reunión» Contesta obviando mi contestación.

Cuando salgo por la puerta me doy cuenta de que Xavier ya está allí esperándome con el coche en marcha. Cierro la puerta y me dirijo presurosa hacia la puerta del acompañante.

—Te he dicho que no era necesario —le reprendo con una leve sonrisa.

—Lo sé. Buenos días —dice iniciando la marcha y pregunta —¿Cómo estás?

—Bien —respondo escueta acomodándome en el asiento.

Xavier detiene el coche ante un semáforo rojo en ese instante y se gira hacia mí con una leve mueca.

—Para, no me psicoanalices. Estoy nerviosa. Hasta tú lo estarías en esta situación. La he cagado y quiero volver —digo inquieta. Xavier me mantiene la mirada poniéndome nerviosa —¿Qué?

—Nada —responde divertido Xavier.

—No, dime —insisto.

—Estás preciosa, pero haz el favor de despeinarte un poco. No lledes el pañuelo tan milimétricamente colocado y no juntes las rodillas con tanta insistencia —concluye divertido —Y tranquila, todo va a salir bien.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto alborotándome un poco el pelo.

—A mí me llamaron ayer —confiesa Xavier.

—Y eso, ¿no tuviste tiempo de contármelo ayer? —pregunto sorprendida ante su confesión.

—Sabes que no te lo puedo contar —responde Xavier haciendo un gesto con la mano —Todo saldrá bien. Tú solo sé tú misma.

—Sabes que si hago eso me bloquearan la entrada al trabajo a mí y a todos mis descendientes —digo entre risas nerviosas.

Cuando llegamos al trabajo, ambos enseñamos la identificación para entrar. Xavier aparca y antes de que descendamos del coche me da un ligero apretón en la rodilla.

—Vamos, Ame. Esto no es nada para ti. Es lógico y normal que necesitaras un tiempo, llevas muchas cosas encima y ahora es normal que estés nerviosa. Ellos lo saben. Así que respira hondo y pasa esta evaluación. Te necesito en el equipo de nuevo —dice Xavier con una leve sonrisa intentando tranquilizarme —Tú solo recuerda respirar.

Entro nerviosa por la entrada principal. Todavía no sé si estoy más nerviosa por la evaluación o ante la posibilidad de tropezarme de nuevo con Aiden. Miro el reloj de pulsera, supongo que Aiden ya lleva tiempo en la séptima planta recluido en su despacho hasta la reunión de las ocho treinta que me ha informado Daina que tiene.

Intento calmar los nervios respirando. Cuanto antes entre, antes saldré. Para mi sorpresa, una vez localizo el despacho y toco a la puerta, los nervios se diluyen. Es mucho más sencillo de lo que esperaba. No es que me encuentre cómoda hablando de ciertos temas de trabajo, pero voy manejando la sesión mejor de lo que esperaba. Antes de que me dé cuenta, he terminado y me informan que en un par de días lo pasaran a mis superiores. En este caso no le llegaré a Aiden, pero sí que llegaré a la octava planta y a Xavier.

Mando un mensaje a Gabrielle que me confirma que continúan en la reunión, así que decido, antes de irme, tomar un rápido café con Daina en la quinta planta.

—Necesito que vuelvas —espeta Daina, nada más verme entrando por la

puerta.

—En ello estoy —contesto con una sonrisa.

—Van a volverme loca —dice Daina sirviéndose en una taza agua caliente para un té.

—¿Seguro que no es al revés? —le pregunto divertida.

—Puede, pero necesito ya volver a la rutina. Nadie se entera de lo que hay que hacer y pierdo mucho tiempo —sentencia con una mueca divertida —Ya no tengo tiempo para comunicarme con más personas que no sean Horwood y el departamento. ¿Sabías que Marie de la planta sexta se casa?

No puedo evitar sonreír abiertamente ante el parloteo de Daina y es cuando me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos y de lo mucho que me ayuda a mí y a todo el departamento.

## CAPÍTULO 6



Pasan dos días antes de que Menno me avise de que debo pasar por su despacho. Me sorprende que sea tan rápido ya que las cosas oficiales y protocolos a seguir en el trabajo siempre van terriblemente lentas. Así que me arreglo ya más formal para ir a la reunión con él. Estoy desesperada por volver al trabajo. Ya he acabado el libro que tenía a medias por casa, he paseado y hasta por aburrimiento, he cambiado los muebles del salón. Vuelvo a informarme con Daina y con Gabrielle de que Aiden está fuera en una reunión, así que voy más tranquila y no tan nerviosa por el miedo a tropezármelo y no saber cómo actuar. Sí, parecerá una tontería, pero solo el simple hecho de pensarlo y no saber cómo afrontarlo me inquieta y angustia.

Miro el reloj del teléfono móvil y me doy cuenta de que tengo tiempo y hoy, por extraño que parezca, no se espera lluvia. Así que monto en mi bicicleta y me dirijo lo más tranquila que mi mente me permite, hacia el trabajo. Entro por la garita de seguridad del trabajo bastante animada y tras estacionar mi bicicleta, entro al edificio y me dirijo a los ascensores donde veo que Xavier me ha visto y mantiene la mano en el sensor para esperarme y que las puertas no se cierren.

—Buenos días —dice con un guiño.

—Buenos días —respondo animada.

—¿Ya vienes a trabajar? —pregunta tranquilo mientras se cierran las puertas.

—¿Eso significa que he pasado la evaluación? —pregunto sin ocultar una tímida sonrisa de entusiasmo accionando el botón de la cuarta planta.

—¿No te lo han comunicado todavía? —pregunta divertido y levantando ambas manos sentencia —Yo no he confirmado nada.

—Voy ahora a ver a Menno —digo con un suspiro cuando se abren las puertas del ascensor en la planta de recursos humanos.

Xavier se despide con un guiño y continúa hacia su planta cargado de expedientes. Me dirijo por el pasillo pasando mi identificación, animada por las palabras que ha dicho Xavier. Una vez frente a la secretaria de Menno, me siento en uno de los sillones y espero a que esté disponible. Menno tarda más de veinte minutos en atenderme, pero lo hace con una ligera sonrisa mientras me indica que pase a su despacho y pidiéndome disculpas por la espera.

—Discúlpame, tenía una llamada que se ha alargado más de lo deseado —me informa indicándome uno de los sillones frente a su mesa para que me siente mientras él hace lo propio en el suyo —Ya estamos aquí de nuevo.

—Ya estoy aquí de nuevo —digo con una tímida sonrisa y un fuerte suspiro.

—Bueno, no te voy a marear con la evaluación. Has sido marcada como apta para volver al trabajo —dice mirando en su ordenador y a los pocos segundos la impresora inicia la impresión de unos folios —¿Cómo te encuentras?

—Bien —digo más tranquila —Con ganas de regresar.

—De todas formas, hoy es viernes, así que te reincorporarás el lunes próximo —informa Menno ordenando las hojas y, girándolas hacia mí pregunta —¿Has hablado con Horwood?

En ese instante en el que Menno nombra a Aiden, parte de la sangre de todo mi cuerpo abandona mi cabeza y siento que me invade el nerviosismo. Ya no voy a poder retrasarlo más.

—No —consigo susurrar.

—¿Crees que va a haber algún problema al volver a trabajar con Horwood? —pregunta extrañado por mi cambio de actitud.

—No —digo forzando una sonrisa.

—Te recomiendo que subas y hables con él esta mañana. Tienes que firmarme aquí —me indica Menno de manera profesional —Por cierto,

Martínez ha solicitado una visita con evaluación adicional. La tienes la semana que viene, ahora te la añado a tu agenda.

—¿Qué? —pregunto extrañada.

—Sí ¿Algún problema? —pregunta Menno cediéndome el bolígrafo para firmar sus papeles.

—No, no —digo rápidamente —No hay ningún problema.

—Bienvenida de nuevo —dice levantándose y acercándose a mí —Ya teníamos ganas de verte por aquí y espero que hables pronto con Horwood. Seguro que se alegra mucho de que hayas vuelto y le quites trabajo de encima —dice guiñándome un ojo y encogiéndose de hombros, añade —No le pude poner a nadie para sustituirte y el pobre hombre parece que viva aquí.

Tras darle un cariñoso abrazo y las gracias por ayudarme en todo y ser tan buen amigo, salgo decidida a enfrentarme con Aiden, o al menos a dejarle una nota en su despacho ya que probablemente no ha regresado de la reunión. Tal vez si no lo pienso, me dará menos terror. Me dirijo de nuevo hacia la zona de los ascensores lo más decidida que en esos momentos puedo y aprieto el botón de llamada. Estoy tan nerviosa que siento tal cosquilleo en las rodillas que temo que en cualquier momento se me doblen y caiga de bruces. Subo a la séptima planta con algunos compañeros mientras no puedo evitar jugar con el pañuelo que llevo al cuello. Voy intentando igualar los extremos, respirando profundamente para calmarme. Después de todo, Aiden me ha estado mandando mensajes y en ningún momento ha demostrado enfado. Él sabía que me tenía que ir. Puede que si me hubiera quedado hubiera podido solucionarlo todo de otra manera, pero debe entender que no supe hacerlo mejor. Que siento todo lo que ha sucedido y que he pensado en él a cada instante que he estado fuera, incluso cuando había bebido de más. Qué digo bebido de más. Incluso cuando me dormía borracha como una cuba para olvidar, mi último pensamiento siempre era para él. No se merecía que me marchara de esa forma, no se merecía que lo tratara así, pero tampoco merecía que me viera caer hasta los infiernos y que lo arrastrara conmigo. Aiden sacudió mi vida, entró en ella en el momento perfecto.

Mientras estoy sumergida en esos pensamientos se abren las puertas y voy caminando por el pasillo que me lleva a su despacho. Caminar por esos

bulliciosos pasillos, sin darme cuenta me reaviva y me emociona. Escucho voces que cercan y veo a varios compañeros caminar hacia el rellano donde yo me encuentro en uno de los laterales junto a una impresora. El ruido de sus conversaciones se mezcla con una risa un tanto escandalosa e inmediatamente veo de quien procede. El corazón se me paraliza. Aiden va caminando por el pasillo junto a su secretaria que va a su lado riendo y sacando pecho. «*Joder, él no debería estar aquí. Él no debería estar en ese pasillo. Él tenía una reunión fuera*» Miro a mi alrededor. No sé dónde meterme y antes de darme cuenta y de que me vean, me doy la vuelta e intento disimular de espaldas a ellos agachada abriendo la bandeja de entrada de los folios con las manos temblando. Verlo así de repente con uno de sus perfectos y elegantes trajes al lado de su secretaria me ha dejado casi paralizada. Todavía no sé si debería reaccionar y levantarme del suelo o pedir simplemente que la tierra se abra, me trague y me escupa lejos de allí. Me miro las manos y las veo ordenando los folios y dándole pequeños toquecitos para ponerlos ordenados. «*Por favor, por favor que se vayan*» pienso una y otra vez intentando respirar con un nudo en el estómago. Giro un poco la cabeza cuando los veo andar. También veo que Aiden le susurra algo a su secretaria y ésta le roza el brazo y vuelve a reír. «*¿Desde cuándo se llevan tan bien?*» Siento que el corazón se me desboca cuando veo que se paran a hablar con Evans y no tengo escapatoria. Miro a un lado y a otro, no tengo por donde escabullirme y como siga toqueteando la impresora me van a llamar la atención. Con paso tembloroso entro a la sala de descanso. No es hora del café, así que me esconderé en ella hasta que pasen o yo esté preparada para enfrentarme a la situación. Pasan unos minutos en los que escucho pasos y voces, hacia un lado del pasillo y otro. Si no me equivoco, Aiden y Evans han ido en dirección a su despacho de nuevo, así que respiro profundamente y agarro la manivela para salir. Vuelvo a contener la respiración cuando escucho voces, esta vez de mujeres que se acercan a la fotocopidora. Veo que son dos secretarias y una persona de prácticas a la cual están mostrando como recuperar con su código todos los documentos que han ido enviando y están en cola esperando ser impresos. Me mantengo alerta pero no abro del todo la puerta mientras observo por la rendija lo que allí sucede. Están hablando descaradamente de Aiden. Se me paraliza el corazón cuando entre ellas hablan de lo tarde que están saliendo, pero la secretaria de Aiden anota coqueta que todo trabajo tiene su recompensa y que ella se queda hasta altas horas de la noche con Aiden y que a esas horas no



queda mucha gente en la planta. «*Joder, ¿qué está queriendo insinuar?*» Ríe de manera odiosa ante su explicación hacia los demás, haciendo gestos y cara en forma de coqueteos. Escucho más pasos que se acercan. Es mujer por el sonido de sus tacones sobre la moqueta.

—¿Ya estás soñando de nuevo? —pregunta Daina de manera burlesca y añade seria —Haz el favor de ponerte a trabajar. Así tu jefe no tendrá que quedarse hasta tan tarde.

—Métete en tus asuntos —contesta Jennifer, la secretaria de Aiden.

—En ello estoy —dice Daina apartándolas de la impresora con una mueca de hastío.

Daina consigue que se vayan y cuando termina de imprimir unos folios, los revisa y tras darle unos golpecitos contra la impresora para agruparlos de nuevo, se marcha por el pasillo hacia el despacho de Aiden. No sé cuánto tiempo permanezco allí oculta casi sin poder respirar y con la sensación de un enorme agujero en el pecho que por momentos crece y parece que me va a consumir. No me doy cuenta de que vuelven unos pasos por el pasillo y alguien entra a la sala de descanso.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunta extrañado Xavier al verme —¿Estas bien? Estás muy pálida.

—Odio a esa tía —digo cabreada sin darme cuenta.

—¿A quién? —pregunta sorprendido Xavier levantando las cejas.

Es entonces cuando me doy cuenta de que esas palabras las he dicho en voz alta.

—¿Por qué has pedido otra evaluación a la semana que viene? —pregunto arisca.

—Porque creo que es bueno ver cómo te sienta volver al trabajo —dice resuelto cogiendo su café espresso de la máquina —¿Vas a tomar algo?

—No —contesto con un tono seco en la voz.

—¿Por qué estás enfadada? —pregunta Xavier sereno.

—No estoy enfadada —contesto sin mirarlo.

—Entonces, ¿por qué tienes los nudillos blancos de apretar tanto los puños? —pregunta apoyándose en un lateral de la mesa y cruzando las piernas a la altura del tobillo mientras me observa.

—No hagas eso —digo por momentos más cabreada.

—¿El qué? —pregunta Xavier sorprendido.

—Ya sabes el qué. No me observes. No me analices. Ya está todo superado y el lunes estaré de nuevo al doscientos por ciento —digo seria.

Xavier remueve su café con la cucharilla y se lo termina de un solo trago.

—Vamos —dice agarrándose la mano y lanzando el vaso de plástico a la papelera del reciclaje.

—¿A dónde? —pregunto ofuscada.

—Acompáñame a entrenar, te vendrá bien. ¿Tienes ropa en la taquilla? —pregunta abriendo la puerta de la sala de descanso.

—¡Espera! —digo tirando de su mano —Déjame mirar un momento.

—¿Se puede saber de quién te escondes? —pregunta Xavier confuso.

—No me apetece tropezarme con la gente hasta el lunes —contesto oteando por la puerta.

—Entonces, ¿qué haces en esta planta? —pregunta cada vez más extrañado por mi comportamiento.

—Vamos, no hay nadie por el pasillo —digo tirando de su mano y acelerando el paso hasta la seguridad de la planta.

Nos dirigimos al sótano del edificio. Camino a su lado con un terrible desconsuelo mezclado con rabia y, tras salir cada uno de los vestuarios con la ropa de entrenamiento, empezamos a calentar. Se nota que es viernes por la poca gente que hay hoy entrenando. Xavier se empeña en que cargue pelotas lastradas, que corramos por un circuito, que mueva unas enormes cuerdas y que cargue con pesadas cadenas.

—Madre mía, lo que pesan estas cadenas —digo exhausta cargando con las cadenas hasta donde Xavier se encuentra apoyado en unas barras y pregunto divertida dejándome caer al suelo —¿Quién narices entrena con cadenas?

—Nosotros, ¿quieres que te las ate al cuerpo y te lance a la piscina? —pregunta Xavier burlón.

—Noooo, estás loco. Ni se te ocurra hacer eso —contesto entre divertida y asustada por su pregunta.

A continuación, me levanto y Xavier me ayuda a colocarme las protecciones y los guantes de boxeo mientras reímos por mí poca habilidad para ponérmelos.

—Ohh, ahora me pica la nariz —digo con una mueca infantil, riendo mientras me llevo un guante a la nariz.

Xavier se aproxima a mí y de forma delicada con una sonrisa en los labios acerca una mano a mi nariz y me roza suavemente con el dorso. No puedo evitar reír por su delicadeza.

—¿Ya? —pregunta, divertido Xavier.

—Lista —digo levantando los puños y poniéndome en posición delante del saco que mantiene firme.

Empiezo a golpearlo lo mejor que sé y puedo. Estoy muy cabreada. Hace semanas que no entreno o hago un mínimo de deporte y eso se nota, estoy bastante agotada. Me cubro la cara con uno de los puños y con el otro, golpeo con fuerza al saco. Xavier va corrigiendo parte de los movimientos que hago y me doy cuenta de que con sus rectificaciones cada vez golpeo con más fuerza. Dejamos el saco y vuelve a explicarme.

—Golpéame —dice Xavier seguro.

Decidida lanzo el puño y él rápidamente se aparta y me inmoviliza por detrás.

—Joder, has sido rápido —digo asombrada por su rapidez.

—Es parte de mi trabajo —dice orgulloso Xavier —Recuerda, respira,

concéntrate y espera que esté más cerca. Si estoy tan lejos, pierdes energía y yo veo tus movimientos.

Justo en ese momento me acerco a él muy despacio, lo miro a los ojos, sonrío y realizando un giro con la pierna y bloqueando sus movimientos con el codo, lo derribo al suelo. No puedo evitar reír retorciéndome cuando me hace cosquillas e intento escapar de sus manos reptando por la colchoneta dando patadas.

—¡Eso es jugar sucio! —exclama Xavier.

—Pero te he derribado —digo orgullosa con una mueca.

Permanecemos en el suelo intentando recuperar el aliento mirando al techo cuando Xavier tumbado, gira su cabeza hacia mí.

—¿Vas a decirme ahora por qué estabas tan enfadada? —pregunta en un susurro prudente.

—No lo entenderías —digo finalmente en un suspiro tras pensar mucho la respuesta.

—Puede que te sorprenda lo que puedo llegar a entender —sentencia Xavier.

Nos levantamos del suelo y le doy un abrazo inesperado que pilla a Xavier por sorpresa.

—Gracias por ayudarme siempre y empeñarte en que salga adelante —digo con cariño abrazada a él.

—Es un verdadero honor —contesta galante Xavier estrechándome entre sus brazos.

Xavier tiene una reunión así que me deja a solas y decido darme una ducha e ir a nadar a la piscina. No se me van de la mente las palabras que ha dicho su secretaria. La forma en la que las pronunciaba unida a sus gestos cuando las decía me ha sacado de quicio. Es como si toda la escena volviera y volviera a repetirse en mi mente como una película, mientras continúo dando brazadas incansables hasta que llego a uno de los extremos de la piscina y me detengo a tomar aire. La risa de su secretaria a su lado me mata

de celos y retumba incesantemente en mi mente. ¿Desde cuándo Aiden se lleva tan bien con ella? Aiden es serio, no va sonriendo por el trabajo mientras alguien le roza el brazo. Yo nunca lo hice y la imagen de ellos dos, me está reconcomiendo el alma.

Salgo de la piscina y me dirijo al vestuario triste y desilusionada. No me cruzo con nadie, así que me lo tomo con calma y dejo que el agua caliente resbale sin prisa con mi cuerpo algo dolorido por el intenso ejercicio físico. Cierro el grifo de la ducha y me fijo que tengo la piel de los dedos arrugada. Cuando voy a salir escucho voces que entran al vestuario. *«Joder, esas risas se perciben por todo el vestuario y son perfectamente reconocibles»*

—Lo estoy consiguiendo y no voy a parar ahora. Es de todos sabidos que el roce hace el cariño y son muchas las noches y las comidas en el despacho por la cantidad de trabajo que tiene en estos momentos —escucho tras la puerta mientras frunzo el ceño y la odiosa voz de la secretaria de Aiden sentencia —Ha nacido algo entre los dos.

Permanezco paralizada en una de las esquinas de la ducha con la puerta cerrada y no salgo de ella hasta que me aseguro que se han marchado del vestuario. Envuelta en la toalla, voy a la taquilla, rápidamente saco la ropa y me visto. Necesito salir de allí lo antes posible. Me falta el aire y temo que la desilusión haga que me ponga a llorar. Me recojo el pelo sin secarlo y tras cruzarme el bolso y cubrirme el cuello con el pañuelo, salgo del vestuario inquieta y rauda. *«Joder, jamás se me ocurrió pensar que Aiden estuviera con otra persona, pero es que por mucho que le dé vueltas, no creo que vaya mucho con su personalidad»*

A paso ligero recorro el pasillo que lleva a las escaleras. Veo que la clase de Zumba ha empezado y en ella están las mujeres que escuchaban atentas el relato de Jennifer. Continúo caminando sin mirar al frente y cuando voy a accionar la palanca de salida de la puerta se abre y literalmente tropiezo de bruces con Evans.

—Discúlpeme —digo avergonzada con los ojos llorosos.

—Navarro. No pasa nada —dice apartándose y sujetándome la puerta.

—Evans —contesto con un movimiento de cabeza.

Subo acelerada las escaleras y salgo al exterior casi sin respirar. Si Evans está allí, cerca posiblemente se encuentre Aiden. Siempre entrenaban juntos y no quiero tropezármelo en estos momentos en los que siento que voy a ponerme a llorar por no entender la situación. Subo a la bicicleta y tras pasar la identificación por la puerta de seguridad, me alejo de allí lo más rápida que puedo.

## CAPÍTULO 7



Todo tipo de pensamientos contradictorios surgen en mi mente que intento ir ordenando y asimilando. ¿Aiden con su secretaria? Son totalmente antagónicos, pero bueno, yo también soy bastante diferente y lo quiero con toda mi alma. Mientras, pedaleo sin rumbo fijo y, sin ser consciente, me he dirigido hacia la playa. Intento respirar pausadamente y pensar con claridad, aunque no lo estoy consiguiendo cuando suena mi teléfono móvil. Me detengo y miro la pantalla parpadeante mientras un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Aiden me está llamando. ¿Ahora qué hago? No puedo hablar con él cuando me falta el aire, ¿o sí?

—¿Sí? —contesto sin pensar.

—¿Amelia? —pregunta sorprendido —No pensé que me contestarías.

—Pues lo he hecho —respondo sofocada por ir tan rápido en la bicicleta y también por los acontecimientos.

—¿Cómo estás? —pregunta Aiden precavido —¿Podemos hablar?

—No hay nada de qué hablar —respondo sin pensar entre triste y cabreada, mientras todo mi cuerpo tiembla de nerviosismo, y sentencio —Mira, no puedo hablar en estos momentos.

—Amelia, ¿qué sucede? —pregunta con voz cariñosa, pero extrañado por mi rotundidad.

—No sé... —digo titubeante sin saber qué contestar —Mira, ya nos veremos el lunes.

—Amelia, no cuelgues, por favor —dice más serio —¿Por qué no has pasado por mi despacho? Al fin y al cabo, soy tu jefe y me gustaría saber...

—Estaba demasiado ocupado, señor Horwood —contesto con un tono muy seco.

—Sabes que siempre tengo tiempo para ti —contesta con voz sorprendida —¿Ahora soy Horwood?

En esos momentos varias bicicletas que pasan por mi lado me llaman la atención con sus timbres por pararme en mitad de la vía entorpeciendo el paso.

—Tengo que colgar —digo con el corazón en un puño.

—Cariño... —escucho antes de colgar.

Guardo el teléfono móvil con manos temblorosas en un bolsillo del bolso y empiezo a pedalear, aunque no aguanto más de un minuto arriba de la bicicleta. Mis manos tiemblan intentando controlar el manillar así que decido bajarme y caminar, intentando serenarme. Estoy casi en el puerto cuando suena mi teléfono de nuevo.

—¿Rachel? —contesto, nerviosa.

—Ame, ¿qué te pasa? Pareces asustada —pregunta inquieta.

—Rachel, acabo de colgarle el teléfono a Aiden —digo inquieta en un hilo de voz.

—¿Qué has hecho qué? —pregunta sorprendida elevando la voz y rompiendo a reír escandalosamente.

—Joder, Rachel, no te rías. No sé qué ha pasado, me he puesto nerviosa y después de lo de su secretaria... —digo mientras me tiembla la voz.

—¿Qué ha pasado con su secretaria? —pregunta Rachel interrumpiéndome.

—Creo que se han liado, Rachel. Los he visto juntos y luego he escuchado una conversación... —susurro casi sin voz por la angustia que siento.

—¿Dónde estás? Lo que dices no tiene sentido —pregunta Rachel dejando de reír.



—Estoy en el faro de Scheveningen —informo todavía nerviosa.

—Salgo ahora mismo del trabajo y voy hacia la playa —dice Rachel al otro lado de la línea —Es necesaria una reunión de emergencia de chicas. Nos vemos en el paseo de la playa, frente al Kurhaus <sup>6</sup>.

Antes de que me dé cuenta, Rachel ha colgado y yo sigo con el teléfono en la oreja como una boba mirando al horizonte. «¿Cómo he podido ser tan torpe y borde?» me pregunto a mí misma colgando el teléfono y llevándome la mano a la frente. Voy caminando al lado de la bicicleta por el paseo de la playa en dirección al Kurhaus. No dejo de pensar en Aiden, pero a la vez no deja de venir a mi mente la imagen de su secretaria a su lado. Ellos dos hablando, compartiendo una comida e incluso unas risas. Voy despacio, Rachel tiene mucho más trayecto que yo hasta llegar a donde hemos quedado.

Permanezco agobiada mirando los últimos mensajes de WhatsApp de Aiden mientras he estado fuera. Incluso guardo todos los mensajes anteriores y se me encoje el corazón al recordar lo feliz que me encontraba a su lado. Finalmente, me decido a enviarle un mensaje pidiéndole disculpas por mi comportamiento, pero no consigo decidir qué poner en el mensaje, escribiendo y borrando en varias ocasiones el texto. Contengo el aliento cuando estoy decidiendo si enviar el mensaje o no y lo veo en línea. Creo que hasta me he sonrojado. Cuando levanto la mirada veo que Rachel viene hacia mi montada en la bicicleta.

—No puedes ir en bicicleta por el paseo —le regaño —Podrían multarte.

—La ocasión lo requería —dice con una amplia sonrisa acercándose a mí para abrazarme con un brazo mientras con la otra mano sujeta la bicicleta —Vamos, dejemos las bicicletas y sentémonos en algún sitio. Gabrielle ya viene de camino.

Aseguramos nuestras bicicletas juntas y entramos en uno de los chiringuitos de la playa justo en el momento en el que uno de los sofás queda libre así que nos sentamos cómodamente. En el preciso momento en el que el camarero se acerca a donde estamos situadas vemos aparecer a Gabrielle bajando las escaleras de la entrada del chiringuito cargada con el bolso y la chaqueta en la mano.

—Perdonad. Movidas en el trabajo —dice apurada dejándose caer en el impoluto sofá color crema.

—¿Horwood? —pregunta Rachel con curiosidad.

—El mismo —dice Gabrielle con un fuerte suspiro mirándome directamente —No sé qué mosca le ha picado a última hora.

—¡Eso es que te quiere! —exclama con un pequeño grito Rachel dando palmas alegremente y añade emocionada ante nuestra extrañeza —¿A qué hora se ha puesto gruñón?

—¿Qué tiene eso que ver? Siempre gruñe, es el jefe —apunta Gabrielle mirando la carta de bebidas cruzándose de piernas en el sofá.

—Mucho. ¿Ha sido a última hora? —pregunta Rachel impaciente.

Observo a Rachel detenidamente. Mi mirada va de una a otra como si fuera un partido de tenis. Me están poniendo más nerviosa con sus discusiones.

—Sí, ya estaba cerrando la puerta del despacho —afirma finalmente Gabrielle.

—¡Entonces es que la quiere! —exclama emocionada haciendo que el resto de clientes de la terraza se giren hacia nosotras.

La miro abatida, sin entender nada.

—No lo entiendes. Hoy lo he visto en la oficina. Estaba serio. Bueno, él siempre lo ha sido. Iba con “Jenni sin bragas” e iban charlando animadamente —confieso angustiada —Los he visto demasiado juntos. No sé, me ha dado un vuelco el corazón. Y luego he escuchado una conversación en las duchas... chicas, creo que todo se ha fastidiado.

—Entonces..., tú, ¿has salido corriendo? —pregunta Gabrielle.

—Sí, antes de tropezármelo —digo avergonzada con una sensación de ahogo en el pecho —a sin bragas se le escuchaba tan feliz...

—¿Y te ha dado un ataque de celos? —pregunta a modo de afirmación Rachel.

—Sííí —afirmo sin pensar y con pena añadido —Yo no quise hacerle mal. Intenté hacerlo lo mejor que supe y todo se ha jodido. No sé qué hacer y estoy segura de que era el hombre de mi vida.

Las tres nos quedamos en silencio con nuestras copas en la mano mirando el bonito atardecer sobre la playa cuando escucho que Rachel empieza a tararear.

♪ ♪ ♪ 7

*There goes my heart beating  
'Cause you are the reason  
I'm losing my sleep  
Please come back now*

*There goes my mind racing  
And you are the reason  
That I'm still breathing  
I'm hopeless now*

*I'd climb every mountain  
And swim every ocean  
Just to be with you  
And fix what I've broken  
Oh, 'cause I need you to see  
That you are the reason*

*There goes my hand shaking  
And you are the reason  
My heart keeps bleeding  
I need you now*

...♪ ♪ ♪

—Lo echo tanto de menos y estaba tan, tan guapo en la oficina que no sé qué voy a hacer a partir de ahora —digo angustiada dándole un sorbo a mi bebida sin mirar a un punto fijo.

—Tranquila, todo se solucionará —dice Gabrielle serena. En ocasiones pienso que es la única cuerda del grupo.

—Tenemos que trazar un plan. Ese pedazo de hombre no puede estar con esa repugnante —sentencia Rachel girándose hacia nosotras —Dejadlo en mis manos.

Rachel se queda pensativa mientras yo le explico a Gabrielle que me reincorporo el lunes y también todo lo sucedido más detalladamente cuando vemos a varias personas que conocemos llegar que se unen a nosotras al no haber más espacio libre. Es viernes y se nota en el ambiente. Todos hablan animadamente, pero yo no dejo de pensar en Aiden. «*¿Qué estará haciendo en estos momentos?*» Por momentos me hace sonreír cuando lo recuerdo tan profesional, tan diferente, tan serio, tan guapo por los pasillos del trabajo, pero también me viene a la mente lo estúpida que he sido con él y lo boba e intimidada que me siento al pensar que él pueda haber rehecho su vida. Aunque un rayito de esperanza nace en mi corazón cuando recuerdo su última palabra. Me ha dicho “Cariño”, y él siempre se refería de esa forma cariñosa cuando estábamos solos. Me despido de todos y decido marcharme a casa. En esos momentos no soy la alegría personificada y a pesar de la insistencia de las chicas para que me quede, decido volver a casa tranquilamente. Por el camino de regreso me fascina mirar al cielo, con el buen tiempo han llegado los cielos más despejados y se pueden contemplar las estrellas con mayor claridad. Cuando llego a casa me pongo el pijama e intento evadirme con un nuevo libro acurrucada en la cama. No dejo de darle vueltas a todo lo sucedido hoy y es lo único que creo que me ayuda.

No paso una buena noche. Mis pesadillas han cambiado y tras los primeros momentos de incertidumbre y de palpitaciones, me cubro el rostro con mis manos. No puede ser, no dejo de ver en mis sueños a Aiden con su secretaria y eso hace que todo mi cuerpo se estremezca y se me encoja el corazón. Creo que estoy sufriendo un terrible ataque de celos por todo lo que escuché en el vestuario del trabajo. No puedo dormir y doy vueltas y vueltas, así que finalmente me levanto y bajo al salón a por agua. Una vez allí miro dentro de los armarios y antes de que me dé cuenta y casi sin pensar me veo batiendo masa y pelando manzanas para hacer un bizcocho. Me quedo sentada en el suelo con una humeante taza de té mientras miro a través del cristal del horno cómo va subiendo el bizcocho después de limpiar y ordenar toda la cocina. Intento no pensar mucho en lo sucedido ayer. Son las ocho de la mañana. Ya he terminado de ordenar media casa y me encuentro en el salón vaciando todas las estanterías de libros para ordenarlos según temática

cuando suena la campana del horno y me indica que el bizcocho está terminado. Corro a la cocina y en mi desesperación por sacarlo y probarlo me quemo los dedos en varias ocasiones mientras lo desmoldo. Lo coloco en una rejilla para que se enfríe lo antes posible mientras lo observo con atención como si con ello fuera a suceder antes. Estoy tan desesperada que mando un mensaje al grupo de WhatsApp de las chicas, pero observo que nadie lo lee. ¿Es que nadie madruga los sábados? Me ducho, me visto con ropa cómoda y tras envolver el bizcocho, salgo de casa caminando hacia la de Rachel. No hay muchos viandantes y su casa dista de la mía unos diez minutos andando. Voy metida en mis pensamientos y casi en un abrir y cerrar de ojos estoy en su puerta tocando el timbre. Espero un par de minutos y como no abre la puerta le doy un par de golpes con el dorso del puño.

—Rachel, abre. Deja de dormir. Necesito hablar con alguien o me volveré loca y traigo bizcocho —digo elevando la voz.

Miro hacia arriba en el momento en el que Rachel desde la tercera planta abre su ventana y asomada con cara de sueño me mira con cara de asesina.

—¿Es que tu no duermes nunca? —pregunta desesperada y con pelos de loca por la ventana —Espera, espera. No toques más al timbre o me despertarás del todo. Ya bajo.

Me siento en el escalón de la entrada apoyando la espalda en la puerta. Conociéndola tardará un rato en bajar al salón a abrirme la puerta. Me entretengo mirando mis impolutos zapatos que muevo a un lado y a otro mientras sujeto el bizcocho sobre mis rodillas hasta que de sopetón se abre la puerta y caigo hacia atrás.

—¡Sube! —grita por las escaleras.

—Subiendo —digo animada subiendo de dos en dos los escalones de la escalera —Rachel, discúlpame, no puedo dormir y ya no sabía qué hacer.

—No te preocupes, pasa a la cocina —dice en un gruñido —¿Dónde está ese bizcocho? Espero que esté bueno.

—Creo que sí —le digo con una sonrisa abrazándola por la espalda — Gracias.

—¿Qué sucede? —pregunta mientras pone agua en la cafetera.

—Estoy rara y echo de menos, ya sabes. He tenido pesadillas con él y con su secretaria —digo cuando escucho pisadas en el piso de arriba y me llevo la mano a la boca —¡Rachel, no estás sola!

—Lo sé —dice con una sonrisita pícara.

—¡Madre mía! No pensé que estarías con alguien. No te preocupes, me marchó. Luego hablamos —le digo apurada sintiendo que la sangre se me acumula en las mejillas.

—Ni se te ocurra llevarte ahora ese bizcocho. Anda, siéntate en el salón y dame unos minutos —me indica con una mano sirviéndose un pedazo de bizcocho y llevandoselo a la boca —Enseguida bajo de nuevo.

Permanezco apurada en el salón sentada unos minutos cuando veo aparecer a Rachel de nuevo y junto a ella a James con la chaqueta en la mano.

—Buenos días, Amelia —dice acercándose a donde me encuentro para saludarme —Yo ya me iba.

—Siento haber aparecido sin avisar —digo inquieta a los dos.

Rachel se despide de James con risas y carantoñas en lo alto de la escalera después de haberle cortado y envuelto un trozo de bizcocho.

—Lo siento, esta noche no podré verte, tenemos que urdir un plan de amor —dice coqueta Rachel a James a modo de despedida —Te escribo luego.

Desayunamos tranquilas parlotando de su plan para volver a conquistar a Aiden, mientras tomamos un café acompañado de un trozo de bizcocho. Han pasado más de dos horas cuando miramos el reloj y decidimos que debemos iniciar el plan si queremos que funcione. Lo tiene todo calculado para esta noche y James sin saberlo va a ser nuestro topo.

Salimos en dirección al centro de la ciudad. Es sábado y el tiempo acompaña pues el cielo está despejado así que las calles están repletas de viandantes que caminan de un lado a otro realizando compras o simplemente paseando por el centro y disfrutando de la ciudad. Es primavera y se nota en

el ambiente con la ciudad repleta de flores brotando por doquier. Nos pasamos varias horas visitando todas las tiendas que hay en el centro, entrando y saliendo de los probadores con sonrisas, risas y en algún momento de estupefacción.

—No me pienso poner estas flores —sentencio entre risas dentro de uno de los probadores del Bijenkorf<sup>8</sup>

—Eres muy poco atrevida —dice Rachel con una sonrisa.

—¿Pero tú que quieres que Aiden se fije en mí por lo horrorosa que voy vestida? —pregunto quitándome el vestido que me estaba probando.

—Toma, pruébate éste. Con éste lo vas a poner nervioso —dice con una sonrisa pícara.

Me pruebo el vestido lencero que me cede dentro del probador. Es de tirantes con escote en pico y espalda descubierta. Es bastante cómodo para mi sorpresa. Aunque jamás me hubiera imaginado comprando un vestido así para salir un fin de semana.

—Si a mí me gustaran las mujeres, me tendrías en el bote con ese vestido —dice dando palmitas y haciendo que gire sobre mí misma en el probador.

—¿No te parece un poco descarado? —pregunto ajustándome los tirantes y el pecho del vestido.

—Ahí está la cuestión. Vas a por todas y no se va a poder resistir —dice con una amplia sonrisa —Sin habla lo vas a dejar.

—Y ¿cómo sabes que saldrá hoy? —pregunto intrigada ya que esa parte no me la ha explicado.

—James se marcha unos días —dice con pena en su voz —Lo echaré mucho de menos ¿sabes?

—Lo siento —digo acercándome a ella y pasándole un brazo por los hombros.

—Bueno, volvamos a lo que estamos —dice animándose de nuevo — Hoy tienen una cena y dudo que Aiden no vaya.

Emocionadas ante la perspectiva de que todo salga según lo planeado abandonamos la sección de mujer y nos dirigimos al exterior cargadas de nuestras bolsas. También hemos pasado por la sección de maquillajes y comprado un nuevo tono de pintalabios. Estamos decididas a que esta noche dejaremos sin habla ella a James, y yo a Aiden. Cuando vamos a almorzar nos damos cuenta de lo tarde que se nos ha hecho planificando y comprando. Así que con los pies cansados de tanto caminar por las calles buscando el vestido perfecto, nos sentamos en una terraza. Hemos quedado que vendrá a casa una hora antes de la hora de la cena y nos arreglaremos juntas.

—¿Por qué has llamado a un taxi? —pregunto sorprendida mientras nos maquillamos para la cena. Normalmente hubiéramos ido en bicicleta hacia la playa adonde hemos quedado para cenar.

—No lo entiendes. Cuando Aiden te vea con ese vestido y esos tacones, él será el que te lleve a casa —dice con una sonrisita pícara y un movimiento de cejas.

—Y si pasa de mí, me volveré loca buscando un taxi —digo riendo — Todavía no me has dicho como vas a conseguir que vaya a donde estemos.

—Eso déjalo en mis manos y en las de James. Vamos o llegaremos tarde —dice alegremente bajando los escalones de la entrada con los zapatos en la mano.



## CAPÍTULO 8



Llegamos al restaurante puntuales para sorpresa de todos los amigos con los que hemos quedado para cenar.

—Caray, hoy vais a tener moscardones a vuestro alrededor con esos trapos —nos apunta Bruno con una sonrisa.

—Nosotras no queremos ni necesitamos moscardones, ya tenemos nuestros abejorros seleccionados —contesta Rachel con un guiño dejando boquiabierto a Bruno mientras vamos saludando a todos.

La cena se presenta animada, hay muy buen ambiente, pero yo no dejo de mirar hacia la puerta en repetidas ocasiones sin poder evitarlo.

—Todavía no va a llegar, así que cena tranquila —me dice Rachel cuando me ve mirar por undécima vez —Llegarán más tarde.

Entre plato y plato vamos charlando y hay un momento en el que Rachel se levanta de su silla y Bruno aprovecha el momento para moverse y sentarse a mi lado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta en un susurro.

—Bien, estoy bien —digo con una sonrisa sincera mirándole a los ojos mientras me llevo mi refresco a los labios —Ya me reincorporo el lunes así que prepárate.

—Que Dios nos coja confesados —dice riendo haciendo un gesto como si le empezaran a temblar las manos ante mi anuncio y con cariño añade — Nos tenías preocupados. Y Xavier no lo ha pasado bien, se sentía responsable.

—Ya hemos hablado de ello —confieso algo incomoda por recordar que

había cargado a Xavier con mis problemas.

—Por cierto, ¿sabes algo de él? —pregunta animado.

—Supongo que tendría trabajo —contesto con un movimiento de hombros.

Según vamos terminando la cena vamos saliendo a la terraza y nos vamos dispersando. Algunos prefieren tomar una copa con tranquilidad y otros se dirigen a la zona de la pista de baile descubierta del local. Rachel se empeña en hacerse un *selfie*. Sabe que no me gustan nada las fotografías. Puede que sea por trabajo o algo innato en mí, pero prefiero disfrutar y recordar las cosas en mi mente. Se empecina tanto que al final accedo y nos hacemos uno mientras reímos y saludamos a la cámara. Continuamos bailando divertidas cuando exhaustas vamos a la barra donde ella se pide una copa y yo otro refresco.

—¿Te molesta que beba? —pregunta Rachel acercando su rostro a mi oreja para que pueda escucharla por encima de la música que suena en esos momentos.

—No, tranquila. Estoy en plan desintoxicación por ahora —digo con una sonrisa —Debo hacerlo para volver.

Mientras permanecemos en la barra charlando se acercan varios hombres que intentan ligar con nosotras descaradamente hasta que Rachel recibe un mensaje en su teléfono móvil y se gira hacia la entrada.

—Y ahí está Aiden junto a mí adorado James y toda la *troupe* de jefazos —dice con una amplia sonrisa levantando la mano en señal de saludo.

—¡Ohh, madre mía! Tenías razón, han venido —digo entre asombrada y nerviosa embobada mirando a Aiden que está guapísimo a pesar de las ojeras que lleva.

—Me ofendes si habías dudado de mí. Le envié la foto a James y me encargué que Aiden la viera y que supiera lo bien que nos lo estábamos pasando —dice con una sonrisa traviesa —Ahora solo tienes que acercarte a él y decirle que sientes haberle colgado.

Justo en ese momento mi mirada se cruza por primera vez con la de

Aiden entre la multitud y desencadena una sacudida por toda mi alma. Creo que estoy tan nerviosa que en cualquier momento voy a olvidar respirar y caeré al suelo sin sentido haciendo el mayor de los ridículos posibles. No consigo desviar mi mirada de la suya, es una increíble conexión que hace que todos los buenos momentos pasados con él vuelvan a mi mente y no pueda ocultar una tímida sonrisa en mi rostro. Aiden me guiña un ojo y sonrío abiertamente sin desviar la mirada. Mi sonrisa cada vez se hace más amplia y no puedo evitar mordirme el labio inferior levemente por la colisión de todas las sensaciones que estoy teniendo en esos momentos. Es como si nuestras almas volvieran a verse entre toda esa multitud que hay entre los dos. Se hablan con solo una mirada, una sonrisa, sin necesidad de palabras.

—¿Estás bebiendo? —dice Xavier interponiéndose en mi visión.

—¿Qué? —digo azorada ante su repentina aparición.

—¿Que si estás bebiendo? —pregunta Xavier serio señalando la copa que tengo en esos momentos en la mano.

—Nooo —contesto ofendida intentando apartarlo de en medio con la mano.

—Voy a ser muy claro en esto ¿Has vuelto a beber? Prometiste que no beberías en un tiempo —me reprende.

—¿En serio? Tan poco confías en mí. Te he dicho que no estoy bebiendo. Es un refresco —digo ofendida por sus palabras.

—¿Estarías dispuesta a hacerte análisis? —insiste Xavier en preguntar serio.

—Claro, no he bebido y me molesta que creas que te miento —contesto bajándome de la silla, dejando la bebida en la barra e intentando quitarlo de encima.

—Tienes que seguir con las evaluaciones.

—Lo sé, pero es sábado. Joder ¿o es que no voy a poder tener vida privada? —digo apartándolo cada vez más cabreada volviendo a buscar a Aiden con la mirada.

Aiden ya no está en la entrada, y en mi intento de encontrarme otra vez con su mirada giro sobre mí misma revisando toda la estancia. Ya no está. Veo a Rachel abrazada a James y a Evans que se acerca a la barra y saluda a Xavier resuelto mientras a mí me hace un simple gesto de cabeza diciendo mi apellido. Miro a Xavier con rabia, quien me mira desconcertado.

—¿Y ahora qué te pasa? ¿Por qué estás tan cabreada? —pregunta confundido.

—No, ¿a ti qué te pasa conmigo? —le espeto dándole un empujón en el pecho.

—Tenías una sonrisita en la cara... —dice avergonzado casi en un susurro.

—Y no puedes pensar que estaba feliz y que me encontraba bien por haber vuelto —espeto cabreada mientras me vuelvo hacia la barra y agarrando de nuevo mi bebida se la doy de mala manera haciendo que varias gotas salten y le manchen la camisa —Toma mi refresco, bébetelo tú. A mí me has quitado todas las ganas de beber algo que no sea agua. Ahhh, no, claro, luego dirás que es vodka. Sabes lo mucho que me cuesta pedir ayuda y ahora me tratas así...

Todo está saliendo mal. No encuentro a Aiden por ningún sitio a pesar de que incluso he salido al exterior a ver si lo veo. Xavier me ha puesto de muy mala leche con su actitud de controlador. Vale que él siempre me ha visto en mis peores momentos, pero también sabe que, si yo digo que no volveré a caer, no lo haré. Miro mi teléfono móvil y antes de que pueda reaccionar he marcado el número de Aiden y lo tengo en la oreja escuchando nerviosa los tonos, implorando que me conteste. Pero no hay contestación y finalmente se corta la llamada. Vuelvo a entrar en el local y cuando encuentro a Rachel y a James en una de las mesas de la terraza junto a Evans charlando animadamente me acerco y les anuncio que me marcho.

—¡Qué inoportuno que es Xavier a veces! —exclama Rachel con una mueca —Ame, no te preocupes. Todo se va a arreglar, si no es hoy será pronto, ya lo verás. Como una vez me dijiste, lo vuestro está escrito en las estrellas.

Tras darme un abrazo e insistirle en que no es necesario que me

acompañe a casa, salgo del local abatida después de tanta ilusión. Cuando Aiden me ha mirado ha sido como volver a renacer. Las emociones y todas mis terminaciones nerviosas han despertado de nuevo, recorriéndome una mezcla de ilusión y nerviosismo que me ha invadido el cuerpo y el alma. Xavier ha aparecido en el momento menos propicio. Mi estado anímico ha pasado de casi la felicidad absoluta a estar por los suelos, así que salgo del paseo con la cabeza gacha en dirección a la parada de taxis. No hay ninguno disponible en esos momentos y allí sentada en un banco, cruzándome la chaqueta sobre el pecho vuelvo a marcar el número de teléfono de Aiden. Casi contengo la respiración contando los tonos que van pasando, pero finalmente se corta la llamada. Veo a lo lejos acercarse uno de los autobuses nocturnos. Nunca me he subido a uno de ellos, pero no me apetece permanecer por más tiempo en la zona de la playa, así que, tras hacerle un gesto con la mano al conductor, me espera y me indica que tiene una parada relativamente cerca de casa, así que me subo finalmente. El autobús va semi vacío. Solo vamos en él un par de parejas que se besan con cariño y unas cuantas personas que charlan distraídas en unos asientos más atrás de donde me he sentado. A través del frío cristal miro con cierto decaimiento las calles oscuras que vas discurriendo a nuestro paso. Han sido solo unos segundos, tal vez minutos, pero los sentimientos que he vuelto a percibir eran tan puros y verdaderos que esos ínfimos instantes han sido como volver a la vida.

El conductor interrumpe mis pensamientos indicándome que la siguiente parada es en la que tengo que bajar. Así que me levanto y tras darle las gracias, espero agarrada en una de las barras frente a la puerta del centro del autobús. Suena un fuerte trueno en el momento que descendo. Miro al cielo, no se ve ni una sola estrella, y está colmado de enormes nubarrones oscuros que se mueven raudos. Miro a mi alrededor. A esas horas no se ve un alma por el barrio, así que me sitúo en la avenida en la que me encuentro y empiezo a caminar todo lo ágil que me permiten los tacones sobre las pequeñas baldosas que componen la acera, intentando no perder el equilibrio. Otro trueno irrumpe con fuerza haciendo que tiemblen los árboles que hay cerca y segundos después el cielo empieza a descargar de manera furiosa un terrible aguacero que hace que en cuestión de segundos el agua penetre en la chaqueta y me cale hasta los huesos. Intento mirar a un lado y al otro, pero no veo donde poder resguardarme, así que me acerco todo lo que puedo a las fachadas de las casas. Estoy totalmente empapada y con el pelo pegado a la

cara y tras un fuerte suspiro decido quitarme los zapatos y con ellos en la mano, ir caminando como puedo, realizando pequeñas pausas, hasta casa.

Entro a casa y subo directamente al cuarto de baño. Dejo que el agua caliente arrastre mis lágrimas de tristeza y rabia por sufrir su rechazo a hablar conmigo. Salgo a la habitación envuelta en una mullida toalla y me detengo después de abrir el cajón donde guardo los pijamas. Giro sobre mis talones tras cerrar de nuevo el cajón y abro el armario moviendo las perchas hasta encontrar lo que busco. Aquí está la camisa de Aiden. Me la acerco al rostro y a pesar de haberla lavado, queda un leve aroma a su perfume. O puede que solo sean desvaríos míos. Me meto en la cama y tras darle mil vueltas a la situación, finalmente consigo dormirme.

Ya es domingo y me despierto tarde y de mal humor. No dejo de darle vueltas, pero decido que no lo voy a llamar más. Mi estado de ánimo pasa por diferentes fases a lo largo del día mientras deambulo por la casa con su camisa puesta. Primero estoy triste, angustiada, revisando el teléfono móvil y tras unas horas de desesperación, paso a la etapa en la que me enfado con rabia, me levanto del sofá dejando atrás el cojín que apretaba contra mi pecho y decido empezar a preparar el traje más espectacular que tenga en el armario para acudir mañana al trabajo. A última hora de la tarde me encuentro triste cocinando para todo un regimiento en la cocina, intentando no pensar.

No duermo mucho durante la noche. He de reconocer que estoy nerviosa por volver a tropezarme con Aiden de nuevo. Supongo que Menno tenía razón. Debería haber hablado con Aiden el viernes y así hoy no me encontraría tan incómoda. Tengo tiempo así que vuelvo a revisar mi vestuario tras salir de la ducha, pero cuando vuelvo a mirar el reloj doy un grito de sorpresa. «*¿Cómo han pasado los minutos tan rápido?*» Me termino de vestir rápidamente mientras meto todo lo necesario en mi bolso; identificación, llaves, cartera, pintalabios, etc. Bajo las escaleras corriendo y salgo de casa de manera apresurada. Vuelvo a mirar el reloj. El autobús está a punto de llegar a la parada, así que echo a correr. Cuando me quedan pocos metros para llegar a la avenida para coger el autobús lo veo pasar frente a la parada sin detenerse. «*¡Joder, mi primer día de vuelta y voy a llegar tarde!*» Decido volver a casa e ir al trabajo en la bicicleta, así que regreso y tras subirme un poco la falda para poder mover libremente las piernas, me subo y empiezo a pedalear en dirección al trabajo. Si hubiera sabido que iba a ir al trabajo en

bicicleta, no hubiera sido este el modelo elegido para esta mañana. Por suerte no encuentro mucho tráfico y aunque el cielo amenaza con descargar una terrible tormenta, llego al trabajo a falta de diez minutos para la primera reunión que hay esta mañana. Paso la seguridad y casi lanzo la bicicleta contra el suelo intentando asegurarla rauda. Agarro el bolso de la cesta mientras corro hacia la entrada del edificio ajustándome la falda y colgándome la identificación en la chaqueta. Paso por la recepción y entro alocada al ascensor cuando veo que un compañero aguanta la puerta para que suba con ellos. Miro mi reloj de pulsera, solo quedan escasos dos minutos, pero voy a conseguir llegar a la hora lo que hace que respire profundamente e intente adcentarme. Todos van saliendo en sus plantas y yo soy la única que salgo en la séptima. La entrada parece tranquila, solo con las personas de seguridad y, es cuando mi mente vuelve a ponerse nerviosa pensando en volver a ver a Aiden en el trabajo.

—Buenos días —saludo acelerada pasando mi identificación.

Para mi sorpresa, el torno no se abre así que vuelvo a pasarla provocando de esta manera que suene un fuerte pitido desde la máquina de acceso. Vuelvo a intentarlo nerviosa y vuelve a fallar. Una de las personas de seguridad se acerca con una sonrisa, extrañado y me coge la identificación para comprobarla. Vuelvo a mirar el reloj y me doy cuenta de que ya llego tarde.

—Buenos días. ¿Qué sucede? —oigo una voz familiar a mi espalda.

Me giro y veo a Xavier impecablemente vestido con traje, recién afeitado y con el cabello todavía húmedo acercarse a nosotros con un donut en la mano que se lleva a la boca dándole un mordisco mientras me mira serio.

—No tiene autorización para esta planta. No se la han activado a la señorita —confirma la persona de seguridad.

—Da igual. Yo me hago cargo de ella —concluye Xavier llevándose el donut a la boca para poder firmar en el panel de entrada y dirigiéndose a mí, añade —Llegas tarde. No está bien que llegues tarde en tu primer día.

—Tú también —digo socarrona haciendo una mueca.

—Yo siempre llego tarde —dice con una media sonrisita burlona de

suficiencia y añade secamente —Vamos.

Camino nerviosa a su lado. Es tarde y no me ha dado tiempo a pasar por el despacho, pero Xavier toca con los nudillos a la puerta de la sala de conferencias y abre sin esperar una contestación. Se aparta y me deja pasar antes que él. Cuando entro a la sala miro alrededor y no veo a Aiden. Sin darme cuenta, suelto todo el aire de los pulmones que había estado reteniendo por los nervios. Los compañeros me dan la bienvenida. Con algunos de ellos estuve hablando el sábado en la cena y ya están al corriente de mi situación. Cuando ya estamos casi todos colocados en nuestros respectivos sillones, se abre la puerta de la sala y se hace un silencio sepulcral. Ahí está Aiden, tan alto, tan guapo, tan arrollador, tan elegante y, sobre todo, tan serio. Me mira con extrañeza. Parece que le sorprenda que este allí a pesar de que me hubiera visto el sábado. Mi pulso se acelera y es como si mis ojos no pudieran apartarse de los suyos. Incluso tropiezo con el sillón cuando voy a sentarme torpemente por la inquietud.

—Buenos días. Vamos a empezar la reunión —informa distante y, pasando por detrás de donde me encuentro hacia la cabecera de la mesa, añade irónico —Vaya, señorita Navarro, nadie me ha informado que regresaba hoy. Si lo llego a saber hubiera traído pasteles para celebrar su regreso.

Varios de mis compañeros ríen disimuladamente por sus palabras. Xavier está en el otro extremo de la mesa y nos observa detenidamente hasta que empiezan la reunión. No llevo ni un mísero papel para tomar notas y cuando veo que todo el mundo empieza a tomar notas, no sé dónde meterme. Intento respirar pausadamente intentando controlar los nervios cuando veo que mientras Aiden expone varios temas a tratar camina con paso decidido hacia mí, con unos folios en la mano. Cierro los ojos cuando siento que está a escasos centímetros de mí.

—Señorita Navarro, ya que se ha dignado a venir al trabajo al menos venga un poco preparada. No estamos en el colegio —dice hosco colocando varios folios y un lápiz sobre la mesa delante de donde me encuentro.

Con el aroma de su perfume y sus labios tan cerca de mi cuello mi mente y mi cuerpo sufren una terrible sacudida que hace que no consiga articular palabra. No puedo evitar sentirme incomoda allí sentada en el sillón, y noto



que todos mis compañeros me miran con curiosidad. Verdaderamente está muy borde conmigo y se comporta muy tajantemente en los temas de la reunión. A partir de aquí intento esquivar todas sus miradas, así que voy anotando en mis papeles frases sin sentido que le escucho decir. Parece que durante mi ausencia no ha habido muchos avances en varias de las misiones que tenemos pendientes. En dos ocasiones, Aiden mantiene un tenso cruce de palabras con Xavier al no coincidir en el método más apropiado para actuar. Hay momentos en los que la tensión se puede cortar con un cuchillo y creo que todos estamos deseando que termine la maldita reunión. Finalmente, Aiden la da por finalizada y cuando todos nos estamos levantándonos para irnos y estoy saliendo por la puerta, escucho su voz.

—Señorita Navarro, ¿puede esperar uno momento? —dice serio.

Ya estoy saliendo por la puerta así que bajo la cabeza disimuladamente y me escabullo entre los compañeros hacia mi despacho. Sé que está cabreado, así que cuando llegue al despacho y deje las cosas, lo primero que haré será mandarle un correo electrónico. Nerviosa acelero el paso hasta llegar a mi departamento y Daina me saluda con una amplia sonrisa. Se levanta, gira bordeando su mesa y me da un abrazo.

—¡Bienvenida de nuevo!

—Gracias, Daina —digo tras unos segundos y librándome de su abrazo le informo —Tienes que mirar qué sucede con mi permiso de acceso a esta planta. Esta mañana lo tenía bloqueado.

—¡Gracias al cielo que has vuelto! Tu amado me está volviendo loca toda la mañana. Tiene a su secretaria acosándome y temía estallar, pero ahora que estás tú aquí podrás solucionar todo y se calmará —dice orgullosa sentándose de nuevo en su silla.

—Daina, tengo que contarte un secreto —digo casi en un susurro inclinándome sobre la mesa y acercándome a ella —Ya no es mi amado...

Daina me mira curiosa y estalla en carcajadas.

—Ya decía yo que lo que ese hombre necesitaba era un buen...— empieza a decir entre risas.

—Daina, no termines esa frase —le llamo la atención —Comportémonos y a ver qué podemos solucionar.

Suena su teléfono y ambas contenemos la respiración. Es la extensión de Aiden la que parpadea en la pantalla.

—Despacho de la señorita Navarro —contesta Daina con tono profesional. La veo que escucha en silencio. Se escucha la voz cortante de Aiden al otro lado de la línea mientras que ella asiente en varias ocasiones — No se preocupe señor Horwood, le diré que ha llamado —cuelga el teléfono y me informa —Quiere que vayas a verlo.

—Lo sé —digo entrando en mi despacho con ella pisándome los talones a mi espalda.

Entro al despacho y me quedo parada frente a mi mesa. Está llena de papeles y expedientes que se acumulan en varias pequeñas torres.

—No te preocupes por esto. Luego te explico cada cosa —dice apurada Daina.

—¿Hay algo que deba saber antes de ir a su despacho? —pregunto con una mueca confusa.

—Estos son los expedientes prioritarios —dice dándome un puñado de ellos que están justo sobre el teclado — y también decirle que está de un humor de perros hoy.

—¿Eso es todo? —digo guiñándole un ojo sonriendo por la ironía de sus palabras.

—Cuidado con Jenni. Se le ha ido la cabeza —dice seria.

—De acuerdo —digo estirándome las mangas de mi chaqueta —¡Vamos a ello!

Antes de que me ponga más nerviosa, dejo mi departamento atrás y me dirijo por el pasillo central a donde se encuentra el despacho de Aiden. Voy saludando a compañeros de la planta que van y vienen por el pasillo hasta que llego a escasos metros del despacho y, cerrando los ojos, respiro hondo para calmarme mientras doy los últimos pasos hasta la mesa de su secretaria.

—Vengo a ver a Horwood —digo intentando parecer serena.

—Espere, enseguida la atiendo —dice Jenni sin ni siquiera mirarme.

—Me está esperando —digo desconfiada cuando la veo jugar con el teléfono.

—Sí, un momento. Enseguida la atiendo —contesta impertinente indicándome uno de los sofás que hay frente a su mesa para que tome asiento.

—De acuerdo. Al menos préstame un lápiz —digo cogiendo uno del bote que tiene sobre la mesa lleno de ellos.

Parece que le ha molestado y farfulla algo irritada que no entiendo cuando me siento en el sofá. Me siento e intento calmar los nervios abriendo uno de los expedientes. Empiezo a revisar uno a uno. Voy pasando páginas y haciendo anotaciones, mientras escucho a Jenni parlotear al teléfono. Me muevo en el sofá incomoda cuando termino con el tercer expediente. Entonces me acerco a su mesa a ver qué sucede.

—Enseguida la atiendo —es la respuesta que vuelvo a recibir.

Vuelvo a concentrarme en los expedientes que llevo conmigo. Incluso hago alguna que otra llamada a Daina hasta que miro el reloj y me doy cuenta de que he perdido casi dos horas allí sentada. Me levanto del sofá. Ya no estoy nerviosa, ahora lo que tengo es un cabreo de narices. Así que me dirijo a su mesa y es cuando coloca casi su mano frente a mi cara cuando se percata de mi presencia de nuevo frente a ella.

—Me marchó —digo secamente mientras la miro fijamente —Por favor, dile a Horwood que he pasado.

Parece que está disfrutando al verme enfadada, pero me giro y me vuelvo hacia mi despacho. Allí permanezco con Daina quien me pone al día de las noticias de la planta, tanto de lo laboral como de lo personal.

—Es extraño que hayas tenido que esperar tanto tiempo —concluye Daina.

Gabrielle pasa por mi despacho a la hora del almuerzo y bajamos juntas a la cafetería de la quinta planta. Sentadas en una esquina del comedor

hablamos de nuestras cosas hasta que se unen a nosotras Bruno y Xavier. No puedo dejar de estar en tensión y siento que Xavier me observa cuando veo entrar a Aiden junto con otros jefes en el comedor. Es algo hipnótico, no puedo quitar mis ojos de él. Allí va caminando con las manos en los bolsillos y perfecto de la cabeza a los pies. Con su perfecto traje gris, con su camisa blanca, unos zapatos negros y una mirada que, sin esperarlo, levanta y tropieza con la mía, dejándome paralizada. Su mirada es intensa y no puedo evitar una leve sonrisa cuando mi corazón me recuerda lo mucho que le echo de menos, pero rápidamente interviene mi mente y me recuerda toda la mañana que me ha hecho perder sin atenderme. Borro la sonrisa y desuno nuestras miradas. Terminamos de almorzar y cuando me levanto algo incómoda todavía sintiendo su mirada, me doy la vuelta y lo veo que desvía la mirada mientras nervioso se pasa las manos entre el pelo. Gabrielle enlaza su brazo con el mío cuando salimos del comedor y me susurra.

—Deberías hablar con él.

—Me ha tenido esperando toda la mañana después de lo desagradable que ha estado durante toda la reunión. Es capaz de despedirme si hablo con él —digo con sarcasmo.

Pasamos la identificación en la planta y de nuevo vuelve a pitar, sacándome de los nervios. Desesperada miro al techo intentando contenerme cuando veo a los demás reírse por mi desesperación.

—¿Se puede saber qué pasa con mi autorización? —pregunto seca a la gente de seguridad.

—Tiene que aprobarla el director de área señorita, y todavía no lo ha hecho —contesta uno de ellos impasible.

En ese momento veo que la secretaria de Aiden pasa por mi lado junto a una becaria, me mira elevando su barbilla y se giran cuchicheando y riendo. Gabrielle me pone una mano sobre el hombro para tranquilizarme.

—No le hagas caso. Nadie la soporta. No entiendo como Aiden le da tantas libertades. Ignórala —dice Gabrielle observando cómo se marchan por el pasillo.

—Yo me hago cargo de ella —dice Xavier con una sonrisita pedante

firmando en el papel que le tienden y tras esto me pasa un brazo por el hombro y riendo añade —Espero que te portes bien.

En ese preciso instante se abren las puertas de la planta y aparece Aiden quien frena su paso al vernos allí quietos.

—¿No tienen trabajo que hacer? —pregunta hosco.

La mirada de Aiden se fija por unos instantes en el brazo de Xavier que cae sobre mis hombros. Al darme cuenta de ello, cojo la mano de Xavier y se la quito de un manotazo, pero Aiden ya ha pasado la seguridad y se dirige hacia su despacho.

—Mejor le pido que me firme la autorización más tarde —anuncio a los de seguridad que asienten al ver lo serio que ha pasado Aiden por nuestro lado y, girándome hacia Xavier añado cabreada —Parece que disfrutas..., ¿se puede saber qué mente retorcida tienes? —le pregunto mosqueada.

—Lo siento, supongo que es la costumbre de querer cabrearle —contesta socarrón y se excusa inocente —Yo no sabía que él iba a llegar en ese preciso momento.

Me despido rápida de ellos y me marchó a mi despacho a ver qué expedientes puedo ir sacando adelante. Poco a poco me voy concentrando en el trabajo y cuando Daina toca a mi puerta para anunciarme que se marcha no me he dado ni cuenta de que he pasado más de cuatro horas ordenando, separando, revisando y estudiando parte de lo que tengo sobre la mesa. Todo está ahora dispuesto en tres sillones que tengo alineados al lado de la mesa. Miro el reloj, todavía es pronto y no tengo nada que hacer en casa, así que decido continuar un rato más y adelantar trabajo hasta que siento que el cuello me duele de tanto mover los dedos sobre el teclado del ordenador. Respiro profundamente y cuando me recuesto en el sillón, no puedo evitar volver a acordarme de Aiden y de la mirada que he visto reflejada en su rostro cuando nos ha visto a Xavier y a mi juntos. Miro el reloj del ordenador y me doy cuenta de lo tarde que es, así que decido parar el ordenador y continuar mañana. Estoy cerrando la puerta de mi despacho y ya he apagado la luz, cuando oigo risitas y pasos por el pasillo. Mi respiración se corta mientras pego mi cuerpo a la pared para que no se percaten de que estoy allí. Aiden reprende a Jenni por quedarse hasta tan tarde. No es un tono de voz

cariñoso, más bien es serio y hosco. Todo lo contrario, al tono meloso en la voz de ella. Escucho a lo lejos la campanita que anuncia que el ascensor está en la planta y la voz de Jenni va desvaneciéndose en el silencio. Continúo pegada a la pared escuchando atentamente unos instantes más mientras intento recuperar el aliento. «*¿Será cierto que están juntos? Entonces, ¿por qué le he notado tan incómodo cuando me ha visto con Xavier?*» Salgo por el torno de la recepción sumida en todas mis cábalas caminando despacio y cuando salgo al exterior, miro al cielo y lleno de aire mis pulmones sonriendo cuando veo que el cielo está lleno de estrellas. Meto el bolso en la cesta de la bicicleta y tras mirar a un lado y a otro, me subo la falda para poder subir y emprendo la marcha tranquilamente a casa.

## CAPÍTULO 9



Al segundo día no se me hace tarde. No he pasado mala noche y solo me he despertado en varias ocasiones. He de reconocer que con los ejercicios de respiraciones que empecé a hacer con Xavier en España y con la charla durante la evaluación, poco a poco estoy durmiendo mejor, Pero esta noche se me ha mezclado todo; las inseguridades con Aiden, la vuelta al trabajo, Xavier. Cuando el conductor del autobús me ve en la parada, me sonrío y me da los buenos días. El autobús casi vacío inicia de nuevo la marcha cuando ya me he acomodado en el asiento. Tras hacer el trasbordo a un segundo autobús, miro al reloj que hay sobre el conductor y me doy cuenta de lo temprano que es. Ayer llegué tarde, pero hoy voy a llegar la primera. Espero que las enormes nubes grises que colman el cielo de la ciudad en esos momentos no descarguen hasta que no esté dentro del edificio. Antes de que el autobús llegue a la parada me preparo en la puerta para correr hacia el trabajo. Me despido del conductor con un gesto con la mano y salto a la carrera en el momento en el que un terrible trueno descarga con furia y hace que el suelo bajo mis pies tiemble. Realmente es difícil ver más allá de un par de pasos. He sacado el paraguas, pero no sirve de mucho. El viento hace que la lluvia empape mi ropa y mi pelo. No puedo evitar reír cuando veo que no tengo donde resguardarme. Menos mal que es temprano y me da tiempo a cambiarme antes de que llegue alguien. Corro lo más rápidamente que puedo esquivando los charcos, saltándolos y antes de que me dé cuenta, he pasado la garita de seguridad. Entro en la recepción del edificio dejando caer de golpe el paraguas, el porta documentos e intento sacarme rápidamente la gabardina antes de que el agua traspase la ropa. Vuelvo a abrir la puerta y, resguardada bajo el soportal, escurro el pelo y me saco los zapatos vaciándolos de agua. Tras ello me encamino hacia los ascensores y marco la séptima planta. La planta está desierta. Todavía no ha llegado el personal de seguridad, así que decidida paso la identificación y para mi sorpresa vuelve a sonar un sonoro pitido que indica que estoy intentando entrar en un área donde no estoy

autorizada.

—¡Joder! —maldigo cabreada dándole a la puerta de cristal con el puño.

Miro el reloj. Todavía es temprano y yo voy calada hasta los huesos. Lo intento de nuevo y vuelve a fallar. Miro a un lado y a otro. No veo ningún movimiento por la planta, así que me saco los tacones y los lanzo por la parte de arriba para, a continuación, pasar la gabardina, el porta documentos y el bolso. Vuelvo a mirar a un lado y a otro. Parece que no hay nadie en la planta, así que, sin pensarlo, decidida me remango la falda y me impulso con fuerza sobre el torno hacia el cristal. Es un cristal blindado, así que es imposible que se rompa por mi peso. Solo tengo que saltarlo y cuando salte la alarma, correr hacia ella y marcar la clave para que no suene. En mi arrebato para no tener que esperar a que alguien me abra la puerta de seguridad de la planta eso es todo lo que he pensado. Una vez subida al torno, llevo cuidado de no resbalar con mis pies húmedos así que apoyo las manos en el cristal y me encaramo casi a la altura del techo. No hago bien el apoyo, lo que causa que me quede con el cuerpo un poco encajonado contra el techo. Creo que me he quedado enganchada con el rociador contra incendios. Cierro los ojos e intento respirar con calma. Todavía es temprano y rezo para que nadie entre en esos momentos y me pille allí enganchada al techo con la falda casi por las caderas. Intento deslizar mi cuerpo hacia delante, estirando los brazos frente a mí por sí, finalmente cede, no me dé con la cara contra el suelo desde esa altura. Hago presión con las manos contra el cristal para intentar desengancharme moviendo las piernas y las caderas. Siento que poco a poco va cediendo y me preparo para caer al suelo de cabeza. No es como lo había planeado desde un principio, pero ya no puedo evitarlo y la alarma saltará en cualquier momento. Finalmente paso las caderas y eso hace que se me eleven las piernas arañándome con el maldito rociador y cayendo estrepitosamente contra el suelo con un fuerte golpe y quedando despachurrada con el cuello doblado y las piernas hacia arriba.

—¡Joder! ¡Qué golpe! —maldigo tirada en el suelo mientras escucho los tres fuertes pitidos de la alarma avisando de que va a saltar. Derrotada en el suelo ruego para que no suene —No por favor, no suenes ahora...

Tres, dos, uno..., y la alarma comienza a sonar estrepitosamente. Intento erguirme del suelo lo más rápido que puedo, pero me he pegado tal golpe que me duele el antebrazo y me he arañado la pierna que sigue apuntando al techo



contra el maldito rociador.

—Amelia, ¿qué ha sucedido? ¿Estás bien? —oigo pasos acelerados por el pasillo.

Maldición. Ahora sí que la he liado. Intento rodar por el suelo bajando las piernas y torciendo mi cuerpo, mientras desde el suelo, veo a Aiden que desconecta la alarma y se acerca en dos rápidas zancadas para ayudarme a levantarme.

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo? —pregunta serio, observándome de arriba abajo —¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien —farfullo cabreada soltándome de él e intentando adecentarme, bajándome la falda y colocándome la camisa.

En ese momento me doy cuenta de que estoy sangrando por el golpe contra el rociador, pero me trago el orgullo a pesar del dolor e intento ponerme recta.

—¡Joder! ¿Todavía no has podido autorizarme a entrar a mi propio departamento? —pregunto cabreada sin mirarlo —¿Por qué intentas humillarme así?

—¿Humillarte? ¿Así? —pregunta confundido señalando el cristal.

—¡Joder, Horwood! Fírmame la puñetera autorización —digo cabreada y dolorida.

—La tienes firmada. Lo único que falta es tu firma, pero ayer me esquivaste todo el día —espeto serio y me riño —Y haz el favor de no hablarme así. Sigo siendo tu jefe.

—Vale —refunfuño cabreada con el mundo, pero sobre todo conmigo misma recogiendo mis zapatos del suelo.

—Haz el favor de cambiarte de ropa e ir a la enfermería a mirarte esa herida —dice serio señalando mi pierna —Y no te vuelvas a saltar la seguridad de esa forma.

En ese instante su teléfono móvil suena y lo saca del bolsillo interior de la chaqueta. Por sus contestaciones intuyo que deben de ser los de la alarma

para ver que todo está bien, así que yo aprovecho, y, aunque me esté haciendo un gesto para que espere, le doy la espalda y me escabullo hacia mi despacho. No pienso quedarme allí esperando a que siga llamándome la atención mientras estoy totalmente empapada por la lluvia. Alguien puede llegar verme de esta guisa.

—Amelia, espera un momento —oigo decir a Aiden. Pero yo ya no me vuelvo a girar y continúo hasta mi oficina.

Una vez dentro, dejo todo lo que llevo en las manos sobre la mesa. Las sillas están ocupadas de expedientes. Me llevo una mano al rostro. «¡*Madre mía, qué vergüenza! Esto cada vez está peor*». Mientras saco el secador de pelo del cajón y otros zapatos secos, no dejo de darle vueltas a todo lo que ha sucedido en estos dos días. No tengo otra camisa que ponerme, pero si una camiseta de yoga que rápidamente me pongo bajo la chaqueta y que disimulo bastante bien con el pañuelo. Cuando me he secado el pelo y recogido en una coleta alta, decido ponerme a trabajar. Justo en ese momento tocan a la puerta y pasa Daina con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con una sonrisa divertida.

—Sí, ¿por qué me miras así? —le pregunto extrañada por su sonrisa.

Daina nunca está de buen humor por las mañanas. Después de tantos años juntas, es algo que sé a ciencia cierta.

—Corre el rumor de que esta mañana has intentado romper el sistema de seguridad... —dice Daina moviendo ambas cejas divertida.

—¿En serio? —pregunto sorprendida —¿Cómo es posible que ya lo sepas?

—Yo lo sé todo querida. Acabo de ver a Horwood hablando con los de seguridad y después he ido a hablar con un amigo —dice guasona y me informa —Un amigo que está en seguridad.

—Daina, ¿hay algún departamento de esta organización en el que no tengas un amigo que te cuente las cosas? —pregunto asombrada con una sonrisa que no puedo evitar.

Daina se lleva una mano a la barbilla y haciendo girar los ojos, mira al

techo y hace como que piensa.

—Ummm, no —sentencia finalmente Daina —Tengo todos y cada uno de los departamentos controlados.

—Necesito que vayas al despacho de Horwood y consigas la circular para que validen mi permiso para acceder a la planta. ¿Podrías hacerme ese enorme favor? —digo convencida de que lo hará.

—Lo haré, pero que conste que no soporto a “sin bragas” —dice con cara seria alargando las palabras —Soy tu secretaria, tú eres la que siempre manda.

—Sabes que yo no te mando —digo sorprendida por sus palabras — Siempre haces lo que te viene en gana.

—Es ley de vida —dice haciendo una mueca divertida —Tú te saltas las normas de Horwood y yo, ya sabes... Reconoce que soy la mejor secretaria que nunca hayas tenido.

—Solo te he tenido a ti —contesto encogiéndome de hombros.

—Eso es un golpe bajo —dice divertida mientras sale por la puerta poniendo cara de ofendida.

Intento centrarme en el trabajo y no salir de mi despacho para no tener que volver a tropezarme con Aiden. Ya no sé qué sentir. No sé si me quiere o si me odia, pero lo único que tengo claro es que no sé por qué no dejo de meter la pata con él. Mi tranquilidad se trunca por la entrada de Daina en el despacho. Entra echando chispas después de haber estado esperando según parece más de una hora a recoger el formulario de seguridad. Sin pensarlo, levanto el auricular del teléfono y marco la extensión de Aiden, pero a los cuatro tonos la llamada se desvía a su secretaria para mi frustración. La aviso para que me prepare los papeles y me dice que me pase a retirarlos por su mesa. Así que le pido a Daina que se calme y, tras entregarle expedientes con las firmas para introducir en el sistema, doy un fuerte suspiro y me encamino hacia el despacho de Aiden. Cuando doblo la esquina al final del pasillo ya puedo vislumbrar una sonrisita de satisfacción en la cara de Jenni.

—Vengo a por el papel —digo directa sin andarme con rodeos.

—Por favor, espera un momento que enseguida te lo busco. Siéntate un momento —dice satisfecha.

—Para empezar, me tratas de usted. En la organización existe una jerarquía y unas normas de respeto y puede que seas mayor que yo, pero mi puesto y mi responsabilidad en esta organización es bastante más alta que la tuya como para que me faltes al respeto —espeto cabreada apoyándome sobre su mesa con ambas manos abiertas —Sé a ciencia cierta que ya está todo firmado desde ayer. Tengo mucho trabajo que hacer. Deja de hacernos perder el tiempo a mi secretaria y a mí, así que haz el favor de darme el maldito papel.

—Navarro —escucho a mi espalda la voz de Aiden.

—Discúlpeme señor Horwood. Ya sabe la cantidad de trabajo que llevamos... —empieza a decir con carita de cordero degollado para mi sorpresa.

—Lo sé, no se preocupe —le contesta Aiden mientras se lleva las manos a las caderas.

—¿En serio? —digo cada vez más ofendida.

Para mi sorpresa escucho a Jenni gimotear mientras me giro totalmente sorprendida por su actuación magistral delante de Aiden.

—Lo siento señor. Yo no quería importunar a nadie.

—Navarro, a mi despacho. Ahora —dice fulminándome con la mirada y dirigiéndose a su secretaria añade con un tono más conciliador —Búsqueme el documento. Deje todo lo que esté haciendo y busque el documento.

Aiden pasa delante de mí con paso decidido y abre la puerta cediéndome el paso.

—Siéntese —dice con voz seria señalando uno de los sillones frente a su mesa mientras cierra la puerta detrás de él.

Me acerco al sillón y me siento en él, completamente cabreada, cruzándome de piernas y brazos. Mientras él bordea la mesa y se sienta frente a mí.

—¿Se puede saber qué te sucede? No puedes hablarle a nadie así, al menos mientras yo sea tu director —dice serio.

—Me está mareando —intento justificarme —Mira no sé qué es lo que hay entre vosotros dos, pero no puedes permitir que nos putee al resto de gente que trabajamos en esta planta.

—Navarro, la boca —me reprende serio —Ella no putea a nadie. Hemos tenido mucho trabajo mientras has estado fuera.

—Sí que lo hace —digo intentando no parece una niña caprichosa y celosa —, pero nadie se atreve a decírtelo.

Aiden me mira sorprendido y se lleva una mano a la barbilla.

—Yo solo quiero mi autorización, solo eso. Pero se está cogiendo muchas libertades —añado triste al ver que Aiden duda de mis palabras.

—No le doy libertades. Voy tan saturado que no tengo tiempo para ese tipo de cosas —dice Aiden inflexible —Amelia...

Aiden es interrumpido por el sonido de unos nudillos golpeando la puerta y yo giro mi cabeza hacia el ventanal para no ver a su secretaria que entra con la documentación solicitada.

—Gracias, eso es todo —dice con un gesto amable para que salga de su despacho. Lo revisa en silencio y lo pone frente a mí —Amelia...

—Gracias —digo cogiendo el documento mientras me levanto del sillón sin poder evitar estornudar en dos ocasiones.

Aiden se saca un pañuelo del bolsillo y me lo entrega acercándose a donde me encuentro. Lo miro con reticencia.

—Está limpio —dice con una leve sonrisa negando con su cabeza mientras observo el pañuelo como si fuera fuego —Cógelo, no te va a morder. Amelia, deberías pedirle perdón.

—Ohh, noooo. Eso sí que no, por ahí no paso —digo totalmente ofendida —Ayer me tuvo perdiendo el tiempo más de dos horas. Hoy se lo ha hecho perder a Daina y por su culpa he tenido que saltar la seguridad esta mañana y mira lo que me he hecho —digo totalmente ofendida levantándome

la falda un poco por el muslo y enseñándole la herida causada por el rociador de la entrada.

Me observa alarmado y es entonces cuando yo me miro la pierna. La herida vuelve a sangrar y yo en esos momentos temo marearme y caerme contra el suelo allí mismo haciendo el más espantoso de los ridículos. Creo que por momentos la sangre ya no me llega a la cabeza y mi cuerpo oscila peligrosamente.

—¿Vas a marearte? —pregunta sorprendido.

—Creo que sí —digo con un puchero infantil —Me voy a mi despacho.

—Ven. Siéntate o te caerás —dice sujetándome por los hombros y acercándose de nuevo al sillón del que me he levantado.

Su voz parece más calmada. Una vez sentada el sillón intento quitarme de la cabeza la imagen de la sangre corriendo por mi pierna, pero no es posible. «*No te marees, no te marees*» Me digo a mí misma una y otra vez. Aiden se acerca al teléfono y cuando veo que llama a su secretaria no puedo evitar levantarme de un salto.

—Ni se te ocurra llamarla a ella y que me vea así —digo cabreada y desafiante —Antes prefiero caerme por las escaleras y romperme dos dientes.

Aiden levanta una ceja sorprendido y cuelga el teléfono de inmediato.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —pregunta confundido — ¿Dónde hay un botiquín en la planta?

—No es necesario... —digo testaruda levantándome del sillón provocando que mi vista vuelva a nublarse.

—Siéntate de inmediato —ordena Aiden —Siéntate y espera aquí sin moverte.

Aiden sale del despacho y cierra tras él. Yo permanezco sentada agarrada a los brazos del sofá. Es horrible la sensación de mareo que tengo. Creo que no han pasado ni tres minutos cuando veo que la puerta se vuelve a abrir y cerrar, y con él lleva el botiquín que seguramente ha cogido de la entrada.

—A ver. Enséñame la herida de nuevo —dice en un tono más

conciliador.

—No es necesario —digo terca ya encontrándome mejor.

—¿Se puede saber por qué no has ido a la enfermería esta mañana? —me reprende.

—Porque me mareo —confieso avergonzada.

—¿En serio? —pregunta sorprendido —¿Tanto te duele?

—No es el dolor. Es la sangre —digo sin mirarlo a los ojos.

—¿Te mareas la sangre y trabajas en lo que trabajas? —pregunta cada vez más desconcertado.

—Solo me mareo si la sangre es mía —reconozco abochornada.

—De acuerdo. Pues levántate y no mires —dice más amable guiñándome un ojo —Y si ves que te mareas, avísame antes de caer.

Me levanto la falda un poco dejando parte del muslo al descubierto mientras giro la cabeza y frunzo el ceño poniéndome en tensión.

—Relájate —dice al verme tan nerviosa. Se saca la chaqueta y se sube las mangas de la camisa hasta el antebrazo —No voy a hacerte daño.

No puedo evitar tensar la mandíbula. Me llevo las manos a la cara tapándome los ojos y cuando creo que va a acercarse, me muevo apartándome. Es entonces cuando siento que apoya una mano sobre la piel del muslo que hace que mi corazón deje de latir por no esperar volver a sentir su tacto en mi piel. Ahora sí que creo que me voy a marear y no va a ser por mi sangre.

—Solo voy a desinfectarte la herida, Amelia —dice afable y con una sonrisa añade —Yo pensé que eras una chica dura.

—Y lo soy, pero no con mi sangre —contesto ofendida justo en el momento que Aiden acerca una gasa empapada de algún desinfectante que hace que la herida escueza de manera terrible y exclamo —¡Joder!

—Amelia, la boca —dice tranquilo desinfectando la herida.

Permanezco de pie callada, mientras él, arrodillado con una pierna en el suelo, me cura diligente la herida. En esos instantes mi mente y mi corazón están en una continua lucha. Estoy cabreada conmigo misma por haberlo dejado, con él por haberme encontrado tan rápido una sustituta y por otro lado mi terco corazón no deja de sentir emoción al tenerlo tan cerca. Todo mi cuerpo vuelve a temblar cuando siento que su mano se mueve sobre mi piel. Es como si lleváramos una eternidad allí los dos en silencio, solo escuchando el sonido de nuestras respiraciones.

—Ya termino —dice cuando lo miro mientras coloca un apósito sobre la herida —Así no la veras y no te marearas. Y ahora, ¿vas a contarme qué te sucede?

—No me sucede nada —contesto intentando que no note lo nerviosa que me pone su cercanía.

—¿No quieres hablar conmigo? —pregunta bajándose las mangas de la camisa.

—Ya no hay nada de qué hablar —digo cogiendo el documento de aprobación de mi seguridad.

—Yo creo que sí que tenemos cosas que aclarar —dice sentándose en su sillón y por un momento veo en su rostro y en sus ojos un cansancio que no había visto hasta ahora.

Odio que estas situaciones me pongan tan nerviosa, así que rápidamente me despido antes de que no pueda evitar ponerme a llorar, decirle lo mucho que lo echo de menos y lo terriblemente que me duele que esté con otra persona en tan poco tiempo. Nunca lo hubiera imaginado por los mensajes que recibía cuando estuve en España.

—Solo te pido que la controles y que no me haga ahora la vida imposible —digo triste sin girarme.

—Amelia, no te entiendo —dice Aiden con voz apagada.

—Da igual, ya no hay nada que entender —digo abriendo la puerta y marchándome de su despacho.

Su secretaria no está en su mesa en esos momentos, lo cual agradezco al



universo, pero sí que la oigo cuchichear junto a la fotocopidora junto a dos becarias. Llego a la mesa de Daina que me espera impaciente y simplemente le dejo el papel de seguridad sobre su mesa, se lo firmo y le pido, por favor, que lo tramite. Todavía me tiemblan las piernas y necesito sentarme. Me encierro en el despacho y empiezo a tramitar expedientes. Como bien me ha informado Daina, hay mucho trabajo atrasado y hay que sacar adelante los proyectos lo antes posible. Pasa la hora de comer sin que me dé cuenta hasta que escucho que tocan a la puerta y miro el reloj de la pantalla del ordenador. Daina debe de estar almorzando.

—Adelante —digo en voz más alta.

—No has bajado a comer —dice Xavier entrando decidido con su impecable traje.

—No tenía mucha hambre —digo seria y pregunto —¿Qué necesitas?

—¿Tengo que necesitar algo para venir a verte? —dice haciéndose el ofendido.

Lo miro fijamente entrecerrando los ojos mientras me pasa un recipiente de comida para llevar con una ensalada.

—Necesito que le eches una mirada a esto —dice con una media sonrisa —Seguro que tú encuentras algo nuevo. Parece que Kattanga se está moviendo.

—De acuerdo —digo agarrando el enorme expediente que me tiende sobre la mesa.

—Voy a estar unos días fuera. No olvides tu cita del viernes para poder contar contigo lo antes posible —dice cauteloso observando mi reacción.

—Sin problema —digo haciéndole un saludo militar.

—Perfecto —dice guiñando un ojo y, levantándose de la silla frente a mi mesa añade —Y hazme un favor, come algo y no te vuelvas a saltar la seguridad.

—Oh, no. ¿Tú también lo sabes? —pregunto avergonzada al pensar lo que se pueda estar diciendo de mí.

—Mejor pregunta, quién no lo sabe a estas alturas. Saltar la seguridad solo se te puede ocurrir a ti —dice con una carcajada saliendo por la puerta.

No vuelvo a ver a nadie hasta que Daina entra para avisarme de que se marcha y que Rachel ha llamado en varias ocasiones. No me he dado cuenta que dejé el teléfono móvil en silencio así que veo varios mensajes.

«*Espérame en el centro. Salgo en cinco minutos*» Tecleo rápidamente en el teléfono móvil.

«*En el Bijenkorf, segunda planta. Ven pronto. Necesito opinión*» Recibo como respuesta al poco tiempo.

Rápidamente cierro todo lo que tengo abierto en el ordenador y tras ver que no tengo ningún correo electrónico urgente cojo el bolso y me lo cruzo por el pecho. Meto el ordenador portátil y el expediente de Xavier en el porta documentos, y salgo de allí decidida a olvidar parte del cargante y vergonzoso día. Mañana será mejor. Pero este pensamiento se me esfuma pronto cuando estoy esperando el ascensor y escucho voces que se acercan a la entrada de la planta. «*No puede ser*» pienso llevándome una mano a la cara. Aiden y Jenni vienen hacia el ascensor, así que miro alrededor y la única opción sensata que encuentro es correr hacia la puerta de las escaleras, y salir por allí antes de que me vean. Todavía no he pensado como mi corazón va a soportar tropezármelos a todas horas por el trabajo y que no acabe totalmente destrozado y herido por ello. Intento no pensar, pero la idea vuelve una y otra vez mientras voy bajando acelerada los escalones de dos en dos hasta llegar a la entrada. Miro atrás cuando salgo por la verja de la seguridad y corro hacia la parada del tranvía. La vuelta al trabajo está siendo mucho más dura de lo que jamás hubiera imaginado y no es precisamente por la gran cantidad de tareas pendientes.

Una vez he llegado a la segunda planta del Bijenkorf marco el número de teléfono de Rachel y me indica que está en uno de los probadores de la planta.

—¿Rachel? —pregunto prudente.

—Al fondo —escucho casi al instante y me encamino al último probador.

—¿Qué te parece? —pregunta abriendo la puerta de par en par para mi sorpresa.

—Rachel, ya te lo he dicho muchas veces. No eres mi estilo —digo tras superar el asombro riendo.

—Mañana tengo noche romántica con James —dice Rachel enfundada en un mini vestido.

—Yo diría que tú realmente lo que planeas es una noche erótica festiva —digo con una sonrisa y añado —Es bonito.

Mientras Rachel continúa inspeccionando los conjuntos de la sección de lencería, la pongo al día de lo sucedido. Ella también tuvo que trabajar en alguna ocasión con la secretaria de Aiden y sabe lo insoportable y poco eficiente que puede llegar a ser.

—¡Oh, Rachel! Estoy tan triste, cabreada, rabiosa y todo lo rara que puedes llegar a imaginar. No sé cómo voy a superar esto —comento mientras bajamos a la planta principal y nos movemos entre los elegantes mostradores repletos de refinados perfumes y maquillajes.

—¿Se puede saber qué buscas? —pregunta extrañada Rachel mientras tiro de su brazo.

—Esto —digo parándome en uno de ellos y cogiendo un oscuro y delicado envase de perfume de prueba. Aprieto en repetidas ocasiones y me impregno de su aroma en el cuello y las muñecas.

—¿Te das cuenta de que eso es perfume de hombre? —pregunta Rachel con perplejidad.

—Lo sé. Es su perfume —digo apesadumbrada.

—Vamos, te invito a un dulce o lo que necesites y me cuentas más. Tienes que sacar todo eso de dentro —dice tirando de mi mano y dejando el perfume sobre el mostrador. Y añade convencida —Verás cómo solucionamos esto. No creo que alguien como Aiden este con Jenni. Es imposible que haya caído tan bajo.

Rachel y yo pasamos más de dos horas hablando frente a un trozo de

pastel de zanahoria y dos humeantes tazas de té. Tras ese tiempo, no hemos solucionado nada, pero Rachel ha conseguido que me olvide de ello y que me calme. Realmente no sabemos lo que hay entre ellos y debo intentar que no me afecten las provocaciones de su secretaria. Vuelvo a casa y para intentar olvidar me cambio de ropa y me coloco su camisa mientras trabajo hasta dormirme en el suelo del salón con toda la documentación del expediente de Xavier esparcida por el suelo.

## CAPÍTULO 10



A la mañana siguiente llego justo a tiempo para entrar como un torbellino a la reunión de la mañana. No he tenido problemas con la seguridad, pero me acosté muy tarde revisando el expediente de Kattanga. Es el único momento durante el día en el que me tropiezo con Aiden. Estoy tan abstraída en revisar y comprobar toda la documentación de Kattanga y los expedientes pendientes del departamento que paso el día sin preocuparme por tropezarme con él o con su secretaria. Antes de que me dé cuenta, Daina entra para comunicarme que se marcha, no sin antes aprovechar para chismorrear todo lo que va escuchando de unos y otros en la organización o en nuestra planta.

He necesitado muy pocos días para meterme de lleno y volver a la rutina en el trabajo y mañana tengo la última evaluación que le prometí a Xavier. Intento andar sigilosa por los pasillos para no tropezarme con Aiden y sentir una nueva sacudida de pesar que hunde mi alma al verle y no poder acercarme a él y decirle lo mucho que le echo de menos. Mi propósito es no ir a la cafetería durante un tiempo así que cuando Menno me propone que almorcemos juntos, le sugiero que salgamos y vayamos a comer fuera. Una vez acomodados ambos en una pequeña terraza, me observa detenidamente.

—¿Qué sucede? —pregunto poniéndome las gafas de sol.

—¿Qué tal va todo? —pregunta divertido tras ver mi cara.

—Estamos aquí como amigos, ¿verdad? —le pregunto mirándole a través de los cristales oscuros.

—Como amigos —dice levantando una mano, llevándosela a la zona del pecho y pregunta burlón —¿Qué tienes que decirme que te has cubierto los ojos?

—Pasas demasiado tiempo con analistas de conducta —contesto

haciendo una mueca y riendo.

—Puede. Debería dejar de ir a almorzar con vosotros —dice mirando el menú.

—¿Has oído algo de Horwood y su secretaria? —pregunto a bocajarro haciendo que se gire hacia mí con el ceño fruncido.

—Escuché algún rumor hace algunos días, pero no le doy veracidad por venir de quien viene —contesta serio.

—¿Que Horwood está con su secretaria? —pregunto seria.

—El mismo —contesta colocándose él también sus gafas de sol.

—¿Crees que es cierto? —pregunto casi en un susurro.

—Es solo un rumor, aunque debo decir que no lo veo. Me he fijado desde que lo escuche y no creo que sea cierto. Ya sabes que a la gente le gusta mucho cuchichear sobre relaciones en el trabajo. Amelia, deberías sentarte y hablar con él —dice sensato observando mi reacción.

—Puede que algún día —digo justo en el momento que nos sirven nuestro pedido.

—Habla con él —insiste Menno.

—No sé cómo hacerlo. Sabes cómo soy y sí él me lo confirmara, temo que se me parta el alma en minúsculos pedacitos —susurro triste removiendo la ensalada.

Hoy hace un día radiante y seríamos capaces de quedarnos charlando en la coqueta terraza durante mucho más tiempo, sentados al sol. Pero tenemos que volver. Ambos tenemos trabajo, así que nos dirigimos de regreso, yo algo más animada por sus palabras. Cuando me ven entrar me avisan de que me están esperando en una reunión urgente en la octava planta. Me despido y subo rauda a mi despacho. Daina me espera impaciente porque no me ha podido localizar a la hora del almuerzo. Pero tras tranquilizarla salgo decidida hacia el ascensor para acudir a la reunión. Me desespero esperando al ascensor y cuando voy a entrar en él, tropiezo de bruces con Aiden que sorprendido y cuidadoso me sujeta para que no caiga.

—¿Todo bien? —pregunta amable.

—Sí. Supongo. Bueno..., todavía no lo sé —digo cautelosa.

Entro en el ascensor, acciono el botón de la octava planta y cuando las puertas se están cerrando, no puedo evitar levantar la mirada que se tropieza con la suya. Suspiro. Su mirada aún ahora cuando estamos distanciados, me produce una infinidad de sensaciones y emociones, todas ellas positivas. Así que levanto una mano en señal de despedida y con una leve sonrisa en mi rostro nuestras miradas se separan mientras son interrumpidas por el cierre de las puertas.

La octava planta suele ser un remanso de paz en sus pasillos, aunque hoy hay más movimiento de lo habitual. Me dirijo a la sala donde se está realizando la reunión y tras dejar el teléfono móvil en la casilla de seguridad, toco a la puerta y entro. Me sorprende la poca cantidad de personas allí congregadas.

—Discúlpenme —digo entrando y cerrando la puerta tras de mí.

—La estábamos esperando, Navarro —me indican mientras me acomodo en la silla que me indica —La pondré al día. Nos alegramos que esté de vuelta.

—Gracias, yo también —digo observando detenidamente la información que en esos momentos hay expuesta. Y continúan explicando

—En estos momentos no podemos enviar a nadie más. Navarro, conoces el aeropuerto y el país, es la opción más viable. Entrarás, harás contacto, os intercambiaréis el pequeño maletín y saldrás del país en el siguiente avión de regreso a las dos horas. Llevamos mucho tiempo intentando conseguir que se produzca este intercambio y está todo preparado —dice serio —Sales enseguida.

—¿Ahora? —pregunto sorprendida y dudo añadiendo —¿Y la evaluación de mañana?

—Tienes vía libre, Navarro. No tenemos a nadie que se pueda mover en el aeropuerto como tú. Has vivido en la zona y lo conoces. No podemos perder más tiempo —explica impasible y añade depositando frente a mí un

billete aéreo —Ah, Navarro. No olvide que no tenemos autorización para actuar en el país. Es muy simple. Aterrizar, localizar, intercambiar y regresar. El resto se lo explicarán de camino al aeropuerto.

—De acuerdo —digo levantándome de mi silla con los billetes en la mano.

—Aquí tiene el paquete y su nuevo pasaporte —dice extendiéndome ambas cosas —La veo a su vuelta, Navarro.

Bajo a mi departamento y le informo a Daina que debo salir y que no regresaré hasta dentro de un par de días mientras marco la extensión de Aiden. No quiero que vuelva a liarse más de lo que está la situación con él. No consigo contactar con él y la llamada me salta a su secretaria, así que decido colgar. Acelerada, le pido a Daina un sobre de correo interno y mientras me cruzo el bolso garabateo una nota sobre su mesa y la meto en el sobre junto a su pañuelo limpio que llevo en el bolso. Quito la cinta de papel, lo cierro y se lo entrego a Daina.

—Entrégaselo como correo interno del departamento —digo guiñándole un ojo, conociendo que si va a mi nombre tardará en llegar a sus manos.

Cuando salgo por la puerta ya hay un coche esperándome que me lleva a casa para coger una simple mochila donde meter una camiseta de tirantes y poco más. Cambio mi ropa a otra más cómoda y salgo de nuevo al salón con vaqueros y deportivos. Me recojo el pelo en una coleta y vuelvo a salir de casa con el bolso cruzado sobre el pecho, el suave pañuelo al cuello y la mochila sobre mi hombro. Definitivamente parece que voy a hacer turismo. Vuelvo a subirme en el coche que me lleva al aeropuerto y, por el camino, recibo una llamada en mi nuevo número de teléfono con toda la información que deba necesitar. No tengo que esperar mucho en el aeropuerto de Ámsterdam-Schiphol y antes de que me dé cuenta anuncian por megafonía la salida del vuelo nocturno al aeropuerto Internacional Jomo Kenyatta. El vuelo va a ser largo así que cuando encuentro el asiento asignado, me acomodo contra la ventanilla y tras asegurarme que mantengo el paquete seguro a mi lado me acurruco y me duermo. Me despierto en varias ocasiones, que utilizo para repasar todos los datos que me han facilitado. El avión va bastante lleno, así que cuando falta más o menos una hora para aterrizar, voy al cuarto de baño y me cambio a una ropa más acorde con el



tiempo que me espera a mi llegada. El avión aterriza a la hora prevista. Todavía está amaneciendo y el bullicioso aeropuerto de Nairobi ya ha despertado. Me suelto el pelo y cargando la mochila me mezclo entre los pasajeros que salen de la terminal apresurados. Me he cambiado el reloj de muñeca y cargo con el pequeño paquete por la terminal cuando oigo el sonido de mi teléfono móvil.

—¿Sí? —contesto sorprendida por la inesperada llamada de un teléfono oculto.

—Amelia, soy yo —escucho al otro lado de la línea —¿Qué tal el vuelo?

—Bien —respondo sorprendida —¿Sucede algo Xavi?

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —dice serio —Esa entrega no debería estar en tus manos.

—¿Me vas a decir ahora qué contiene el paquete? —pregunto sorprendida por su seriedad.

—No estoy autorizado para eso, pero te tengo monitorizada hasta que vuelvas —informa con la voz ronca.

—Creí que estabas fuera —digo tranquila observando a un lado y a otro mientras converso con Xavi.

—He regresado hace un par de horas —dice mientras escucho de fondo la cucharilla removiendo su café.

—Entonces deberías ir a dormir. Esto es algo simple —digo sonriendo y acercándome al puesto de artesanía que es la zona en la que tengo que contactar.

—No quiero que vuelvas a ese tipo de misiones. Son demasiado peligrosas —dice Xavier al otro lado de la línea, huraño —Los intercambios no se pueden hacer sin seguridad, tú más que nadie debería saberlo.

—He hecho intercambios en varias ocasiones —digo ofendida por su falta de confianza hacia mi trabajo —¿Por qué la tomas ahora conmigo? Si no querías que volviera, ¿por qué fuiste a por mí y querías que volviera al trabajo?

—Sí que quiero que vuelvas al trabajo... —escucho al otro lado de la línea.

—Debo dejarte, creo que acabo de ver a mi contacto- Hablamos a la vuelta —digo y cuelgo el teléfono móvil.

Sin prisas observo a mi alrededor mientras voy acercándome más a la tienda de artesanías. Creo que es una de las zonas más abarrotadas del aeropuerto. Me subo las mangas de mi camiseta de algodón por los antebrazos, dejando ver de forma más visible el reloj. Voy caminando despacio hacia una de las estanterías cuando veo que una pequeña multitud se acerca y alguien tira algo al suelo. Es una granada de humo que estalla y todo empieza a cubrirse con un humo espeso. Intento ver quién la ha lanzado entre el caos de la gente gritando y corriendo por esa zona del aeropuerto cuando de repente escucho una fuerte detonación y noto cristales caer a mi alrededor. Los viajeros huyen despavoridos por el ataque cuando se vuelven a escuchar tres detonaciones más pequeñas, Si no me equivoco eso son disparos. Me cuesta respirar por la gran cantidad de humo que invade la zona, pero consigo levantarme y guardar de nuevo el paquete en mi mochila a pesar de que una de las estanterías de objetos ha caído sobre mí. Veo a una persona de seguridad que corre hacia uno de los laterales de la tienda de artesanía con un extintor e intenta apagar un pequeño fuego que se ha producido por la detonación. Apresurada me desato el pañuelo del cuello y me cubro la cabeza ligeramente con él. Todavía no se ha disipado el humo cuando me muevo entre los viajeros que corren por la terminal y me acerco a una persona tendida en el suelo. Miro su muñeca, es mi contacto. Miro a mi alrededor, no veo a nadie cerca así que le tomo el pulso. Está muerto y tiene varios disparos, dos en el pecho y uno en la cabeza. Miro alrededor buscando el paquete que hace unos instantes he visto que tenía en sus manos, pero no veo nada. Tengo que salir de allí lo más rápido que pueda, así que me levanto de nuevo y agachando la cabeza voy moviéndome entre artículos caídos de las tiendas del aeropuerto. Me mezclo entre la muchedumbre que corre por el aeropuerto cuando suena mi teléfono móvil en mitad del caos.

—¿Estás bien? —escucho al otro lado de la línea.

—Estoy bien, pero seguramente van a cerrar todas las comunicaciones. Voy a intentar salir de aquí —confirmando decidida mientras corro cargada de mi mochila cubriéndome el rostro todo lo que puedo con el pañuelo y

poniéndome las gafas de sol cuando salgo por una de las puertas al exterior.

—¿Tienes el paquete? —pregunta mientras voy mirando los tabloneros de anuncios de los autobuses que se mueven.

—No. Sí. Tengo nuestro paquete, el suyo no. Ha habido alguna filtración —digo con la voz entrecortada.

—¿Dónde estás? Tienes que salir de allí inmediatamente. ¿Han hecho contacto contigo? —pregunta Xavier mientras escucho ruido en la comunicación. Eso indica que ya me ha puesto en manos libres y escucho a gente moviéndose.

—Estoy fuera. Están desalojando a los autobuses... —relato acelerado mientras pienso —Necesito que me reservéis ya mismo un billete de autobús para cruzar la frontera.

—No te entiendo —dice Xavier atento.

—Un billete. Del aeropuerto a la frontera con Tanzania. Es la zona más segura por donde salir ahora mismo. Va con reserva por Internet y el autobús sale en dos minutos si no lo hace antes por el caos —explico mirando el tablón de la compañía y dictándoles los datos.

No creo que haya pasado ni un minuto cuando me indican que ya tengo un billete reservado, enviado a mi terminal de teléfono y que puedo subir para salir de ese caos. Veo a las fuerzas de seguridad que corren de un lado a otro haciendo preguntas y solicitando documentaciones. Se dirigen hacia mí cuando el destartado autobús con una gran franja marrón y otra anaranjada, arranca y me abalanzo hacia la puerta golpeándola con la mano.

—Discúlpeme, con el caos no les encontraba —me disculpo en un perfecto suajili.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta el conductor al ver mi aspecto desaliñado después de la explosión y de correr por el aeropuerto.

—Sí —respondo mostrando mi pasaporte con el visado de entrada al país.

El conductor me mira desconfiado de arriba abajo. Pero finalmente

revisa su lista de reservas y me da la bienvenida, reemprendiendo la marcha una vez me he acomodado en uno de los asientos libres. Por suerte el autobús va medio vacío y salimos del caos del aeropuerto antes de lo esperado cuando las fuerzas de seguridad nos dan paso para que la zona se desaloje lo antes posible. Me acomodo lo mejor que puedo en el asiento contra la ventanilla y me cubro con las gafas de sol. Por delante tengo cinco intensas horas encerrada en este autobús. Antes de que me dé cuenta, entramos en la carretera A104 que nos llevará directos a Tanzania. El camino hasta la frontera es largo, así que tengo unas dos horas y media para pensar allí sentada en mitad de la nada. Intento recordar a las personas que había cerca de la tienda de artesanías en el momento de la explosión y en el reverso de mi billete aéreo empiezo a realizar un pequeño mapa para no olvidar los detalles hasta que llegue a reunirme de nuevo con el equipo. A través de los polvorientos cristales observo el transcurrir cotidiano de la población, lo que hace que sonría al traerme recuerdos de la época que pasé en esta parte del mundo. Los tranquilos pastores con sus ganados que caminan cercanos a la carretera, la carga de agua o leña hasta los poblados y sobre todo el colorido ropaje de los habitantes que se pierden en los mercados y tantas y tantas imágenes de la dura existencia de la población que se quedó grabada en mi retina hace años. El autobús solo realiza una parada para ir al baño antes de la llegada a la frontera. En el autobús nos dan las tarjetas a rellenar para la salida del país con el fin de no perder tiempo a nuestra llegada. También empezamos a preparar la tarjeta para la entrada a Tanzania, la cual entregamos una vez cruzada la frontera a pie junto con el pasaporte para que hagan el visado correspondiente. Tras cuarenta y cinco minutos tramitando los papeles, aprovecho para ir al baño y comprar algo para comer, volvemos a subir al autobús que espera fuera para reemprender la marcha dejando atrás Kenia. No han pasado ni dos minutos cuando vuelve a sonar mi teléfono móvil.

—Ya has cruzado la frontera, el autobús te dejara frente al hotel Le Jacaranda y allí tendrás un coche esperándote —dice Xavier adusto.

—¡Madre mía qué control! —exclamo algo más relajada.

—Te he dicho que te tengo monitorizada —contesta serio y pregunta prudente —¿Estás bien?

—Yo estoy bien, ya he salido del país, así que tranquilo. Estoy en tierra

conocida y querida. Si pudieras ver las vistas que tengo en este momento te enamorarías —susurro sin dejar de mirar por la ventanilla a lo lejos la maravillosa estampa del Kilimanjaro.

—Lo estoy y las veo —contesta tras permanecer en silencio unos instantes.

—¿Se sabe qué ha pasado? —pregunto seria sin quitar la vista del fascinante paisaje que se muestra ante mí.

—Todavía no. La parte positiva es que por ahora nada se ha visto comprometido —dice serio.

—¿Ha muerto mi contacto? —pregunto sorprendida por su respuesta.

—No era tu contacto. Por ahora lo que sabemos es que han sacado fotos tuyas de las cámaras de vigilancia —dice Xavier tranquilo.

—¿Con eso pueden identificarme? —pregunto preocupada en un susurro.

—No te preocupes. Te cubriste bien con el pañuelo, así que no se te ve el rostro en ninguna de las grabaciones y buscan a Margerite Donnadieu, de Vancouver, Canadá. Aunque hay que sacarte de allí. Y hemos recibido noticias de tu contacto, ha comunicado que está bien y por ahora nada se ha visto comprometido —me indica Xavier — Coordinaremos la extracción mañana.

—Conozco el país, puedo moverme sola —le indico.

—De todas formas, tendrás un enlace. Tengo que colgar —continúa imperturbable hasta que añade —Amelia, lleva cuidado.

—Siempre —digo antes de colgar.

Todavía queda una hora antes de llegar a la ciudad Arusha, así que sigo deleitándome con la bella Tanzania que te embruja con sus paisajes. El horizonte salpicado de baobabs le dota de una singularidad que no posee ningún otro país en la zona. A la vez, voy pensando y analizando lo sucedido. No hay que obviar que me han enviado a mí por mi conocimiento de la zona y no parece que tenían tan claro que fuera un simple intercambio en un aeropuerto. El tiempo pasa y pronto empiezo a ver el camino de jacarandas

con grandes flores lilas que nos dan la bienvenida a la ciudad. Cuando voy a bajar del autobús me estiro tratando de desentumecer los músculos y doy gracias porque el autobús haya ido medio vacío gran parte del trayecto. Tantas horas sentada en los desgastados asientos estaban destrozando mi espalda. Agarro mi polvorienta mochila y bajo haciéndole una leve despedida con la cabeza al conductor. Dejo escapar un suspiro y miro al inmenso cielo azul moteado por esponjosas nubes blancas que me llenan de añoranza y me transportan a otra época de mi vida. Creo que en ocasiones echo de menos mi estancia aquí.

Como es de esperar, cuando vuelvo a bajar la vista del cielo, veo un coche con una persona que me hace señales desde el asiento del conductor. No hay lugar a dudas que es mi contacto y tras subir al coche me lleva a una casa algo retirada del centro para que pueda descansar.

Lo primero que hago nada más llegar es darme una ducha. Entonces me doy cuenta de que llevo pequeños cortes y rasguños por el cuerpo por culpa de la metralla de la explosión en el aeropuerto. Tengo molestias en el codo y la muñeca derecha por el golpe al caer el suelo de la deflagración, pero nada más. Con mucha precaución me muevo por la ciudad y almuerzo en uno de mis restaurantes favoritos del centro. Paseo por sus calles fascinada por recuerdos que acuden a mi mente a través de olores, las personas y la ciudad. Cae la noche y regreso al apartamento. La ciudad es singular, pero el cielo que se puede disfrutar en esa época del año es más especial si cabe. No puedo evitar que una sonrisa acuda a mi rostro cuando abro las ventanas que dan a una coqueta terraza y veo el cielo cubierto de estrellas. No hay nada que en esos momentos detenga mi mente y en lo primero que pienso es en Aiden. Es un cielo espectacular y no puedo evitar soñar volver a disfrutar de esta experiencia a su lado.

Tras un reparador sueño y con nuevas órdenes que he recibido desde la central, mi contacto me lleva al aeropuerto internacional del Kilimanjaro, para realizar el intercambio según lo acordado. Llego con tiempo y eso me ayuda a controlar un poco más la situación. Una vez realizado el intercambio del paquete, cojo un vuelo nocturno con destino a Dubái y desde allí otro vuelo que me llevará a casa. Duermo todo el camino. Finalmente, todo ha salido como se esperaba y ha sido un simple intercambio en un aeropuerto, pero lo que debía haberse completado en unas horas y con dos simples

vuelos, se ha convertido en un verdadero periplo por diferentes aeropuertos.

Son casi las seis de la mañana cuando aterrizo en el aeropuerto de Ámsterdam y cuando salgo por la pasarela hacia la terminal, me encuentro de frente con Xavier quien espera apoyado junto a las cintas de transporte con las piernas cruzadas a la altura del tobillo, con una sonrisa y un café en una mano y en la otra un cruasán.

—Buenos días —digo con una sonrisa al verlo allí esperando.

—Tienes cara de sueño, ¿estás bien? —pregunta cogiendo mi mochila y cargándola mientras yo le robo el café.

—Son las seis de la mañana. Es normal que tenga cara de sueño, lo anormal es que tú estés tan despejado —digo dando un sorbo a su café —Agr, ¿cómo puedes tomar el café tan fuerte?

—Dame —dice recuperando su café y parando en una de las numerosas cafeterías de la terminal para pedirme uno —¿Llevas el paquete?

—Aquí mismo —contesto sacando un pequeño paquete de la mochila que Xavier mira desconfiado.

—¿Tan pequeño? —pregunta él extrañado.

—Ese es para ti. Este es el otro —digo sacándolo de la mochila y entregándoselo.

—¿Qué es? —pregunta mirando su pequeño regalo.

—Un regalo —digo guiñándole un ojo mientras lo abre con cuidado — Es un masai tallado en madera.

—Gracias —dice sorprendido por el detalle.

—De nada. Gracias a ti por cuidarme —digo caminando a su lado de nuevo con el café caliente entre mis manos.

—Vamos, te llevaré a la enfermería a que te miren esos rasguños y luego a casa a descansar —dice enseñando su documentación en seguridad provocando que de inmediato nos dejen pasar sin esperar.

—¿Cuándo me vais a dar uno de esos? —pregunto divertida.

Xavier me mira enarcando una ceja sorprendido, pero finalmente sonrío y me cede el paso.



## CAPÍTULO 11



Me despierto sin saber por un momento dónde me encuentro, pero rápidamente me doy cuenta de que estoy tumbada en mi cama tapada con mis suaves sábanas. Toc, toc, toc, vuelvo a escuchar. Enciendo la pequeña luz de la mesita y miro la hora en mi teléfono móvil. Son las cuatro y media de la tarde. Veo que tengo varias llamadas y mensajes.

—Yujuuu —escucho a lo lejos a coro.

Yo diría que esa voz es de Rachel y Gabrielle. Me levanto de la cama y voy por el pasillo a la habitación que da a la calle. Abro la ventana y ahí están las dos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto extrañada.

—Venir a por ti —dice Gabrielle —Te necesitamos.

—Estaba durmiendo —digo irónica asomada a la ventana.

—Lo sé. Me lo ha dicho Xavi —responde Rachel —Ábrenos la puerta, por fi.

—Dadme dos minutos —digo cerrando la ventana.

Vuelvo a la habitación a coger el teléfono móvil y me hago una coleta alta mientras bajo a la segunda planta. Rachel está tarareando entre risas, mientras Gabrielle le pide que se calle y no le haga pasar vergüenza. Mi vecina cotilla tiene que estar de lo más entretenida con ellas.

♪ ♪ ♪ 9

...

*And I wonder if I ever cross your mind*

*For me it happens all the time*

*It's a quarter after one, I'm all alone and I need you now  
Said I wouldn't call but I lost all control and I need you now  
And I don't know how I can do without, I just need you now*

...♪♪

Las oigo subir por las escaleras mientras me sirvo un vaso de agua.

—A ver..., ¿a quién echas tanto de menos como para despertarme? —  
grito desde la cocina.

—A Jaames —dice alargando las letras y lanzándose en el sofá agarrada  
a un almohadón.

—Oh, ¡qué bonito! La chica práctica y que decía que ella jamás echaría  
de menos a un hombre, muere por los huesitos de uno —digo con retintín  
entre risas.

—¿Quién lo iba a decir? —dice riendo Gabrielle mientras se sienta junto  
a ella.

—Sois crueles. Al menos lo tengo a él —dice haciendo una mueca  
sacando a su famoso gnomo del bolso y pregunta perversa señalándome —  
Esa camisa, ¿es la de Aiden?

La fulmino directamente con la mirada mientras muevo una silla y me  
siento subiendo uno de mis pies descalzos.

—Mejor, cambiamos de tema —digo con una mueca.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —pregunta Gabrielle a ver el vendaje  
en el antebrazo que me han puesto esta mañana en la enfermería por una  
pequeña herida algo infectada.

—He tropezado con una puerta —respondo de manera casi mecánica  
ante el asombro de Gabrielle.

—¡Ah! —exclama Gabrielle con una leve sonrisa —Estas puertas de hoy  
en día son muy peleonas.

—Totalmente —digo mirándolas espachurradas en el sofá —¿Qué planes tenéis para hoy?

—Pues la verdad es que todo está muy parado. Íbamos a ir a una clase de yoga a ver si Rachel encuentra el equilibrio de nuevo —explica Gabrielle entre risas —¿Te apuntas?

Me doy una ducha rápida y al poco tiempo ya vamos las tres subidas cada una en nuestra bicicleta pedaleando alegremente, camino a la clase de yoga. Llegamos al club y tras estacionar las bicicletas nos entretenemos unos minutos hablando con unos y otros hasta que se acerque la hora de la clase. Varios de los compañeros de trabajo que van también al club van a jugar un partido de fútbol. Me aparto un poco de las chicas y miro hacia el campo de fútbol. Allí están Evans, Green, varios jefazos y compañeros. Me vuelvo a dar la vuelta para dirigirme a la clase de yoga cuando tropiezo con el pecho de alguien.

—Hola —escucho mientras me sujeta de manera firme para no caer de bruces por el tropezón —Perdona, no quería asustarte.

—Hola —susurro casi sin respirar intentando retener ese aroma que llega a mis recuerdos y hace que el suelo desaparezca bajo mis pies.

—Recibí tu nota y mi pañuelo —dice Aiden en un susurro áspero sin apartar su mirada de la mía —y..., vi las noticias...

Justo en el momento que intento volver a la realidad, Aiden acerca su dedo índice a mis labios para evitar que hable. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo está expectante a sus movimientos y palabras.

—No digas nada, por favor. Déjame hablar —dice pasándose la mano por el pelo con frustración —Realmente no sé lo que ha pasado, o puede que sí. Le he dado mil vueltas en mi cabeza y ya no sé qué pensar. Hace dos días, en las noticias, sabía que eras tú, no digas nada. Sé que no me puedes decir nada, pero de repente fue como si mi mundo, que en estos momentos apenas se sostiene, pudiera perder de golpe lo único que impediría que se derrumbara. Sentí que el corazón se me paraba. Por favor, habla conmigo Amelia. Te echo de menos. Sé que todo es complicado, no me imagino por lo que has podido llegar a pasar, pero no puedo olvidar lo nuestro sin más. No puedo renunciar sin saber qué ha pasado. Tienes que creerme, no voy a

soltarte de la mano, Amelia, estaré a tu lado y superaremos las cosas juntos. Puede que necesites tu espacio, pero yo esperaré a que vuelvas y compartas conmigo toda la magia que llevas dentro.

No sé cómo tras sus palabras consigo mantenerme erguida y no me he caído al suelo. Creo que de un momento a otro me van a fallar las rodillas y voy a caer de bruces. Noto el nerviosismo en su voz, pero nadie puede imaginarse el mío en el que no logro si quiera articular una palabra. Incluso tengo ganas de llorar. No puedo seguir así, creo que mis pensamientos acelerados van a provocar que de un momento a otro mi cabeza estalle.

—Horwood —escucho desde mi espalda que le llaman desde el campo de fútbol.

—Por favor, piénsalo —dice con una leve sonrisa dejándome allí plantada seguramente con cara de boba —Por cierto, me alegra que estés bien.

Mi mente está ocupada esperando ordenar los pensamientos que chocan unos con otros en mi cerebro que todavía no ha mandado ninguna orden a mis cuerdas vocales para que articulen alguna palabra.

—¡Ame! —oigo la voz de Gabrielle a mi espalda.

—Ame está flotando en otra galaxia —dice Rachel divertida —Chicas, ¿qué os parece si pasamos de la clase y vemos el partido?

Creo que varias de mis neuronas se están cogiendo un respiro y obligan a mi cabeza a moverse de manera afirmativa.

—Vamos —dice Gabrielle entrelazando su brazo con el mío —Todavía recuerdas cómo andar, ¿no?

Decidimos ir a la cafetería del club a por refrescos y algo para comer. Mientras esperamos recupero el habla y cuando me preguntan les explico brevemente lo que ha pasado.

—¡Ohh, Dios mío! Ohhhh —exclama Rachel dando saltitos y palmas. Me quita emocionada lo que acabo de pedir —Dame esa chocolatina. Tú no la necesitas, yo sí.

—Otra por favor —le solicito al dependiente y le pido a Rachel —  
¿Podrías por favor disimular un poco?

—El amor no hay que disimularlo, hay que disfrutarlo —dice  
alegremente dándole un mordisco a su chocolatina y levantándola frente a  
nosotras —Además, con esos pantalones de deporte hoy está... normal que  
hayas perdido el habla. ¿Sabéis? Todo esto me recuerda a una canción —dice  
y empieza a tararear.

♪ ♪ ♪ [10](#)

*When I look into your eyes  
It's like watching the night sky  
Or a beautiful sunrise  
There's so much they hold  
And just like them old stars  
I see that you've come so far  
To be right where you are  
How old is your soul?*

*I won't give up on us  
Even if the skies get rough  
I'm giving you all my love  
I'm still looking up*

...♪ ♪ ♪

—Jamás entenderé por qué todavía no has ido a un concurso de adivinar  
canciones y te has hecho rica —dice Gabrielle negando con la cabeza.

—Debería replanteárselo definitivamente —afirmo riendo mirando a  
Gabrielle.

—¡Vamos chicas! —exclama Rachel achuchándonos para que andemos  
más rápido —Animemos a nuestro equipo y disfrutemos de las vistas de esos  
hombres fornidos corriendo tras una pelota.

—Gabrielle, entonces..., ¿Jenni? —pregunto asaltada por la duda.

—No creo que exista nada —contesta Gabrielle con una sonrisa —Habla  
con él. Dudo mucho que haya algo después de lo que te ha dicho que siente.

Las tres nos dirigimos hacia el campo de fútbol y una vez allí nos subimos a las pequeñas gradas que hay en uno de los laterales. No puedo evitar seguir con la mirada a Aiden, que en esos momentos corre con la pelota en los pies y la pasa hábilmente a Evans. De repente, se gira y allí está esa maravillosa sonrisa que tanto me fascina. Levanta una mano saludándome y yo me acomodo en la grada realizando el mismo gesto. Pasamos la tarde viéndoles jugar. Animando y sufriendo con ellos. Hay momentos en los que hasta el árbitro nos mira sorprendido por nuestra dedicación, pero no cejamos en nuestro empeño de animar. A pesar de ello, pierden el partido y algunos de los compañeros se acercan adonde nos encontramos para darnos las gracias por el apoyo.

—Viene hacia aquí—dice Rachel dándome un codazo muy poco disimulado —Haz el favor de comportarte.

—¡Ay! ¡Qué bruta! —exclamo pasándome la mano por la piel dolorida.

—Rachel Elisabeth Walker —dice Aiden cuando está frente a nosotras —Eres realmente una entusiasta del deporte.

—Hombre, Horwood. Jugando tú, no podía hacer otra cosa —contesta Rachel con una mueca descarada.

—¿Quieres dar una vuelta? —me pregunta un poco cortado mirándome con una leve sonrisa.

—¡Sííí! —exclama Rachel para nuestra sorpresa —¡Uy! Perdón, me he entusiasmado.

No puedo evitar llevarme una mano a la cara negando.

—Perdónala, echa de menos a James —digo con una leve sonrisa.

—No digas esas cosas —me reprende Rachel sonrojándose.

—¿Me esperas un momento que me duche? —pregunta pellizcándose la camiseta a la altura del pecho y encogiéndose de hombros.

—Sí, claro. No te preocupes. Dúchate. Te espero —digo sin apartar mis ojos de los suyos.

—Enseguida salgo —dice rozándome la rodilla con una de sus manos, lo

que provoca que todas mis terminaciones nerviosas se entusiasmen con su sutil contacto.

—De acuerdo —digo sin poder evitar que mi corazón se acelere.

Para nuestra sorpresa Rachel se levanta con el puño cerrado en alto, vuelve a bajarlo doblando el codo y empieza a tararear.

♪ ♪ ♪ [11](#)

*...This girl is on fire  
This girl is on fire  
She's walking on fire  
This girl is on fire*

*Looks like a girl, but she's a flame  
So bright, she can burn your eyes  
Better look the other way  
You can try but you'll never forget her name  
She's on top of the world  
Hottest of the hottest girls say  
Oh, we got our feet on the ground  
And we're burning it down  
Oh, got our head in the clouds  
And we're not coming down*

*This girl is on fire  
This girl is on fire  
She's walking on fire  
This girl is on fire*

...♪ ♪ ♪

Intento que se calle tirándole de la camiseta, pero antes de que me dé cuenta está dando palmas y cantando el estribillo alegremente. La gente que tenemos cerca la anima a continuar y ella se viene arriba.

—Rachel Elisabeth Walker, estás loca, ¿lo sabías? —dice Aiden con una amplia sonrisa.

—Lo sé, pero te gusta —dice bajando los escalones y despidiéndose de

nosotros —Me marchó. Creo que aquí ya sobramos.

Gabrielle y ella se marchan continuando con la canción alegremente. Han decidido irse a casa a ver alguna película y a cenar. Así que me quedo sola esperando sentada en las gradas mirando al horizonte con las piernas cruzadas y con las manos apoyadas en el cemento a los lados de mi cuerpo. No puedo negar que estoy nerviosa y a la vez ilusionada por dar un paseo con Aiden. Muevo las piernas cuando escucho que alguien se acerca, me giro y allí está él, guapo a rabiar con su seductora sonrisa, con vaqueros y una camiseta gastada, el cabello todavía húmedo y la bolsa de deporte cargada al hombro.

—ıPreparada? —pregunta extendındome una de sus manos para ayudarme a bajar de los escalones de las gradas.

—Preparada —contesto dejando escapar todo el aire contenido y apoyındome en su cálida y fuerte mano para bajar de un salto.

Aiden se mete las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones y empezamos a caminar en silencio el uno al lado del otro.

—Gracias por animar al equipo —dice girando su rostro y mirındome fijamente —y por esperarme.

—Un placer —digo tímida girando un poco la cabeza. Mentalmente me arrepiento al instante, «ıQue estoy haciendo? ıEstoy coqueteando!»

—ıComo estás? —pregunta casi en un susurro.

—Bien —contesto escuetamente sin saber cómo iniciar una conversación.

—ıEstas bien? —pregunta señalando a mi antebrazo vendado —ıTe has hecho daño?

—ıOh!, no es nada. Un golpe contra una puerta —contesto sin darle importancia.

Aiden levanta las cejas asombrado ante mi respuesta.

—De acuerdo —dice afable —ıTe apetece caminar por Clingendael?



—Perfecto —contesto caminando a su lado para cruzar.

—Gracias por intentar hablar conmigo —dice agarrándome la mano para que con paso acelerado crucemos la avenida Van Alkemadeaan. Su contacto hace que todo el universo se pare a mi alrededor y solo sienta su cercanía, cuando tira de mí —¡Ahora!

Volvemos a caminar en silencio, pero no es un silencio incómodo, ese silencio no nos separa, es como si volviera la calma.

—Sé que es un tópico, pero te he echado de menos —dice Aiden en casi un susurro cediéndome el paso para que atravesase antes el pequeño puente de entrada al parque.

—Yo también —digo dándole una leve patada a una piedra en el suelo.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta cohibido.

—¿Qué tienes con tu secretaria? —pregunto directa incapaz de retenerlo por más tiempo.

Aiden me mira perplejo con el ceño fruncido.

—No entiendo tu pregunta —dice parándose en seco.

—Os quedáis hasta altas horas de la noche, siempre está a tu lado riendo, la defendiste a ella y no a mí —digo indignada como un ciclón.

Aiden me observa detenidamente. Le sorprenden mis palabras y mi cambio radical. Se lleva las manos a los bolsillos del pantalón y arquea las cejas ante mis palabras.

—Has estado fuera y no te ha cubierto nadie. Había mucho trabajo y supongo que la sobrecargué. En cuanto a ponerme de su lado, no puedo tolerar ese tipo de trato hacia nadie —contesta él sensato.

—Entonces..., tú y ella, ¿no?... —pregunto sonrojándome sin saber cómo preguntarlo.

—¿Qué? —pregunta, tranquilo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué si estáis liados? ¿Si estáis juntos? —exploto

finalmente avergonzada.

—¿Qué?... Noooo —contesta Aiden con cara de sorpresa ante mis dudas y pregunta serio —¿Quién te ha dicho eso?

—No me lo ha dicho nadie —contesto ofuscada y empiezo a pensar que esto no está saliendo tan bien como esperaba.

—¿Entonces? —pregunta Aiden mirándome fijamente —¿Esto es un ataque de celos?

—¿Quééé? —contesto ofendida —¿Crees que estoy celosa?

Aiden me mira fijamente serio y enarca las cejas.

—Ohhh, claro que estoy celosa —exploto finalmente sin poder contenerme más —En un arranque de descontrol, insensatez y absurdidad te dejé y me marché, y cuando he vuelto sois los mejores amigos y eso me corroe por dentro, porque sé que hice algo que no estuvo bien. Porque mi vida se descontroló, se rompió en mil pedazos y no sabía cómo unirlos y yo..., y yo... regreso y... oh, Dios mío, no sé cómo explicarlo. Esto no se me da bien... —explico llevándome las manos a los laterales de la cabeza y moviéndome de un lado a otro.

—Amelia, Amelia. Mírame, deja de dar vueltas, tranquilízate —dice sujetándome por los hombros y colocándose frente a mí —No hay nada con ella que no sea de trabajo.

—Entonces, ¿por qué ella está contándoselo a todo el mundo? —pregunto en un sollozo.

—Yo no sé nada de eso, pero no es cierto. Amelia, mírame —dice levantando mi barbilla con sus dedos cariñosamente y cuando mi mirada se une a la suya, añade —No estoy con ella. No estoy con nadie, y no podría estarlo porque estoy profundamente enamorado de ti.

No sé cómo reaccionar a sus palabras. Abro la boca para replicar, pero no logro articular palabra y sin esperarlo pasa una de sus fuertes manos por mi nuca y me atrae hacia su cuerpo y sus labios. Cada partícula de mi cuerpo quiere dar un paso al frente y lanzarse a sus brazos, pero después de tanto esperarlo me quedo bloqueada y lo único que hago es temblar como una hoja.

Es un beso breve, pero intenso y para mi desgracia, demasiado corto para poder disfrutar de todas las sensaciones y emociones que vuelven a mi cuerpo y mi mente.

—Discúlpame, no he podido evitarlo. Llevo deseando besarte todo este tiempo —dice apartándose cohibido.

No contesto, pero no puedo evitar sonreír como una bobita. Continuamos caminando por los senderos del parque y de repente vemos que una pequeña personita corre a saludar a Aiden.

—Señor Horwood, ¿también viene hoy a pasar la tarde a los columpios?  
—pregunta coqueta la niña.

—Sophia —dice Aiden guiñándole un ojo —¡Qué bonito vestido llevas hoy!

Por un momento no la relaciono, pero de pronto, recuerdo esa sonrisita pícaro y su nombre. Un poco más lejos observo a una chica joven con un niño en brazos que saluda con la mano a Aiden, quien le devuelve el saludo.

—¿Se han casado ya? —pregunta a bocajarro la niña agarrando los bajos de su vestido y balanceando su cuerpecito coqueteando.

—No, por ahora, pero espero algún día poder hacerlo —contesta Aiden con una sonrisa.

—Cuándo lo haga, avísame. Me gustan mucho las fiestas. Me marcho. Debo ayudar a mamá con él —dice señalando al crío en brazos de su madre  
—Llora si no juego con él. Es todavía un bebé.

—Señor Horwood —veo que dice un hombre rubio trajeado que se acerca a ella, le da la mano a la niña y se la lleva de nuevo a los columpios.

Observo toda la escena y junto a ellos veo dos personas más que observan todos los movimientos de las personas que pasan por allí. Continuamos caminando y cuando estamos un poco alejados de ellos pregunto llena de curiosidad.

—Era tu vecina, ¿verdad?

—Sí —me confirma Aiden.

—¿Te has fijado que el hombre llevaba un arma? —pregunto pasmada.

—Llevan seguridad. El padre de la niña es un rico hombre de negocios ruso y su madre tiene una galería de arte —explica en un susurro y añade con guasa —, pero no se lo digas a nadie o tendrán que matarte.

—Ja, ja, ja —respondo con burla.

Caminando hemos dejado atrás el parque y nos hemos adentrado en el bosque.

—¿Te apetece que te invite a cenar? —pregunta más animado Aiden.

—Pero..., voy con mallas y deportivos —digo revisando mi aspecto —y mi bicicleta se ha quedado en el club.

—Vamos a mi casa y te llevo a la tuya si te apetece cambiarte —  
Soluciona rápidamente Aiden —Estamos a diez minutos de casa.

Al principio dudo un poco, pero finalmente acepto. A cada momento me siento más cómoda con él a mi lado y los nervios casi han desaparecido. Vuelvo a sonreír simplemente caminando en silencio. Puede que no estemos teniendo una gran conversación, pero estoy segura de que nuestras almas sí lo hacen. De vez en cuando vamos tropezándonos con personas que pasean con sus perros o simplemente caminan por el frondoso bosque. Salimos del bosque por el lado opuesto al que hemos entrado y enseguida vamos caminando por la ancha calle de enormes árboles que lleva a su casa.

—Amelia, quiero que estés bien. Solo deseo verte feliz —dice casi en un susurro agarrándome la mano y tirando cariñosamente un poco de mí para que no camine tan apartada de él —Solo haz lo que sientas y te apetezca.

—Vale —digo con una sonrisa y añado cortada —Gracias.

Aiden me mira sin saber por qué le estoy dando las gracias y antes de que consiga controlar la única neurona que no bailotea de alegría añado, babeando por él...

—Gracias por no acostarte con ella —digo encogiéndome de hombros.

Aiden me mira y no puede evitar soltar una carcajada.

—De nada —contesta Aiden tras no poder evitar otra carcajada al ver mi falta de elocuencia —Te he echado de menos.

—Y yo —digo con una amplia sonrisa dándole un pequeño toque en el hombro con el mío.

«*Definitivamente soy la peor persona ligando sobre la faz de la tierra*» pienso mientras nos acercamos a su casa y Aiden busca las llaves. Abre la puerta de la verja del jardín y me cede el paso. Entonces me detengo y pienso en las ganas que tengo de nuevo de lanzarme a sus brazos y besarlo.

—¿No pasas? —pregunta Aiden sorprendido.

—No, puede que sea mejor que me quede aquí —digo casi inaudiblemente cortada.

Todo sería mucho más fácil si no estuviera tan guapo. Y de repente, allí estamos los dos de pie en su jardín decidiendo qué hacer.

—¿Es por algo que he hecho? —pregunta con sorpresa.

—No, nooo —contesto rápida y con todos los pensamientos que pasan por mi mente cuando estoy en esa casa no puedo evitar mordirme el labio.

—¿Es por algo que temes que haga? —pregunta, y cuando ve una pequeña sonrisa asomar a mi rostro añade extendiendo su mano hacia mí para cogerme de la mano —Vamos, no va a pasar nada que no quieras que pase.

Nos acercamos a la puerta. Aiden la abre y me cede el paso. Entro algo cortada mientras él deja caer la bolsa junto a la puerta y, cuando me doy la vuelta y choco contra su cuerpo, sin mediar palabra pego mi cuerpo al suyo y lo abrazo. Lanza las llaves hacia el mueble de la entrada, pero caen estrepitosamente mientras me agarra el rostro con sus manos y me atrae hacia sus labios besándome apasionadamente. No es un beso planeado, es algo espontáneo que hace que nuestros cuerpos rápidamente se busquen sin pensar en nada más. Aiden baja sus manos acariciando mi torso hasta llegar a las piernas y en un movimiento rápido me alza obligándome a rodearle su cintura para sujetarme y no caer. Nuestros movimientos cada vez son más apasionados profundizando en nuestras ávidas bocas. La alarma da los tres toques avisándonos de va a sonar ya que nos hemos olvidado desactivarla.

—¡La alarma! —exclamo sin poder despegarme de sus labios.

—Voy, voy —contesta Aiden con un gruñido mientras busca de nuevo mi boca.

Con la respiración entrecortada y conmigo en brazos, se acerca en una zancada a la alarma e introduce el número casi al límite evitando que salte y empiece a sonar estrepitosamente. Sin despegar nuestros labios, nuestras manos se concentran en quitarnos la ropa el uno al otro. Aiden gira conmigo, agarrada a su cuello en sus brazos cuando chocamos de manera algo violenta contra el mueble de la entrada.

—¡Ay! —exclamo arqueando mi espalda por el golpe haciendo que nuestros cuerpos se acoplen casi de manera perfecta el uno al otro sintiendo cada músculo de su firme estómago.

—Perdona. Definitivamente tengo que quitar este armario de en medio —dice frunciendo el ceño hasta darse cuenta de que me encuentro bien y, con una sonrisa espectacular, se lanza y me muerde el cuello provocando que no pueda reprimir un gemido.

Entonces da un paso más y, sin esperarlo, pierde el equilibrio por nuestros acelerados y apasionados movimientos. Ambos caemos al suelo entre miradas de sorpresa y risas.

—Vaya, ha sido como un jarro de agua fría —digo entre risas sentada a horcajadas sobre él apoyándome en su pecho —¿Te has hecho daño?

—Solo en mi orgullo —dice con una mueca divertida.

—Lo siento, no he podido contenerme —digo todavía con la respiración acelerada. No puedo evitar sonreír abiertamente y me agacho acercando mis labios a los suyos.

—Ummm, cómo te he echado de menos —gruñe bajo mi cuerpo.

Me agarra por la cintura y atrapa mis labios de forma impulsiva.

—Eso ha sido muy sexi—digo sonriendo contra sus labios.

—Ahh, ¿sí? —dice agarrándome de la cintura y rodando por el suelo dejándome atrapada bajo su cuerpo.

Aiden lleva mis manos sobre mi cabeza y entrelaza sus dedos con los míos. Vuelve a inclinarse sobre mí, despacio. Nuestras respiraciones cada vez están más aceleradas y sin poner evitarlo, echo mi cabeza hacia atrás dejando al descubierto mi cuello que besa. No puedo evitar estremecerme y soltar un suave gemido desde lo más profundo de mi corazón.

—¿Estás segura? —pregunta mirándome fijamente entre beso y beso.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza, acompañado con una amplia sonrisa. Aiden desune nuestras manos y con un movimiento ágil, se levanta del suelo mientras me ofrece una mano para ayudarme a levantarme.

—Entonces, hagámoslo como es debido —dice con una amplia sonrisa agarrándome de las caderas y cargándome en su hombro.

—¿Como los trogloditas? —pregunto sorprendida con la cabeza colgando.

—Shh —me sisea.

Aiden sube las escaleras cargando conmigo y tras abrir la puerta del dormitorio me agarra de nuevo las caderas y me deja lentamente sobre la cama. Estoy nerviosa, pero es un nerviosismo diferente. Me dejo caer hacia atrás. Aiden se tumba acomodándose entre mis piernas apoyándose en los codos para no descargar todo su peso sobre mí. Miro sus intensos ojos y no puedo más que sonreír acercando de nuevo mis labios a los suyos. Entre besos y caricias nuestras manos se concentran en ir desnudándonos uno al otro. Nuestras respiraciones cada vez más agitadas se unen rítmicamente. Aiden baja por mi cuello, mi pecho y cuando llega al estómago con sus besos acariciándome los costados, levanta su mirada.

—Caray con las puertas —dice irónicamente arqueando una ceja al ver algún que otro rasguño sobre mi cuerpo —Jamás pensé que fueran tan peligrosas.

—Hay puertas muy puñeteras —digo entre risas y le pido —¡Aiden! No me hagas risa que me desconcentro.

—¿Tienes que concentrarte para esto? —pregunta con voz ronca continuando con sus besos y caricias —¿Y para esto?... ¿Y esto?

Un escalofrío recorre mi cuerpo y hace que Aiden sonría canalla. Nuestros movimientos se aceleran poco a poco, nuestros besos se hacen más profundos y nos movemos más ávidos al compás de nuestras agitadas respiraciones. Es demencial como nuestros cuerpos se recuerdan y se compenentran hasta que creo que no voy a poder más mientras contenemos nuestras respiraciones. Entre gemidos, nuestros cuerpos se tensan en una especie de sincronización sin poder evitar agarrarme a él con fuerza arqueando mi cuerpo que se une más a Aiden y estalla en millones de sensaciones y emociones. Aiden me mira a los ojos soltando el aire con fuerza, respirando acelerado y acerca sus labios a los míos dándome un tierno y largo beso. Durante unos minutos nos quedamos en esa postura, respirando, recuperándonos, saboreando el instante.

—¿Estás bien? —pregunta cariñoso al ver mi sonrisa y sonriendo dice — Nos hemos descontrolado.

—Ha sido un descontrol totalmente mágico —confieso intentando recuperar el aliento.

—Totalmente cierto —afirma guiñándome un ojo.

Aiden me da un leve beso en la punta de la nariz y rueda por la cama apartándose de encima de mi cuerpo. Agarra una de mis manos y entrelazando nuestros dedos se la lleva a los labios y me da un beso en el dorso.

—Te he echado de menos —dice girando su cabeza hacia mí mirándome fijamente.

Yo no puedo evitar sonreír como una boba al mirarle a los ojos. Este hombre sabe cómo mover los cimientos de mi mundo. Y yo me pregunto, «¿es necesario ser tan adorable? ¿tan guapo? ¿tan todo?» Me giro y me acurruco contra su cuerpo mientras él me acaricia con cariño el brazo haciéndome círculos y trazos suaves con sus dedos. Mi cabeza descansa en su pecho, que poco a poco va recuperando el ritmo de su respiración.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar? —pregunta en un susurro cariñoso al ver que no tengo muchas ganas de apartarme de sus brazos.

—*Pizza* —respondo simplemente haciéndole reír.



—Breve y directa —dice con una sonrisa cogiendo su teléfono móvil para llamar.

Tras cenar Aiden decide que ya hemos descansado bastante y con una media sonrisita granuja, se acerca a mí y vuelve a cargarme al hombro, indicándome que tenemos que recuperar el tiempo perdido. No sé a qué hora nos dormimos finalmente arrastrados por la enloquecida intensidad del reencuentro. Me duermo escuchando nuestras leves respiraciones, acurrucada contra su cálido cuerpo rodeándome por la cintura con uno de sus brazos, con un placentero agotamiento.

## CAPÍTULO 12



Me giro en la cama todavía adormilada y sin abrir los ojos para que la luz no me dé en la cara. Cuando recuerdo dónde estoy y qué ha pasado, con un leve gruñido abro un ojo. Enseguida reconozco la habitación donde me encuentro, pero Aiden no está en su lado de la cama. Me estiro cómodamente en la cama y recordando la noche pasada no puedo evitar mordirme el labio inferior y sonreír abiertamente. Me incorporo un poco sobre los codos intentando escuchar, pero no oigo nada que no sean los cánticos de los pájaros del jardín. Me levanto y solo encuentro parte de mi ropa esparcida por el suelo de la habitación. Tras correr de puntillas hacia el cuarto de baño y mirar mi cara sonriente reflejada en el espejo, me meto en la ducha y abro el grifo para disfrutar del agua cayendo por mis músculos doloridos. Cuando termino y sin encontrar mi camiseta por ninguna parte de la habitación, abro su enorme armario y cojo una de sus numerosas camisas que hay colgadas y que huelen a él. Bajo despacio, sigo sin escuchar ningún ruido en la casa y una vez estoy en la cocina, extrañada, lo llamo.

—¿Aiden?

—En el jardín —escucho su voz tras la puerta abierta del salón.

—Siento haberme dormido —empiezo a decir antes de frenarme en seco cuando veo que Aiden se levanta de uno de los sillones del jardín y le sigue el enorme cerdo de los vecinos.

—¡Ohh, madre mía! Sujétalo —digo con los ojos como platos cerrando la puerta al instante.

—Amelia, cariño. Ábreme que no te va a hacer nada. No quería despertarte y, de alguna manera, tiene que haberme oído y ha venido a comer una manzana —dice tranquilamente Aiden levantando una de sus manos en la que lleva unos trozos de manzana —¿Quieres darle tú de comer?

—Nooo —digo sin abrir la puerta incómoda.

—De acuerdo —dice entre risas —Vamos Ramona, que le das miedo, con lo buena que eres.

Aiden le da el trozo de manzana que le queda en la mano y la cerda come con gusto. A los pocos segundos de que la cerda haya engullido todo, la acerca a la verja que separa el jardín con el del vecino, la acaricia y le susurra algo hasta empujarla cariñosamente por el hueco para que se marche.

Me he subido a la barra de la cocina y permanezco sentada con los pies descalzos colgando mientras bebo un vaso de agua. Aiden se acerca tras lavarse las manos.

—Buenos días dormilona —dice en un pequeño susurro cariñoso.

—Pareces despejado —gruño tapándome la boca cuando bostezo.

—Y tú pareces agotada —dice moviendo las cejas y añade socarrón— Llevo un rato despierto. Definitivamente mis camisas te quedan a ti mejor que a mí. ¿Qué tal has dormido?

—¡Como un tronco! —exclamo retorciéndome mientras Aiden se coloca entre mis piernas y me acaricia los muslos subiendo sus manos por ellos.

Se detiene justo cuando llega a la herida que él me curó y es cuando desune su mirada de la mía y mira hacia la pierna.

—¿Te duele? —pregunta con un deje preocupado en su voz.

—Ya no —digo con una sonrisa —Es una nueva herida de guerra.

—Más bien es una herida por ser tozuda —dice volviendo a llevar su mirada a la mía.

—No es ser tozuda. Me estabas haciendo daño y yo..., yo solo quería hacer las cosas por mí misma —declaro más seria y orgullosa.

—Yo no estaba haciendo nada —dice Aiden subiendo sus manos por mis muslos desnudos —Además, dejemos eso para luego —dice acercando sus labios a los míos.

—Aiden, Aiden espera..., para, no sigas —digo intentando contener mis manos y mis labios que casi ya se mueven solos.

—¿No te apetece? —susurra besando mi cuello delicadamente —¿Tienes algo que hacer?

—Umm —suspiro anhelando sus besos —Noo, nada más importante que esto...

Introduzco mis manos bajo su camiseta y voy recorriendo despacio su firme torso con suaves caricias sin dejar que nuestras bocas dejen de besarse en una mezcla entre la pasión y la necesidad. Levanta sus brazos y yo tiro de su camiseta y la saco rápidamente mientras sus manos hábiles no pierden un instante y van desabrochando uno a uno los botones de la camisa. Vamos desprendiéndonos de la ropa llenos de deseo entre susurros y respiraciones aceleradas. Sus manos ávidas de mi cuerpo lo recorren acoplándose a mis curvas con vehemencia. Acercó su cuerpo al mío rodeando sus piernas con las mías, buscando a tientas los botones de su pantalón. Cada vez más juntos, cada vez más impulsivos y apasionados entre leves gruñidos de deseo que invaden nuestra piel. En un movimiento ágil pasa las manos por debajo de mis muslos y me levanta de la barra. Respiro hondo mientras echo la cabeza hacia atrás, acomodándome entre sus brazos. Aiden gira y me apoya contra el refrigerador a la vez que encaja nuestros cuerpos con ansia y deseo. Nuestras respiraciones se avivan entrecortándose por nuestros movimientos, nuestras caricias y nuestros susurros cargados de pequeños gruñidos incapaces de ser controlados.

—No me sueltes —dijo en un pequeño quejido cuando siento que pierdo el control —No me dejes caer.

—Nunca te dejaría caer —contesta Aiden contra mi cuello buscando mis labios de nuevo.

No puedo evitar estremecerme con su mirada mientras arqueo la espalda y las caderas provocando en Aiden un plácido gemido que sale desde lo más hondo de su pecho, acelerando nuestros movimientos hasta que ya no podemos más y nuestros cuerpos se tensan. Nos dejamos llevar por una oleada de profundas sensaciones e inesperadas que nos invaden y, no puedo más que abandonarme contra su cuerpo mientras sus brazos me envuelven

por completo en un cálido abrazo. Intento volver a coger aire con mis labios pegados a su piel. Permanecemos en silencio calmando nuestras respiraciones mientras nuestro pecho sube y baja acompasado. No me apetece moverme y descanso mi cabeza de manera cómoda en su hombro.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta Aiden casi en un susurro.

—Umm —digo en un leve quejido sin ganas de articular palabra.

—¿Amelia? —Vuelve a llamar mi atención moviendo su hombro —Voy a dejarte en el suelo, ¿vale?

—Nooo —susurro rápida desmadejada entre sus brazos —Todavía me tiemblan las piernas. Si me dejas en el suelo me caeré.

Siento el movimiento del pecho de Aiden moverse bajo mi pecho cuando no puede evitar reír por mis quejas.

—Vamos, Amelia. Démonos una ducha y te invito a desayunar —dice moviendo uno de sus brazos para agarrarme mejor.

—Y ¿no podrías simplemente dejarme en la cama y que pudiera dormir tranquilamente? —pregunto levantando la cabeza de su hombro y mirándole a los ojos con una sonrisa.

—Ya has dormido bastante. Si sigues durmiendo esta noche no podrás conciliar el sueño —contesta divertido.

—Y si me metes en la ducha contigo no saldremos nunca —contesto burlona haciendo una mueca.

—Prometo contenerme —dice aupándome entre sus brazos —Venga, tenemos una conversación pendiente.

—Si me quisieras me dejarías dormir —replico volviéndome a apoyar en su hombro.

—Como te quiero mucho, mucho, prefiero hablar contigo y aclarar las cosas —dice riendo por mi tozudez cargando conmigo hacia el piso de arriba.

—No tengo ropa que ponerme y mi bicicleta esta en al club —continúo quejándome.

—Seguro que encontramos una solución —afirma Aiden más tozudo que yo —Te dejo en el suelo, ¿de acuerdo?

—Nooo, llévame a la ducha —pido moviendo las piernas para sujetarme a su cuerpo.

—De acuerdo —dice riendo mientras vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro.

Aiden abre la puerta del cuarto de baño y llevándome encima entra con cuidado para que mis piernas no choquen con ningún objeto. Estoy tan cómoda entre sus brazos que verdaderamente no me apetece moverme. Es como si el resto del mundo hubiera desaparecido y no necesitara pisar el suelo. Entre sus brazos vuelvo a sentirme segura. El contacto con su cálida piel y su olor, hacen que me estremezca y cierre los ojos. Mientras, él trastea el grifo con una de sus manos y se mete a la ducha conmigo a cuestas.

—¡Madre mía! —doy un respingo en sus brazos —Está helada.

—Cariño, está a veinte grados —dice riendo mientras me retuerzo en sus brazos.

—Sube la temperatura un poco —pido con un puchero infantil bajando de sus brazos.

—¿Dos grados más? —pregunta enarcando una ceja.

—Mejor súbela como veinte grados —dijo mordaz provocándole un ataque de risa.

Nos damos una ducha rápida y finalmente Aiden me presta una de sus camisetas que me ajusto a la cintura con un nudo trasero a la espalda. Decidimos ir a por mí bicicleta en la suya.

—¡Vamos, Amelia! Sube detrás —me indica Aiden ya subido a su bicicleta —No te muevas mucho o nos caeremos.

—Estaría bien que no me mataran en las misiones de trabajo y lo hicieras tú en la bicicleta —digo burlona riendo dando un pequeño salto y sentándome en la parte trasera de su bicicleta con las piernas colgando.

—Amelia, no hagas bromas con esas cosas —dice serio iniciando la

marcha.

Nada más salir nos cruzamos con un precioso coche deportivo cuyo conductor saluda a Aiden. Pero poco después le voy indicando caminos que atraviesan el bosque y vamos más tranquilamente disfrutando del paseo y la suave brisa que hace en esos momentos. Una vez en el club, cojo mi bicicleta y nos encaminamos hacia las dunas a desayunar y disfrutar del buen tiempo que nos acompaña hoy.

Dejamos las bicicletas apoyadas cerca de una pequeña mesa libre que hay en la terraza y mientras, yo me siento cómodamente y estiro las piernas cruzándolas a la altura del tobillo, mirando al sol. Aiden va al interior de la cafetería a pedir el desayuno, pero no tarda mucho en regresar y sentarse a mi lado. Al instante me tenso y me pongo nerviosa. Nunca se me ha dado bien hablar, pero Aiden parece decidido a aclarar todo lo que ha estado sucediendo.

—Bueno... —empieza a decir Aiden.

No puedo evitar interrumpirle.

—Lo sé, lo sé. Sé que hice mal. Sé que debería hablar las cosas, pero como comprobarás me pongo muy nerviosa y no controlo lo que digo. Siempre creo que puedo solucionarlo todo sola y cuando veo que no puedo más, me aparto de las personas porque no quiero que lo pasen mal por mi culpa. Y te pido disculpas si te he hecho daño, te pido mil disculpas, pero jamás fue mi intención, al contrario, créeme —empiezo a confesar sin ningún tipo de control en mis palabras —No lo vi llegar, me cuesta mucho pedir ayuda y cuando ya no pude más hui sin control...

Aiden se gira y me mira fijamente con una leve sonrisa.

—Relájate Amelia —dice sereno —Estamos aquí para hablar tranquilamente, los dos. No tienes que estar nerviosa. Además, iba a decir que tenemos un agradable tiempo —añade guiñándome un ojo.

—Ahh, vale —dijo retorciendo las manos en el regazo.

—Relájate. ¿Te encuentras mejor? —pregunta amable.

—Sí, creo que sí —digo soltando todo el aire que tenía retenido en mis

pulmones —No puedo evitarlo...

—Lo sé —dice poniéndose las gafas de sol con una bonita sonrisa.

—No supe hacerlo mejor —digo un poco avergonzada.

—Yo tampoco —responde Aiden agarrando una de mis manos y acariciándola cariñoso.

—No soy perfecta —le confieso ruborizándome.

—Yo tampoco —contesta con una sonrisa apartándome un mechón de pelo del rostro —Prométeme que si estamos juntos hablarás conmigo antes de volver a huir.

—Lo intentaré —digo más tranquila —Prométeme que no me juzgarás por ser torpe con las palabras y los sentimientos.

—No lo haré, nunca lo he hecho —dice dándome un leve apretón en la mano que acaricia con su pulgar.

—Y que no te liarás con tu secretaria —digo más seria con agobio en la voz.

—Nunca lo he hecho. Además, eso me lo tienes que contar más detenidamente —dice arqueando una ceja —Prométeme que no vas a saltar de nuevo como un mono la puerta de seguridad —dice provocándome una risotada al recordarlo.

—Madre mía, que trompazo me pegué —digo sin poder parar de reír, justo en el momento en el que el camarero se acerca a nosotros con nuestro desayuno.

Desayunamos tranquilamente a pesar de ser tarde, acomodados en la terraza y confesándonos todo lo que nos podemos confesar. Aiden me tranquiliza, a su lado siento la paz y la serenidad que me cuesta encontrar y eso hace que me sienta más segura hablando de cosas normales que no sea el trabajo. Terminamos de desayunar y continuamos con nuestra charla llena de confidencias. Le confieso cómo me sentí cuando lo vi en la playa y se marchó sin decirme nada tras sonreírle y luego no me contestó al teléfono cuando intenté hablar con él.



—Discúlpame. Me ofusqué al verte con Martínez después de que me colgaras el día anterior —confiesa.

—Yo al menos te conteste al teléfono móvil, pero iba en la bicicleta y no quería dejarme los dientes por el camino —digo con una mueca triste.

—Mejor que no me contestes, a que te quedes sin dientes —dice dándome un toque con su dedo índice en la nariz acercándose a mí.

Pasamos la mañana hablando tranquilamente y solo nos damos cuenta de que es la hora de almorzar cuando se llena de nuevo la terraza. Ya que hemos desayunado tarde decidimos ir hacia la playa, dar un paseo y comer algo ligero cuando nos entre el hambre. Cuando dejamos las bicicletas aseguradas, Aiden alarga su mano y entrelaza sus dedos a los míos. Yo miro nuestras manos y como si su mano contuviera ácido, me suelto mirando a un lado y a otro provocándole un terrible ataque de risa al ver mi cara de espanto.

—¿En serio? —pregunta riendo.

—Perdona, no puedo evitarlo —digo abrumada por la situación.

—Tendrás que pasarme una lista con los sitios en los que me puedo comportar de manera cariñosa y en los que no —dice riendo y llevándose las manos a los bolsillos de los pantalones.

—Lo intento —susurro agobiada.

—Vamos —dice haciendo un movimiento de hombros —Tengo las manos en los bolsillos, no volverá a pasar.

Caminamos hasta el famoso muelle de Scheveningen y subimos a la zona descubierta. La brisa marina me agita con fuerza el pelo mientras miro boquiabierto a las personas que se tiran desde lo alto de la grúa de la atracción que domina el muelle. A pesar de estar sonriendo creo que me entra vértigo solo de mirarlos.

—¿Quieres tirarte? —pregunta en un susurro Aiden dándome un toquecito con su hombro en el mío —Vamos, lo estás deseando.

—Ohh, no. Te aseguro que yo no me lanzo en eso —afirmo con una amplia sonrisa.

—¿Por? —pregunta de buen humor Aiden.

—Me da miedo —replico casi sin pensar.

—Tú, la más dura y aventurera de la planta, ¿tienes miedo a esa atracción de niños? —pregunta socarrón.

—Sí —afirmo divertida —Me da miedo.

—¡Vaya! —exclama Aiden mirándome de reojo.

—Vaya, ¿qué? —pregunto herida en mi orgullo.

—Yo pensaba que eras más aventurera —contesta con un deje burlón en sus palabras.

—¿Tú te lanzarías? —pregunto chulesca.

—Yo sí, pero lanzarse solo es muy aburrido —afirma Aiden y añade casi en un susurro —¿Te lanzarías conmigo?

—Estás de broma, ¿no? —pregunto impresionada.

—Sería divertido hacer algo juntos —dice Aiden con una amplia sonrisa.

—Podemos comer un helado juntos —digo socarrona sorprendida por su proposición.

—Bah, eso lo hace todo el mundo —dice rechazando mi propuesta justo en el momento que vemos que dos personas se lanzan juntas y gritan a pleno pulmón en la rápida caída amortiguada por la cuerda que los sujeta firmemente por los pies.

—¿En serio quieres lanzarte? —pregunto más seria.

Aiden me agarra de la mano entrelazando sus dedos a los míos y tira de mí.

—¡Vamos! Será divertido —dice con una amplia sonrisa —Y será algo solo de los dos.

Justo en ese momento dos personas gritan mientras descienden en la nueva tirolina que hay en el muelle y tirando de su mano le pregunto.

—¿No prefieres tirarte en tirolina?

—No —dice seguro —pero si no te apetece tomaremos un helado.

En ese instante que lo dice, sus palabras me hacen ver tomar un helado juntos como la cosa más aburrida del mundo. Así que cojo aire en los pulmones, sonrío sin poder evitarlo, sin saber si es por los nervios o la celeridad de nuestra reconciliación y esta vez soy yo la que agarra su mano y tira hacia la estructura del Bungy Jump [12](#). La adrenalina empieza a correr rápida por mi cuerpo cuando nos vamos acercando a la torre. En la entrada nos informan de todos los procedimientos, firmamos una hoja de responsabilidad y pagamos. Para, a continuación, empezar a subir por las escaleras metálicas hasta la zona donde esperamos nuestro turno para subir a la cesta de la grúa. Estoy nerviosa y no dejo de mover las piernas y los brazos. Creo que es una locura y nunca pensé en saltar desde una grúa, pero es nuestra locura y estoy decidida a ello. Aiden y yo nos miramos y reímos, pero nos ponemos más serios en el momento en el que la pareja que hay justo antes de nosotros, tras equiparlas con los anclajes correspondientes se echa para atrás y nos avisan de que somos los siguientes.

—¿Estás segura? —pregunta Aiden levantándome la barbilla con el dorso de su mano —No tenemos por qué hacerlo.

—La vida no es vida sin un toque de amor y de locura —contesto nerviosa con una amplia sonrisa y sentencio —¡Hagámoslo!

Los instructores, mientras nos equipan con los arneses, nos vuelven a explicar los procedimientos mientras la jaula que nos llevará a una zona sobre el mar, regresa hacia la zona donde nos encontramos. Casi temblando subimos a la cesta y nos anclan a la estructura metálica de la cesta junto a uno de los instructores que va con nosotros subido en ella. Desde allí arriba se puede ver toda la costa y el centro de la ciudad. Las vistas son impresionantes y aunque Aiden me abraza por la espalda, no llego a disfrutarlas por el nerviosismo y la inquietud del salto. Una vez la cesta ha subido situándose en la transversal y por encima del mar sin ninguna estructura debajo de nosotros, el instructor acciona el freno y para, quedándonos suspendidos causando que la cesta se bambolee y yo me agarre con fuerza a la estructura metálica. El instructor sonrío y abriendo la puerta nos explica la forma de saltar. Abre la pequeña portezuela de metal y nos situamos en el borde de la cesta.

—Perdóname si te vomito encima —digo nerviosa a Aiden cuando me acerco a él pasándole mis brazos para agarrarme a su cuerpo.

—Por eso no te he llevado todavía a almorzar —dice Aiden entre risas —Amelia, tranquila. No te voy a soltar y todavía puedes echarte atrás.

—No pienso echarme atrás —digo casi con el corazón en la boca respirando sonoramente intentando calmarme —A la de tres nos dejamos caer.

El instructor creo que intenta calmar mis nervios con una amplia sonrisa y empieza la cuenta atrás para dar la orden de salto. Aiden acerca más su cuerpo al mío y me abraza con ambas manos hacia la espalda dándome un cálido beso en la frente. *«¿Quién me mandarías a mi ser tan orgullosa y cabezona? Con lo fácil que habría sido compartir un helado»* Siento que el corazón se me va a salir del pecho y me abrazo con más fuerza a Aiden sintiendo su pecho bajo la camisa. Escucho al instructor dar la orden de salto y como empieza a contar hacia atrás. 3, 2, 1, ¡salto! *«¡Madre mía, madre mía!»* Aiden se inclina abrazándome fuertemente hacia el lado y nos deja caer al vacío. Son solo unos instantes en los que caemos al vacío abrazados. Con miedo abro los ojos cuando todavía la cuerda no ha llegado a tensarse y no puedo evitar reír. Aiden me mira y ríe conmigo cuando sin esperarlo, nuestra cabeza se detiene muy cerca del agua unos brevísimos instantes, tirando de nuevo la cuerda desde nuestros pies hacia arriba.

—¿Estás bien? —pregunta Aiden entre risas.

—Sííí —confirmo riendo y soltándome de él estirando los brazos cuando siento que la inercia nos lleva de nuevo hacia abajo.

La gran elasticidad de la cuerda hace que rebotemos cada vez con menor intensidad hasta que ya no hay casi movimiento y quedamos suspendidos de los pies cabeza abajo riendo. No sé si es la adrenalina o la excitación del momento, pero me vuelvo a abrazar a Aiden y no puedo resistir besarle vehemente. Tras unos escasos segundos la grúa empieza a moverse y nos acerca y deposita en la estructura de De Pier, donde nos esperan varios instructores para ayudarnos a colocarnos en el suelo tras el descenso.

—¿Mareados? —pregunta uno de los instructores ayudándonos a incorporarnos.

—Noo —contesto con una amplia sonrisa colocando los pies en el suelo mientras empiezan a quitarnos los arneses y las cuerdas.

—Ya pueden pasar por entrada y elegir las fotos, es conveniente que se sienten un rato. Se encontrarán mejor —nos indica el instructor.

Aiden me sujeta de la mano y me lleva con un pequeño tirón hacia él. Me besa inesperadamente y yo respondo a sus besos. Cuando han pasado un par de minutos, mientras vemos saltar a la persona que iba detrás de nosotros, nos encaminamos y nos pedimos un cartucho de patatas fritas y un refresco. Nos sentamos en una de las terrazas a disfrutar del buen tiempo y del olor a mar que golpea en ese momento contra los enormes postes de madera que sujetan la estructura del muelle. Aiden me mira y sonrío al ver mi excitación por haber conseguido finalmente lanzarme a pesar del miedo. Estoy exultante contándole como me he sentido. Llevamos el pelo revuelto y cuando terminamos nuestro ligero almuerzo, nos dirigimos a la entrada de la atracción y seleccionamos dos fotos para que nos imprimen. El resto nos las mandarán por correo electrónico. Una de ella es de los dos abrazados cayendo y la otra es una que estamos colgando besándonos mientras sonreímos.

Animados, nos dirigimos de vuelta hacia el paseo mientras observamos las fotografías y vamos charlando. Los chiringuitos del paseo ya empiezan a estar bastante concurridas y de pronto escuchamos un fuerte silbido que proviene de una de las terrazas.

—Horwood —escuchamos a continuación.

Nos giramos a la vez que instintivamente doy un paso hacia el lado y me aparto de Aiden cuando veo que Evans levanta un brazo y nos hace señales. En esos momentos es como si la magia y la conexión del momento se rompiera en mil pedazos. Me he quedado paralizada mientras Aiden saluda con la mano levantándola hacia ellos y luego se gira hacia mí.

—Amelia, ¿qué te sucede? —dice con voz confusa.

Yo sigo petrificada sin poder reaccionar, quieta pidiendo al universo que me engulla y me escupa en otro lugar.

—Nos han visto —susurro sin mover un solo músculo.

—Sí, lo siento, creo que nos han visto —dice Aiden con una sonrisa al ver mi sofocón —Amelia, alguna vez iba a suceder. Hoy es el día de afrontar riesgos.

—Son jefes —vuelvo a susurrar sin moverme.

—Es buena gente. Yo también soy jefe y en ocasiones soy buena persona —dice intentando calmarme ante mi estupor —Si prefieres pongo cualquier pretexto y nos marchamos.

—No sé tratar a esa gente si no es en el trabajo —digo levantando finalmente la mirada y deteniéndola en la suya.

—Se natural, como tú eres, y los enamorarás como haces siempre —dice alargando una mano y tendiéndomela.

—Yo no sé ser natural —contesto agobiada —No sé hablar con la gente. Me pongo nerviosa y balbuceo.

—Ame, relájate. Son personas como tú y como yo —dice cuando finalmente agarro su mano y tira de mí —No voy a soltarte y cuando quieras nos vamos.

Aiden va delante de mí abriendo paso entre la gente que se agolpa en la entrada para conseguir uno de los numerosos sofás que hay en la terraza del local. Creo que me han empezado a sudar las manos y no es por el calor que emanan las de Aiden, quien me sujeta con firmeza. Yo llevo en mi otra mano, agarradas, las dos fotografías de nuestro salto. Cuando llegamos junto a ellos, nos saludan con afecto.

—Evans —digo acercándome a él para darle dos besos al ver que él tiene intención de saludarme distendidamente.

—Llámame Thomas fuera del trabajo, por favor —dice saludándome.

—Amelia —digo cortada.

Hacemos la ronda de saludos y nos hacen un hueco mientras avisan al camarero. Aiden se gira hacia mí y me guiña un ojo con una sonrisa para tranquilizarme. Cosa que sorprendentemente consigue, aunque me haya sentado totalmente pegada a su cuerpo. Cuando llega el camarero Aiden se

gira hacia mí y levanta las cejas espera a que me decida con la bebida y cuando llega se hace cargo de la cuenta enseguida sin que pueda rechistar. Todos continúan hablando y nos hacen partícipes en la conversación explicándonos de qué estaban hablando cuando ven entre mis rodillas las fotos del Bungy Jump.

—¡Guau! ¿Has saltado? —pregunta con curiosidad uno de ellos con sorpresa.

—Sí —afirmo con una pequeña sonrisa que no puedo evitar cuando Aiden se gira hacia mí.

—Hemos saltado —confirma Aiden orgulloso.

—¿Puedo? —pregunta Evans señalando las fotos.

—Es que yo salgo con cara de “tarado” —se excusa Aiden para que no las mire al ver mi incomodidad.

Miro rápidamente las fotos y dejando junto a Aiden la que estamos besándonos le paso la otra.

—En ésta sale bien —digo dejándole ver una de las fotos.

—Tú estás bien, Amelia, pero él no tiene arreglo —dice con guasa dándole un manotazo al hombro de Aiden.

Permanecemos un rato más con ellos, entre charlas y risas. Creo que en todos estos años nunca había estado tomando una copa con ninguno de ellos, pero verdaderamente me acogen en el grupo, a pesar de la diferencia de edad y de posición en el trabajo, y son encantadores en todo momento. Me sorprende que incluso me haya relajado tanto que sin darme cuenta he dejado de estar tensa y en varias ocasiones he pasado mi brazo por debajo del brazo de Aiden que me coge la mano con cariño. Volvemos paseando tranquilamente en la bicicleta. Me he dejado en su casa el teléfono móvil y las llaves de casa, así que nos dirigimos a su casa rodeando el campo de golf. Mientras vamos acercándonos a la entrada de su casa vemos una bicicleta apoyada en la verja y una persona sentada contra su puerta en la calle esperando. El corazón me da un vuelco cuando reconozco quién es y empiezo a pedalear más deprisa.

—Rachel, Rachel..., ¿ha pasado algo? —pregunto angustiada saltando casi literalmente de la bicicleta y echando a correr hacia ella.

—Joder, Ame, ¿dónde has estado? —pregunta sería levantándose —No te has conectado al móvil desde ayer y no has contestado en todo el día. Estaba preocupada.

—No me di cuenta de que me había dejado el teléfono móvil aquí. Perdona si te he preocupado —digo con un puchero forzado.

—Tú, Horwood. Haz el favor de no ser tan egoísta y compartirla un poco —dice amenazante levantándole el dedo índice en su dirección unos pasos más atrás.

—¿Te apetece cenar con nosotros, Rachel Elisabeth Walker? —pregunta Aiden con un guiño.

—Depende de a qué me vayas a invitar —contesta Rachel altanera.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta Aiden afable.

—¿Puedo elegir? —pregunta sorprendida mirándonos a ambos.

—Por supuesto —contesta Aiden abriendo la puerta y desconectando la alarma.

Tras mucho dudar, Rachel se decide por comida japonesa y acabamos los tres cenando comida que nos llevan a casa. Me vuelvo a disculpar con ella y cuando miro mi teléfono móvil veo que tengo varias llamadas y mensajes de Xavier, Gabrielle y de ella. Tras insistir y no poder contactar conmigo, había decidido venir a buscar a Aiden por si sabía dónde me encontraba y al no estar decidió esperar un poco sentada en el suelo de su jardín. Casi me arranca de las manos las fotos de nuestro salto y antes de que pueda impedirselo abre la primera.

—¡Vaya! Veo que ya habéis hecho las paces definitivamente. Ni cabeza abajo dejáis de manosearos —dice entre risas.

Aiden no puede evitar reír ante algunos comentarios de Rachel. La verdad es que a pesar de que se pasen el rato retándose y haciéndose comentarios irónicos, se llevan bastante bien y eso es de agradecer. Aiden se



ofrece a acercarla a casa con el coche, pero finalmente Rachel se marcha en bicicleta tarareando una de sus canciones, dejándonos claro lo que piensa de nuestra relación.

♪ ♪ ♪ [13](#)

...

*I will not give you up this time  
But darling, just kiss me slow, your heart is all I own  
And in your eyes you're holding mine*

*Baby, I'm dancing in the dark with you between my arms  
Barefoot on the grass, listening to our favorite song  
When you said you looked a mess, I whispered underneath my breath  
But you heard it, darling, you look perfect tonight*

*Well I found a woman, stronger than anyone I know  
She shares my dreams, I hope that someday I'll share her home  
I found a love, to carry more than just my secrets  
To carry love, to carry children of our own  
We are still kids, but we're so in love  
Fighting against all odds  
I know we'll be alright this time  
Darling, just hold my hand  
Be my girl, I'll be your man  
I see my future in your eyes*

...♪ ♪ ♪

No podemos más que reír ante sus tarareos y cuando la perdemos de vista entre los setos y nos vamos a girar para meternos en casa de nuevo escuchamos un terrible frenazo de neumáticos y un grito de Rachel que nos hace que ambos salgamos corriendo con desesperación hacia la carretera.

—¡Rachel! —grito cuando veo su bicicleta tirada en el suelo.

—¡Joder, que susto! Con lo alegre que iba yo canturreando. ¡Barrio de pijos! —dice entre risas mientras el hombre baja corriendo del coche y la ayuda a levantarse con extremo cuidado.

Es uno de los guardaespaldas del vecino. Uno de los que vimos con Sophia. Ha frenado en seco cuando Rachel canturreando se ha incorporado a la carretera sin mirar. No le ha pasado nada, no lleva ni un solo rasguño, así que, a pesar de nuestra insistencia, se vuelve a montar en la bicicleta y se marcha cantando mientras Aiden y Nikolái, que es como he escuchado que le llama, hablan de lo sucedido.

No tardamos mucho en despedirnos de Nikolái. A pesar de parecer siempre extremadamente enfadado con el mundo ha sido muy comprensivo ante la temeridad de Rachel. Cuando vamos a meternos en casa nos damos cuenta de que el cielo está totalmente despejado y que está repleto de brillantes y bonitas estrellas. Aiden me pide que me quede y decidimos tomar un reconfortante baño de espuma mientras hablamos y miramos las estrellas.

—¿Sabes? Cada vez que miraba al cielo soñaba que estabas conmigo y observábamos las estrellas juntos, como aquí, ahora —dice cariñoso en un susurro enredando sus dedos a los míos llenos de espuma —Te quiero, no me pidas que te explique el porqué, pero lo hago desde el día que encontré tu sonrisa sin buscarla.

## CAPÍTULO 13



La semana empieza con un sinfín de reuniones y expedientes acumulados en la mesa. Hay momentos en los que ya no sé ni hacia dónde tengo que ir. Gabrielle me ve corriendo por los pasillos cargada de papeles y me da ánimos riendo. Por su parte he tropezado en una reunión con Xavier quien me informa, apartándome un poco del grupo cuando ha finalizado la reunión, que debo terminar la evaluación para mi reincorporación total esta misma semana. Hablo con Daina y le pido que me busque un hueco para bajar e intentar solucionar ese tema lo antes posible, así que la dejo encargada a ella de solucionarlo.

No puedo quejarme. Tengo muchísimo trabajo, pero me encuentro animada y decidida a adelantar todo el trabajo que se ha estado acumulando durante mi ausencia. Durante la semana me centro y no permito que nada me perturbe o me distraiga de mis obligaciones así que cuando llega de nuevo el viernes, me enorgullezco de haber revisado, controlado y cerrado un gran número de expedientes del departamento. Respecto a Aiden, cada día empezamos a recuperar la confianza que teníamos antes de todo lo sucedido y a pesar de todo el trabajo que tenemos encima intentamos sacar momentos para hablar, caminar o acompañarnos a casa para estar el uno al lado del otro. Incluso sé que en alguna ocasión debería haberle llevado expedientes a su despacho, pero ha venido él al mío para que no me tropezara con su secretaria después de conocer la repulsión que tengo hacia ella. Aiden no me lo ha dicho, pero se ve claramente y no puedo más que sonreír cuando aparece en plan despistado creyéndose que no me doy cuenta. También he notado cambios en los amigos de Aiden que después del fin de semana me saludan y me hablan de forma más cordial y menos distante que lo que han hecho en muchas ocasiones. Así que respiro, sonrío y trabajo duro cada día.

—¿Puedo pasar? —dice Xavier apoyado en el vano de la puerta mirándome fijamente.

—Sí, claro —digo con una leve sonrisa cuando lo veo al levantar la mirada de los papeles que tengo sobre la mesa.

—Es tarde —dice mirando el reloj de su muñeca —¿No te vas a casa?

—Quiero terminar esto —digo señalando un expediente —Pareces cansado, ¿todo bien?

—Trabajo —dice sentándose en la silla que se encuentra frente a mí.

—¿Puedo ayudarte en algo? —digo apoyándome en el respaldo de mi sillón observándolo detenidamente.

—¿Tienes mi expediente? —pregunta con aspecto cansado.

—Sí, por aquí lo tengo. Ya está casi todo revisado y tenías razón con lo que está sucediendo en Somalia. Está incrementando la presión para conseguir las ayudas que reciben desde Europa, incluso reclutándolos bajo la amenaza de llevarse a sus hijas o mujeres. Y hay un movimiento cada vez más notorio de personas y barcos hacia Yemen —digo tendiéndole el expediente que observa abriéndolo —¿Seguro que estás bien?

—No he dormido mucho esta semana y tengo hambre —sentencia haciendo una media sonrisa —Es viernes y ya es tarde. ¿Vamos con los chicos a comer algo?

—Yo..., no sé... —dudo mirando el reloj de la pantalla del ordenador.

—¿Has quedado? —pregunta poniéndose serio.

—Dame un minuto —digo levantándome del sillón acelerada pidiéndole con la mano tiempo tras pensármelo mucho —Vuelvo enseguida.

Salgo de mi despacho y me dirijo hacia el despacho de Aiden que según he visto en su agenda debe estar entre dos reuniones. Había pensado en quedarme trabajando, pero como bien ha dicho Xavier, es viernes y antes siempre teníamos tiempo al menos un rato los viernes para quedar los cuatro y charlar de la semana que habíamos tenido. Con mi excedencia hace demasiadas semanas que no lo hacemos. Xavier parece cansado e ir a tomar algo le vendrá bien. Yo puedo pedirle a Aiden que vaya a recogerme cuando termine. Voy absorta en mis pensamientos, ya no queda nadie por la planta y

cuando me acerco al despacho de Aiden, oigo una voz femenina que me saca de mis casillas, haciendo que me frene en seco sujetándome a la pared para no perder el equilibrio. Agudizo el oído. Es la secretaria de Aiden que parece que charla animadamente con alguien por teléfono. No entiendo cómo si yo ya estoy de vuelta en el departamento, ella se tiene que quedar hasta tan tarde. Y más siendo viernes cuando todo el mundo sale en tromba a las cuatro y media de la tarde. Está hablando de todo el trabajo que hace. Veloz saco mi teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y empiezo a grabar el audio asegurándome, mirando a un lado y a otro, que no hay nadie por los pasillos. Parece que continúa con su empeño y tiene un plan para quedarse hasta tarde para estar a solas con su jefe. Creo que por momentos me empieza a salir humo por la cabeza, pero me controlo cuando escucho pasos a mi espalda, así que paro la grabación y me escondo en la sala de descanso. Para mi sorpresa es Aiden que entra acelerado, la saluda, le dice que es tarde y que se marche a casa. A continuación, entra en su despacho y tras unos instantes le escucho que cierra la puerta y le comunica que se marchará directamente desde la reunión, deseándole un fin de semana. Una especie de orgullo invade mi mente y hace que una sonrisita de satisfacción que crece por momentos se instale en mi rostro. Vuelvo a pegar la oreja a la puerta cuando escucho los pasos de Jenni por el pasillo. Anda pesadamente, pero dejo de escucharla y salgo de mi escondite, dichosa por lo que acaba de pasar.

—¿Se puede saber qué haces? —escucho a mi espalda.

—Joder, Xavi. ¿Quieres que me dé un infarto? —pregunto alterada casi en un grito.

—¿Por qué tardas tanto? Y lo más importante, ¿qué estás tramando para llevar esa sonrisita instalada en la cara? —pregunta levantando una ceja y mirándome fijamente.

—Nada —contesto sin poder evitar sonreír más abiertamente al recordar que los planes de Jenni se han truncado. Intentando disimular le doy un pequeño empujón en la espalda y le propongo —Vayamos a tomar algo, tienes cara de necesitarlo, y Gabrielle y Bruno estarán allí.

Volvemos a mi despacho, y tras desconectar el ordenador y echar un ojo para que ningún expediente confidencial se quede a la vista sobre la mesa, salimos de allí y nos dirigimos al Hudson para tomar algo con los amigos. Ha

llegado la primavera y lo que llaman el buen tiempo en Holanda, ha llegado. Los días son más soleados, la lluvia no ocupa gran parte de la jornada y el sol se esconde mucho más tarde. Durante parte del trayecto caminamos e incluso acompañamos nuestros pasos en silencio. Xavi parece cansado y tenso, pero no consigo sacarle qué es lo que le pasa. Cuando entramos en el Hudson nos acercamos a la mesa del fondo que ocupan Gabrielle, Bruno y alguno que otro más que se ha unido. Xavi me acerca un taburete que hay libre y llama a una camarera que le atiende con una felicidad desmesurada echándole miraditas de arriba abajo continuamente.

—Ya ha llegado él y ya no hay nada que hacer con la camarera nueva — se queja Bruno riendo.

—Habló el italiano rubiales —espeta Gabrielle.

Mientras llegan nuestras bebidas mando un mensaje a Aiden, avisándole de que me he marchado y que estoy allí. El tipo de reuniones que tiene él pueden hacerse eternas, así que me vuelvo a guardar el teléfono móvil en el bolso y disfruto de una agradable charla con los demás que nada tiene que ver con misiones, guerras o problemas del mundo. Nos centramos en problemas más mundanos que podamos arreglar compartiendo y hablando con los amigos. Bruno va a la barra y nos acerca una segunda ronda colocando una copa de vino frente a mí. No puedo evitar levantar la mirada y ver que Xavier me observa mientras retiro mi copa hacia el centro de la mesa. Él coge su taburete y lo coloca a mi lado.

—¿Por qué no bebes? —pregunta acercándose a mi oído para que nadie nos escuche.

—Porque te lo prometí —digo seria.

—Puedes beber, yo solo te pedí que te controlaras. No me gusta verte mal —me susurra al oído.

—Entonces, ¿brindamos por nosotros? —digo, cogiendo de nuevo la copa.

—Por que cuando necesitemos ayuda la pidamos —dice acercando su botellín de cerveza a mi copa de vino.

—Chín chín —digo entre risas.

Varias chicas se acercan a nuestra mesa y vemos como a Bruno se le alegra la mirada y algunos de los chicos entablan una animada conversación con ellas. Gabrielle y yo aprovechamos el momento para hablar de nuestras cosas de chicas e idear un plan para animar a Rachel hasta que pueda volver a estar con su adorado James. Noto que el teléfono móvil empieza a vibrar dentro del bolso, así que abro la cremallera y no puedo evitar sonreír cuando veo que es Aiden.

—Holaaa —digo alegremente presionando con la mano libre el otro oído para intentar poder escucharle a pesar de todo el ruido que hay a mi alrededor —¿Has terminado?

—Sí, ¿estás lista? —pregunta animado.

—Yo siempre estoy lista —contesto riendo.

—Entonces, cuando quieras sales que te estoy esperando —dice riendo y cuelga.

Me echo hacia atrás y miro por el ventanal que hay a nuestra espalda. Allí está Aiden, apoyado en el coche con las gafas de sol puestas con una sonrisa que provoca que todo mi cuerpo y mi mente se alboroten. Levanto la mano y con una amplia sonrisa lo saludo a través de las pegatinas que decoran el cristal. Hablo con Gabrielle y me dice que se viene con nosotros. Los chicos están alegremente charlando con las chicas que acaban de conocer y nosotras tras despedirnos rápidamente de ellos, salimos por la puerta. No puedo evitar sonreír y tras mirar que no pase ningún coche, cruzar alegremente y lanzarme a sus brazos. Aiden me recibe con un beso y un fuerte abrazo.

—¿Podemos acercar a Gabrielle a su casa? —pregunto contenta de que ya sea fin de semana y pueda estar tranquilamente a su lado.

—Por supuesto —dice bajándose las gafas de sol con el dedo índice sobre la nariz y recibiendo a Gabrielle afable —Cariño, ¿has bebido?

—No mucho, solo llevo un puntito —contesto riendo.

—Anda, vayamos a cenar algo —dice abriendo la puerta del coche.

Aiden sube al coche y mientras abro la puerta del lado del acompañante levanto la mirada y veo a Xavier que sale del local y se despide de mí con un exiguo movimiento de cabeza al que yo contesto de la misma forma.

Gabrielle es bastante más tímida que Rachel con Aiden. Además, Aiden es su jefe, así que intenta permanecer callada durante todo el trayecto acomodada en el asiento trasero, pero yo voy cambiando la música a nuestro gusto, girándome para hablar con ella y con Aiden a la vez. No quiere venir a cenar con nosotros así que decidimos pasar a por comida e irnos a casa a descansar.

Aiden sale a correr cada mañana mientras yo me niego a moverme de la cama tan temprano un día que no trabajo.

—Cariño, ¿no te apetece salir a correr conmigo en esta bonita mañana?  
—pregunta Aiden por última vez ya preparado para salir a correr mientras yo me acurruco más agarrándome a una almohada.

—No, soy muy buena y no quiero robarte esos momentos contigo mismo. Yo me quedo vigilando la almohada —gruño sin abrir los ojos.

Aiden me aparta un mechón de pelo, me da un beso en la frente y se marcha. Con lo que me cuesta a mi levantarme, nunca entenderé esa pasión de correr antes del amanecer. Me despierto del todo cuando un rayo de sol se cuela por la cortina y no hay forma de eludirlo. Aiden no ha regresado y tras una ducha rebusco en su armario para encontrar algo que ponerme, cojo mi porta documentos y bajo a la cocina. Corto fruta y la dejo preparada en la nevera. Caliento el agua de la tetera y me preparo un té mientras continuo con el informe para Xavier que me ha solicitado y no he terminado. Me enfrasco a leer documentos y comparar datos y hechos. Una hora más tarde regresa Aiden y me encuentra sentada en uno de los taburetes enfrascada en el expediente. Sobre la barra de la cocina tengo el ordenador, papeles por todas partes y lápices de colores. Se acerca por detrás mientras yo, al instante, cierro la tapa del ordenador.

—Buenos días, cariño —susurra besándome en el cuello —¿Trabajando?

—Buenos días —digo girándome sobre el taburete y pasando mis manos alrededor de su cuello —Es solo un informe. ¿Qué te apetece hacer hoy?



—Después de ducharme lo que tú quieras —dice cariñoso besándome.

—Vayamos a Delft. Hace mucho que no voy y tú todavía no la conoces —digo dando un saltito emocionada ante la perspectiva de ir a la bonita ciudad.

—Entonces iremos a Delft —dice dándome una leve palmada en el trasero —Recoge todo esto y bajo enseguida.

Aiden insiste en ir en coche, pero al final lo convengo para que vayamos en transporte público. Le explico que el tranvía llega hasta la ciudad en poco tiempo, así que, como dos turistas más ataviados con ropa de *sport*, nos sentamos en uno de los dobles asientos de un tranvía de la línea 1 que nos llevará hasta Delft. El trayecto es largo, así que por el camino le voy contando entre risas como Gabrielle y yo nos lanzábamos a la aventura nada más instalarnos en la ciudad e íbamos conociendo sitios nuevos simplemente saliendo a explorar la ciudad caminando. No todas las aventuras salieron a la primera, pero siempre disfrutábamos con ellas. Aiden se sorprende cuando le cuento que, en una de las ocasiones, buscando una iglesia de la ciudad, nos habíamos perdido y que nos metimos en unas callejuelas que en algún momento nos dieron miedo. Finalmente conseguimos salir de ellas y en una parada de autobús supimos localizar donde estábamos. Habíamos estado caminando en círculos durante casi una hora perdidas.

—Desde ese día, cada vez que Gabrielle planifica una ruta para explorar, intento revisarla antes y cargar la batería del teléfono móvil por si nos volvemos a perder —digo riendo.

Por el camino me va contando que durante mi ausencia no había salido mucho, había mucho trabajo en la oficina, llovía y su humor no era el más apropiado. Me siento un poco culpable y le cojo de la mano entrelazando nuestros dedos mientras voy emocionada señalando por la ventanilla por donde vamos pasando. Pronto anuncian nuestra parada y nos disponemos a bajar. Voy explicándole toda la parte bonita que quiero enseñarle y tiro de su mano para que compremos un café para llevar y empezemos nuestra propia aventura por la ciudad. Aiden se va maravillando de lo bonita que es la ciudad con sus canales y sus calles estrechas. Admiramos hasta casi marearnos la torre de la Iglesia de Jesucristo, famosa por su torre inclinada y visitamos los mausoleos y tumbas del interior. Entre risas y su asombro, a los

pocos metros de la salida le explico que la cabina que tenemos frente a nosotros es uno de los museos más pequeños del mundo y que cada mes van exponiendo obras de diferentes artistas. Paseamos por las calles donde al ser sábado está instalado el mercado con sus puestos característicos de quesos, frutas, arenques para comer allí mismo y flores. Caminamos entre la multitud agarrados de la mano descubriendo cosas nuevas. No puedo evitar suspirar agarrada a su brazo y darme cuenta de que para mí esto es la felicidad. Con esa complacencia nos vamos acercando al centro y empiezan a aparecer pequeñas y bonitas tiendecitas con la cerámica característica de la ciudad que se exhibe orgullosa en los escaparates.

—Y ahora lo más espectacular —anuncio con una amplia sonrisa tirando de su mano cuando nos acercamos a la plaza del mercado —¡Ta chan!

Aiden ríe al ver mi cara de emoción. Verdaderamente es una ciudad preciosa y la plaza del mercado con la Iglesia Nueva y el ayuntamiento enfrentados es una de las zonas más bonitas de ver. Animados, y yo con mucho vértigo, decidimos subir los trescientos sesenta y cinco escalones de la torre de la iglesia para admirar las fantásticas vistas que un día despejado como hoy puede ofrecernos desde tanta altura. Aiden me coge de la mano cuando ve que dudo al salir al exterior. Estoy aterrorizada por la altura, pero me asomo despacio para poder admirar las fantásticas vistas hacia un lado de la ciudad de La Haya y hacia otro de la ciudad de Róterdam a lo lejos. Pasamos el día disfrutando de sus calles, canales y gentes. Después de comer en uno de los diversos restaurantes del centro, recorreremos de vuelta el mercado comprando fruta, el típico y delicioso queso azul de Delft y unas flores para casa. Cuando nos sentamos en un asiento libre del último vagón del tranvía que regresa a La Haya, nos miramos, miramos lo cargados que vamos y reímos. Estamos francamente agotados.

Nuestra vida vuelve a parecerse a la que teníamos antes de mi ausencia y nos comportamos como una verdadera pareja. El domingo, tras preparar el desayuno, charlamos tranquilamente sentados en las tumbonas del jardín tomando los primeros rayos de sol de la temporada. Después de comer, pasamos parte de la tarde acurrucados en el sofá embelesados el uno con el otro, tras unos apasionados instantes de besos, caricias y muchas sensaciones.

A media tarde decidimos jugar al Scrabble, aunque no fijamos muy bien las normas y aceptamos palabras en varios idiomas.

—¡Pilingui! —exclamo colocando las piezas sobre el tablero y levantando las manos en señal de victoria por los puntos conseguidos.

—¿Pilingui? ¿Qué es eso? —pregunta desconcertado Aiden.

—Tu secretaria y ocho letras para mí —contesto sin pensar y cogiendo mi teléfono móvil añado leyendo tras buscar —Además, mira, lo recoge la Real Academia Española.

—¿Mi secretaria? —pregunta frunciendo el ceño al no entender que tiene que ver su secretaria con la palabra.

—Sí. Una pilingui o lo que es lo mismo una pelandusca, buscona, golfa, fulana, furcia... —Empiezo a enumerar hasta que me interrumpe.

—Vale, vale, vale. Ya lo he entendido, no son necesarios tantos sinónimos de la palabra —dice entre risas.

—Sé más —anuncio orgullosa.

—No lo dudo —dice riendo —Vamos a ver, explícame de una vez que es lo que sucede con Jennifer.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta de que va detrás de ti? —pregunto ofendida por su ingenuidad en el asunto.

—Simplemente es amable —responde haciendo las fichas a un lado.

—No es amable. Va insinuando a todo aquel que quiera escuchar que se queda hasta tan tarde contigo porque tenéis algo —digo seria.

—¿Un trabajo? —contesta Aiden con una mueca.

—Noooo, un lío, un amorío, rollo, aventura, coqueteo, devaneo... —empiezo a explicar.

—Ya, ya lo he entendido —dice Aiden levantando una mano y cerrando los ojos.

—Cuando no estábamos juntos, ¿recuerdas el día que entrené y me fui sin decirte nada? —pregunto y ante la afirmación con la cabeza que hace Aiden continúo —Pues yo me estaba duchando cuando oí que alguien entraba

y escuché parte de la conversación. No quise que me vieran y permanecí oculta en la ducha y escuché cosas sobre entre tú y ella que me hicieron daño. Ella dejaba entrever que teníais un romance y yo no pude evitar llorar porque me dolió mucho escuchar esas palabras —digo en un susurro casi sintiendo el pesar que sentí aquel día —Además, siempre me hace esperar, y a Daina también. No la soporta nadie en la planta y ahora se siente protegida por ti y va con gran altivez y es realmente insoportable.

—Cariño, ¿no será manía que le tenéis o un poquito de celos? —pregunta preocupado ante todo lo que le estoy explicando.

—¿Celos? —pregunto ofendida —No son celos. Además, mira qué grabé el viernes cuando salíamos del trabajo.

Cojo el teléfono móvil y busco entre mis carpetas.

—¿Has grabado una conversación? —pregunta pasmado —Sabes que no puedes hacerlo y que te enfrentas a una investigación disciplinaria.

—Shh, escucha —digo apretando el *play* en mi teléfono móvil.

*«Sí, jajaja, como te cuento. Aquí estoy esperando. No, nooo, no estoy trabajando, jajaja, me he arreglado las uñas, es viernes y seguro que como es tan caballero si se hace muy tarde me llevará a casa y ya sabes, una cosa llevará a la otra. Sí, es un gran paso para mí...»*

Aiden escucha atónito.

—Yo nunca la he llevado a casa —dice serio.

—Pues eso no es lo que va diciendo ella —respondo satisfecha.

—Cariño, créeme nunca he tenido nada con ella. Es mi secretaria y no he dado pie a esto —dice preocupado.

—Lo sé, pero para que lo sepas, es como la mano que mece la oficina. Aterrorador, ¿verdad? —digo llevándome las manos a la cara para dar más dramatismo al referirme a la película de terror.

—Lo siento, cariño —dice acercando sus labios a los míos para darme un beso —Prometo ocuparme de esto, tú borra esa grabación antes de que tengas un problema.

## CAPÍTULO 14



La semana se presenta complicada. El proyecto de los pozos de agua para las zonas más desiertas en el interior de Somalia ha seguido su curso y Bruno insiste en que hay que empezar lo antes posible. Por otro lado, yo creo que lleva razón. La violencia se está apoderando con las luchas de poder en la zona y nadie sabe cuánto durará esa relativa paz que hay en estas últimas semanas. Cuando Xavier se entera en una de las reuniones de nuestra posible visita, se muestra muy interesado y concierta reuniones con activos de la zona al entregarle el informe que me había solicitado.

El lunes me es imposible estar más de cinco minutos fuera de reunión con Aiden, así que no me cuenta nada de si sabe cómo solucionar el tema con su secretaria. El martes no es menos complicado, pero al menos bajo a almorzar con algunos compañeros y pongo al día a Gabrielle de la “sin bragas”, como la llama ella, que está almorzando en otra zona del comedor junto a dos becarias. Estamos en un rincón del comedor charlando sin que nadie nos oiga, mientras los compañeros hablan del próximo mundial. No puedo dejar de reír con ciertos comentarios que hace Gabrielle sobre ella cuando vemos que entran al comedor Menno, Aiden y Evans charlando y hacen cola para conseguir un café para llevar. Observo su manera de andar, segura e imperturbable con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje negro. Como si supiera que le sigo con la mirada, se gira hacia mí y no puedo evitar estremecerme cuando me sonrío y me guiña un ojo. Me quedo como una boba sonriendo y Gabrielle me da un leve codazo para que vuelva a la tierra, causando que me dé la risa nerviosa por mi falta de disimulo. Ambas observamos como “sin bragas” mueve ficha y se acerca a ellos a pedirse un café, cuando nos damos cuenta de que tiene ya uno servido sobre la mesa. Eso nos enfurece a las dos que miramos con el ceño fruncido todo lo que va aconteciendo. Creo que por momentos voy a empezar a echar humo por las orejas, pero Aiden ni se gira para mirarla cuando los tres se detienen y Jenni

coge su café sin ningún tipo de éxito en su artimaña y regresa a la mesa. Gabrielle y yo sonreímos satisfechas regocijándonos de su fracaso cuando los tres se encaminan hacia la puerta. Parecemos crías, pero estamos disfrutando de verla fallar en su empeño, cuando vemos que Aiden les hace un gesto a Menno y a Evans para que lo esperen y se encamina con su café en la mano hacia la mesa donde nos encontramos. Nos mira con el gesto serio, lo que causa que se me paralice el corazón. Puede que nos haya visto reír observando a “sin bragas” o nos haya oído algo y no le haya gustado. Creo que voy a dejar de respirar cuando le queda apenas dos metros, pero de repente sonrío socarrón.

—¿Te beso, me besas o nos besamos para acabar ya con todo esto? — pregunta frente a mí dejándome sin habla y decide —Está bien, te beso.

No es un beso desenfrenado. Es un beso lo suficientemente cariñoso para dejarle claro a todo el mundo que está conmigo. No sé cómo reaccionar y cuando Aiden se despide tranquilamente como si fuera algo de lo más natural, siento a medio comedor que me mira y toda la sangre de mi cuerpo acude a mis mejillas, mientras Menno y Evans sonrían y salen del comedor con Aiden. Me llevo la poca agua que me queda en el vaso a los labios con una sonrisita especial entre la vergüenza y la satisfacción de lo que acaba de suceder. Gabrielle me da un codazo cuando vemos que la secretaria de Aiden, se levanta y se va del comedor. Es entonces cuando a pocos metros en una mesa cercana a la ventana veo a Xavier que ha estado observando toda la escena cariacontecido y serio. Me levanto de la silla y decido acercarme a hablar con él cuando recibe una llamada en su teléfono móvil y sale del comedor raudo hablando. Durante la tarde le mando dos mensajes, pero no consigo contactar con él. Me duele verlo así, pero lo que había entre los dos acabó hace tiempo y seguramente, aunque no hubiera aparecido Aiden, no hubiéramos vuelto juntos.

Todo está preparado para que salgamos rumbo a Somalia a finales de semana. No consigo contactar con Xavier y no aparece por ninguna reunión. A pesar de su ausencia, sí que me manda un mensaje el jueves para que baje a terminar mi evaluación. Daina la confirma y paso la tarde en la primera planta. Vuelve a ser mucho más sencilla de lo que esperaba y tras varias horas salgo de allí con una sonrisa triunfante sabiendo que ya no tengo que pasar por allí en un tiempo. Antes de volver a mi despacho, paso por el de

Menno y le digo que ya estoy cien por cien de vuelta, me felicita y decidimos almorzar juntos a mi regreso para celebrarlo. Antes de salir de su despacho me informan de que a Aiden le han admitido la solicitud de seguridad. No va a llegar a ver todos los informes o datos que Xavier o yo manejamos, pero sí que podré hablar con él más libremente. Era lo lógico ya que Schmidt la tuvo siempre. Esa noche me quedo en casa de Aiden.

—Ya se está tramitando el cambio de mi secretaria —me informa mientras cenamos en la barra de la cocina.

—¿En serio? —pregunto sorprendida y a la vez aliviada con una sonrisa.

—Ella no tiene el nivel de seguridad que debe tener a partir de la semana que viene, así que recursos humanos se lo comunicará mañana y ya no tendrás que verla por el área —dice tranquilo llevándose su copa de vino a los labios.

—¡Madre mía! Qué plan tan maquiavélico y perfecto —digo con una amplia sonrisa dando palmaditas.

—He aprendido de la mejor —dice haciendo un gracioso movimiento de cejas —No te entusiasmes que la trasladan a la primera planta.

—¡Oh! —digo más seria —Mejor, así Menno la controlará.

Esa noche nos dormimos tarde, me pide mil y una vez que llevemos cuidado, y cuando despierto al día siguiente paso más de veinte minutos observando cómo duerme tranquilamente. Se le ve tan tranquilo y relajado que no puedo más que quedarme absorta mirando su rostro. Está tan guapo con su pelo alborotado y la incipiente barba que no puedo evitar sonreír y susurrar muy, muy despacito lo mucho que le quiero. Me llevo el dedo índice a los labios y, tras darle un beso, lo muevo y lo llevo a sus labios depositando el beso en los suyos. Con sigilo escapo de una de sus manos que tiene sobre mi cintura y salgo de la cama. Me arreglo en el cuarto de baño de la planta baja mientras llega el taxi que he pedido por teléfono y antes de salir por la puerta dejo una nota sobre la superficie de la nevera que engancho como puedo para que sea visible.

*«Lo siento, odio las despedidas. Ya te echo de menos»*

Cuando llego a la base ya está allí Xavier con su equipo que habla animadamente hasta que me ve entrar.

—Buenos días —digo con una mueca.

—Buenos días —responden casi a coro.

Xavier continúa revisando unos papeles sentado apoyando las botas sobre la mesa y balanceando su silla.

—Pasé la evaluación —digo acercándome a él. Xavier levanta la mirada de los papeles que tiene en las manos, aspira sonoramente y yo con el corazón encogido le pregunto triste —¿Ya no vas a hablarme nunca más? No es justo que dejemos de ser amigos por algo que yo no controlo. Sé que no te cae bien, pero Xavier, Aiden me quiere por como soy o mejor dicho a pesar de ello y eso me hace inmensamente feliz.

—Vale —articula finalmente serio.

—¿Vale? ¿Eso es todo? ¿Vas a permitir que nuestra amistad de tantos años se rompa por un hombre?, ¿en serio? —digo con un puchero que no llego a controlar —¿Ya no vas a hablar conmigo? Sabes que tenemos que hablar, no lo hagas más duro de lo que es.

Me doy la vuelta y no puedo evitar que las lágrimas acudan a mis ojos y varias corran por mis mejillas. Me paso el dorso de la mano cuando veo aparecer a Bruno cargado con su mochila.

—Ame, ¿estás bien? —pregunta preocupado mirándome a mí y luego a Xavier que permanece impasible.

—Enseguida vuelvo —digo intentando sonreír a través de las lágrimas y dirigiéndome al cuarto de baño.

Lo bueno de trabajar con hombres, entre otras cosas, es que los cuartos de baño de mujeres muy raramente están ocupados. Así que me acerco al lavabo y me lavo la cara con agua fría intentando calmarme. No puedo permitir preocuparme de nada que no sea la misión que tenemos entre manos y nuestra seguridad. Así que respiro hondo, me vuelvo a mirar en el espejo y salgo de allí con la cabeza alta. Xavier no puede enfadarse porque yo intente ser feliz después de todo lo que pasamos. Así que cierro la puerta y voy hacia



donde nos esperan para embarcar en el avión. Voy saludando al equipo de Xavier. He trabajado con todos ellos en diferentes ocasiones, así que los saludo uno a uno. Son como una familia que siempre cuidan unos de otros. Cuando llego al último lo abrazo y antes de llegar a Xavier, me giro y lo esquivo con mala cara. Vamos a hacer escala en Turquía y allí se quedarán varios compañeros mientras nosotros continuaremos hacia Mogadiscio en un vuelo nocturno para ganar en seguridad. Es la primera vez que Bruno sale de misión con nosotros. Para él es toda una novedad y mientras él pasa parte del vuelo charlando con Xavier y su equipo, yo intento dormir. Es una pequeña obsesión que tengo. Cuando ya he revisado la documentación del expediente, intento descansar todo lo que pueda. Con los años me he dado cuenta de que cuando llegas a destino nunca sabes cuándo va a ser la próxima vez que puedas descansar.

Aterrizamos en una base en Turquía y para mi sorpresa veo a Claire Lehman, así que dejo caer mi mochila al suelo y corro a saludarla.

—¿Qué haces tú por aquí? —pregunta feliz de encontrar una cara conocida.

—La organización está ayudando en la creación de unas reservas de agua —digo con una sonrisa abrazándola de nuevo.

—Sí, ya —dice socarrona riendo —¿Tomamos un café?

—Vamos —digo girándome cuando veo que Joseph agarra mi mochila.

—Yo me ocupo de ella, Navarro —dice solemne —Ve a divertirte.

Claire me conduce hasta un pequeño habitáculo que tienen en una de las tiendas que hace de cuarto para el café. Desde que pasó por La Haya no había vuelto a hablar con ella. Cogemos nuestra bebida y cubriéndonos ambas la cabeza y parte del rostro con nuestros pañuelos salimos en dirección opuesta a donde hemos llegado para poder hablar en privado. Me informa que ella va camino a Kenia y que allí le espera John. Ambas nos miramos, y nos reímos al recordar nuestras aventuras y desventuras los tres juntos en Pakistán.

—Dale un abrazo a John de mi parte —digo cuando avisan a Claire para que se prepare ya que saldrán en breve, abrazándola con cariño y en apenas un susurro añado —Llevad mucho cuidado allí, Kattanga tiene gente en la

zona.

—Llevad vosotros cuidado también, vais al ojo del huracán —susurra contra mi oído apretándome más fuerte en el abrazo y cuando se separa añade —Tenemos que dejar de vernos así.

Nos damos el último abrazo y la veo correr por la zona en la que está su equipo que ya se dirige a la pista donde les espera un avión. Siempre he odiado las despedidas, pero cuando son así, mucho más. Vuelvo con la cabeza gacha a la zona donde se encuentran mis compañeros. Me hubiera encantado poder hablar un rato más con ella, pero así son generalmente nuestros encuentros, mensajes cifrados, cortas llamadas a través de un teléfono vía satélite y encuentros inesperados en bases en cualquier parte del mundo. Todos están reunidos a la sombra en una zona apartada y yo me acerco a ellos y me siento junto a Bruno en una vieja silla subiendo las rodillas hacia el pecho y abrazándolas.

—¿Tienes hambre? —pregunta Bruno ofreciéndome un sándwich.

—No, gracias —respondo más tranquila.

—Sabes que se le pasará —susurra Bruno mirando a Xavier quien comprueba la ruta que llevaremos.

—No sé. Lleva días sin hablarme —confieso triste —Éramos los mejores amigos hasta que Aiden apareció.

—Dale tiempo —dice Bruno dándome un pequeño empujón con el hombro —Tiene que asimilar que seas feliz junto a alguien que no es él. Tú no has hecho nada malo.

Cuando levanto la mirada hacia Xavier, me doy cuenta de que nos está observando y cuando me ve que le miro aparta rápidamente la mirada.

He hecho escala en varias ocasiones en esa base y nuestro avión tardará unas cinco horas en salir, así que decido enseñarle a Bruno la escasa zona por la que nos permiten movernos mientras casi a cada paso vamos teniendo que enseñar nuestras identificaciones. Comemos algo más consistente en el pequeño comedor que tienen instalado. Con la comida pasa como con el sueño. Cuando estás fuera, puede que comas cada vez que tengas hambre o

puede que no consigas comer algo decente en varios días.

—Entonces, ¿a esto es a lo que os dedicáis cuando salís? —pregunta Bruno sorprendido —¿A esperar y revisarlo todo cien veces antes de llegar?

—Sí, más o menos —digo riendo ante su pregunta.

—¿Por qué tenemos que esperar tanto para volar? —pregunta Bruno impaciente por llegar —Estamos perdiendo el tiempo aquí.

—Volamos en vuelos nocturnos porque es más seguro —digo con una mueca y no puedo evitar reír ante su cara de sobresalto.

—¡Eres malvada! —dice para mi sorpresa, pero acaba riendo conmigo, supongo que por los nervios de su primera visita a Somalia.

Cuando llega la hora de marcharnos, todos subimos al avión y nos acomodamos como podemos para pasar la noche y descansar. A primera hora de la mañana me despierto cuando realizamos una escala técnica en Yibuti. Alguien me ha tapado con una manta. Miro a mi alrededor y a los únicos que veo despiertos son a Xavier y a Joseph susurrando a poca distancia. Veo a Bruno durmiendo cerca y me vuelvo a acurrucar en mi asiento mirando por la ventana hasta dormirme otra vez. Vuelvo a despertar cuando noto movimiento cerca y nos anuncian que aterrizaremos en breve. Me aseguro de tener todas mis cosas preparadas y vuelvo a mirar por la ventana cuando Bruno se acerca con el pelo revuelto y cara de sueño y me da los buenos días. Le señalo por la pequeña ventanilla el precioso color del mar que hay en esa zona, y como a lo lejos, ya se ven las bajas edificaciones de colores que componen parte de la ciudad hasta rodearla y dirigirnos hacia una zona árida. Nos sujetamos fuertemente cuando el avión comienza a dar bandazos cuando se va acercando a la pista donde vamos a aterrizar. Permanecemos sentados hasta que el equipo empieza a repartir chalecos antibalas.

—¿Vamos a necesitar esto? —pregunta Bruno sorprendido.

—Es por tu seguridad —dice Xavier dándole una pequeña palmada en el hombro.

Se acerca a mí que estoy ajustándome el chaleco y me ayuda con los cierres de los hombros para mi sorpresa.

—¿Has descansado? —pregunta amable.

—Sí, ¿y tú? —pregunto pasándome las manos por el torso asegurándome que está bien puesto.

—No mucho. Recuerda que, aunque no nos veáis, estaremos allí. Como irás cubierta con el pañuelo, vamos a ponerte un auricular. Así nos podrás escuchar y nosotros también a vosotros. Vais a llevar seguridad contratada para pasar desapercibidos hasta el campamento y una vez allí hablaréis con las personas para ver cómo va el proyecto. No les van a permitir hablar con agencias humanitarias para que no puedan pasar información, pero vamos a intentarlo ya que las sequías están destrozando a la población. No debes fiarte de nadie. En el campamento hay tropas de Uganda ayudando en la zona para que no se produzcan más atentados, ¿me entiendes? —pregunta mirándome fijamente.

—Xavi, lo sé. He hecho yo ese informe, no pasará nada. Yo voy con Bruno como ayudante. Observaré y solo recabaré información. Además, voy armada —digo enseñándole el arma que llevo sujeta a la espalda —Si sucede algo, sé que estaréis cerca.

—Siento lo de ayer —dice casi en un susurro.

—No pasa nada, ya hablaremos —digo con un fuerte suspiro.

—Vamos, allá. Mejor que salgamos ya. Todavía nos quedan dos horas de camino por carreteras sin asfaltar —anuncia Xavi.

Le paso a Bruno uno de los chalecos para que se nos diferencie como ayuda humanitaria. Creo que voy a pasar un calor horrible. Llevo puesto el chaleco antibalas, el pañuelo que me cubre parte del rostro y cuerpo, y sobre él el liviano chaleco de un fuerte color azul. Antes de salir bebo y me meto en la mochila varios botellines de agua que tenemos en el avión.

Bruno y yo nos subimos en los asientos traseros de uno de los todoterrenos asignados mientras nos escoltan varios coches con hombres armados en la parte posterior descubierta. Recorremos los caminos áridos de la zona dejando atrás pueblos que empiezan a despertar y donde la gente empieza a salir a la calle realizando sus actividades diarias. Es un paisaje bonito, diferente, pero fascinante hasta que te topas con la pobreza, la muerte

y la desesperanza de sus habitantes que luchan contra las sequías, la hambruna, la pobreza y últimamente con los grupos terroristas afincados en la zona. El viaje es largo pero tranquilo, y no encontramos ni somos parados por ningún grupo mientras hacemos camino hacia el campamento. Nos damos cuenta de que hemos llegado cuando por el camino vemos andar a algunas madres con sus hijos en brazos que se acercan a una vasta zona en la que la población ha ido asentándose con sus pequeñas tiendas destartaladas o zonas semi cubiertas donde resguardarse hasta la llegada de camiones con agua o ayuda humanitaria. Con nosotros llevamos alimentos, medicinas y algunas tiendas más fuertes y resistentes para intentar montar un pequeño campamento de ayuda en los pocos días que permaneceremos allí junto a un médico que nos acompaña.

Nos reciben con gran entusiasmo y las personas encargadas del campamento nos acompañan a una de las tiendas donde Bruno habla con el personal para realizar el proyecto de los pozos. Yo me muevo con el médico por el campamento mirando a un lado y a otro, observándolo todo. Voy ayudando en todo lo que puedo y en ocasiones durante el día voy a ver cómo va Bruno con su equipo. No hay nada que se salga de lo planeado, así que nos vamos relajando hasta que llega la noche. Pasaremos allí tres días y, tras comer la pequeña ración que nos corresponde y que compartimos con la gente del campamento, nos quedamos charlando junto a una hoguera improvisada. En varias ocasiones Xavier se ha comunicado conmigo a través del auricular y yo les he estado explicando todo lo que he ido viendo.

—Tienes un teléfono vía satélite en tu mochila —escucho a Xavier en un momento de introspección mientras los compañeros hablan.

—¿Cómo sabes en qué momento hablar? —susurro sorprendida porque haya elegido ese momento para hablarme.

—Tenéis un dron sobre vuestras cabezas —dice Xavier tranquilo.

—¿Puedo hacer una llamada? —pregunto más animada.

—Por eso te he avisado, pero recuerda que no debe sobrepasar los tres minutos —me recuerda serio.

—Voy a parar el auricular, ¿de acuerdo? —informo en un susurro levantándome y buscando mi mochila.

—No tienes por qué hacerlo —escucho a Joseph susurrar y reír junto al equipo.

Cojo el teléfono vía satélite y me aparto un poco del grupo hacia una zona más tranquila. Marco con ilusión el número y suspiro deseando que conteste.

—Horwood —oigo al otro lado de la línea.

—Navarro —digo sin poder evitar sonreír.

—¡Ehh! ¿Qué tal todo? ¿Cómo estás? —pregunta Aiden sorprendido.

—Bien, todo bien —digo con cara de boba —¿Qué tal todo por allí?

—Como siempre. Ayer eché de menos el beso de despedida por la mañana —susurra Aiden.

—No te diste cuenta, pero sí lo tuviste —digo dando una pequeña patada al suelo haciendo que el polvo se levante.

—¡Vaya! —exclama Aiden —Y yo me lo perdí durmiendo.

—¿Has visto que cielo tan maravilloso brilla hoy? —digo caminando lentamente bordeando la valla de seguridad del campamento.

—Espera —dice, y escucho como abre una puerta —Ya, ya puedo verlo. ¿Reconoces alguna estrella?

—No, creo que no —digo algo apenada.

—¿Ves la luna? —pregunta cariñoso.

—Sí, la luna sé cuál es —respondo con una pequeña carcajada —Aiden, hasta ahí llego.

—No es eso cariño —dice tranquilo —Si sigues con la mirada un poco hacia la derecha a tres grados al sur está Marte y si miras atentamente puede que este fin de semana puedas ver alguna lágrima del cometa Halley con simplemente mirar al cielo.

—Estamos mirando las mismas estrellas —digo ensimismada en un susurro mirando al cielo.

—Exactamente —oigo decir a Aiden en el momento que escucho voces al otro lado de la verja y me voy acercando despacio y en silencio.

—Tengo que dejarte —susurro con voz casi inaudible.

—Lleva cuidado, te quiero cariño —escucho despedirse a Aiden.

Conecto rápida el auricular y susurro.

—¿Chicos?

—¿Has sido rápida? —escucho a Joseph a través del auricular.

—¿Me tenéis en pantalla? —pregunto sin hacer caso.

—Sí —escucho a Xavier serio —¿Qué sucede?

—Hay una especie de reunión al otro lado de la valla. Estoy acercándome, pero no consigo ver nada —digo moviéndome lo más sigilosa que puedo.

—Espera, no te muevas. ¿Puedes escuchar algo? —pregunta Xavier y a continuación le da una orden a alguien —Ya los tenemos. Están a pocos metros de ti, no te acerques más.

—Puede que si me acerco más pueda identificar en qué idioma hablan —digo acercándome unos pasos más.

—Ame, no te acerques más. Ame, estás sola en mitad de la noche. Es una orden, no des un solo paso más —ordena Xavier con voz grave.

—Es una mezcla entre suajili y benaardi<sup>14</sup> —susurro mientras permanezco quieta junto a la valla —Alguien está hablando de la seguridad del campamento. Xavi, necesito acercarme más. Llevo mi arma, no me pasará nada. ¿Para qué narices está dando toda esa información? Dirígeme por imágenes.

—Ame, puedes dar como mucho diez pasos más y estarás frente a ellos. Solo te separará la valla —informa Xavier.

—Shh, ya lo oigo —susurro e intento escuchar.

La persona que habla está pasando todo tipo de información del personal internacional que hay en el campamento, la cantidad de ayuda humanitaria de medicamentos y bebida e incluso de la cantidad de niños en edad para entrar a combatir con las milicias. Agudizo más el oído y escucho el sonido de un mechero al encenderse. Hablan de un ataque en la frontera con Kenia y de la vuelta a casa de alguno de ellos. Respiro despacio intentando entender el máximo de sus palabras cuando dejo de escucharlos.

—Ame, sal de ahí cagando leches. Sal de ahí. Se está moviendo — escucho a Xavier a través del auricular. Miro a mi alrededor, no tengo donde esconderme y si me muevo me verá —Lo tienes a tres metros, va a pasar casi por encima de ti. Muévete, joder.

En esos momentos me tiro al suelo silenciosamente y sacando el arma contengo la respiración mientras me mantengo pegada a la vaya que se mueve. Un hombre con uniforme militar y con una AK 47 mueve la vaya a escasos dos metros de donde me encuentro y pasa mirando hacia fuera del campamento para ver si alguien lo sigue. No quito los ojos de su silueta. Apenas veo su rostro hasta que se lleva el cigarro a la boca y le da una profunda calada causando un pequeño destello. No respiro, no me muevo y rezo para que se marche rápido. No escucho nada en el auricular. Deben de haberlo silenciado para que no pueda escucharse ningún ruido. Poco a poco, da unos pasos y vuelvo a respirar despacio. Se está alejando de mí, pero todavía no me muevo.

—Amelia —vuelvo a escuchar en el auricular. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero para mí ha sido una eternidad —¿Ame? Joder, contéstame.

—Sí, estoy aquí —susurro intentando respirar pausadamente —Por pelos.

—No tienes a nadie cerca —dice Xavier con un fuerte suspiro —Puedes levantarte tranquila. Necesito que vayas a la entrada sur del campamento. Es la que más gente hay moviéndose y en esa zona no hay militares.

—Dame cinco minutos que dejen de temblarme las piernas —dijo entre susurros y risas.

Me doy unos segundos más en el suelo para tranquilizarme y me levanto sacudiéndome el polvo de la ropa. Levanto una mano al cielo a modo de



saludo y escucho risas del equipo a través del auricular. Más tranquila me mezclo con la gente del campamento con cuidado hasta llegar a la entrada sur, donde miro a un lado y a otro cuando siento que alguien me agarra por la cintura y disimuladamente me aparta a un lado casi en volandas.

—¿Estás bien? —dice Xavier con voz ronca.

—Sí, sí —digo a Xavier —¿Habéis podido ver quién era?

—Tenemos fotos, estamos pasándolas por el programa. No deberías haberte acercado tanto —dice serio.

—Es un hombre de Kattanga, Xavi. Van a atacar el campamento. Le ha pasado datos de todo lo que hay y supongo que querrán arrasarlo y secuestrar al personal internacional para sacar dinero y reclutar a los niños como soldados o atacantes suicidas. Ya no solo les sirven las extorsiones a la pobre comunidad hambrienta —digo acelerada —Pertenece a los militares que están para proteger el campamento.

—Está bien, tú ya no hagas nada. Nosotros nos encargamos de él —dice Xavier —Tú regresa con Bruno y el equipo.

Durante la noche, el equipo de Xavier secuestra al comandante del ejército que ha mantenido la reunión junto a la valla. Y en el interrogatorio que dura gran parte de la noche confirma todo lo que yo les he escuchado hablar. Van a hacer un atentado con coche bomba en una entrada del campamento, y con la confusión secuestrar al personal internacional y reclutar el mayor número posibles de niños para ser enviados a Yemen para sus actividades. Yo no me separo de Bruno en toda la mañana que me explica que al final del día habrá terminado con sus reuniones. Se le ve tranquilo, trabajando y esperanzado por hacer algo grande para ayudar a la comunidad y que puedan disponer de más agua de la que tienen en estos momentos. Me pregunta si sé algo de Xavier y el equipo y le paso mi auricular que él ni siquiera se ha dado cuenta de que llevo en la oreja. No puedo evitar reír ante su sorpresa. El campamento está con gran movimiento cuando Xavier me avisa de que han localizado a la pequeña furgoneta que se dirige hacia el campamento a gran velocidad. Observo a un lado y a otro cuando escuchamos una terrible explosión a lo lejos y una columna de fuego y humo en mitad de la carretera. Agarro de la mano a Bruno y lo aparto de la multitud

que corre hacia la zona para mirar lo sucedido y luego ponerse a salvo. Se oyen disparos a lo lejos y varias explosiones más. Vemos varios helicópteros que sobrevuelan el campamento y que se dirigen hacia la zona en la que se ha producido la primera explosión. Todo dura menos de treinta minutos y mientras esperamos a que pase todo el revuelo, no me separo de Bruno.

—Tú sabes lo que está sucediendo, ¿verdad? —me pregunta serio. No le contesto, pero por mi cara creo que se da cuenta de que estoy al corriente de todo lo que está sucediendo a más o menos cinco kilómetros del campamento y añade —¿Esto es realmente lo que hacéis?

—Trabajamos en seguridad y eso hacemos —digo con una sonrisa tranquilizadora.

Despegamos de Somalia en un vuelo regular a la mañana siguiente camino a Turquía, de vuelta. Nuestra estancia en Somalia ha sido más corta de lo que pensábamos, aunque la misión a la que hemos venido está más que concluida. Xavier y su equipo no regresan con nosotros y permanecen en el país unos días más.

## CAPÍTULO 15



Son casi las once de la noche cuando nuestro vuelo aterriza en Ámsterdam. En nuestra escala en Turquía he podido hablar con Aiden. Tiene voz cansada, así que no le pido que vaya a recogerme al aeropuerto. Le cuento que nos mandan un taxi del trabajo y que nos llevará a Bruno y a mí a La Haya. El cambio de temperatura en esta época del año no es tan notable como en invierno, pero ambos sacamos nuestras chaquetas que llevamos guardadas en las mochilas. El aeropuerto de Ámsterdam es uno de los más transitados que conozco y a pesar de ser tarde hay muchos vuelos que llegan a esas horas. Salimos los dos por la puerta de llegadas algo cansados por las horas de avión y cargados con nuestras mochilas caminando entre toda la gente que iba en el vuelo cuando de repente Bruno me dice que mire al frente. Entonces veo a Aiden a través del cristal que separa la recogida de maletas de la salida. Allí está él esperando con las manos en los vaqueros con su elegante pose. Aceleramos el paso y cuando pasamos el tumulto de gente que se agolpa a la salida, no puedo evitar soltar la mochila y corriendo en dos zancadas lanzarme a sus brazos que me cogen en el aire.

—¡Has venido! —exclamo dándole besos.

—Por supuesto que he venido. No podía esperar a verte —dice abrazándome. Me doy cuenta de que Bruno espera unos pasos más atrás con mi mochila.

—Ferri —dice Aiden alargando su mano para estrechársela.

—Horwood —contesta Bruno formal.

—Espero que no llevaras en la mochila nada que se pueda romper —dice riendo Aiden cargando con ella —Ferri, ¿le acercamos a casa?

—No, no es necesario. Tengo ya transporte —indica Bruno señalando al conductor que habitualmente nos envía la organización al aeropuerto.

—Bruno, gracias por acompañarme de vuelta —digo despidiéndome de él y volviendo a abrazar a Aiden.

—Gracias por cuidar de ella, Ferri —dice Aiden formal.

—Más bien debería yo darle las gracias a ella por cuidarme a mí. Créame que sabe cuidarse solita —dice riendo y levantando la mano en señal de despedida.

Aiden carga con mi mochila y nos dirigimos al aparcamiento donde ha estacionado su coche. Durante el camino voy contándole el vuelo que hemos tenido. Mientras, él atiende a la carretera y a cada una de mis explicaciones. No he comido nada desde el almuerzo y cuando vemos un establecimiento de comida rápida para llevar, entramos y a través del autoservicio compramos la cena. Yo, mientras vamos hablando cómodamente sentada en el asiento del acompañante, voy comiendo patatas fritas. No hay tráfico a esas horas así que en menos de media hora estamos bajando del coche y entrando a su casa. Mañana por la mañana no tengo que acudir al trabajo, así que puedo ir a casa a por ropa tranquilamente. Deja la mochila al lado de las escaleras y me acompaña a la cocina a terminar de cenar más tranquilamente.

—¡Ohh! Se me olvidaba —digo cuando veo la nota que le deje semi caída en la nevera. Voy hasta la mochila y rebusco entre mis cosas —Te he traído un recuerdo y algo muy útil. ¡Ta chan!

Aiden coge el paquetito con delicadeza y lo abre sin apenas romper el papel de periódico en el que está envuelto.

—No tenías por qué —dice ilusionado.

—¡Oh! Créeme que sí —digo ilusionada —Espero que te guste.

Aiden saca con cuidado un imán para la nevera de un motocarro colorido y con la bandera de Somalia en uno de los laterales.

—Muchas gracias —dice Aiden acercando sus labios a los míos tras mirarlo detenidamente.

—De nada —contesto con una amplia sonrisa y le explico —Son muy característicos de la zona de Mogadiscio y si en otra ocasión estoy aquí y tengo que dejarte una nota, no tardaré tanto como la otra mañana en la que se

me cayó en tres ocasiones.

—Pues espero que sean pocas las notas que me tengas que dejar, pero estoy seguro que quedará muy bonito en la nevera —dice volviéndome a besar tras colocarlo.

—Además, es artesanía local —digo con determinación.

—Yo también tengo algo para ti —dice Aiden levantándose de su taburete y buscando en un cajón de la cocina. Lo pone frente a mí sobre la barra y espera impaciente mi contestación algo tenso.

—¿Estás seguro? —digo vacilante.

—Totalmente seguro —dice esperando mi reacción.

—¡Gracias! —exclamo cogiendo el llavero de estrellas con las llaves de su casa y exclamo entusiasmada —¡Me encanta!

—Pero..., es el que tenías —me informa Aiden al ver mi emoción.

—Ya, pero me encanta —digo guardándolas en uno de los bolsillos laterales de la mochila —Esto significa que poco a poco todo está volviendo a la normalidad.

Cuando terminamos de cenar y de hablar, me doy una ducha rápida y me quito toda la tierra acumulada del viaje. Me cubro el cuerpo con una toalla limpia que Aiden ha dejado preparada y me seco el pelo con brío antes de salir al dormitorio. Tengo una camiseta gris clara de manga corta que es mi favorita para dormir, sobre la cama. Paso suavemente los dedos por ella cuando Aiden entra a la habitación y me mira con una sonrisa granuja. Se acerca a mí y me abraza por la espalda envolviendo mi cuerpo entre sus brazos. No hay un lugar en el mundo donde me podría sentir más feliz y segura en estos momentos. Me abrazo a sus manos que rodean mi cintura y Aiden pasa suavemente su nariz por mi cuello. Vuelve a bajar dándome cálidos y sensuales besos que me hacen estremecer.

—Te he echado de menos —susurra junto a mi oreja antes de besarme y hacer que todo mi cuerpo tiemble.

—Aiden —susurro sin querer —Yo mañana no madrugo, pero tú tienes

que ir a trabajar.

—Entonces..., no debemos entretenernos. Dejémonos de rodeos —dice descarado haciéndome reír agarrando la toalla y tirando del pico dejándola caer al suelo mientras acaricia mi cuerpo.

Me giro entre sus brazos y busco su boca. Antes de que pueda reaccionar me tira sobre la cama. Se tumba encima entrando nuestros cuerpos en contacto sin dejar caer todo su peso sobre mi cuerpo. Arqueo las caderas. Necesito sentir esa conexión especial que siento cuando estoy con él, ese vínculo de nuestras almas y volver a perder el control con nuestros besos, abrazos y movimientos. Cada roce de su piel es una caricia para el corazón. Poco a poco nuestras respiraciones se acompañan dentro del caos de nuestros movimientos, mientras sucumbimos a la excitación de nuestro anhelo por volver a estar juntos. Consumidos por la pasión me abrazo a su espalda con fuerza, estremeciéndonos al unísono tras una lucha infatigable de movimientos, arrumacos y devoción del uno al otro. Agotados y con el corazón desbocado, Aiden se tumba en la cama apartando parte de su cuerpo para no dejar caer todo el peso sobre el mío. Apoya tranquilo su cabeza sobre mi pecho. Le acaricio suavemente el pelo alborotado mientras en silencio volvemos a recuperar el ritmo de nuestros corazones. Voy moviendo mis dedos con suavidad por su espalda con una sonrisa cuando escucho un leve gruñido que sale desde lo más hondo de su pecho. Sin poder evitarlo caemos los dos en un agradable sopor hasta dormirnos por completo.

Duermo tan plácidamente que no oigo levantarse a Aiden y cuando abro los ojos por primera vez, tras desperezarme cómodamente entre las sabanas, me doy cuenta de que estoy sola. No puedo evitar suspirar al recordar los abrazos y los besos de la noche anterior. Miro el reloj y son casi las diez de la mañana. Me recojo el pelo en un moño y con la camiseta de Aiden puesta, bajo las escaleras tranquilamente a la cocina. Todo está en silencio y cuando voy a abrir la nevera decidida veo una nota sujeta por el nuevo imán de Aiden.

*«Buenos días cariño. Espero que hayas descansado. Estabas tan relajada durmiendo que no te he querido despertar. Recuerda que tienes la alarma de la casa puesta. Te beso luego»*

No puedo más que sonreír al ver su letra en la nota. Así que voy a la

mochila y saco mi teléfono móvil para contestarle.

«*Vaya, yo quería mis besos ahora*» escribo y envío a Aiden.

«*Sí los quieres ahora, tendrás que venir a buscarlos, estoy en mitad de una reunión y no me puedo ausentar, aunque me gustaría ;)*» recibo a los pocos minutos mientras pongo la cafetera en marcha.

Miro los mensajes y los correos electrónicos mientras me tomo el café sentada cómodamente en uno de los taburetes de la barra de la cocina. Entonces decido conectar los auriculares y llamar a Rachel. Tengo varias llamadas tuyas.

—Malvada —dice Rachel en un grito al otro lado de la línea.

—Bruja —contesto riendo.

—Ya me he enterado de que has estado por trabajo fuera, así que no me enojaré mucho por no haberme contado lo que sucedió en el comedor del trabajo el otro día —dice orgullosa.

—Rachel, no he tenido tiempo para nada, créeme —digo a modo de disculpa.

—A mí no me engañas, seguro que para revolcarte con Horwood sí que has tenido tiempo a tu vuelta —dice bribona.

—A la vuelta y a la ida —contesto irónicamente.

—¡Oh! ¡Ohh! Lo que me acaba de decir..., eso es un golpe muy bajo, malvada. ¿No te das cuenta de que no podré ver a James hasta final de mes? —dice poniendo voz de pena y estoy segura que lo acompaña con un puchero infantil.

—Pues a mí no me metas mano —digo riendo y le pregunto — ¿Almorzamos juntas? Estoy en casa de Aiden y por el campo de golf llevo enseguida.

—Vale, te dejo un pase en recepción —dice tranquila y añade orgullosa —Tengo que dejarte, me reclaman.

Bostezo y estiro los brazos sobre la cabeza. Hay mucha tranquilidad en

esta parte de la ciudad y lo poco que se escucha son los pájaros que cantan en el jardín. Llamo a Daina y después de que me explique que no hay nada super urgente, le digo que, tras el almuerzo, acudiré a la oficina. Paso una hora contestando mensajes, principalmente de trabajo y decido ir a casa a cambiarme y a por mí bicicleta. Así que cargo mi mochila al hombro y salgo de casa de Aiden en dirección a la parada de autobús. Tengo que andar unos novecientos metros para llegar a la parada más cercana de autobús. No hay muchas líneas que pasen por esa zona y no está muy bien comunicada, aunque caminando por la acera dudo que los habitantes de esas impresionantes casas tengan necesidad de utilizar los medios de transporte públicos.

Recojo el correo y subo a casa dejando la mochila en la cocina. Entro a la ducha y me arreglo de manera informal para acudir al almuerzo con Rachel, así que meto todo lo necesario en un bolso cruzado y me monto en la bicicleta en dirección al trabajo de Rachel. Como me ha indicado, ha dejado un pase en la entrada, así que me dirijo hacia la recepción. Rachel viene hacia mí elegantemente vestida decidida, y con una sonrisa instalada en su rostro.

—Gracias por almorzar conmigo, hoy llevo un día de locos y necesito emoción de las buenas —dice enlazando su brazo en el mío.

—Para empezar, dime cómo te has enterado —digo irónica.

—Querida, yo nunca delataré a mis fuentes —dice Rachel solemne.

—Querida, creo que ves demasiadas películas de espías —respondo riendo.

El comedor está muy concurrido a esa hora y Rachel va saludando a unos y a otros mientras permanecemos en la cola para pedir nuestro almuerzo. El jefe de recursos humanos se acerca a nosotras y nos saluda cordialmente. Entre él y Rachel bromean acerca de la necesidad de ofrecerme en un buen puesto para que finalmente decida marcharme a trabajar con ellos. Nos sentamos en uno de los laterales de la terraza y empiezo contándole todo lo sucedido.

—Nunca aguanté a “sin bragas” —dice llevándose a los labios su vaso de agua y pregunta tras beber —¿Hay alguien en la organización que la soporte?



—Yo no. Si ya no la soportaba antes, ahora con Aiden por medio, no puedo con ella —digo seria.

—Entonces, bien por Horwood —dice con orgullo y me pregunta — ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no quiero que se esté chismorreando, no me gusta ser el centro de atención, no me gusta que la gente se meta en mi vida —casi susurro angustiada —¿Y si la gente cuenta algo que no debe?

—Nadie tiene que chismorrear. Además, es algo natural. No sois los únicos. En contabilidad, Peter siempre que se tropezaba con Alice en el comedor le daba un beso. Es un gesto tierno de cariño y natural. Otra cosa es que te meta la lengua hasta la campanilla mientras te mete la mano bajo la falda —dice riendo cuando ve mi cara de horror ante su comentario —La gente, con el tiempo y el estrés del trabajo, empezará a comentar otras cosas. No le des más vueltas y disfruta el momento que estás viviendo que ya toca, pero también te digo que deberías hablar con él de lo que te preocupa.

Continuamos hablando hasta que, pasados veinte minutos, Rachel tiene que volver al trabajo y yo decido irme directamente a la oficina a intentar organizar el trabajo pendiente para la semana, aunque no tenga la obligación de acudir hoy. Llego al trabajo y nada más cruzar las puertas de la recepción, ya noto un cambio enorme respecto a la organización de Rachel. Aquí todo el mundo va siempre acelerado y cargado con expedientes o formularios para firmar. Allí la gente camina tranquila por los pasillos y el comedor. Subo directamente a mi planta y me dirijo a mi despacho, donde me encuentro a Daina, sentada con la mesa llena de expedientes y hablando por teléfono a través de los auriculares inalámbricos que me solicitó a principios de año para facilitarle su trabajo. Se la ve feliz dirigiendo todo su espacio y debo reconocer que es la mejor en su trabajo. Varios compañeros me han amenazado con llevársela a sus departamentos, pero ella no quiere moverse de mi departamento, para mi tranquilidad.

—Buenas tardes Amelia —me saluda tapándose el micrófono hasta que algo la perturba, mira su agenda y continua con la conversación mientras yo me dirijo al despacho —Enseguida... No, he dicho que no. Necesito que cumpláis con las fechas. No pienso ceder en eso...

Durante parte de la tarde empiezo a trabajar en el informe que tendré que entregar a Xavier a su regreso , mientras Daina entra y sale cargada de expedientes y anuncios de reuniones. Hoy parece que sea ella la que lleve más trabajo de las dos, así que cuando acudo a la salita de descanso, preparo mi café y uno como sé que a ella le gusta, dejándoselo sobre la mesa a la vuelta, mientras sigue discutiendo al teléfono con alguien. A los pocos minutos toca a mi puerta con el café en la mano y se sienta en uno de los sillones frente a mí con cara de agotada.

—Ame, ¿no sé cómo soportas estos días? —dice con cara de cansada.

—Tú me ayudas mucho a poder soportarlo —reconozco sincera con un suspiro —Venga, se supone que hoy no estoy trabajando así que dime cómo te puedo ayudar.

—Tengo que ir a escanear y es de lo más aburrido. ¿Cuándo vas a solicitar una impresora para esta zona? —pregunta riendo.

—Pues, siento comunicártelo, pero no entra en el presupuesto —digo levantándome divertida y la animo —Venga, yo te ayudo, enséñame.

Daina me lleva a su mesa y me pide que extienda los brazos juntos hacia delante y empieza a seleccionar.

—Este sí..., sí..., no, no, no..., estos tres sí —dice concentrada seleccionando expedientes.

Después de perder la cuenta con la cantidad de expedientes que me da, nos dirigimos hacia la impresora por el pasillo charlando resueltas, cuando Daina se para en seco, me da un leve codazo y giro la mirada hacia donde ella mira. Es Jenni con una caja grande de cartón y lo que se supone que son sus cosas. Va con andares altivos y nos mira con asco. Nos hacemos a un lado para dejarla pasar en silencio.

—Espera a que Horwood se entere de todos tus sucios secretos. Me dais asco —increpa siseando a nuestro lado.

Daina y yo la vemos pasar a paso ligero. No contestamos ni una sola palabra y no damos crédito a lo que acaba de decir. Cuando pasa la seguridad, nos miramos sorprendidas.

—No le hagas caso, es una loca despechada —sentencia, empezando a andar.

Levanto la mirada y allí está Aiden que camina hacia donde estamos nosotras.

—¿Qué haces aquí? —dice tranquilo con las manos en los bolsillos — Pensé que ibas a descansar y tomarte el día libre.

—Tenía que mandar un informe —aclaro seria.

—Te veo luego que ahora tengo que ir a la octava planta —dice despidiéndose.

Paso el resto de la jornada ayudando a Daina, y la verdad es que cuando es la hora de marcharse lo hace más animada gracias a todo el trabajo adelantado. Le mando un mensaje a Aiden diciéndole que he venido en bicicleta y que me marcho a casa. No contesta, así que supongo que estará reunido y eso me da que pensar. Cuando Aiden me llama más tarde estoy enfrascada en lavadoras y le digo que no se preocupe, que nos vemos al día siguiente. Esa noche, algo se vuelve a remover en mi interior y tengo una pesadilla horrible. No recuerdo que he soñado, pero me despierto sobresaltada y con el corazón desbocado. Al día siguiente Aiden se marcha a una reunión a Bruselas así que no coincidimos. Yo paso unas noches con el sueño bastante alterado. El viernes por la tarde, de regreso, Aiden me llama cuando todavía estoy en la oficina.

—Cariño, ¿paso a recogerte y vamos a cenar? —pregunta animado.

—Estoy algo cansada, ¿podemos cenar en casa? —digo con poco ánimo.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta Aiden preocupado —Llegaré en dos horas. Paso a por ti, vamos a por la cena y comemos en casa.

—¿En mi casa? —pregunto más seria de lo normal.

—O en la mía —dice Aiden resuelto.

—Bueno, entonces cojo ropa y voy a tu casa con la bicicleta. Compra comida y ve directamente —digo suspirando.

Colgamos y apago el ordenador. La falta de sueño me tiene agotada.

Escribo en el grupo que estoy cansada y que hoy no salgo. Ya los veré a todos en otro momento. Me subo en la bicicleta y voy a casa a preparar una pequeña bolsa con ropa para pasar el fin de semana. Entonces empieza a sonar mi móvil.

—Hola —digo en un susurro.

—Hola, cielo. ¿Qué te sucede? —pregunta Xavier afable.

—¿Has leído mi mensaje? —pregunto angustiada.

—Sí, discúlpame, estaba durmiendo. Nadie ha accedido a ese expediente por ahora. No le des más vueltas, pero sabes que en cualquier momento podrá verlo. Deberías hablar con él, Ame —dice Xavier atento.

—¿Y si no estoy preparada? —pregunto con lágrimas en los ojos.

—Eres más fuerte de lo que crees, Ame. Podrás hacerlo —dice tranquilizador —Llámame si lo necesitas.

Me quedo con el teléfono móvil pegado a la oreja a pesar de que Xavier ya ha colgado. Desde que Jenni me dijo aquello en el pasillo, he tenido malos sueños y temía que con el nuevo nivel de seguridad ella hubiera podido acceder a expedientes clasificados. Me siento acorralada y ya no sé cómo afrontar el tema. Cierro la puerta principal y tras colocar la bolsa en la cesta inicio la marcha hacia casa de Aiden. Voy bastante despacio, como si me costara llegar y mi mente no deja de darle vueltas a todo el asunto. Cuando llego a casa de Aiden, entro y ni me molesto en subir la bolsa a la habitación, así que la dejo en la entrada. Me dirijo a la cocina y me sirvo un vaso de agua mientras intento poner orden en mi mente sentada en uno de los taburetes. Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que no oigo a Aiden llegar hasta que no está casi en mi espalda.

—Cariño, ¿estás bien? ¿qué haces con todo a oscuras? —pregunta acercándose cargado con las cosas de trabajo y dos bolsas de comida para llevar para la cena.

—¡Oh! Sí, disculpa. Estaba distraída, no he dormido muy bien esta semana —digo besando sus labios que acerca a los míos.

—Eso es porque no lo has hecho conmigo —dice socarrón guiñándome

un ojo —¿Tienes hambre? Te he traído tu comida favorita.

—Gracias —digo forzando una sonrisa.

Se le ve feliz y ahora volvemos a estar bien. No me gustaría que nada se interpusiera entre los dos en estos momentos. Temo perderlo de nuevo y ya no sé qué hacer. Estoy nerviosa y creo que de un momento a otro la cabeza me va a estallar.

Aiden deja las cosas del trabajo a un lado y mientras me cuenta lo que puede de sus reuniones en Bruselas, va sirviendo la comida en platos y se sirve una copa de vino mientras yo lo observo callada sentada en el taburete. Me obligo a cenar algo de lo que ha traído e intento conversar con él sobre lo que va comentando, aunque sé no lo estoy logrando. Finalmente, Aiden aparta su plato y se gira hacia mí, sentado en su taburete estirando sus piernas hacia el mío.

—Cariño, estás muy callada... —dice alargando un brazo, agarrando el tenedor que sostengo en la mano y dejándolo sobre el plato —No has comido casi nada y sé que adoras ese restaurante. Dime qué sucede.

—No me sucede nada —digo volviendo a forzar una sonrisa de la que él se da cuenta enseguida de que es falsa. Ladea la cabeza dando un fuerte suspiro observándome.

—Dime que no quieres hablar, pero no me mientas —dice resignado.

—Está bien. Está bien —respondo nerviosa frotándome las manos. Cojo aire en varias ocasiones y lo suelto sonoramente —Un momento —le pido bajando del taburete librándome de sus manos y cogiendo de mi bolsa las llaves de su casa. Las deposito sobre la barra junto a su plato vacío, mientras él mira extrañado sin saber qué sucede —Por favor, no me interrumpas.

—Cariño... —Empieza a decir, pero levanto un poco la mano derecha pidiéndole que me escuche mientras yo doy unos pasos atrás y permanezco de pie.

—Necesito contarte algo, necesito contarte algo, pero no sé si podré hacerlo —digo ya con lágrimas en los ojos y cuando veo que, angustiado por cómo me encuentro, intenta acercarse de nuevo a mí, doy un paso más atrás

—No, por favor. No lo hagas. Si te acercas a mí sé que no podré hacerlo. Sabes que hace un tiempo estuve de baja tras una misión en el que murieron dos de nuestros compañeros. Sabes que esa misión no salió exactamente cómo se planeó y que está clasificada. Sé que, en estos momentos, puedes ver parte de ese expediente, pero necesito explicártelo yo y no sé cómo hacerlo porque se me parte el alma —explico ya con las lágrimas corriendo libremente por mi rostro. Veo a Aiden luchando por no levantarse y venir hacia mí mientras me muevo de un lado a otro. Me intento secar las lágrimas con el dorso de la mano, pero es inútil. Siguen cayendo una tras otra, así que intento respirar profundamente —Antes existían equipos de intervención más pequeños. Desde ese día son mucho más numerosos. Estábamos en una misión que se supone que iba a ser sencilla y que volveríamos enseguida a casa. Teníamos activos en la zona y se preparó todo para ir y volver con la mayor celeridad. Todo iba bien hasta la última noche cuando nos confiamos, nos descuidamos y no cubrimos el rostro. Por eso ahora creo que estoy tan obsesionada siempre con cubrirme. Alguien nos vio y nos siguieron. Descubrieron dónde nos alojábamos y fueron a por nosotros. Primero cogieron a los dos compañeros. Xavier y yo esa noche dormíamos en la misma habitación, por eso, cuando escuchamos ruido nos vestimos corriendo e intentamos descubrir qué pasaba, pero ya no teníamos ninguna escapatoria. Xavier intentaba que yo me descolgara por una diminuta ventana del baño y los dejara a ellos atrás, ya que él no cabía por ella. Mientras, empezaron a mutilar a nuestros compañeros para que nos delataran, en una habitación casi contigua. Entre los gritos y el ruido de las cosas caer, escuchábamos los desgarradores gritos de los compañeros. Intenté bloquear esos gritos en mi cabeza, pero no pude. Xavier me obligó finalmente a salir por la ventana. Yo no quería marcharme dejándolos allí y estaba muerta de miedo, casi paralizada. Sabían que éramos personal internacional y eso les reportaría mucho dinero, así que por todos los medios intentaron que los compañeros hablaran para localizarnos. Me quedé paralizada cuando escuché disparos procedentes de la habitación de la que yo acababa de salir, pero me escondí agazapada entre dos coches. Vi como sacaban a los compañeros vivos, pero mutilados, del edificio. Sangraban por las amputaciones que habían sufrido, incluso de un pie, y, aun así, los llevaban arrastrando hacia un coche destartalado que tenían aparcado en la calle. Intenté mirar a ver si sacaban a Xavier, pero no estaba entre ellos. Se me vino el mundo encima cuando recordé los disparos a mi espalda a los pocos minutos de salir yo por la

ventana. En la calle nos llamaban a los que según ellos habían escapado, mientras seguían mutilando a los compañeros para que me entregara. Seguí el protocolo, sabía que si daban conmigo harían lo mismo sin detenerse por nada. Me deslicé por debajo del coche y perdí el pañuelo para cubrirme hasta que los coches, finalmente, se marcharon disparando al aire sin cesar.

Me llevo la mano al pecho, mientras respiro con gran dificultad mientras continúo allí de pie llorando.

—Cariño, no quieres que me acerque. No lo haré, pero mírame y respira. Intenta respirar más despacio, estás hiperventilando. Respira conmigo, no voy a acercarme —repite cuando vuelvo a dar un paso atrás —Tú no tienes la culpa de lo que sucedió ese día. Seguiste el protocolo por lo que me estás contando.

—No lo entiendes, yo no hice caso al protocolo. Cuando creí que se habían marchado corrí hacia la habitación que habíamos compartido Xavier y yo con el corazón roto sin poder contener el llanto. No hice caso de las normas, no hice lo que se supone que debía hacer y volví a subir. Había sangre por todas partes. Era como una matanza y yo corría por todas partes buscando a Xavier. No vi que todavía estaban allí y me topé con ellos de frente. Cuando quise darme cuenta, me tenían sujeta entre dos hombres, uno de ellos mascaba una especie de tabaco y, después de pasar su asquerosa mano manchada de sangre por mi cara, me dio un puñetazo en la boca —Continúo explicando volviendo a perder el control del llanto —Supongo que perdí el conocimiento unos momentos ya que cuando volví a abrir los ojos estaba apoyada contra una mesita llena de sangre sujeta por uno de ellos. Se estaba bajando los pantalones con una mano, mientras con la otra, tiraba de mi ropa rasgándola mientras yo me retorcí bajo su cuerpo clavándome un inmenso reloj de oro que llevaba en una de sus muñecas. Recuerdo su aliento, mis gritos, la sangre que me hacía resbalar de la mesa mientras no dejaba de golpearme. Los otros dos reían y uno de ellos se masturbaba mientras miraba. De repente escuché dos disparos y sus risas cesaron. Me giré y pude ver a Xavier entre la sangre que manaba por mi cara por los golpes recibidos y por las lágrimas que no podía contener. Esperaba que me quitara al que tenía sobre mí, pero no lo hizo, y cuando volví a girar el rostro, estaba de rodillas en el suelo y Kattanga le apuntaba con un arma en la cabeza. Este pidió que nos llevaran a un campamento que tenían, exigió que no me “estrenaran” y

para eso se acercó a mí, y me marco con un sucio cuchillo —digo temblando señalándome sobre la ropa la cicatriz de mi bajo vientre —Eso significaba que primero me violaría él y luego podrían hacerlo el resto del campamento. Me tiré al suelo y me arrastraron del pelo. Xavier me hablaba, hablaba en castellano para que no supieran qué decía e intentaba calmarme a la vez que a él lo golpeaban para que callara —Me detengo unos segundos intentando respirar mientras Aiden me escucha horrorizado. No le permito que se acerque. Necesito terminar de una maldita vez antes de que lo lea en el expediente —Cuando llegamos al campamento, tenían a nuestros compañeros colgados de una rama de un enorme árbol. Seguían vivos, pero supongo que no por mucho tiempo. Jugaban con ellos como si fueran una piñata golpeándolos con machetes que cortaban sus cuerpos. Abrieron una puerta que chirriaba y me tiraron a una habitación oscura y con olor a carne podrida. Mientras se ensañaban golpeando a Xavier a quien colgaron de una viga con cadenas, yo permanecía en el suelo, semi inconsciente con los ojos cerrados. Ya no me hacían caso, así que decidieron torturar a Xavier mientras yo me desangraba semi desnuda en el suelo. Yo sabía que iban a matarnos, aunque tardarían más conmigo mientras machacaban mi cuerpo. Había llegado la noche y nosotros todavía permanecíamos en la nauseabunda habitación. Xavier en todo momento me hablaba en susurros para que no le oyeran e intentaba convencerme que no me pasaría nada. En mitad de la noche, cuando todo estaba en calma escuché la puerta abrirse despacio y una sombra se movió hacia donde yo estaba tirada. Ya no puse resistencia y me levanto del suelo de un tirón apoyándome contra una pared manoseando mi cuerpo tullido por los golpes. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente se había roto y ya no sentía nada —Apenas puedo continuar por el llanto —De repente sentí un zarandeo y caí al suelo. Xavier, con las piernas, sujetaba al asaltante por el cuello intentando enredarlo y asfixiarlo mientras colgaba de las cadenas. Me hablaba, pero no podía escucharlo, hasta que miré el suelo y vi el reflejo de un machete. Ya no me temblaban las manos, ya no escuchaba nada cuando lo cogí del sucio suelo. Xavier lo había soltado y se agarraba el cuello con ambas manos casi sin poder respirar. Me acerque a él y levantando el machete con ambas manos lo deje caer con toda la fuerza que pude encontrar, contra su cráneo. Cayó al suelo sin vida, mientras Xavier me susurraba que no hiciera ruido y le quitara las llaves. No recuerdo mucho más a partir de ahí. Sé que cogí las llaves y se las di a Xavier quien se quitó las cadenas. Xavier me sacó por una pequeña portezuela asegurándose de que no nos veía



nadie agarrándome con fuerza y obligándome a andar. Luego supe que estuvimos dos días perdidos andando hasta llegar a la frontera con Kenia y una vez allí, él consiguió contactar para que fueran a recogernos. No recuerdo la vuelta, solo recuerdo que desperté en un hospital y mi mente no me dejaba hablar y mi cuerpo no me respondía. Pero todos y cada uno de los días vi a Xavier a mi lado de la cama sujetándome la mano y susurrando que continuara luchando. Él hizo que yo siguiera respirando, que yo continuara viviendo, me sacó de ese pozo terrible del que jamás pensé que lograría salir y nunca se dio por vencido.

No puedo seguir hablando y todo mi cuerpo tiembla como una hoja mientras no paro de llorar. Nunca pensé que podría volver a contarlo de nuevo después de la investigación que hubo, pero lo he hecho y me cuesta respirar. Permanezco en silencio y Aiden baja de su taburete y, aunque yo empiece a apartarme y decirle que no se acerque, me coge de las muñecas obligándome a que le deje acercarse a mí, y con fuerza atrapa mi cuerpo y mi alma entre sus brazos. Intento luchar contra ello, pero finalmente me derrumbo y me quedo quieta llorando mientras él intenta calmar mi dolor con susurros casi apenas audibles mereciéndome en sus brazos para que me calme.

—Siento que pasaras por todo eso —susurra Aiden abatido —Ahora estás aquí y estás a salvo. Tranquila, cariño, tranquila.

—Por favor, no me sueltes —le pido en un terrible sollozo que me parte el alma.

—No voy a soltarte, Amelia. No lo haría nunca —dice Aiden abrazándome fuerte contra su pecho.

## CAPÍTULO 16



Pequeños rayos de sol entran por la ventana cuando abro los ojos doloridos y recuerdo con tristeza todo lo sucedido la noche anterior. La verdad es que no sé cómo finalmente pude hacerlo, pero lo hice. Recuerdo que el corazón se me iba rompiendo de nuevo poco a poco con cada palabra que salía de mi boca, pero conseguí llegar hasta el final. Me muevo en la cama. Aiden no me ha despertado. Después de mi relato no hablamos mucho. Tampoco lo necesitaba, él estaba allí sujetando mi alma, mi corazón y mi cuerpo, estrechándome entre sus brazos con el cariño más intenso que jamás haya sentido. Tengo un terrible dolor de cabeza y los ojos me arden, debe ser tarde y Aiden estará a punto de regresar de su carrera matutina. Doy un fuerte suspiro mientras me muevo entre las sábanas.

—Hola —susurro tímida.

—Buenos días, cariño —me contesta Aiden con una sutil sonrisa. Allí está tumbado al otro lado de la cama, observándome con devoción.

—¿Qué haces en la cama tan tarde? —pregunto llevándome un puño a los ojos y tapándome la cara.

—No quería que te despertaras y no me encontraras a tu lado —dice casi en un susurro apartándome un mechón de la cara —¿Cómo te encuentras?

—Cansada —digo sincera —Gracias por escucharme.

—De nada. Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso —dice con el rostro serio y los ojos cargados de dolor.

—Necesitaba que lo supieras por mí para que no me juzgaras —susurro con los ojos anegados en lágrimas de nuevo.

—Yo no te podría juzgar nunca por lo que pasó —contesta pasándome el

pulgar por la mejilla acariciándomela.

—Necesitaba que lo entendieras antes de que lo leyeras —confieso avergonzada.

—Leerlo, ¿dónde? —pregunta extrañado.

—En mi expediente —susurro retorciendo las sábanas entre mis dedos, nerviosa.

—A estas alturas, nunca lo leería sin hablar contigo antes. Puede que al principio tuviera curiosidad ya que está súper clasificado, pero lo que quiero saber de ti, no está en ese expediente. Lo que yo quiero saber de ti ya me lo has mostrado y me quedo con eso —susurra Aiden cogiendo mis manos nerviosas.

—Jenni dijo algo antes de marcharte. Dijo que cuando te enteraras de mis sucios secretos me dejarías y yo..., yo sabía que estaban cambiando tu nivel de seguridad —confieso sincera.

—Eso no es un sucio secreto, eso es trabajo y no habría secreto que a estas alturas me hiciera apartarme de ti —dice acercándose a mis labios y besándolos suavemente —Además, dudo mucho que Jennifer supiera abrir uno de esos expedientes. Además, cambiándola de departamento es como vimos que era la mejor manera de que terminara con todo este lío. Pensamos que era la mejor forma para quitarla de la planta ya que no podía exponerte con la grabación que le hiciste hablando por teléfono y delante de nosotros no decía nada. Schmidt tenía el nivel de seguridad y era lógico que a mí me lo dieran. Ella no podía acceder a tu expediente así que no podría trabajar en mi despacho. Es la mejor opción que vimos y ahora resulta que lo único que te hemos causado es angustia.

Aunque nunca había querido hablar del tema, lo estaba haciendo y me daba cuenta de que con cada palabra me sentía más tranquila y liberada. Y Aiden no se había apartado de mí como siempre había pensado que haría.

—Cuando regresamos a Somalia me dio ansiedad y cuando perdimos a un activo las pesadillas volvieron. Creí que todo mi mundo volvería a caer y no sabía cómo volver a salir, por eso me marché y me aparté de todos. Las amenazas y torturas volvieron por las noches y no conseguía quitármelas de

la cabeza —digo más tranquila —Y sé que Xavier no es santo de tu devoción, pero debes entender que el cariño, lealtad o como lo quieras llamar va mucho más allá de una simple amistad o compañerismo

—Ahora lo entiendo —dice Aiden pasándome una mano por la cintura y atrayéndome hacia él dándome un cariñoso beso y me pregunta —¿Por qué sacaste las llaves de casa?

—No sabía si después de contarte lo que había pasado querrías estar conmigo —digo haciendo un pequeño gesto nervioso...

—Eres mi persona favorita en este mundo, no querría estar con nadie más que contigo —dice granuja acercando más nuestros cuerpos y empezando a besarme por el cuello con suaves y pequeños besos —Por cierto, ayer te traje algo.

—¿Qué? —pregunto sorprendida mientras Aiden se gira y estirando el brazo coge una elegante caja.

—Tus chocolates favoritos de Bruselas —dice con una sonrisita dándome la caja.

Hacemos el amor de manera lenta, apasionada y extenuante mientras con sus caricias, con sus mimos y con cada uno de sus besos mi quebrada alma se recompone de todo el dolor guardado y sufrido. Pasamos parte de la mañana entre las sábanas con nuestros cuerpos sin prisa en nada que no seamos nosotros, hasta que de nuevo vuelvo a caer en un agotador y pacífico sueño.

Pasamos el fin de semanas entre las sábanas y envases de comida para llevar. Es un fin de semana de liberación para mi corazón, pero a la vez agotador por la presión y los recuerdos. No es un fin de semana de risas, pero sí de abrazos y de sentir que, por fin, empiezo a curar todo lo sufrido y vivido en aquellos días en Uganda.

La semana avanza y nos volvemos a meter en la vorágine de reuniones, expedientes y problemas del mundo. Aiden vuelve a estar saturado de trabajo al no haberle encontrado a ninguna secretaria que pueda ocupar la vacante de Jennifer.

—¿No me prestas a Daina? —me pregunta una mañana en su casa

mientras él se afeita y yo termino de secarme el pelo.

—Nooo, ¿estás loco? —digo con expresión de sorpresa por su petición —Daina es mía.

—Loco me voy a volver como no pongan a alguien —dice malhumorado limpiándose los restos de espuma que le quedan tras afeitarse.

—Espera —digo sentándome en el mármol del lavabo y ayudándole a ponerse la crema para después del afeitado —Si necesitas a Daina, te la presto unos días si ella acepta, pero no quiero que te acostumbres a ella.

—¿Harías eso por mí? —pregunta burlón apoyando las manos a cada uno de los lados de mis muslos dejándome atrapada.

—Pero solo unos días —sentencio seria.

Daina refunfuña, pero finalmente acepta que le desviemos parte de las llamadas de Aiden y encargarse de su agenda durante unos días. A cambio, nos soborna exigiéndonos un café a su gusto cada día hasta que, para nuestra alegría, Menno sube a la planta y con orgullo nos comunica que mañana ya estará todo solucionado. Cree que nos gustará la persona que viene, pero se niega a comunicarnos su nombre. Nuestra alegría es máxima cuando al día siguiente, a los pocos minutos de haber llegado, aparece por la seguridad de la planta Marguerite sujetando una caja de cartón con todo su material de trabajo que extiende sobre la mesa. Grapadora, taladradora, lápices, auriculares y un largo etcétera de material para tenerlo todo bajo control.

—Yo no tengo una grapadora como esa —me susurra Daina admirada.

—Intentaré conseguirte una —contesto sorprendida al verla maravillada mirando el material sobre la mesa.

—Tampoco tengo una planta tan verde como la que ha traído —susurra de nuevo dándome un pequeño empujón.

—Tú siempre has dicho que las plantas roban espacio en tu mesa —digo riendo ya que Daina siempre ha sido una persona muy práctica.

—Pues no sé, Amelia. Me estaré haciendo mayor, pero me gusta cómo queda la planta —sentencia mientras se acerca y le da la bienvenida a su

nueva maceta.

Ese mismo día, a la hora del almuerzo, voy a la floristería que hay cerca del trabajo y le escojo la planta más bonita y que menos trabajo cuesta cuidar, según me cuenta el florista. Con ayuda de Gabrielle que la distrae con un sin fin de peticiones, la distraemos y se la coloco sobre uno de los laterales de su mesa, perfectamente envuelta en celofán y con una nota de agradecimiento por toda su ayuda en estos días. Daina cuando la ve, se emociona y se sienta orgullosa en su silla admirándola.

Aiden pasa a última hora de la tarde a recogerme. Él tiene entrenamiento de fútbol y yo quiero ir a la clase de yoga, así podré estar también un rato con Rachel a quien hace días que no veo.

—Bonita planta —le dice a Daina con una sonrisa.

—¿Verdad? Me la ha regalado su mujer —contesta orgullosa.

Yo que salgo en esos momentos por la puerta del despacho cargada con mis cosas, los observo hablar y no puedo evitar reír. Nos despedimos de ella y nos dirigimos hacia los ascensores mientras Aiden carga con mi bolsa de deporte.

—¿Te ha llamado mi mujer? —pregunta Aiden sorprendido.

—Es Daina, no le hagas caso. Ella siempre va por libre. Por cierto, me debes treinta euros de la planta y quiere una grapadora como la de Marguerite —digo sin poder evitar soltar una carcajada.

Cuando llegamos al club, me da un beso rápido y Aiden se va al vestuario de hombres, mientras yo voy al de mujeres y allí encuentro a Rachel canturreando mientras se va preparando para la clase de yoga, desde que Rachel se cambió de trabajo, venimos más al club.

—Pensaba que no vendrías —dice sonriente.

—Hemos tenido mucho lío en el trabajo. Menos mal que Aiden ya tiene secretaria y no me quitará más a Daina —digo mientras voy metiendo las cosas en la taquilla.

Ambas nos relajamos de la tensión que llevamos acumulada durante los

últimos días y cuando terminamos la clase, Rachel insiste en tomar un helado en las gradas mientras Aiden termina de entrenar. Mientras ella se espera en la cola del puesto de los helados, yo cojo una llamada de mi madre mientras me dirijo a las gradas. Me siento tranquilamente y antes de que me dé cuenta, mi madre ya me ha colgado diciéndome que ha quedado con unas amigas para su campeonato de cartas y que ya me llamará. No puedo más que sonreír. Mi madre y su agitada vida social.

—Hola —escucho una vocecita en perfecto castellano.

—Hola —contesto sorprendida.

—Soy Sophia —dice con una sonrisa pícara —Hablas igual que mi mamá cuando se enfada con mi papá.

—¿Tu mamá te ha enseñado a hablar castellano? —pregunto sorprendida saludando a dos guardaespaldas que nos controlan en todo momento.

—Sí, y mi papá dice que no le entiende cuando se enfada —dice intentando no reír tapándose la boca con su pequeña manita.

—Hola —saluda Rachel cuando nos ve allí sentadas a las dos en las gradas, y pregunta riendo —¿Tenemos una nueva hinchita del equipo perdedor?

—Rachel, te presento a Sophia. Es la vecina de Aiden y tiene un cerdo por mascota —digo con una sonrisa dejándolas sorprendidas.

—En realidad es una cerdita vietnamita, pero tu amiga le tiene miedo. También tengo una gallina, pero no para comer. Paula es mi amiga —informa educada, moviendo sus piernecitas que cuelgan del escalón al no llegar al suelo.

Rachel le ofrece helado, pero lo rechaza informándonos que no puede coger nada de extraños, y se marcha hacia donde están los guardaespaldas. No pasan ni dos minutos cuando la niña vuelve cargada con su helado.

—Vaya, hay una cola terrible, ¿cómo es posible que te hayan servido tan rápido? —pregunta Rachel alucinada.

—Porque mi papá es el dueño —dice orgullosa Sophia pasándole la

lengua al helado tranquilamente.

—¿Del puesto de helados? —pregunta divertida Rachel.

—Más bien de todo el club —le informo en un susurro disimulado.

—Ese es mi papá —exclama la niña emocionada.

—Caray con el papá, no está nada mal —dice divertida Rachel observando hacia donde la niña señala.

Es una niña risueña y muy educada. Cuando los del equipo de seguridad se han acercado para llevársela les hemos indicado que no molestaba. Después de todo, somos casi vecinas y siempre hay que tener una buena relación con los vecinos. Vemos que a pesar del empeño que pone, de nuevo el equipo de Aiden lleva un gol en contra.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —le dice Rachel a la niña que la mira sorprendida —Deberíamos animar.

—¿De verdad? —pregunta la niña emocionada dando palmaditas.

—Rachel, puede que no sea una buena idea —digo mirando hacia el campo.

—¡Buag! No le hagas caso a ella, ven aquí —dice cogiendo a la niña en brazos y poniéndola de pie en un escalón más alto que ella —Ahora cuando el equipo de tu papá lleve la pelota tenemos que gritar, “Vamos, vamos” y cuando lo lleve el otro equipo tenemos que gritar “Buuuuuuu”, pero con fuerza.

Al momento ambas empiezas a gritar y reír hacia el campo. Aiden y el padre de la niña se giran hacia las gradas sorprendidos por el griterío y yo saludo con la mano muerta de la vergüenza. Definitivamente creo que, si no fuera porque el padre de la niña es el dueño del club, ya nos habrían tirado y negado la entrada a las instalaciones de por vida. Cuando terminan el partido, Sophia se baja de las gradas y echa a correr con su vestidito hacia su padre que la coge en brazos y le hace carantoñas para su regocijo.

—Rachel Elisabeth Walker, al final te vamos a tener que nombrar mascota del equipo —dice Aiden saludando a Rachel mientras se acerca y me



da un corto beso en los labios.

—Perdona, Horwood. Yo soy la capitana de las animadoras y más vale que os apliquéis porque sois terriblemente malos jugando y yo sola no puedo levantar el alma del equipo —dice irónica con un mohín.

—Vaya, vaya, vaya. Tendremos que comprarte unos pompones —dice con una sonrisa cuando vemos que Sophia alza su manita y se despide alegremente de nosotros en brazos de su padre y Aiden pregunta —Capitana de las animadoras, ¿cenas con nosotros?

—Señor Horwood, qué amable está usted —dice Rachel riendo.

—Le prometí a James que te cuidaría —dice riendo dándome la mano para ayudarme a levantarme y bajar de la grada —Todavía es temprano, ¿os apetece barbacoa?

—¡Ohh! Mi James, cómo lo echo de menos —dice Rachel moviendo las pestañas alocadamente.

Mientras Rachel y yo nos tomamos una copa de vino sentadas en las tumbonas del jardín poniéndonos al día, Aiden enciende la barbacoa y prepara la cena. Los días cada vez más largos y el buen tiempo invitan a que disfrutemos al aire libre. Tocan a la puerta principal y Aiden se encarga de ir a abrir para que nosotras sigamos riendo y charlando. Nos giramos y ahí está su impresionante vecino y su pizpireta hija.

—Hola, no queríamos molestar —dice con voz ronca y una mezcla de acento ruso —Nikolái me ha explicado que era usted —dice dirigiéndose a Rachel —la persona que hace unos días tuvo un percance y, aparte de querer saber que se encuentra usted bien, quería traerles invitaciones para al festival de bailes latinos de este fin de semana que organiza un amigo de la familia que viene de Colombia.

—¡Oh! No pasó nada, gracias por preocuparse. Rachel —dice alargando la mano para estrechársela.

—Que no te mienta, Alexandr. Su nombre es Rachel Elisabeth Walker —apunta Aiden riendo —¿Una cerveza?

Rachel se gira y hace una mueca de asco mientras coge las invitaciones

del festival y las revisa mostrándomelas.

—Y son vips —dice con una amplia sonrisa y exclama poniéndose en pie y levantando los brazos —¡Vamos a bailar! *Two... eres metal... plan...ta ta ta pulsoooo... ooohhh yeah...* —En esos momentos ha conseguido que a Aiden y a Alexandr se les atragante la cerveza cuando se viene arriba, empieza a mover los brazos y yo temo que en cualquier momento se le enreden por los locos movimientos —*conmigoooo, despasiitoo...*

—Rachel, ¿se puede saber qué haces? —pregunto sin poder evitar reír sorprendida.

—¡Ohhh! No lo sé, sabes que cada vez que siento esa canción siento algo extraño por mi cuerpo que me hace bailar —contesta desconcertada porque la haya interrumpido.

—Por favor, todas menos esa. Esa no, que ya la escuchamos demasiado el verano pasado —digo riendo mientras subo las piernas a la silla y bebo de mi vaso negando con la cabeza.

—Vale, vale. Pero el fin de semana vamos a bailar —dice con un puchero. De repente escuchamos ruido en los setos de la valla y percibimos una vocecita. Rachel exclama descaradamente —¡Madre mía! Tenéis la madriguera del conejo blanco de *Alicia en el País de las Maravillas* en este jardín.

—Tengo que marcharme, es la hora del cuento antes de dormir —dice Alexandr despidiéndose y nos aclara —Prometo que esta semana te solucionarán el problema de la valla, es culpa de esa cerda loca que tiene mi hija por mascota, que se come todos los setos.

—¡Ehhh! Ramona no está loca —escuchamos la voz ofendida de Sophia al otro lado del seto haciéndonos reír.

Cenamos tranquilamente en la terraza y Rachel hace planes para el fin de semana. Nos pide que lo dejemos todo en sus manos. Aiden y ella también hablan del trabajo de James que está por finalizar. Rachel está preocupada por qué hará cuando James termine el trabajo y ya no se puedan ver tan a menudo. Aunque insistimos, Aiden se ocupa de recoger la mesa y se queda

en el salón terminando cosas del trabajo pendientes. Nosotras nos echamos en las tumbonas y mientras hablamos, miramos el cielo despejado lleno de estrellas. Le he contado lo sucedido con Aiden y acurrucándose en su tumbona se gira y me mira.

—Puede que él no pueda ver el expediente en estos momentos, pero es algo que tú tenías que sacar tarde o temprano. Me alegra mucho verte más tranquila después de contárselo. Me encanta veros bien, hacéis una bellísima pareja y no puedes permitir que cosas del pasado arruinen el bonito presente que te ha puesto la vida —dice sensata y con una sonrisa añade y se pone a tararear —Lo vuestro ya estaba escrito, amas a Aiden desde el primer instante que le viste aparecer en aquella cena.

♪ ♪ ♪ 15

*...And I'll thank my lucky stars for that night*

*When you looked over your shoulder  
For a minute, I forget that I'm older  
I wanna dance with you right now  
Oh, and you look as beautiful as ever  
And I swear that everyday'll get better  
You make me feel this way somehow*

*I'm so in love with you  
And I hope you know  
Darling your love is more than worth its weight in gold  
We've come so far my dear  
Look how we've grown  
And I wanna stay with you until we're grey and old  
Just say you won't let go  
Just say you won't let go*

*I wanna live with you  
Even when we're ghosts  
'Cause you were always there for me when I needed you most*

...♪ ♪ ♪

Rachel mira la hora, y de un impulso se levanta y decide que es hora de

marcharse. Mañana ambas trabajamos y se ha hecho muy tarde.

—Me marchó Horwood —anuncia entrando a la casa donde Aiden trabaja en su ordenador portátil —Gracias por la cena, la charla y por tener un vecino guay.

—De nada, Rachel Elisabeth Walker, ha sido un placer. ¿Quieres que te acerque a casa en el coche? —pregunta con una media sonrisa burlona.

—No, gracias. He traído mi negro corcel de dos ruedas —dice cogiendo su mochila que ha dejado en la entrada —Nos vemos el sábado moviendo las caderas.

—De acuerdo, pero por favor, lleva cuidado y no te cargues a ningún vecino con tu corcel negro, como intentaste el otro día —le contesta Aiden riendo.

—Es que se me desbocó —dice riendo mientras sale por la puerta despidiéndose —Buenas noches parejita.

## CAPÍTULO 17



El sábado amanece completamente despejado, y en un principio no me quiero mover de la cama, ya que anoche Aiden y yo trasnochamos. Pero mi teléfono móvil no deja de sonar, y es Rachel que ya está desesperada por empezar con las jornadas de baile latino. Por las mañanas hay una especie de talleres y por la tarde-noche una fiesta donde podremos poner en práctica todo lo aprendido. Cojo el teléfono y simplemente lo desconecto. No puedo ni abrir los ojos. Además, tampoco es necesario llegar las primeras al evento. Me giro, me tapo con las sábanas y cierro los ojos para dormir un rato más. Aiden debe de haber salido a correr. Al principio algunos días me preguntaba si quería salir con él, pero ahora sabe que le diré que no y continuaré durmiendo, así que ha desistido en el empeño de que le acompañe.

—Cariño —me susurra Aiden casi en el oído —Amelia, despierta.

—Ummm —contesto sin ganas todavía con los ojos cerrados.

—Cariño, creo que tienes tu teléfono móvil parado y me ha llamado a mí —susurra acercándose el teléfono móvil.

—¡Oh! ¿Una emergencia? —pregunto incorporándome de golpe en la cama.

—Más o menos —dice con una sonrisa.

—¿Sí? —contesto a la llamada.

—Buenos días, dormilona —Escucho al otro lado de la línea.

—¡Madre mía! Eres una pesadilla —contesto dejándome caer de nuevo de golpe sobre la almohada.

—Ya veo que tu amorcito te deja agotada por las noches, pero hoy es el

gran día —dice emocionada.

—Rachel, tampoco es necesario que vayas la primera a montar el tablado —digo bostezando llevándome una mano a la frente.

—¿Un tablado? ¿Necesitamos tablado? —pregunta sorprendida.

—Nooo —digo casi desesperada y le confirmo —En una hora estamos allí.

—De acuerdo. Gabrielle y Daina vienen a mi casa y salimos desde aquí. Estoy impaciente —me informa alegremente —Hasta ahora querida.

—Hasta ahora pesadaaa —digo alargando la palabra y cortando la llamada.

En ese momento Aiden sale del cuarto de baño recién duchado con una toalla enrollada a la cintura y yo no puedo evitar que una sonrisita aparezca en mi rostro.

—Cariño, no me mires así o llegaremos tarde —dice Aiden viendo mis intenciones.

—Aiden, tienen todo el día para bailar, salsa, rumba o lo que sea que vayamos a hacer y yo te voy a echar de menos... ¡Oh! Valee —digo levantándome de un salto y corriendo hacia la ducha —pero me debes una.

Cuando salgo de la ducha Aiden ya no está en el cuarto, así que guardo el vestido y los zapatos de tacón para cambiarme más tarde para la fiesta de la noche. Me visto con ropa cómoda, ya que se supone que vamos a estar aprendiendo a bailar, así que me pongo unos pantalones vaqueros cortos, unas converse bajas y una camiseta corta. Me miro al espejo y contenta con el resultado me hago una cola alta en el pelo, me cruzo mi pequeño bolso y bajo las escaleras en busca de Aiden.

Lo encuentro en la cocina con el ordenador portátil encendido y supongo que con algo de trabajo.

—¡Lista! —digo dando un saltito a su lado.

—Te he preparado desayuno —dice girándose en el taburete.

Aiden alarga una de sus manos que pasa por mi cintura y me acerca a él. Empieza a besarme delicadamente por el cuello causándome suaves cosquillas.

—Aiden, para. Has tenido tu oportunidad y la has rechazado —digo riendo haciéndome la ofendida.

—No te he rechazado, es que no quería que “la reina del baile” se plantara aquí y tirara la puerta abajo —dice socarrón.

—Pues ahora tendrás que esperar hasta la noche —digo bebiendo el zumo que me ha preparado y le pregunto —¿Recuerdas el plan?

—Totalmente controlado, James llegará a las dos y yo iré a recogerlo. Luego iremos a encontrarnos con vosotras a la hora de la fiesta y cenaremos algo en alguno de los puestos del centro. Es a ti a la que no se le tiene que escapar nada —dice guiñándome un ojo.

—Cielo, me dedico ocultar información y que nadie sepa lo que hago —digo haciendo un gracioso movimiento de cejas.

—Cariño, me das mucho miedo cuando dices esas cosas —contesta riendo por mi sinceridad.

—Bueno, lo hago con todo el mundo menos contigo —digo forzando una sonrisa.

Aiden para su ordenador, agarra mi mochila preparada para la noche y nos dirigimos hacia el coche. Rachel parece que está de muy buen humor y espero que lo esté aún más por la sorpresa que le vamos a dar de que James viene el fin de semana a verla. Nos detenemos en casa de Rachel a recoger a las chicas. Bajo del coche y le lanzo mi mochila que la deje en la entrada para poder cambiarme luego en su casa. Las tres suben en la parte trasera y le dan las gracias a Aiden que nos acerca al centro en su coche todo lo que puede. Ya está todo bastante colapsado a causa del festival. Aiden para un momento en un lateral y nosotras bajamos corriendo, mientras yo me acerco a su ventanilla y le doy un beso.

—Portaos bien chicas —dice cuando las chicas se despiden de él alegres por empezar la fiesta y guiñándome un ojo añade —Si necesitáis cualquier

cosa llámame, cariño.

—Estaremos bien, además, somos vips —digo riendo levantando los pases.

A pesar de que en estos momentos el día está nublado, según las previsiones va a hacer un día espléndido de cielo despejado. La gente está empezando a llegar y nos dirigimos rápidas a la caseta de entrada donde al enseñar los pases nos dan preferencia y acude una persona encargada de darnos la bienvenida y mostrarnos todo lo que podemos realizar durante el día. Las chicas se emocionan. Nunca había visto a Daina tan contenta y dispuesta a pasárselo bien. Nos sobra una entrada y cuando, pensando que lo rechazaría, la aceptó volviéndose loca de alegría, me sorprendió mucho. Gabrielle, Rachel y ella van dando saltitos de alegría en dirección a uno de los puestos ambulantes de comida de la zona reservada para los vips para, según ellas, coger energía para mover las caderas. Nos sentamos en una pequeña mesa las cuatro y nos sirven chocolate caliente y un plato con diferentes productos como arepas, pasteles de yuca y un sinfín de productos típicos que no conocemos y probamos por primera vez. Todo está francamente delicioso y cuando terminamos nos acercamos a un primer recinto al descubierto donde el gran bailarín Luis, hermano de “*Pedro el colombiano*”, famoso por sus éxitos en los últimos años en las listas de súper ventas latinas, dará un taller práctico de salsa. A pesar de mis reticencias, las chicas insisten en ponerse en las filas delanteras, aunque cuando se llena la zona, lo prefiero por la cercanía a las salidas de emergencia. De repente, se oyen unas pequeñas pruebas de sonido y aparece un chico guapo y musculado con un micrófono sobre el escenario y las chicas empiezan a gritar como locas y a dar saltos como la gran mayoría de público femenino. Dice unas palabras y empieza a sonar por los enormes *baffles* música cargada de ritmo. Debo reconocer que este tipo de música nunca lo escucho, pero Luis hace que nos metamos de lleno, enseñándonos poco a poco los pasos, giros y movimientos. No dejamos de reír al tropezar unas a otras o cuando vemos que Rachel va a su aire y mueve las caderas moviendo los brazos en el aire. Según van pasando las canciones y vamos aprendiendo a unir movimientos, nos reímos más al mirarnos unas a otras mientras bailamos entre nosotras. De repente, sobre la enorme pantalla que hay en el escenario empiezan a salir imágenes de Shakira con una de sus canciones. Y, aunque llegados a este momento creo que no tenemos nada que envidiarles a sus movimientos,



mirando las pantallas imitamos los movimientos de brazos y golpes de cadera riendo. Incluso cuando con la cabeza mueve la trenza que lleva, nosotras la imitamos meneando la cabeza y la melena provocando que casi perdamos el equilibrio.

Durante los descansos curioseamos sin cesar los numerosos puestecitos de artesanía que hay en las inmediaciones y compramos algunos detalles. A la hora del almuerzo, que también lo realizamos en la zona vips, disfrutamos de un descanso merecido. En la distancia vemos pasar a Luis con su hermano, que será el encargado de la actuación estelar de la noche y junto con mi vecina quien nos saluda. Las chicas aprovechan el momento para pedir autógrafos y fotos a Luis y a Pedro. Durante uno de los descansos, nos compramos unos helados y nos tumbamos sobre la hierba. Daina se ha descubierto como una fantástica bailarina y nosotras reímos con sus comentarios. Rachel habla de lo mucho que echa de menos a “su” James y nos cuenta preocupada que nunca había estado tan enganchada a nadie.

—No os riais, chicas. Creo que aquella estrella fugaz sin darme cuenta me hizo alguna especie de embrujo —dice haciendo un puchero —Al menos ya podría haberme mandado a alguien que viviera cerca, porque ahora solo sufro por la distancia.

—Eres la reina del drama —contesta Gabrielle riendo.

—Lo sé, pero es que lo echo de menos —dice con una sonrisita pícara — Además, yo no tengo la suerte de poder tirármelo cada vez que me apetezca como hace ella —dice señalándome, dejándome cortada.

—Yo no me lo tiro cada vez que me apetece —digo riendo —Además, deja de meterte en mi vida sexual y preocúpate por la tuya.

—Eso hago querida y aquí me tienes pensando en él —dice riendo Rachel —Cantemos algo..., Ame, tú te sabes todas estas letras.

—Que las entienda no significa que me las sepa —digo riendo.

—Canta conmigo, yo hago de Demi Lovato —dice alegremente.

♪ ♪ ♪ **16**

...Ok

*I don't really, really wanna fight anymore  
I don't really, really wanna fake it no more  
Play me like The Beatles, baby, just let it be  
So come and put the blame on me, yeah*

*I don't really, really wanna fight anymore  
I don't really, really wanna fake it no more  
Play me like The Beatles, baby, just let it be  
So come and put the blame on me, yeah*

*No eres tú, no eres tú, no eres tú  
Soy yo (soy yo)  
No te quiero hacer sufrir  
Es mejor olvidar y dejarlo así (así)  
Échame la culpa*

...♪♪♪

—No pienso hacer de Luis Fonsi —digo riendo recostada y apoyando mi cabeza en sus piernas.

—Que sosa eres —dice resuelta —Yo no sé la letra en castellano.

—Pues aprende de una vez —resuelvo zanjando el tema.

—Bruja —dice haciendo reír a las chicas.

—Malvada —contesto dándole un pequeño empujón con la mano en la pierna.

Permanecemos un rato más en el festival y decidimos irnos caminando hacia casa de Rachel a descansar un poco e ir a cambiarnos para la noche. Cuando llegamos a su casa nos lanzamos sobre el sofá mientras tomamos una infusión. Estamos tan agotadas de tanto baile que nos quedamos durmiendo. Gabrielle, la pobre, duerme hasta en el suelo apoyada a unos almohadones. Creo que casi nos da un micro infarto a las tres cuando Rachel da unas fuertes palmadas y nos despierta con gran alboroto.

—Rachel, ¿se te ha ido la cabeza? —pregunta Gabrielle moviéndose en el suelo.

—No, querida. Mi novio está lejos y tengo energía que quemar —dice envuelta en una toalla y dando una palmada al aire, añade —La ducha está libre, la siguiente.

Vamos pasando una a una por el baño dándonos empujones y riendo por la falta de espacio en el espejo para maquillarnos. Veo que Rachel no se arregla mucho y me acerco a ella.

—¿No te pones el vestido tan bonito que ibas a ponerte? —pregunto sorprendida.

—No, creo que iré cómoda y ese vestido lo compre para cortarle el hipo a James —contesta resignada y añade —A ver si hoy que llevas de nuevo el vestido, no aparece Xavier de nuevo y te espanta a Aiden.

—Ja, ja, ja —contesto dándole un suave empujón con el hombro. Me levanto y pidiéndole permiso para abrir el armario, lo abro y empiezo a mirar un vestido tras otro —La verdad es que tienes un buen armario.

—Lo sé —dice orgullosa.

—Pues mira éste qué bonito, así vamos del mismo color —digo mostrándole uno de los vestidos que acabo de descolgar del armario —Es precioso, así que mueve el trasero y cámbiate.

El cuarto de baño es un caos. Mientras Daina se maquilla, Rachel se cambia y yo ayudo a Gabrielle a pasarse las planchas por el pelo. He recibido dos mensajes de Aiden. El vuelo de James se ha retrasado, pero nos encontraremos en el concierto en una hora. Decididas, salimos veinte minutos más tarde en dirección al centro, no sin antes hacernos una foto y mandarla a los amigos. A lo lejos se escucha la música sonar y paso a paso nos vamos animando. Los focos de colores iluminan el cielo y la gente se agolpa en la entrada del recinto. Nosotras nos colgamos nuestro pase al cuello y apenas tardamos unos minutos en pasar por la seguridad. En uno de los laterales, junto a la barra, vemos un grupo de amigos y nos acercamos a charlar y pedir una copa antes de que se llene el recinto. Las chicas poco a poco van animándose y empiezan a bailar con unos y otros. Reímos y bailamos durante parte del concierto y de repente me doy la vuelta y allí está Aiden, con una sonrisita pilla mirando hacia donde nos encontramos. No puedo más que sonreír, debo reconocer que estoy perdidamente prendada de este hombre.

Rachel mira en la dirección que yo miro y tras un grito de alegría corre a los brazos de James. No podemos evitar reír por su entusiasmo.

—Horwood, gracias por esto —dice dándole besos a James —Sé que, aunque siempre lleves esa cara de gruñón, eres todo un romántico.

Nosotras continuamos bailando mientras ellos permanecen cerca de la barra hablando y bebiendo. No tardamos mucho en decidir ir a cenar algo todos juntos sentándonos en uno de los puestos, mientras la gran mayoría de gente disfruta del concierto. Charlamos animadamente hasta que Gabrielle nos avisa de que ella se retira, al día siguiente se marcha a hacer una visita a su familia que permanece en la zona de Normandía al haber casi comenzado la temporada de verano. Poco a poco cada uno continua con sus planes para la noche o se marcha a descansar después del ajetreado día. Nosotros también lo hacemos y caminamos cogidos de la mano con nuestros dedos entrelazados en dirección contraria a la zona del festival mientras aún sentimos todo su alboroto.

—Bonito vestido —dice Aiden con una media sonrisa mirándome.

—Es sexi, ¿verdad? —pregunto convencida y confieso riendo —Lo compré para reconquistarte.

—A mí nunca tuviste que reconquistarme. Desde ese primer instante que me miraste y me sonreíste, ya no pude olvidarte —dice llevándose mi mano a los labios y besándola.

—Eres súper cursi —digo entre emocionada y sorprendida sonrojándome —pero me encanta.

Aiden no puede evitar soltar una carcajada ante mi confesión. No ha dejado el coche muy lejos, lo cual agradezco por los tacones. El tráfico esta horrible a esas horas y nos desvían en dos ocasiones debido a las calles cortadas. Cuando salimos del centro, ya más tranquilos, me recuesto en el asiento cómoda y me quito los tacones mientras Aiden conduce relajadamente en el silencio de la noche.

—Ha sido bonito ver a Rachel tan feliz —digo en un susurro.

—Sí —contesta escueto cogiendo mi mano y volviendo a besarla —¿Te

has divertido hoy?

—Sí —digo con una sonrisa —Hemos aprendido movimientos que jamás pensé que podría hacer con las caderas.

—Eso suena bien —dice Aiden con una amplia sonrisa moviendo sus cejas con un movimiento descarado.

Aparcamos el coche. Ya es noche completamente cerrada y lejos de la ciudad, miramos al cielo y contemplamos las estrellas mientras me abraza. Ha refrescado y me abrazo el cuerpo cuando siento la brisa que viene de la playa con un escalofrío. Aiden me pasa la mano con cariño mientras yo le doy un pequeño golpe con la cadera.

—Vayamos dentro —digo dándole un pequeño empujón con la cadera —Hace frío.

—Sí, vayamos dentro —dice sacando las llaves de casa de su chaqueta con la mano libre.

—¿Te has fijado en el movimiento de cadera? —pregunto riendo agarrada a su cintura.

—Me he fijado, me he fijado —contesta abriendo la puerta.

Aiden me suelta y abre la puerta dejándome entrar. Se acerca al sistema de seguridad y lo desconecta mientras yo me saco los zapatos y los lanzo hacia el armario de la entrada. Aiden vuelve a acercarse a mí y me atrapa contra la pared con sus brazos y su cuerpo.

—Creo que te debía una —dice atrapando mis labios en su boca.

—Totalmente cierto —digo con una sonrisa respondiendo a sus besos.

Su boca recorre mi cuello mientras una de sus manos se desliza por debajo del vestido subiéndolo poco a poco. Echo la cabeza hacia atrás mientras Aiden pasa su brazo por mis piernas y me sube a su cadera sin pensarlo. Me muevo, arqueo mi cuerpo para sentirlo más cerca, nos besamos, nos acariciamos y ambos chocamos contra la pared frente a la entrada.

—Un momento —digo con la respiración acelerada —Un momento.

—¿Qué sucede? —pregunta Aiden en una especie de gruñido —¿Te he hecho daño?

—Noo, esa es la cuestión. ¿Dónde está el armario de la entrada? —pregunto sorprendida agarrándome a su cuello y mirando sobre sus hombros.

—Lo he movido —dice con una sonrisa socarrona —Te debía una, ¿recuerdas? No quería que te volvieras a golpear.

—Me encanta esa vena pervertida que tienes —digo riendo y volviendo a besarlo con deseo.

—Y a mí la tuya —susurra contra mis labios acariciando mi espalda con la respiración entrecortada por la excitación —Háblame de esos movimientos de caderas que has aprendido hoy, mientras te llevo a la habitación.

Hacemos el amor entre risas, besos y caricias hasta que nuestros cuerpos tiemblan sofocados por la excitación. Regreso lentamente a la realidad gracias a sus suaves caricias sobre mi piel. Finalmente me duermo entre sus brazos, esbozando una sonrisa de felicidad.

## CAPÍTULO 18



Poco a poco y sin darnos cuenta, me voy trasladando a vivir a casa de Aiden y empezamos a vivir una nueva vida. No todo es de color de rosa, tanto en casa como en el trabajo tenemos algunos puntos de vista muy dispares.

—¿Puedo pasar? —escucho desde la puerta tras oír dos toques con los nudillos.

—Ya casi lo has hecho —digo levantando la vista y observándolo. Está tenso y lleva un par de días así.

—¿Qué es esta bandera de la puerta? —pregunta sorprendido Aiden señalando un folio con la bandera española pegada a la puerta —¿Ahora os ponéis en las puertas banderas del país? ¿Es alguna nueva norma?

—Son los mundiales de fútbol y yo voy con mi equipo —digo con una sonrisita petulante —Las apuestas están contra nosotros, pero como gane España voy a desplumar a media planta.

—Sabéis que están prohibidas las apuestas en el trabajo, ¿verdad? —dice llevándose las manos a la cadera en un fuerte suspiro.

—¿En serio? —pregunto irónica.

—¿Por qué nunca cumplís los protocolos y normas? —pregunta ofuscado.

—Porque si lo hiciéramos, la vida sería muy aburrida —digo con tono desesperado —Dime qué necesitas, Horwood.

—Necesito que paralices lo de Somalia hasta que todo esté más tranquilo —propone pesaroso —¿Desde cuándo soy Horwood?

—A ver, a ver, relajémonos. Tú eres Horwood en el trabajo de toda la vida. Somalia está paralizado —digo buscando el expediente y cediéndoselo —Yo me encargaré de echarle un vistazo los días que esté en el país, así que relájate un poco.

—¿Volvéis a Somalia? —pregunta casi en un susurro, preocupado.

—Sí, pero será algo rápido, ni te enterarás de que me he marchado —digo con una amplia sonrisa.

—Tengo ganas de que terminéis de una vez —sentencia cruzándose de brazos inquieto.

—Hemos conseguido que Kattanga tenga una enorme crisis financiera. Hemos desestabilizado y anulado los clanes que tenía a su alrededor. A pesar de los ingresos que está obteniendo extorsionando a las comunidades rurales pobres, no le está funcionando con los nuevos proyectos de cooperación. Se está asfixiando y se está replegando al no tener en estos momentos el apoyo de Yemen que está metida en su propia guerra. Es el momento, queríamos esto desde hace años. Tenemos que terminar con el tráfico de personas que tienen montado. Cada vez les está siendo más complicado lavarles la mente y que vengan a Europa a perpetrar atentados —explico con vehemencia, y al ver su mirada añado —Además, sabes que, si no es Somalia, será cualquier otro país.

—Tal vez podrías, no sé... tomártelo con más calma, pensar en... —titubea Aiden mirándome a los ojos.

—¿Dejar este trabajo? —pregunto directa enarcando una ceja. Nunca había dicho nada de mi trabajo en ese sentido, pero últimamente cada vez que salgo por la puerta y me espera Xavier, se queda incómodo y preocupado.

—¿Lo harías? —pregunta sin responder a mi pregunta.

—Sabes que no podría hacerlo. No por ahora —confieso sin saber hasta dónde quiere llegar y reconozco —Puede que algún día, cuando me plantee formar una familia. Además ¿qué iba a hacer? Soy la mejor en mi trabajo, el equipo me necesita.

Aiden mira el reloj de su muñeca, creo que no sabe qué decir en todo este



asunto y se le nota preocupado.

—He de marcharme a una reunión —anuncia dando un sonoro suspiro, levantándose del sillón y dirigiéndose a la puerta.

—Horwood, ¿no quieres apostar? —pregunto con una sonrisa cuando ya está casi en la puerta.

—¿Para desplumarme? —pregunta burlón —Seguro que tienes hecho hasta un PowerPoint con las estadísticas y el análisis de los últimos cincuenta años.

—Cómo me conoces —digo sin poder evitar una carcajada.

—¿A cuánto la apuesta? —pregunta sonriendo.

—Cincuenta euros —le informo —¿Por qué equipo apuestas?

—Por el ganador, el mismo que el tuyo —contesta sacando la cartera del bolsillo y mostrando los cincuenta euros entre dos de sus dedos.

—Daina, dáselos a Daina. Es la cajera de las apuestas —digo riendo cuando lo veo llevarse una mano a los ojos negando con la cabeza.

Pasan los días y nos encontramos aún más inmersos en proyectos de trabajo. No tenemos mucho respiro y la nevera de Aiden poco a poco se va llenando de imanes nuevos; Kenia, Uganda, Congo, Yemen, Pakistán, Turquía. El equipo de Xavier no para y nos movemos impidiendo nuevos movimientos de Kattanga. En cuanto a los pocos aliados que les quedan, a estas alturas muchos de ellos dudan de su poder e importancia en la zona. Intento hablar y quedar a menudo con las chicas, pero con el trabajo y Aiden estoy fracasando estrepitosamente. Por eso el día que alguien toca a la puerta de Aiden no me sorprende en absoluto.

—Horwood, buenos días —oigo una alocada voz desde la puerta.

—Rachel Elisabeth Walker, pasa. ¿Qué te trae por aquí? —escucho decir a Aiden.

—Necesito hablar con Amelia —dice entrando en el salón.

—Aquí —la llamo desde la barra de la cocina donde Aiden y yo estamos

trabajando junto a una taza de té.

—Vaya, vaya, qué monos los dos trabajando un sábado juntitos en la barra de la cocina. Ya parecéis un matrimonio bien avenido —dice irónica acercándose por detrás a mí y dándome un abrazo por la espalda.

—¡Qué graciosa! —digo mirando a Aiden que nos observa.

—¿Te importa que te la robe unos momentos? —pregunta Rachel a Aiden con cara preocupada —Debo hablar con ella. Ella me entiende y es algo urgente.

—Rachel, ¿qué sucede? —pregunto preocupada por su voz, y añado bajando la tapa del portátil —Ven, vayamos al jardín.

Hoy hace un día despejado y el sol brilla, así que le indico que nos sentemos en los sofás que hay apartados de la puerta del salón para tener más intimidad. Se oyen los pájaros cantar y el olor de las flores que han florecido estas últimas semanas sé que calmarán un poco la ansiedad que parece llevar Rachel encima.

—Sabes que te quiero... —empieza a decir nerviosa.

—Y yo a ti —digo con una pequeña sonrisa —¿Qué sucede?

—Amelia, le he dado mil vueltas a mi cabeza. Me marchó —confiesa finalmente Rachel.

—Te marchas, ¿dónde? —pregunto extrañada y alarmada —¿Dejas el trabajo?

—Lo dejo todo —dice retorciéndose las manos. Es una de las pocas veces que la he visto nerviosa —James se marcha a Los Ángeles y me ha pedido que me marche con él.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto alarmada ante sus palabras.

—Para siempre —dice en un susurro.

—Rachel —digo inquieta mientras mis ojos se llenan de lágrimas y no puedo evitar que una de ellas caiga con desespero —No creas que no me alegro por ti, es algo que todos sabíamos que más tarde o más temprano

sucedería, pero... te voy a echar tanto de menos.

—Yo también te voy a echar mucho de menos. Eres más que una hermana, ya sabes, la hermana rarita de la familia —dice entre lágrimas mientras nos abrazamos —Todos vamos encontrando nuestro camino y puede que yo lo encontrara esa noche en la que, como tú, creí en las estrellas. Además, todavía faltan unos meses para marcharme, pero quería que fueras la primera en saberlo.

Empezamos a hablar de todos sus planes. Se la ve feliz, tan feliz que no es capaz de encontrar una canción para definir el momento, lo que provoca que nos riamos. Está totalmente bloqueada por amor. Justo en ese momento Aiden nos avisa de que va a salir y trae consigo una bandeja que deja en la mesita que hay frente a nosotras con dos vasos y una jarra de limonada natural.

—¿Todo bien? —pregunta al vernos los ojos rojos de haber llorado.

—¡Oh Horwood! A ti también voy a echarte de menos —dice Rachel levantándose y dándole un abrazo para sorpresa de todos —Perdona, Horwood. Me ha podido la emoción.

—¿Estás bien? —susurra extrañado mientras le frota el brazo con ternura.

—Me he enamorado y lo dejo todo para correr libremente por el amor de mi vida —confiesa Rachel poética y cuando ve la cara de sorpresa de Aiden le advierte —Y ni una sola risita por mi confesión.

—Yo también te echaré de menos, Rachel —dice amable.

—Ohh, Ohhh, me has llamado Rachel —dice llevándose la mano al corazón haciéndonos reír —Pues ahora que ya hay confianza, ¿no tienes nada para acompañar con la limonada esta que nos has traído?

—Te he llamado por tu nombre muchas veces —dice Aiden desconcertado entrando en casa.

—Y una cervecita fría, tampoco estaría mal —grita riendo.

—¿Cuándo dices que te vas? —pregunta Aiden con ironía cuando sale de

nuevo tras unos minutos con unos boles con frutos secos, aperitivos y una cerveza.

—A escasas once horas de distancia. Vuelo directo —anuncia Rachel riendo y brindando con su botellín de cerveza.

Durante el verano Rachel se marcha con James a Inglaterra y Gabrielle hace lo propio y se marcha varias semanas a Normandía con su familia. Aiden y yo le decimos que nos acercaremos un fin de semana a visitarla, pero finalmente no podemos hacerlo. Yo me sumerjo de lleno en los expedientes que Xavier me pide que estudie mientras él viaja en varias ocasiones sin mí.

—Hola —escucho mientras miro en la pantalla del ordenador.

—Hola —digo levantando la vista y viendo a Xavier en el vano de la puerta.

—¿Tienes eso? —pregunta directo.

—Sí —digo cogiendo un expediente que hay sobre mi mesa —Está en Yemen.

—¿Estás segura? —pregunta sentándose en el sillón frente a mi mesa.

—Totalmente, pero debemos ser cautos ya que todavía no sabemos cuánta gente está respaldándolo —digo seria cediéndole el expediente que abre y revisa.

—Se está rearmando —apunta Xavier.

—Es lo que creo. Para Kattanga es más fácil conseguir armas para volver a Somalia más fuerte —digo apoyándome en el respaldo de mi sillón —¿Qué piensas?

—Que tengo ganas de terminar con este cabrón. Por favor, avísame cuando lo tengas todo —dice mirándome fijamente.

—Trabajaré en ello todo el fin de semana —digo cogiendo de nuevo el expediente.

En ese momento escucho pasos que se acercan al despacho y miro hacia la puerta.

—Así que aquí es donde os escondéis —dice Bruno tocando a la puerta.

—Solo en ocasiones —respondo con una sonrisa quitando el expediente de la vista mientras Bruno se sienta en el sillón que queda libre frente a mi mesa.

—Todo está parado —dice Bruno decepcionado —Todo el mundo está de vacaciones y nosotros aquí encerrados pasando calor. Vayamos a tomar algo, ya nunca hacemos nada juntos.

—Por mí bien —contesta Xavier y se gira para mirarme fijamente.

—Por mí también —digo tras dudarlo mucho —Mando un mensaje y nos vamos.

—¿A tu jefe? —pregunta Bruno con retintín y añade riendo —Nunca pensé que te encandilaras así por alguien.

Xavier se gira hacia él y le lanza una mirada de desaprobación por sus últimas palabras.

Salimos del trabajo los tres en dirección al Hudson. Es como si llevara dos guardaespaldas lo cual me hace gracia. Hacía tiempo que no quedaba con ellos e incluso no me había enterado que Bruno ha empezado a salir con una chica y que luego se pasará por el Hudson. A Xavier lo veo mucho más a menudo por trabajo y hoy permanece más bien en un segundo plano. Llegamos al Hudson y nos sentamos en una de las enormes mesas de madera que hay en el exterior. El camarero sale y nos toma nota de nuestro pedido. No puedo evitar reír cuando Xavier pide picoteo como si fuéramos un regimiento. Bruno nos presenta orgulloso a Chiara, una espectacular italiana de enormes piernas y sonrisa angelical. Me muevo de taburete y le digo que se siente al lado de Bruno acercándome más a Xavier que continúa picoteando palitos de queso, nachos y demás. Chiara es encantadora y pronto nos encandila con su acento italiano y por cómo mira a Bruno cuando habla. Es encantadora. De repente, veo que Xavier mira al frente tensando la mandíbula y frunciendo el ceño. Creo que Aiden acaba de aparecer, así que miro en la misma dirección que él.

—Voy a pedir algo más —susurra haciendo ademán de levantarse de su taburete.

—Ni se te ocurra largarte —digo dándole un codazo muy poco disimulado —Él lo está intentando, inténtalo tú también.

—¿Lo has obligado? —pregunta irónico poniendo cara de asco.

—No, simplemente le he explicado lo importante que tú eres para mí —contesto tajante dejándole sin habla.

Xavier refunfuña algo que no logro entender, pero se queda quieto en su taburete bebiendo su caña. Evans y Green tras un corto saludo entran al local mientras Aiden se acerca a mí, apoya la palma de su mano en la espalda y me da un rápido beso.

—Ferri, Martínez —saluda con la cabeza a los chicos.

—Horwood —contestan de igual manera moviendo la cabeza.

—Ella es Chiara —digo animada presentándole a la chica que mira descolocada por la tensión que ha aparecido en el ambiente —Chiara, él es Aiden.

Los días se van sucediendo y por mucho que lo intente, no consigo que Xavier y Aiden se lleven mejor de lo que lo hacen ahora. Se acaba el verano y con ello se acerca la fecha en la que Rachel se marchará definitivamente. Xavier y yo hablamos de ello en uno de nuestros viajes a Berlín. Estamos seguros de que existe una célula de Kattanga en esta ciudad y que se están organizando para algo que no tiene muy buena pinta.

—Esta mañana Horwood no tenía muy buena cara cuando he ido a por ti —apunta Xavier sentado en el asiento contiguo del avión.

—No le gustan estos viajes —sentencio en un suspiro.

—Es parte de tu trabajo —dice Xavier serio mirando al frente.

—Lo sé. Sé que es parte de mi trabajo también, pero siempre aparece esa especie de preocupación cuando viajamos —confieso jugueteando con la pequeña botella de agua que tengo sobre la bandeja del avión.

—Rachel se marcha, ¿lo dejarás tú también todo por él? —pregunta con un tono malhumorado.

—No lo sé. La verdad es que todo va a una velocidad de vértigo. Hay momentos en que no lo llevo bien y me gustaría frenar —digo sincera girando la cabeza hacia él —¿Vendrás a su despedida?

—Es en casa de Horwood, ¿no? —pregunta huraño.

—Yo también vivo allí ahora —sentencio disgustada por sus reticencias —¿Por qué lo odias tanto? Él lo intenta y tú no haces nada por dar tu brazo a torcer. Xavier, yo no decidí de quien me enamoré. Sabes que para mí eres alguien muy especial y que me duele cada vez que nos enfadamos, pero no me hagas elegir. Los dos sois partes de mi vida.

Continuamos el viaje en silencio y finalmente me duermo sin darme cuenta sobre su hombro. Cuando aterrizamos, Berlín nos da la bienvenida con un terrible chaparrón. Un coche nos está esperando y nos lleva a una de las direcciones que hemos descubierto con la intervención de los teléfonos móviles de los sospechosos. Parece que han salido bastante rápido de allí y no piensan volver, ya que está todo medio vacío y revuelto. Pasamos más de dos días, esperando indicaciones y paseando por la ciudad hasta que uno de los activos de Somalia nos facilita otra dirección. Inmediatamente después, nos acercamos a la dirección facilitada mientras se da el aviso a los cuerpos de seguridad. Es una casa a las afueras de la ciudad con un pequeño jardín mal cuidado. Un gato se cruza frente a nosotros mientras nos vamos acercando sin hacer el mínimo ruido.

—Deberías quedarte aquí —dice Xavier haciéndome una señal.

—¿Por? —pregunto sorprendida por su consejo.

—Es peligroso —susurra tranquilamente.

—Ohhh, ¿lo dices en serio? —respondo irónica y le espeto adelantándolo —Deja de hacer ese tipo de comentarios machistas a estas alturas.

—Ven aquí —dice agarrándome de la cinta del chaleco antibalas —Ve detrás de mí. Esto está demasiado tranquilo y no huele bien.

Efectivamente Xavier tiene razón y, cuando nos estamos acercando a la

casa y varios miembros de la policía se encuentran más cercanos a la puerta, se produce una terrible explosión que provoca que la onda expansiva nos mueva de donde nos encontramos y nos tire al suelo.

—Joder —digo tapándome la cara mientras siguen cayendo escombros del cielo.

—¿Estas bien? Amelia, ¿estás bien? —pregunta Xavier preocupado.

—Sí, estoy bien. Me pitan los oídos —digo frunciendo el ceño.

—Espera, llevas un corte en la barbilla —dice examinándome el corte todavía tirados en el suelo —Horwood me matará si no te devuelvo de una pieza.

No puedo más que reír ante tal comentario. Nunca había imaginado que a Xavier le importara un bledo lo que pensara Aiden, pero parece que sí que le importa.

—O sea que no es porque yo esté bien, es porque él no se enfade y te parta la cara —digo riendo ante su cara de preocupación —No te preocupes Xavier. Sabe que soy muy testaruda y que no te haré caso.

Regresamos a casa en un vuelo de la tarde. Nosotros ya no tenemos nada que hacer en esos momentos y nos pasarán todos los informes desde la policía para identificar a los terroristas ocupantes de la vivienda y que se han inmolado. La noticia de la explosión queda maquillada ante la opinión pública por una terrible explosión de gas causando la muerte a los tres ciudadanos. Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Róterdam, le pido a Xavier que me lleve a casa.

—Aiden —digo nada más abrir la puerta, lanzando la maleta en la entrada y sacándome los zapatos.

—Cielo, estás ya de vuelta —dice Aiden acudiendo a mi encuentro.

—Sí —digo en un susurro llegando al sofá y tumbándome de golpe antes de que Aiden llegue hasta mí.

—Cielo, ¿estás bien? —pregunta arrodillándose a mi lado.

—Llevo cuarenta y ocho horas sin dormir. ¿Te importa que duerma aquí



mismo? —susurro cerrando los ojos.

—Por supuesto —dice Aiden apartándome una mecha de pelo que me cubre los ojos y, dándome un beso en la frente, me cubre con una manta — Descansa, Amelia.

—Aiden —le llamo cuando ya se ha dado la vuelta y le susurro — Gracias.

A la mañana siguiente me despierto temprano en la cama. No recuerdo haber llegado hasta allí, ni cuantas horas seguidas he estado durmiendo, pero allí estoy a su lado y no puedo evitar quedarme embobada mirando su respiración tranquila. Parece tan calmado que me trasmite esa paz a mí y me acurruco contra su cuerpo. Aiden se mueve a mi lado y pasa un brazo sobre mi cuerpo abrazándome. No puedo sentirme más segura en ningún otro sitio, así que vuelvo a cerrar los ojos y me duermo sintiendo el calor de su piel.

Sin darnos cuenta y con el paso de los días, llega la semana en la que Rachel se marchará. Hace ya varios días que dejó el trabajo y se la ve animada y triste a la vez. A mí cada vez que recuerdo que ya no la tendré cerca, me rompe literalmente el corazón y en dos ocasiones mientras la ayudo a empaquetar las cosas en cajas en su casa, debo ir al cuarto de baño para que no se dé cuenta de lo mucho que la voy a echar de menos. La admiro mucho por dar ese enorme paso en su vida y luchar por lo que tanto ha querido siempre, formar su propia familia y estar junto al hombre que ama.

—¿Cuándo vendrás a verme? —dice sentada en el suelo cerrando una de las últimas cajas de cartón.

—No sé, las primeras vacaciones que tenga —digo haciendo un mohín.

—Tú no coges nunca vacaciones —dice irónica —Pongamos una fecha, si no ponemos fecha sé que nunca encontraremos el momento.

—De acuerdo, pon una fecha y allí estaré. Además, tendrás sol todo el año, podremos hablar por FaceTime. Luego no tendrás tiempo y te pasarás la vida de fiesta en fiesta —digo con el corazón encogido —Aunque no lo parezca, me alegro muchísimo por ti, pero tengo que reconocerte que soy egoísta y te voy a echar mucho de menos.

—Ohh, yo también soy egoísta y me gustaría teneros a todos. Hablando de todos, ¿dónde están todos? No han venido a ayudar los muy canallas —dice levantándose del suelo.

—¿Quieres dar una última vuelta conmigo en bicicleta? —digo más optimista.

—Creo que es una genial idea.

Rachel y yo nos montamos en nuestras bicicletas y nos despedimos de la ciudad. Es una sensación de lo más extraña. Recorremos parte de la ciudad que adoramos, que nos acogió y nos hizo sentir como en casa. Es la despedida de Rachel a la ciudad, pero yo siento que también es la mía. Ya no podré sentirme igual en todos y cada uno de los rincones en los que hemos pasado estos últimos años. Acabamos nuestro recorrido por los bosques de Clingendael donde aprovecho para quejarme y pedirle que nos acerquemos a casa para ir al cuarto de baño.

—Eres una meona —berrea Rachel entre risas entrando en el camino de piedras y pregunta —¿Está Horwood?

—Sí, supongo que estará en el jardín —digo apoyando la bicicleta en una de las paredes.

—Voy a despedirme de él —dice alegremente —Echaré mucho de menos sus miradas acusatorias y su frente arrugada quejándose de nuestras locuras.

—Toma, abre la puerta, que se me ha enganchado la cadena —digo lanzándole las llaves de la casa a Rachel.

—Para que quieres poner la cadena a la bicicleta. Vives en un barrio de pijos, nadie va a querer robar tu bicicleta, ellos van en cochazos —dice riendo girando la llave de la puerta principal y pasando a la cocina.

—¡Sorpresa! —escuchamos en el jardín trasero de la casa.

Rachel se lleva las manos a la cara y no puede más que sonreír cuando se gira y me ve allí plantada con cara de satisfacción. Todos, o más bien casi todos están allí. No he conseguido que finalmente Xavier diera su brazo a torcer y la última vez que le he escrito me ha dicho que estaba en una

reunión. Rachel no deja de dar palmaditas, sonriendo, abrazando y dándoles las gracias a todas las personas que se han concentrado en la parte trasera de la casa. Incluso se le escapan varias lágrimas abrazando a unos y otros. En una parte de la terraza se han colocado unas mesas altas y una especie de bufé con comida y bebida. Todo decorado por pequeños farolillos blancos que iluminan el exterior. Aiden y James, llevan preparando todo el día la sorpresa y encargándose de la colocación de los farolillos desde que yo me marché a entretener a Rachel. Todo está espectacular.

—Os ha quedado espectacular —digo abrazando a Aiden y besándole con cariño.

—Ha sido fácil con la gran cantidad de explicaciones que nos has dejado —contesta Aiden irónico abrazándome.

—Horwood —escuchamos a nuestra espalda —Te voy a echar de menos.

—Rachel Elisabeth Walker, yo también lo voy a hacer —contesta Aiden.

—Gracias por la fiesta de despedida —dice abrazada a James.

Justo en ese momento vemos aparecer por uno de los laterales de la casa, por el estrecho camino de piedras que lleva al jardín, a Xavier que, vestido con unos pantalones vaqueros, una camisa y con el pelo totalmente húmedo, avanza hacia nosotros.

—Hola. No sabía qué debía traer así que he traído vino y cerveza —dice cuando está a nuestro lado levantando una mano con la cerveza y la otra con el vino.

—Cualquier cosa está bien —digo casi con un puchero sintiendo en sus ojos lo mucho que le ha costado venir mientras me suelto de Aiden y le doy un abrazo susurrándole —Gracias, gracias por esto.

Tras darle el abrazo, me aparto y le da un fuerte abrazo a Rachel que hace que ésta se separe de él con lágrimas en los ojos. Después le estrecha la mano a James y finalmente a Aiden.

—Creo que ninguno de nosotros pensó nunca en esto —dice Gabrielle acercándose a nosotros —Nunca pensamos que llegaría el día en el que nos separaríamos y principalmente que fuera Rachel la primera en hacerlo.

Y efectivamente era así. Puede que en alguna ocasión lo hubiéramos pensado, pero siempre lo vimos como algo muy lejano y no le dimos importancia hasta ahora. La fiesta es todo un éxito y se alarga hasta altas horas de la noche. A la mañana siguiente acudimos a su casa a recogerlos para llevarlos al aeropuerto. Rachel y yo pasamos de reír a llorar y volver a reír en pocos instantes, y Aiden y James nos miran como si estuviéramos locas mientras recordamos momentos vividos juntas. Finalmente toca despedirnos de ellos y cuando ambas debemos hacerlo reímos mientras las lágrimas recorren nuestro rostro.

—Nos vemos pronto —digo apartándome de ella.

—Cuídate mucho —dice limpiándose las lágrimas de la cara.

Aiden me pasa un brazo por los hombros con cariño mientras los vemos dirigirse al control de pasaportes. Rachel abre su bolso y de repente se para y nos mira. Viene de nuevo hacia mí con paso acelerado.

—Se me había olvidado. Él te escuchará y te protegerá —dice entregándome a “*Baguette*” con cariño.

Rachel vuelve a girarse y corre de nuevo a reunirse con James mientras yo observo el horrible gnomo en mis manos.

Los días continúan avanzando tras la marcha de Rachel. La echo muchísimos de menos y eso hace que mi estado de ánimo cambie. Sin darme cuenta suplo su ausencia sumergiéndome totalmente en el trabajo que poco a poco va avanzando mientras sentimos como vamos asediando a Kattanga. Una de las noches que regreso de una misión y llego a casa antes de tiempo, entro con cuidado pensando que Aiden puede estar ya descansando cuando veo luz en el jardín.

—Hola —digo casi en un susurro feliz de estar de nuevo de vuelta.

—Hola cariño. Te estaba esperando —dice con una amplia sonrisa mientras me acerco a él y le doy un cálido beso en los labios —¿Todo bien?

—Todo bien —confirmo con una sonrisa —¿No tienes frío?

—Un poco, pero me apetecía mirar al cielo —dice con una mueca.

—Espera —digo mientras vuelvo a entrar en casa y cojo una de las mantas que tenemos sobre uno de los sofás y saliendo de nuevo le pido — Hazme un hueco.

Aiden abre sus piernas en la tumbona y yo me siento recostándome contra su pecho mientras él me abraza y nos tapa con la cálida manta. Permanecemos unos instantes en silencio.

—¿Qué piensas? —susurro acurrucada.

—Me han ofrecido el puesto en Nueva York —dice a bocajarro tras pensarlo un poco.

—Ohh, eso es algo maravilloso —digo emocionada girándome y poniéndome de rodillas para mirarle a los ojos —Es algo que siempre has deseado.

—Sí, pero ahora es diferente —dice dubitativo —Amelia, vente conmigo. Empecemos una nueva vida lejos de misiones, viajes y riesgos. Yo ya no sé vivir si no es contigo. Amelia, ¿te casarías conmigo?

—¡¿Qué?! —pregunto sorprendida quedándome en silencio de nuevo bloqueada.

—Te quiero, te quiero más que a mi vida y sé que tú también me quieres, aunque no me lo digas —dice con una sonrisa acercando sus manos a mi cara y acercando sus labios —Amelia, vente conmigo. Construye conmigo un hogar.

—¿Qué te sucede? —pregunto sorprendida por el momento — Últimamente estás diferente.

—Tengo miedo cada vez que sales por esa puerta cargada con tu mochila. No duermo las noches que estás fuera pensando en que podría no volver a verte nunca y hay momentos que no puedo soportarlo, así que me siento aquí mirando al cielo soñando una vida juntos y rezando para que no te suceda nada y vuelvas pronto a casa —confiesa inquieto.

—Nunca me lo habías dicho. ¿Por qué no me habías dicho eso antes? —pregunto sorprendida por el tono angustiado de su voz.

—Porque sé que adoras tu trabajo —confiesa tras un largo silencio.

—Pensaba que era a la única que le costaba hablar —digo abrazándole y dando un fuerte suspiro —Hablemos este fin de semana con calma y... Aiden, enhorabuena por el puesto.

Esa noche no duermo tranquila y me despierto en varias ocasiones. Se avecina una gran tormenta y el aire ruge en el exterior mientras las gotas del terrible chaparrón golpean con fuerza los cristales de la habitación. Aiden duerme tranquilo y yo observo su respiración acompasada mientras una leve sonrisa brota en mis labios por la felicidad que siento al recordar sus palabras. Aiden quiere pasar el resto de su vida a mi lado y eso causa que esté como en una nube rosa flotando mientras siento inmensos estallidos de felicidad en mi corazón.

Los siguientes días en el trabajo son complicados. El equipo de Xavier se marcha a pesar de mis advertencias. Saben exactamente dónde está Kattanga. Está en Mogadiscio, en una zona totalmente inestable en estos momentos.

—Xavi, escúchame. No es seguro, no lo hagáis —le ruego mientras reciben la autorización.

—Amelia, es ahora o nunca —dice serio.

—Estaréis totalmente desprotegidos, no pueden entrar a la zona. Xavi, por favor. Recuerda que yo he revisado los datos, no lo hagáis —casi le suplico —Se esperan revueltas y ha habido dos atentados en la zona.

—Intentaremos volver de una pieza —dice cogiendo el papel con la autorización y tras inesperadamente darme un beso en la frente, se marcha dejándome allí plantada.

Paso el resto del día inquieta, no entiendo qué me está sucediendo. Puede que los miedos de Aiden me estén afectando también a mí, así que reviso los expedientes de la misión hasta el milímetro. Me conozco los planos de las viviendas, la zona y las personas con las que hablan de memoria. En una de las reuniones que acudo, Aiden me tiene que llamar la atención en dos ocasiones para que esté pendiente de los asuntos que allí tratan. Envío un mensaje a John y descubro que la inestabilidad de la zona es más grande de lo que pensábamos. Esa noche me quedo hasta tarde mirando imágenes de

satélite y datos. Siento que algo está fallando y no doy con qué.

—Vamos a casa. Mañana podrás verlo con más claridad después de descansar un poco —dice Aiden desde la puerta de mi despacho cuando pasa a recogerme.

Aiden, una vez en casa me trasporta de nuevo a ese estado de paz y tranquilidad que en ocasiones necesito para poder desconectar del trabajo. Cenamos y no tardamos en ir a dormir. Estoy inquieta, pero finalmente consigo dormir varias horas hasta que escucho el sonido de mi teléfono móvil sonando en la mesita de noche. Me desadormezco en el momento que veo de dónde viene. Lo cojo rápidamente y escucho atentamente de lo que me informan. Creo que en ese mismo instante mi corazón ha dejado de latir. Miro los vídeos que han adjuntado y las manos empiezan a temblarme. Salgo de la cama casi de un salto sin darme cuenta que Aiden duerme a mi lado. Corro al vestidor y me meto en el cuarto de baño.

—Cielo, ¿qué sucede? —pregunta Aiden levantándose al verme.

—Han derribado el helicóptero —confieso con urgencia mientras creo que me asfixio y me llevo la mano al pecho.

—El helicóptero, ¿qué helicóptero? —pregunta Aiden confuso sujetándome del brazo.

—Es Xavi —susurro temblando —Xavi y su equipo.

—Espera, yo te llevo a la oficina —dice desprendiéndose rápidamente de la camiseta del pijama.

Son las cuatro de la mañana cuando entramos por la seguridad. No se ve un alma hasta que llegamos a la octava planta y es ahí donde Aiden se queda atrás mientras yo me encamino acelerada hacia la zona de la reunión. Ya hay gente allí intentando conseguir imágenes de lo que ha sucedido. Todavía es de noche y no podemos ver claramente qué ha pasado. Así que analizamos cada movimiento, cada disparo, cada sonido hasta que, sin darnos cuenta y antes de que haya amanecido y podamos ver imágenes para saber si hay supervivientes, nos avisan de que ya corre por la red un vídeo. Con horror vemos como el helicóptero derribado arde entre escombros y varios terroristas celebran el derribo con tiros al aire. Durante el día se suceden las

reuniones una tras otra donde a cada momento la tensión va en aumento. Mientras las prisas y las carreras invaden la planta, intento ver algo en las imágenes que nos puedan dar alguna pista de qué ha podido suceder. Intento obtener información de todos los contactos y conocidos que tengo en la zona. Son las siete de la tarde cuando veo que mientras reviso junto a dos personas más las imágenes vía satélite, Aiden entra en la sala.

—¿Tenéis alguna noticia? —pregunta serio mirando las pantallas, mientras se sujeta a la camisa la identificación de seguridad.

—No, todavía no. ¿Qué haces tú aquí? —pregunto extrañada.

—Supongo que gabinete de crisis. ¿Supervivientes? —pregunta mirando la pantalla con el helicóptero completamente calcinado.

—Sí, no sabemos cuántos, pero los hay. Mira aquí —digo señalando la pantalla.

—Esas imágenes..., ¿de dónde narices las habéis sacado? —pregunta con el ceño fruncido.

—Eh, baja la voz —digo ofendida —Son de un satélite ruso y mejor no preguntes más. Hay supervivientes, ahora tenemos que saber quién los tiene y si los han vendido para pedir un rescate. Dejarán pasar un tiempo para que nos desesperemos, pero intentamos ir tres pasos por delante de ellos. Lo principal es saber quién va a pujar por ellos y qué grupo terrorista los tiene y negocia con ellos. Suponemos que los han llevado a un cuartel del sur, es la zona más conflictiva y de difícil acceso. Cuando se establezcan, mandarán sus exigencias.

Aiden acude a varias reuniones. No se sabe nada más en todo el día, hasta bien entrada la noche en la que empieza a viralizarse un vídeo de tres personas del equipo de Xavier, incluido él, arrodillados frente a la cámara malheridos. Exigen la liberación de siete presos afines a Kattanga, armas y dinero en un plazo de tres días antes de ejecutarlos. El vídeo nos llega en forma de jarra de agua fría. Es imposible que se acceda a sus peticiones. Además, es imposible con el plazo de tiempo que han puesto. Esto posiblemente sea debido a la enorme falta de liquidez que tienen en esos momentos su grupo. El corazón me ha dado un vuelco cuando lo he reconocido con la venda en los ojos. Pronto he visto que la intención de los



terroristas es cobrar lo máximo que pueda, y ningún país va a negociar en esas condiciones. Recibo varios mensajes de activos en la zona. John y Claire nos ceden toda la información que poseen y cuando deciden mandar un equipo a la zona de manera urgente, decido ir con ellos. Bajo a mi oficina y cojo la bolsa que siempre tengo preparada. Tampoco voy a necesitar mucho. Durante esos escasos minutos, no dejo de pensar en Aiden. No puedo decirle que me marchó, pero tampoco debo marcharme sin decirle nada. Va a odiarme cuando se entere, así que rápidamente garabateo un mensaje de despedida en una nota y en un sobre se lo dejo a Daina.

*“Por favor, no me odies por hacer esto. Se lo debo. Volveré pronto. Ame”* Simplemente escribo.

Mientras llegamos a lo más cerca de la zona que podemos, se viraliza un nuevo vídeo de uno de los hombres de Kattanga para presionar a los países a la negociación urgente. Lo que no se dan cuenta es que si empieza a matar rehenes nadie negociará con ellos. El país nos recibe con una calma insoportable mientras nos movemos rápidamente hacia un piso franco donde nos encontramos con John y con Claire. Tienen toda la información que han podido obtener y nos dan la localización casi segura del cuartel donde los tienen retenidos. Creo que nunca había movidos tantos hilos como en las últimas veinticuatro horas. Antes de abandonar el piso franco recibo una llamada.

—Amelia, no podéis ir solo vosotros. Todavía no han autorizado un ataque. No entréis ahí —dice adusto —Navarro, es una orden. Escúchame, tenéis que esperar.

—No podemos esperar. Los matarán a los dos —digo frustrada, pero a la vez convencida de ir a por ellos.

—Os matarán a vosotros también, dame unas horas. Navarro no lo haga —insiste Aiden al teléfono.

—Os mando localización. Por favor, mandad apoyo —digo en casi un susurro y cuelgo.

No sé los favores que ha tenido que pedir Claire para que le digan la localización, pero allí estamos, a escasos metros del cuartel donde se supone que los tienen retenidos. No dejamos de mirar el reloj y las horas pasan sin

que nos confirmen el apoyo aéreo. Estamos escondidos muy cerca de las instalaciones y cuando al amanecer vemos movimiento por uno de los accesos laterales, mandamos informe y decidimos entrar. Nos confirman que continuamos solos y que los gobiernos siguen discutiendo sobre la intervención. Nos encontramos con tres hombres que custodian esa entrada. Rápidamente el equipo los elimina sin hacer apenas ruido y vamos avanzando. Tenemos que bajar a una especie de sótano que hay por unas estrechas escaleras de piedra. Vamos descendiendo en silencio, solo se escuchan apenas nuestras pisadas y las respiraciones nerviosas. Dos certeros disparos más y vemos varias celdas con unos enormes barrotes negros. Corremos y miramos hacia el interior. Están vacías, hasta que llegamos a las últimas donde vemos un bulto tumbado en una especie de futón.

—Xavier —susurro intentando mover la puerta. El bulto se gira despacio y me mira con la cara casi deformada por los golpes — ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, me han dado una paliza que te cagas —dice en un quejido —Te he echado de menos enana.

—¿Dónde están las llaves? Es imposible abrir esta puerta sin tirar abajo la edificación —digo seria agarrándome a los barrotes.

—Las lleva Kattanga —anuncia abatido —Es imposible abrirlas.

—Hay que salir de aquí. Os van a ejecutar —digo angustiada.

—Ame, tenéis que salir de aquí. Es imposible abrir la puerta sin las llaves —dice acariciando levemente una de mis manos que se aferran a los barrotes.

—No pienso largarme de aquí sin ti —digo tozuda mientras tres de los hombres suben de nuevo hacia el piso de arriba para intentar conseguir las llaves.

—Ame, cariño. Mírame, no vais a poder sacarnos de aquí. Ame, por favor, cariño mírame —dice poniendo sus manos sobre las mías en los barrotes —Estoy listo, no pasa nada. Debéis marcharos.

—¿Qué mierda estás diciendo? Discrepo contigo —digo totalmente cabreada dándole una patada al barrote —Pues yo no. Yo no estoy lista para

dejarte aquí. Quiero decirte tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Solo tú podrías utilizar el verbo discrepar en una situación como esta —dice intentando calmarme.

—No te hagas el gracioso —increpo furiosa.

Xavier le hace un gesto al compañero que le pasa un chaleco antibalas para que se lo ponga. Se escuchan pasos y varios disparos en el piso de arriba. Y, mientras Xavier se pone el chaleco le hace un gesto al compañero para que desista y me lleve con él.

—Es una orden —dice colérico por mi insistencia mientras avisa al compañero que me cubre —Sigo siendo la persona de mayor rango, así que cumpla mis órdenes.

—Te juro por Dios que como me pongan una mano encima gritaré con todas mis fuerzas de tal manera que por tu culpa nos matarán a todos —siseo con rabia amenazándolo —Me importa una puta mierda tu rango, hemos venido a sacaros de aquí y eso haremos.

—Martínez, acaban de aprobar la intervención. Tienen un predator<sup>17</sup> en el aire que viene hacia aquí armado —le comunican a Xavier —Estaba en una misión de reconocimiento en la zona. Llegará en unos quince minutos. Debemos salir de aquí.

—Yo me quedo aquí —digo cabezota. Me acerco a la celda de Joseph, le paso un chaleco a él también y le indico —Tienes que cubrirte.

—Joder, Navarro. Eres más testaruda de lo que siempre dijo Martínez —dice colocándose el chaleco y alejándose de los barrotes.

—Martínez siempre ha sido un blando conmigo —digo guiñándole un ojo.

El equipo se marcha a refugiarse. Mientras yo me coloco entre dos gruesos muros. Respiro profundamente y empiezo a hablar por el auricular que llevo al cuello.

—Chicos, si no sobrevivimos a está, necesito que me hagáis dos favores —digo apoyándome contra los muros.

—Dime —escucho al otro lado del pinganillo.

—Aseguraos de que Kattanga está muerto, para que no hayamos muerto en vano —susurro al micrófono intentando respirar con calma.

—¿Y el segundo? —escucho en una especie de silencio sepulcral.

—¿Podéis grabar un mensaje? —pregunto mirando el reloj.

—Sí claro. ¿Estás lista Navarro? —preguntan.

—Sí —informo. Me indican que ya están grabando y se hace el silencio —Necesito dejar un mensaje para Horwood y que entienda lo que estoy haciendo... Sabes que nunca me despidió, pero necesito que sepas que te quiero y que siempre te querré. Mi respuesta hubiera sido sí, me casaría contigo en cualquier lugar y en cualquier momento. Eres mi estrella fugaz, mi alma gemela y todas las cursiladas que se puedan pensar. Siento no haberte contestado el otro día, estaba aterrada. Te quiero, siempre te he querido con toda el alma desde el día que te conocí y nada ni nadie podría cambiar nunca el cariño que siento por ti. Siento no haberte dicho más veces lo feliz que he sido a tu lado, sabes que siempre he sido bastante nula con las palabras, los sentimientos y las despedidas. Te quiero y siento no haber sabido hacerlo mejor.

De pronto siento que algo se quiebra dentro de mí. Las lágrimas empiezan a caer por mi rostro en silencio y pequeñas sacudidas recorren mi pecho. Me abrazo a mí misma dejándome caer en el rincón.

—Aguanta, Amelia. Os sacaremos enseguida de ahí. —oigo la voz de Aiden al otro lado del auricular.

Empiezan una cuenta atrás sin que podamos decir nada más mientras sorprendida sonrío entre las lágrimas por haber conseguido despedirme de Aiden. Xavier se acerca a la esquina donde me encuentro y pasa la mano entre los barrotes sujetando la mía. Cinco, cuatro, tres, dos, uno..., impacto. Se produce un terrible impacto en el edificio haciendo que tiemble por completo y parte de la estructura caiga. El polvo invade toda la estancia y no puedo evitar toser. Me levanto aturdida al escuchar a Joseph quejarse cuando todo deja de moverse. Quito varios cascotes que me impiden el paso y saltando encima de ellos, le ayudo a levantarse.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto sujetándole el rostro.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Dónde está Martínez? —pregunta limpiándose la cara con el brazo.

En varias ocasiones intento conectar por el auricular, pero no obtengo respuesta. Xavier está tumbado en el suelo algo aturdido, pero tras unos breves instantes recupera la respiración e intenta levantarse con nuestra ayuda. En el exterior escuchamos gritos y lamentos. Percibimos varias ráfagas de disparos y al octavo intento, vuelvo a tener comunicación con el equipo de apoyo.

—Todos bien, vamos a salir —comunico entre tosidos sujetando a Xavier.

—Tenéis un equipo de rescate a menos de treinta millas. Salid de ahí cagando leches —escucho al otro lado del auricular.

Intentamos huir por la salida sur, pero la cantidad de escombros que hay en esa zona nos lo impide teniendo que trepar por los grandes cascotes. Escuchamos varias ráfagas de disparos cuando un helicóptero se acerca. Joseph y Xavier se ayudan mutuamente mientras yo me adelanto para comprobar que tenemos el camino despejado. De repente, vuelvo a escuchar ruido a mi espalda y al girarme veo a Kattanga herido enarbolando un enorme machete. Me giro y veo que Xavier, que se ha quedado una de mis armas, dispara casi a bocajarro. Kattanga se dobla con dolor reflejado en el rostro.

—Esto por ella —dice refiriéndose a mí disparando de nuevo en la zona de la entrepierna y continúa apretando el gatillo —Esto por mis compañeros, por Fatuma y todas las personas inocentes que has matado.

Xavier continúa disparando hasta que Kattanga yace inerte en el suelo. Yo me acerco a ellos en el momento que escuchamos al helicóptero suspenderse en el aire. El polvo vuelve a levantarse con gran virulencia por el rotor. Entrevemos a los compañeros que suben al aparato y uno de ellos acude a ayudar a Joseph mientras yo cargo como puedo con parte del peso de Xavier. Escuchamos nuevas ráfagas de disparos cerca de nosotros y el helicóptero se mueve peligrosamente. Los compañeros responden al fuego desde el aparato cuando vemos que empieza a moverse con más violencia. Nos tapamos la cara con el brazo mirando hacia donde el helicóptero se

mueve esquivando el fuego enemigo. Por el auricular me avisan de que no puede volver a acercarse más y tiran una soga para que nos enganchemos y subamos. En un primer momento se intenta la extracción con vuelo estacionario de nosotros, pero poco a poco vamos teniendo más fuego enemigo cerca, así que engancho a Xavier a la soga y yo me engancho a él. El helicóptero empieza a moverse de un lado a otro y asciende con nosotros colgando e intentando esquivar las balas que silban a nuestro alrededor. Los sonidos se entremezclan y es imposible escuchar nada. Xavier me sujeta con fuerza protegiéndome con su cuerpo. De repente siento como su cuerpo se mueve violentamente y el gesto amable de su cara se transforma en un terrible gesto de dolor.

—Enana, gracias por venir a por mí —son las últimas palabras que salen de su garganta.

Sus brazos dejan de sujetarme y me agarro fuertemente a él. Me miro el cuerpo y voy llena de sangre, pero yo no siento ningún dolor. Mientras nos alejan de la zona van recogiendo la soga con nosotros colgando hasta que el helicóptero se estabiliza por unos instantes y nos suben a la cabina. Enseguida se dan cuenta de que Xavier esta inconsciente mientras yo me desengancho de él sujetándole la cabeza. El médico del equipo le quita rápido el chaleco y encuentra varios orificios de bala. No respira y mientras uno de ellos empieza la reanimación, otro de ellos le hace un torniquete en la pierna y le taponan la herida del hombro. En ese momento en el que le veo allí inerte sin moverse, siento que el corazón se me encoje hasta sentir un implacable dolor. Al final se ha salido con la suya y ha acabado con la vida de Kattanga, pero Xavier yace inerte sobre el suelo del helicóptero mientras yo le sujeto una mano mientras le ruego enloquecida que no me deje.

## Epílogo



Al final, he tenido que acortar las vacaciones en Nueva York. Debo incorporarme antes de tiempo y aquí estoy en mitad de mi nueva casa y con la planta principal llena de cajas sin abrir. Realmente no sé por dónde empezar, así que me llevo las manos a las caderas y decido escapar de ese desorden. La agencia ha dicho que mandarán a una persona que se encargará de todo y no me voy a pasar mi primer día en un nuevo país encerrado en casa rodeado de cajas. Entro en el garaje y veo la bicicleta que me dijeron que tendría. Es perfecta y solo tengo que ajustar un poco la altura del sillín. Le doy al botón del mando de la puerta del garaje y ésta empieza a levantarse. Está nublado, pero dudo que llueva así que salgo a la enorme avenida y empiezo a pedalear. Pronto vislumbro los edificios del *skyline* de la ciudad y me dirijo hacia allí. Madre mía, la gente va como loca con la bicicleta y en varias ocasiones me tocan el timbre para que me aparte. No sé cómo lo he hecho, pero he aparecido en lo que parece el centro de la ciudad. Espero saber regresar a casa, si no, tendré que poner el GPS del teléfono móvil. Estaciono la bicicleta en una especie de garaje bajo un enorme edificio blanco y paseo mezclándome con las personas. No sé realmente dónde ir, pero veo en una esquina una especie de supermercado ecológico y hago una pequeña compra. A la vuelta, de repente y sin esperarlo, me cae un terrible chaparrón mientras sigo las indicaciones de mi teléfono móvil para llegar a mi nueva casa. Maldita lluvia, así sin avisar. Saco la compra y lo dispongo todo en los armarios y la nevera. Tengo hambre, pero no encuentro por ningún lado los cuchillos en las cajas, así que finalmente me como un sándwich y me voy a dormir para recuperarme del cambio de horario.

Para mi desgracia, me despierto cuando la lluvia golpea los cristales de las ventanas. Es viernes, así que decido ir al trabajo donde hablo con el jefe de recursos humanos. Han preparado mi presentación para el lunes así que hoy puedo aclimatarme un poco. Me presenta a varios compañeros que me

invitan a reunirme con ellos ese mismo día tras la cena de despedida de mi antecesor.

Creo que a estas alturas de la noche no voy a poder retener muchos más nombres de jefazos. Menos mal que nos vamos a tomar unas copas a un ambiente más distendido.

—Discúlpeme —dice una señorita que literalmente se ha topado con mi cuerpo.

—Queda usted totalmente disculpada —contesto con una amplia sonrisa mientras la sujeto para que no caiga mientras ella no puede evitar que la curva de sus labios dibuje una sonrisa. Por un microsegundo pienso que no quiero que se escape de mis brazos.

—Llego tarde —contesta encogiéndose de hombros mientras sus ojos brillan mientras me miran.

—Bastante —le susurro sin poder evitar acercar mis labios a su cuello mientras me impregno de ese hipnótico perfume suyo.

—Entonces no debo entretenerme más —dice para mi desgracia a modo de despedida.

—Ni yo debo entretenerla más —contesto levantando levemente las cejas y con una sonrisa que no puedo ocultar.

Esa situación pasa a ser la más emocionante de todas las que he tenido desde que he pisado el país. Paso parte de la noche observándola y buscándola. ¡Madre mía! Menudo aguante tiene. Creo que va completamente piripi, pero su mirada tropieza con la mía y creo que descaradamente liga conmigo. Volvemos a tropezar, es nuestro sino de la noche. Es divertida y con un gran desparpajo. Sin darme cuenta se está riendo de mi acento y todo ello sin hacerme perder la sonrisa. Necesito saber su nombre, ya investigaré en la oficina a ver si alguien la conoce. Me presento para ver si lo consigo, pero ella no me dice su nombre. Mi entusiasmo es rápidamente aplacado cuando aparece el que parece que es el novio, así que decido marcharme a casa. Ha sido como un jarro de agua fría hasta que de nuevo escucho su voz. Quiere compartir el taxi y parece algo abrumada. Se duerme en el coche y me es imposible saber quién es o a donde va, así que la llevo a casa. No lleva



ninguna identificación en el bolso, solo un pulverizador de pimienta, algo de dinero efectivo y cosas de mujeres como un pintalabios.

A la mañana siguiente desaparece y no consigo saber su nombre. Me va a volver loco. Esa misma mañana tengo la visita de mis nuevos vecinos. Son muy amables y me traen un bizcocho que la hija pequeña come con ganas en el jardín mientras me habla de sus mascotas. Tessa, así se llama mi vecina, me indica cómo llegar al supermercado más cercano y algunos consejos. Cuando piso por primera vez el supermercado y voy deambulando por los pasillos, ahí está ella, mirándome sin poder dejar de sonreír. Su nombre es Amelia y dicho con su voz hace que el corazón se me paralice. Decidimos pasar la tarde juntos y es lo más fascinante que hago en años. Esa mujer me hipnotiza con su forma de hablar y sus adorados gestos. Oficialmente parezco un lerdo en plena pubertad, enamorado de una chica que no le hará ni caso. No sé cómo lo hace, pero esquiva todas las preguntas que le hago. Me muestra cosas de la zona. La verdad es que las cosas vistas de la manera que lo hace ella tienen una belleza diferente y excepcional. A pesar de pasar todo el día juntos hablando sin cesar, no consigo que me dé su número de teléfono móvil. Creo que estoy perdiendo facultades con las mujeres.

Me enfrento a mi primer día de trabajo con optimismo cuando tropiezo con alguien que disimuladamente me tira al suelo realizando una llave de defensa personal. ¡Ohh!, no puede ser, no sé si dar las gracias al cielo o maldecirlo. Creo que la mujer que me ha enamorado en menos de veinticuatro horas está en la planta que voy a dirigir. Durante la reunión y los días sucesivos me doy cuenta de que es muy respetada y todos valoran su trabajo de manera excepcional, aunque ella no lo haga con el mío. Amelia parece realmente cabreada. Cree que todo lo que sucedió el fin de semana ha sido una estúpida prueba que le he puesto, pero no sabe que llevo media mañana intentando descubrir cosas de ella, cosa que me está suponiendo todo un maldito reto al tener el noventa por ciento de su expediente clasificado. Soy su jefe, debería poder verlo y me siento ofuscado. No puedo ver mucha información y la que veo me deja sin palabras. Para ser tan joven parece que está realmente preparada para la función que desarrolla y es todo un *cerebrito*. No consigo sacar nada en claro y durante los siguientes días me esquiva de manera descarada. Para mi frustración, siempre va con Martínez quien la mira con absoluta devoción. Mi desesperación es aún mayor cuando veo que se pasan las normas de seguridad por el forro. Han permitido que

alguien sin autorización esté por allí y además lleva en sus manos algo verde con un aspecto realmente asqueroso. Cuando se presenta, no puedo evitar reír en mi interior por su elocuencia. Espero que nadie se haya dado cuenta de que he estado a punto de sonreír cuando, descaradamente, me deja allí plantado y desaparece. Miro ceñudo a Martínez y a Navarro, estos dos van a hacer de mi trabajo un verdadero suplicio.

Intento pasar algo de tiempo con ella y le propongo que me acompañe a una reunión. Veo que se siente verdaderamente incomoda y me reconozco que no es muy buena con las relaciones sociales. Es algo que me sorprende ya que todavía no he encontrado a nadie que diga ni una mínima palabra negativa sobre ella. Durante la reunión me doy cuenta de lo buena que es analizando hasta el más inapreciable gesto de la gente y, antes de que me dé cuenta, obtengo mi ración de análisis de mi comportamiento. Es como si me conociera de toda la vida y supiera exactamente lo que pienso a través de ello. Me invita al cumpleaños de uno de los compañeros, y cuando encuentro algo en común para hablar con ella y parece totalmente relajada y vuelve a sonreír después de estos días, vuelve a aparecer Martínez. Este tío está en todas partes, además, creo que me odia por intentar acercarme a ella.

Es fin de semana y tras salir a correr decido ir al trabajo. No tengo nada mejor que hacer por casa solo y hay mucho trabajo pendiente. En el silencio de la planta que está desierta, de repente escucho música y a alguien cantar. Me acerco y veo a Amelia, totalmente adorable, concentrada en tararear una canción. No puedo evitar sonreír cuando veo que se emociona y al verme se le escapa un gallito inesperado por la sorpresa de verme allí. Como con ella y con la chiflada de su amiga que canta a voz en grito en la planta principal no sé qué canción de que ella es una reina y no necesita a ningún rey a su lado. Almuerzo con ellas, no sé por qué me hago unas estúpidas ilusiones que se desvanecen totalmente cuando la veo esa noche subida a un toro mecánico agarrada a Martínez en una fiesta en un local de copas. Dijo que no salía con nadie, pero a estas alturas sé que algo existe entre ellos y es algo más que una simple camaradería entre compañeros.

De repente una mañana no va a la oficina y su secretaria me dice que no sabe cuándo volverá, que estará fuera un par de días. A mí nadie me ha dicho nada. La sorpresa es mayúscula cuando la veo entrar al edificio. Se ha cambiado el color de pelo, ¿no estaba enferma? Creo que me está tomando el

pelo y me esquivo. Tengo que concentrarme en el trabajo, pero no lo consigo. Esto ya está sobrepasando todos los límites de la insubordinación. Voy a por un café y allí la encuentro, intentando acceder a los botes de café que me he ocupado de mover estos días. Muy a su pesar tiene que pedirme ayuda. Hablamos en mi despacho, y la verdad, es que me siento más reconfortado cuando veo que me escucha y me mira atenta. Tras la charla no es que me trate diferente. Cuando no está trabajando encerrada en el despacho va pegada al inoportuno de Martínez. Pasan los días y me hace sospechar cuando la veo cenando con una vieja conocida que sé que trabaja para la Agencia de Inteligencia Estadounidense. ¿Qué pueden tener en común? Vuelvo a revisar su expediente y no puedo llegar a entender el porqué de su nivel de seguridad. Uno de los días me levanto con mal pie y cuando veo que vuelve a tomarme el pelo le pregunto. No creo que haya hecho bien. Por un momento se le ve terror en los ojos, pero pronto se recompone y contesta de forma inapropiada. Creo que definitivamente no es nuestro día y cuando tropiezo con Menno se lo comento. Soy su jefe, se supone que debería conocer a las personas que están en la planta que dirijo y con ella es imposible, además que siempre tiene esa fea palabra suya española en la boca. Cuando me calmo y me doy cuenta de las consecuencias que puede tener, me arrepiento. Maldita sea, debería poder hablar con ella. Se lleva bien con todo el mundo, no entiendo qué le sucede conmigo. Salgo al pasillo para intentar hablar con ella y solucionarlo y allí la veo discutiendo con Martínez y cuando me mira con esa mirada de menosprecio y dolor me sacude toda el alma. Además, el rictus se le dobla y parece totalmente herida por lo que acaba de suceder. Esto es lo que peor llevo de mi trabajo, tener que llamar la atención a la gente que trabaja conmigo.

La echo de menos. Sé que ella no está en el trabajo por mi estupidez y no saber dirigirla, pero es complicado. Hasta me he sorprendido a mí mismo en la sala del café esperando a verla aparecer riendo como un torbellino. Recibo un correo electrónico del jefe de mi jefe. Vaya, parece que tiene buenos contactos y me piden que suba a la octava planta. Bajo la más estricta confidencialidad me explican que Amelia colabora con diferentes proyectos en “campo” y por eso en ocasiones puede ausentarse. Sienten no haberme puesto al corriente de todo ello junto con toda la palabrería de lo excepcional que es y lo valiosa que es para esas colaboraciones. Cuando bajo por las escaleras quiero que la tierra se abra y me trague, qué estúpido he sido. La

han expedientado por actuar como marca el protocolo y no hablar de lo que no puede hablar. Busco el número de su teléfono móvil e intento contactar con ella. La llamo en tres ocasiones sin obtener ninguna respuesta. No puedo sentirme peor y más después de darme cuenta de que ha estado trabajando desde casa ayudando a Daina sin que nadie se lo pidiera, simplemente por ayudarla. Nunca confesaré como he conseguido su dirección, pero me siento tan mal que debo ir a pedirle disculpas ya que no me contesta al teléfono. Cae una terrible nevada y hay un terrible atasco, pero no me importa. Vive a las afueras de la ciudad y no tardo en encontrar su casa. Respiro profundamente y toco al timbre. No contesta nadie, puede que no esté allí, puede que esté con Martínez. Toco otra vez y desde dentro escucho un fuerte grito avisando de que ha oído el timbre. Estoy nervioso, durante estos días he pensado en tropezarme de nuevo con ella, pero no sé qué le voy a decir. Puede que le diga la verdad, que soy idiota y que metí la pata. Que la echo de menos y que adoro ver su sonrisa por los pasillos y reír con la chiflada de su amiga la cantarina. Abre la puerta y un fuerte dolor atraviesa mi corazón. Está llorando. Amelia está llorando y cierra la puerta de nuevo. Insisto, pero no da su brazo a torcer. Parece que su vecina se lo está pasando en grande viendo como suplico bajo la nieve y cuando se lo digo, surte efecto. No hay nada como una vecina cotilla para que alguien te abra la puerta. Definitivamente ha estado llorando. Aunque lo niegue, lleva los ojos llorosos y la nariz enrojecida. Bajo esa especie de chaqueta que lleva al revés, se aprecia un gracioso pijama de nubes rosas que me hacen sonreír. Me hace pasar al salón, donde tiene la televisión con dibujos animados de fondo y un montón de pañuelos de papel arrugados cerca del ordenador portátil. Odio cuando me trata de usted, es como si pusiera una enorme barrera entre los dos, pero cuando le pido disculpas, no se lo espera y poco a poco consigo que vaya aflojando esa increíble coraza que lleva puesta. Me duele tanto saber que ha estado llorando que no hay ninguna cosa en estos momentos que quiera más que no sea hacerla feliz. Es tan asombrosa y se pone tan nerviosa cuando algo no lo controla que me provoca una inmensa ternura. Está tan bella que hasta con pijama y *batanoseque* esa que lleva, está preciosa. Veo que empieza a dudar y aprovecho mi oportunidad. Me habla y yo solo miro sus labios, su sonrisa. Como desearía poder besarla y abrazarla contra mi cuerpo, creo que me va a volver loco. A riesgo de que me abofetee me acerco a ella y la beso. Todo mi cuerpo tiembla y siento como una especie de unión que se produce entre nuestros corazones sacudiéndonos. Paso la mejor noche de amor que he

pasado en mi vida, porque creo que esto es amor del que nunca había sentido y lo estaba sintiendo con ella. Es tan especial que dudo que pueda separarme de ella después de este increíble fin de semana. Como bien dice ella, es mágico, pero dicho por mí, queda demasiado cursi.

No me deja que esté a menos de tres metros de ella, sin embargo, Amelia y Martínez siempre están juntos. Puede parecer una chiquillada, pero le estoy cogiendo hasta manía a ese tipo y ella se niega a que alguien sepa que estamos empezando una relación. Una de las noches que continúo en el trabajo antes de ir a cenar con Amelia, recibo una llamada. No puedo dejar de sonreír cuando veo su nombre en la pantalla, pero cuando descuelgo su voz parece preocupada. La acaban de detener junto a la atolondrada de su amiga por intento de robo. Cuando me lo cuenta y cuelga, no puedo más que negar con la cabeza. A saber, qué narices estarían haciendo. Hablo con el policía encargado del caso y sin mucho trabajo quedan libres. Además se ha comprobado que la bicicleta es de Amelia. Dos de los policías no pueden evitar sonreír cuando cuentan la escena de las dos cargadas con una ganzúa enorme. Durante unos instantes las pongo en un aprieto, pero no puedo evitar ablandarme cuando veo lo mal que lo está pasando Rachel. Estará medio tarada, pero se hace querer. Además, tiene buen gusto y se ha comprado el árbol más bonito y por qué no decirlo, más grande del puesto. Lo que no llego a entender es, en qué cabeza cabe que esas dos enclenques hubieran pensado en llevar ellas solas ese árbol.

Me fastidia que continúe rehuyendo de mí cuando estamos en algún sitio público. Me siento como un delincuente que nadie puede ver así que la invito a mi casa. Ya no hay cajas por medio desde hace días, y así estaremos más tranquilos. No sé por qué tarda tanto en la ducha y decido subir a ver qué pasa antes de que la cena se enfríe. Toco a la puerta y creo que no me escucha. Finalmente, abro la puerta y allí está ella todavía disfrutando de una larga ducha con una tremenda sonrisa que desaparece en el momento en el que mi mirada recorre su cuerpo desnudo. Amelia se tensa y se cubre una vasta cicatriz que tiene. Su rostro ha perdido todo el color y temo que en cualquier momento deje de respirar. No lo entiendo, ya la he visto sin ropa y aunque noté que intentaba que no me acercara a esa parte de su cuerpo, ya la había visto. No de forma tan directa, pero ella parece que se avergüence de tal manera que la paraliza. No quiero presionarla y supongo que algún día me contará cómo se la hizo, ya que no parece una simple cicatriz. Quiero que

olvide el mal trago que acaba de pasar, así que recordando cómo se entusiasmó cuando vimos las estrellas juntos, salimos al jardín y allí están, brillando y haciendo que vuelva a sonreír.

Los días pasan y siento que una parte de Amelia está totalmente aferrada a la mía, pero otra es todo un misterio de la que no sé nada. Cuando está fuera me he obsesionado por mirar las noticias. Mi preocupación va en aumento cuando un día regresa con unos terribles síntomas de estrés, pero insiste en que no ha sucedido nada y que está bien. Espero que las jornadas de convivencia del fin de semana le vengán bien para dejar eso atrás. Es a la primera que selecciono. Me importa tres narices la cara de odio de Martínez cuando es a Amelia a la primera que elijo para mi equipo, aunque ello me obligue llevarme a Rachel. Bueno, a mí me gusta llamarla Rachel Elisabeth Walker para hacerla rabiar, que es como aquel primer día se me presentó. Literalmente está como una puta cabra y a la primera de cambio me elimina siendo del mismo equipo. Finalmente ganan, aunque he de reconocer que es porque Martínez no ha querido derrotar a Amelia. Parece tan feliz levantando las manos en señal de victoria que no puedo evitar sonreír.

Poco a poco se ha ido trasladando a mi casa, aunque no sé qué es lo que realmente le sucede en las misiones que está teniendo, pero su nivel de estrés cada día va en aumento. Con cambios de humor y pesadillas casi cada noche. A pesar de ello y cuando estamos separados por cuestiones de trabajo, descubrimos cómo sentirnos más cerca el uno del otro simplemente mirando al cielo.

Uno de los días que bajo a entrenar al gimnasio con Evans, me tropiezo con Martínez en el cuadrilátero. La fortuna o la fatalidad hacen que nos crucemos en el sorteo para una pelea y los dos entramos a muerte. El muy cabrón está mucho más en forma que yo, pero aguanto como puedo. Yo también le pego varios buenos golpes y nos lo tomamos tan a pecho que finalmente tienen que parar el combate. Cuando me lo quitan de encima siento su gran antipatía y deja claro el principal escollo entre los dos.

—Como se te ocurra hacer daño a Amelia te parto la cara —me avisa cabreado —Espero que te quede claro.

—Me ha quedado claro —contesto desde el suelo. Aunque me da la mano y me ayuda a levantarme.

Se me paraliza el corazón el día que veo un atentado en las noticias de la mañana. Siento que están metidos en algo serio e intento informarme de todo lo que puedo. En la octava planta hay demasiado movimiento para no unir cabos, y, aunque pronto corre el rumor de que no están detrás de ese asunto, cuando veo a Amelia después de su regreso sé que es mentira. Lleva cortes por todo el cuerpo y un hombro en cabestrillo. Siento que cada día se va alejando más de mí, está muy inquieta y las pesadillas no cesan. Lleva días comiendo fatal y las enormes ojeras que han aparecido en su rostro me preocupan. Tiene tanto trabajo que ya nunca tiene tiempo para que estemos juntos y paulatinamente se va alejando de mí sin yo poder evitarlo. Ya no sé qué puedo hacer para que se calme e intente descansar, ya que está afectándole en el trabajo. Intento hablar con ella después de una reunión y sin verlo venir se derrumba por completo. Jamás he visto a una persona sufrir tanto. La veo allí tirada en el suelo llorando desconsoladamente y con las manos apretando las sienes. Intento acercarme a ella, pero no me deja acercarme. Es como si su llanto la estuviera rompiendo por dentro sin poder evitarlo y esas roturas le fueran destrozando poco a poco el alma. Pido a Daina que avise a Martínez de inmediato y que llame a Walker que está en la planta principal. Martínez entra dándome un empujón en el pecho. Si no fuera por el terror de los ojos de Amelia le habría partido su puta cara, ya me tiene hasta las narices. No sé de qué hablan, pero su atropellada información me deja claro de que han tenido una relación y el dolor que está sintiendo Amelia. No deja de llorar con una desesperación aterradora hasta que llega Walker y nos echa de allí. Esperamos unos instantes en los que Martínez y yo nos miramos odiándonos. En el fondo, ninguno de los dos hemos podido evitar que Amelia haya caído a este pozo de desesperación.

Amelia no solo me deja a mí, casi abandona su vida por completo y se marcha. Al principio sé dónde está ya que James me cuenta que Rachel está con las chicas en París. No dejo de pensar en ella y me culpo al pensar en cómo no me di cuenta de lo que estaba sucediendo y pararlo a tiempo por mucho que ella insistiera en que se encontraba bien. Intento refugiarme en el trabajo. Al principio no quiero ni volver a casa, pero descubro que su almohada todavía está impregnada de su perfume. Voy por el trabajo y por la vida en una mezcla de alma que lleva el diablo y en pena. Discuto con Martínez en varias ocasiones hasta que de repente un día desaparece. Odio no saber dónde está uno y dónde está Amelia. Extraoficialmente me he enterado

que está en España con su familia, así que la he llamado y le he mandado algún mensaje. He visto que los ha leído, pero no he tenido ninguna contestación, espero que este bien. Ojalá se encuentre mejor, solo quiero eso, no volver a verla con ese terror y ese miedo que había en sus ojos.

Uno de los días que estoy sentado en el jardín mirando al cielo, miro el WhatsApp y veo que me está escribiendo. Me siento de golpe en la tumbona. Espero, y cuando veo que no llega nada, vuelvo a mirar y veo que está mandando un audio. Pero finalmente no llega nada, es de lo más frustrante.

Para mi sorpresa, un día Evans en el gimnasio me dice que Amelia ha estado allí. Yo intento disimular, pero mi corazón ya no bombea tan pausado. ¿Ha vuelto y no me ha dicho nada? ¿Tan mal lo he hecho? Además, puede que ya no quiera nada conmigo, pero al menos soy su jefe y debería ser el primero en saber que está de regreso. Pienso en llamarla, pero cejo en mi empeño, aunque creo que solo lo hago durante diez minutos. Casi no puedo respirar y finalmente vuelvo a escuchar su voz. Creo que me quedo unos instantes en blanco, pero consigo finalmente hablar. Suelto el aire e intento que no se percate de que estoy nervioso, pero se cierra en banda y casi no habla conmigo. Meto tanto la pata que después de tantas semanas se me escapa un cariño. Definitivamente debe pensar que soy idiota y me cuelga. Al día siguiente tenemos una cena como despedida para James Ward quien insiste en que vayamos a la playa. Yo me altero pensando que es casi seguro que Amelia esté con Walker, así que no me opongo. Entramos en el local y allí está ella. Está preciosa, aunque parece que haya perdido algo de peso. No puedo dejar de mirarla y siento como si mi alma se uniera a la suya. No puedo evitar sonreír al volver a verla y le guiño un ojo. Es como si estuviéramos hablando sin palabras, en silencio, solo con nuestras miradas. De repente, aparece alguien en el que no había pensado. Martínez, siempre Martínez. Es deprimente, así que rápidamente me despido y me marcho a casa.

Su primer día de trabajo me esquivo y no puedo hablar con ella y el segundo, para mi sorpresa, me la encuentro tirada totalmente girada y con un corte en la pierna en la entrada de seguridad de la planta. ¿Qué narices está haciendo allí tirada? Solo a ella se le puede ocurrir intentar burlar la seguridad. Al principio temo soltar una carcajada, pero cuando veo su gesto de dolor me asusto. Vuelve a marcharse de misión y yo me entero porque por



correo interno recibo un sobre y una nota suya.

*“Gracias por el pañuelo, siento que te marcharas el sábado, me hubiera encantado hablar contigo”*

Veo a Martínez con un café a la mañana siguiente correr hacia la octava planta, eso hace que ponga las noticias. No hay duda de que es ella. Maldita sea, espero que esté bien, aunque nadie me diga nada. A su vuelta no puedo evitar enfrentarme a todo y hablar con ella. Espero no fastidiar más la situación y, sin darme cuenta y sin pensarlo le digo lo que siento. No guardo ni orden ni forma en las palabras, no tengo nada preparado, pero le digo que cuando la vi en las noticias mi mundo se paralizó y eso creo que la hace reflexionar.

Paseamos y sin darnos cuenta estamos en mi casa. El camino ha sido largo, pero allí estamos, ambos nerviosos, y creo que sin saber cómo dar el primer paso de nuevo. Amelia me besa, la beso, la subo a mis brazos y volvemos a golpearnos con el mueble de la entrada. Nota mental, quitar ese puñetero mueble con el que tropezamos. Estar con ella vuelve a ser mágico. Dicen que las segundas partes nunca son buenas, pero creo que con nosotros se equivocan.

Sin esperarlo, un día la noto diferente. No sé qué está sucediendo y eso me provoca inquietud. Llego a casa y la veo allí sentada. Dice que no sucede nada, pero sus ojos no brillan como siempre. De repente me devuelve su llavero favorito con las llaves de mi casa y la miro intranquilo sin saber qué significa aquello. Amelia empieza a hablar, pero antes de ello ya siento la tristeza en sus ojos, en su alma y no puedo más que quererla abrazar contra mi cuerpo y decirle que no está sola. Sus ojos no dejan de llorar y su pecho sube y baja angustiado por el relato. Creo que en cualquier momento va a hiperventilar y perder el control con un nuevo ataque de ansiedad, pero se mantiene firme. No puedo creer lo que me está contando. Aunque sí que escuche rumores, jamás sospeché que fuera algo tan crudo y espantoso. Ahora entiendo sus horribles pesadillas cuando empezó de nuevo a viajar por misiones. No puede controlar el llanto por el dolor que siente al revivir todo lo que allí vivió. En estos momentos me importan tres narices que no quiera que me acerque. No puedo dejarla sola y aunque intenta zafarse de mí, la agarro por las muñecas y la abrazo. Es lo más espantoso que he escuchado en el trabajo y por desgracia lo ha vivido la persona que más amo en este

mundo. Finalmente se calma y la llevo a la cama. Se duerme entre mis brazos mientras yo no consigo conciliar el sueño en toda la noche, asegurándome que está bien. No quiero que vuelva a sufrir de esa manera ni de ninguna manera nunca más.

Después de compartir conmigo algo tan traumático no sé cómo reaccionará, pero conseguimos salir adelante y cada vez nuestra relación es más sólida. Ya no me obliga a que me separe unos metros de ella cuando vamos juntos, incluso he conseguido que en ocasiones me dé la mano e incluso me abrace. No puedo ser más feliz.

Mientras está en uno de sus viajes me llaman de la central y me ofrecen el puesto que siempre había soñado en Nueva York. El problema es que en estos momentos no sé si es realmente lo que quiero. Lo único que sé, es que quiero estar con Amelia y me da igual en que parte del mundo sea. En secreto hablo con Walker.

—Horwood, ¿qué es eso tan urgente que tienes que hacer que me necesitas? —dice con una mueca divertida.

—Rachel Elisabeth Walker, gracias por venir —le contesto intentando parecer serio y no reír.

Le cuento mis planes y de repente pega un sonoro grito que creo que lo escuchan hasta en el Congo. Cualquiera diría que se lo voy a proponer a ella. Si es posible se vuelve más loca que de costumbre, pero cuando entramos a la joyería en Ámsterdam empieza a mirar detenidamente. Miedo me da su mirada por los mostradores.

—¿De qué presupuesto estamos hablando? —pregunta entrecerrando los ojos.

—No hay presupuesto, tú ayúdame a elegir uno que pueda enamorarla —digo temiendo que busque algo que más bien le guste a ella y no a Amelia, pero es un riesgo que debo de asumir.

—Nunca un anillo podrá igualar lo enamorada que está de ti, Horwood. Debes de quererla mucho si me das a mi carta blanca para ayudarte. Eso es que en el fondo eres bueno —sentencia con una mueca y para mi sorpresa empieza a tararear.

*...Elle vit de son mieux son rêve d'opaline  
Elle danse au milieu des forêts qu'elle dessine, je l'aime à mourir  
Elle porte des rubans qu'elle laisse s'envoler  
Elle me chante souvent que j'ai tort d'essayer de les retenir  
De les retenir, je l'aime à mourir*

*Pour monter dans sa grotte cachée sous les toits  
Je dois clouer des notes à mes sabots de bois, je l'aime à mourir  
Je dois juste m'asseoir, je ne dois pas parler  
Je ne dois rien vouloir, je dois juste essayer de lui appartenir  
De lui appartenir, je l'aime à mourir*

*Elle a dû faire toutes les guerres  
Pour être si forte aujourd'hui  
Elle a dû faire toutes les guerres  
De la vie  
Et l'amour aussi*

*Moi je n'étais rien et voilà qu'aujourd'hui  
Je suis le gardien du sommeil de ses nuits, je l'aime à mourir  
Vous pouvez détruire tout ce qu'il vous plaira  
Elle n'aura qu'à ouvrir l'espace de ses bras pour tout reconstruire  
Pour tout reconstruire, je l'aime à mourir*

...♪ ♪ ♪

—¡Este! —exclama de repente —Este es perfecto. Es un anillo de compromiso precioso con la piedra central y dos piedras en forma de pera los laterales. ¿Sabías que se puso de moda en el siglo XVIII ya que decían que representaban las lágrimas de la felicidad? Y ese es el siglo de María Antonieta, Jane Austen... Es perfecto para Amelia, ella adora ese siglo por extraño que parezca y siempre habla de esas cosas raras. Siempre que a ti te guste, claro. Tú eres el que paga.

Me acerco a observarlo y efectivamente cuando lo sacan del expositor, es perfecto para Amelia y no puedo evitar sonreír. Es un anillo con una especie de historia detrás y estoy convencido de que le va a gustar. El dependiente

nos ofrece ponerle pequeños diamantes a su alrededor, pero creo que así tal como está es mucho más elegante y Rachel está totalmente de acuerdo conmigo. Adquiero el anillo más bonito que haya visto nunca y lo graban al instante. Salimos de allí y es como si el anillo fuera a recibirlo Rachel de lo feliz y orgullosa que va caminando a mi lado. Al final, por muy loca que esté, no puedo evitar tenerle un enorme cariño.

Espero a Amelia en el jardín mientras miro al cielo, puede que soñando como quiero que sea nuestra vida a partir de este momento y cuando ella llega es como si inundara de felicidad mi vida, incluso con sus manías y sus rarezas. Tengo el anillo escondido bajo la tumbona para entregárselo, pero finalmente creo que no es el momento y aunque se lo pido, ella no contesta.

Nos avisan de que uno de los equipos de la octava planta ha caído. Amelia no puede ocultar su miedo porque le haya pasado algo grave a alguno de sus compañeros del equipo. Por primera vez me permiten conocer qué está sucediendo e intentamos encontrar una vía diplomática para resolverlo, aunque no rechazamos una intervención incluso temiendo provocar un incidente internacional. Antes de que me dé cuenta y sin ninguna autorización, Amelia sale hacia Somalia. Han ejecutado a uno de los rehenes y no cree que el resto vayan a sobrevivir, entre ellos Martínez. No estoy de acuerdo con los procedimientos que siguen y se lo hago saber, pero me ignoran completamente llegando hasta los rehenes antes de que se apruebe un apoyo aéreo. Ese día no solo ellos se saltan los protocolos y normas, los teléfonos no dejan de sonar y todos tiramos de influencias y amigos para conseguir nuestro propósito, que es sacarlos de allí. Finalmente, conseguimos que fuerzas aliadas destacadas en Yemen y alrededores cedan a las presiones y obtenemos apoyo aéreo. Es casi imposible que salgan de allí con vida. Amelia jamás se ha despedido de nadie, pero esta vez se está despidiendo de mí sin que sepa que la estoy escuchando. Siento una enorme tristeza por sus palabras, es como si sintiera que se despide y que no volveré a verla. Por otro lado, es la primera vez que reconoce abiertamente que me quiere. Contengo el aliento cuando el edificio donde se encuentran recibe el impacto. Hemos modificado la trayectoria para que el impacto se produzca en uno de los laterales y tengan alguna posibilidad. Hasta que no volvemos a contactar con ella, creo que retengo el aire en mis pulmones que se oponen a respirar hasta escuchar su voz. La evacuación no sale del todo correctamente. Han llegado fuerzas rebeldes que descargan su rabia al aire contra Martínez y Amelia. Los

sacan como pueden y en el helicóptero se dan cuenta de que él no respira. Ha sido alcanzado varias veces. Todos en la central con angustia vemos lo que está sucediendo a través de las cámaras que llevan en los cascos. Se me parte el alma al ver el sufrimiento de Amelia y sus gritos desgarradores sujetándole la mano. Todos vimos como Xavier protegía a Amelia en todo momento con su cuerpo.

Jamás pensé que superaría aquello, pero con el tiempo lo hizo. Un día finalmente me armé de valor e hincué mi rodilla y le pedí formalmente que se casara conmigo. Después de todo, ella dijo en aquel mensaje cuando estaban atrapados que lo haría. La boda la celebramos casi un año después en el pequeño pueblo de Étretat donde vive la abuela y parte de la familia de Gabrielle. Es una pequeña iglesia en lo alto de un acantilado. Cuando la vio por primera vez supe que se querría casar allí y así lo hicimos. Lo que más le preocupaba a Amelia era que no hubiera mucha gente y no tener que ser el centro de atención. Así que, aparte de la familia, son pocos los amigos a los que invitamos, y al final es una celebración bastante más íntima de cómo podría haber sido o cómo nuestras familias hubieran querido que fuera.

Cuando empieza a sonar el Canon en D mayor de Pachelbel me giro junto a todos los asistentes y allí está el amor de mi vida, más radiante y guapa que nunca con una enorme sonrisa. Lleva el pelo recogido con mechass sueltas y el vestido de tirantes más bonito que jamás imaginé. Su mayor temor era ponerse nerviosa y huir de allí como alma que lleva el diablo, pero su sonrisa y su mirada me indican que es allí donde quiere estar en esos momentos y que es feliz. Siento que está nerviosa. En dos ocasiones le doy la mano y no puede evitar sonreír hasta que llega la hora de leer nuestros votos. Amelia saca una hoja de papel y con las manos temblando recita.

*“Yo, sí quiero.*

*Quiero casarme contigo y pasar el resto de mi vida contigo, porque ya no sé disfrutar de la vida sin ti.*

*Quiero que nos sigamos mirando a los ojos como el primer día, que no pueda evitar sonreír cuando te veo y que no dejemos de reír juntos.*

*Quiero casarme contigo, porque quiero amar la vida contigo.*

*Quiero porque desde que te conocí empecé de nuevo a vivir y si no es*

*contigo me siento perdida.*

*Sí, quiero casarme contigo porque haces que mi caos se vuelva orden contigo.*

*Sí, quiero hoy y querré siempre amarte cada instante de mi vida.*

*Sí, quiero casarme contigo Aiden”*

No puedo evitar sonreír cuando la escucho tan nerviosa leer sintiendo cada palabra que sale de su boca. Llega mi turno y la veo expectante.

*“Yo también quiero.*

*Quiero casarme contigo, despertarme a tu lado cada día, a pesar de tus gruñidos.*

*Sí, quiero abrazarte y sentir tu piel pegada a la mía.*

*Sí, quiero que me enseñes a vivir la vida contigo con tus ñoñerías y manías.*

*Sí, quiero pasar los buenos y malos momentos contigo.*

*Sí, quiero hablar, reír y llorar contigo. Que me des palizas al Scrabble y no dejes de reír con tus palabras inventadas.*

*Sí, quiero, porque adoro verte correr acelerada por casa cuando tienes frío.*

*Sí, quiero porque adoro cada partícula de ti, Amelia, me encanta la forma que tienes de retarme, como nadie lo hace.*

*Sí, quiero porque me enamora la forma en la que me miras, como jamás nadie lo ha hecho.*

*Sí, quiero porque venero la forma tan especial en la que me amas, como nadie lo hace.*

*Sí, quiero porque ya no puedo imaginar pasar mi vida sin ti además de que sería realmente aburrida.*

*Definitivamente, sí quiero casarme contigo, Amelia”*

Cuando termina la ceremonia no puedo dejar de sonreír y apartar mis labios de los suyos. Hoy verdaderamente soy feliz.

Acepto el puesto en Nueva York y nos despedimos de la ciudad que tanto me ha dado. Los últimos días Amelia insiste en recorrerla sola con su bicicleta y la veo con lágrimas en los ojos en varias ocasiones.

—¿Me construirás una claraboya en el nuevo cuarto de baño para poder seguir mirando al cielo? —dice con lágrimas en los ojos la última noche mientras nos damos un baño juntos.

—Te construiré todas las que tú quieras —contesto abrazándola.

Ella no lo sabe, pero es algo que mandé construir en el momento que decidimos la casa que nos quedaríamos. Sé que en una gran ciudad no podremos verlas como aquí, pero no puedo privarla de nada de lo que me pide. Después de todo, ella deja la ciudad que tanto adora por mi trabajo y, a pesar de que después de la boda ha decidido tomarse un tiempo de descanso, sé que le han propuesto un nuevo puesto en Nueva York.

Tras un año establecidos en la gran ciudad de Nueva York, creo que ambos nos hemos aclimatado bien. En varias ocasiones Rachel ha venido a visitarnos. No puedo evitar sonreír cuando llega a la ciudad arrasando con todo y nos saca de la rutina. Es feliz con James y adora su nueva vida trabajando con él.

Se presenta una semana complicada de conferencias en el trabajo y eso me inquieta porque sé las muchas horas que estaré fuera de casa, pero esa misma mañana Amelia me da un beso y me dice que estará bien. Las horas se hacen eternas y los silencios absolutos. He dejado el teléfono móvil en modo vibración y mi asistente está avisado por si sucediera alguna urgencia. Cuando siento que mi bolsillo vibra casi me levanto de un pequeño salto. Salgo con paso acelerado hacia uno de los pasillos.

—Horwood —contesto apresurado.

—Horwood, mueve tu culo hacia aquí que tu mujercita está de parto —

escucho al otro lado de la línea.

—Joder, no seas borde y le hables así. Dame el puto teléfono a mi..., ooooh, espera, espera —escucho al otro lado de la línea a Amelia intentando respirar, supongo que con una contracción.

—Cariño, respira. ¿Se puede saber dónde estáis con tanto ruido? —pregunto inquieto —Respira Amelia, respira. Piensa que estoy contigo

—Déjate de conferencias de paz que al final me vas a dejar sin trabajo —escucho de fondo a Martínez de nuevo.

—Deja de decir tonterías —escucho a Amelia discutir con Martínez —Él no sabía que me pondría de parto. Además, eres tú el que tiene que empezar a pensar en cambiar de trabajo, joder... ooooo, uuuuu, ¿ves? Me provocas contracciones.

Los dos empiezan a discutir en castellano olvidándose de mí que permanezco esperando a que terminen al otro lado de la línea. Lo peor de todo es que no me entero de lo que están hablando. Cuando empiezan así no hay quien los aguante, Amelia lo trata como si fuera una madre cascarrabias si no hace lo que ella quiere y Xavier parece un hermano mayor protector que no la deja hacer nada. Siguen y siguen discutiendo sin hacerme caso hasta que decido dar un fuerte silbido al teléfono y es entonces cuando se callan los dos y recuerdan que sigo en línea.

—Horwood, me llevo a la gruñona de tu mujercita al hospital. Date prisa que yo de estas cosas no entiendo y se está poniendo de muy mal humor —dice Martínez en un gruñido tras escuchar una especie de manotazo.

—Cariño no hagas caso al idiota éste, pero por favor, ven pronto. Creo que este bebé no quiere esperar más y se empeña en salir ya —escucho a Amelia de fondo —Yo no puedo hacerlo sola.

—Cariño, ya voy para el hospital. No te preocupes —digo saliendo por la seguridad y subiendo a un taxi.

Antes de colgar creo que han empezado una nueva discusión. Me desespero en los atascos. Estoy nervioso por llegar a su lado, pero a la vez sé que está en buenas manos. Recibo una llamada con vídeo justo en el



momento que llegan al hospital.

—Hola cariño, ya estamos en el hospital. Por favor ven antes de que me cargue a este idiota haciéndome vídeos cada vez que tengo una contracción —dice Amelia con cara de dolor, aunque me regala una sonrisa.

—Cariño, estoy a menos de diez minutos. Enseguida estoy allí —digo inquieto mientras veo que sientan a Amelia en una silla de ruedas.

Cuando llego a la puerta del hospital salto casi del taxi en marcha y corro hacia la recepción donde me indican que puedo encontrar a mi mujer. Cuando entro me encuentro a Amelia y a Martínez, respirando y resoplado juntos. No sé cuál de los dos lo está pasando peor, pero Martínez, con cara horrorizada, le sujeta la mano mientras Amelia se retuerce de dolor.

—Cariño, ya estoy aquí —digo entrando y poniéndome en el lugar que ocupaba Martínez que se aparta cediéndome la mano de Amelia.

—Yo os dejo solos, que esto es cosa de dos —dice saliendo por la puerta.

—Cariño, respira —digo intentando tranquilizarla.

Son las cuatro de la tarde cuando nace nuestra primera hija y cuando salgo a avisar a Martínez, que espera fuera, me lo encuentro comiendo en una silla todo tipo de comida basura de la máquina expendedora.

—¿Todo bien? —pregunta poniéndose de pie nervioso cuando me ve salir.

—Todo bien, tranquilo. ¿Quieres pasar a verlas? —le pregunto más tranquilo.

—¿Ya puedo? —pregunta Martínez atónito.

—Sí, claro —digo, y le hago un gesto con la cabeza mientras se acerca con cierta timidez —Martínez, gracias por cuidar de ella.

—De nada —contesta extendiendo su mano para estrechármela — Enhorabuena, Horwood.

Entro con él y lo veo mirar a Amelia casi con admiración. Tiene al bebé

en brazos y me lo da para recibir el abrazo de Martínez quien le da la enhorabuena. Amelia me hace una señal y le acerco al bebé para que lo coja. Es sorprendentemente pequeño en nuestras manos.

—Martínez, Amelia y yo queríamos hablar contigo —empiezo sorprendiéndole.

—¿Pasa algo? —pregunta acunando al bebé entre sus brazos.

—Amelia y yo hemos estado hablando y hemos decidido que para nosotros sería un honor que fueras el padrino de Alessa —le propongo mientras le doy la mano a Amelia que me mira con una sonrisa de orgullo.

—¿Yo? ¿Estáis seguros? —pregunta Martínez tímido mirando la carita del bebé y le pregunta con ternura —¿Tú quieres que sea tu padrino? Quieres, ¿verdad? Para mí sería un honor ser tu padrino, enana.

Le doy un beso a Amelia y salgo de la habitación. Tengo que hacer llamadas de trabajo y así ellos podrán hablar tranquilamente. Mi relación con Martínez mejoró bastante cuando regresaron de Somalia y permaneció bastante tiempo hospitalizado. Amelia no quería moverse de su lado. Decía que se lo debía y cuando yo iba a estar con ella, también lo hacía con él. Un día Amelia me empezó a contar anécdotas que les habían sucedido juntos y al final fui cogiéndole cariño. Después de su estancia en el hospital tuvo que hacer rehabilitación y allí siempre estaba Amelia. En ese tiempo creo que conocí al verdadero hombre que es e incluso lo envidié por tener todas esas vivencias con Amelia. Martínez también se dio cuenta del amor que nos procesábamos Amelia y yo, y, aunque le costara al principio y no fuéramos los mejores amigos, pudimos estar en una habitación sin amenazarnos el uno al otro o partirnos la cara.

Escucho pasos acelerados a mi espalda por el pasillo y al girarme veo a Rachel Elisabeth Walker correr hacia donde me encuentro cargada con bolsas, unos globos rosas y una enorme sonrisa.

—Horwood, sujétame esto —dice tajante descargando todos sus bártulos en mis manos y entrando emocionada a la habitación después de tocar a la puerta.

Veo que le quita a Alessa de las manos de Martínez y empieza a

susurrarle cosas cariñosas. Tras ella aparece James, que me da la enhorabuena y se espera conmigo, cuando de repente los vemos que llaman a Gabrielle y a Bruno por vídeo llamada para comunicarles el nacimiento de Alessa. Hablan y ríen durante unos minutos. La amistad de los cinco ha perdurado durante estos años y ha superado las distancias. Se les ve felices alrededor de Alessa y espero que algún día ella también, como su nombre indica, sea una fiel defensora y protectora de la paz y la humanidad.

## AGRADECIMIENTOS



Quiero agradecer el apoyo incondicional de mi familia y amigos los cuales soportan mis histerias, mis prisas, mis sueños, mis locuras y mi necesidad de soledad para poder escribir mis historias. Sin ellos abandonaría la cordura o tal vez puede que sea la locura... Oh, mira una mariposa... ;)

Intentaré no dejarme a nadie, aunque los que estáis, sabéis de sobra quienes sois y sois muchos más de los que yo pueda nombrar aquí.

Quiero agradecer con especial cariño a Merce, por ser la mejor editora. Por su paciencia y ayudarme a mejorar a cada momento. Sabes que esto no sería posible sin ti y te lo agradeceré eternamente.

A Rachel, ¿qué escribirte a ti?, si no lo vas a entender... luego te lo traduzco :))... te quiero mucho, urraca hermana. Gracias por demostrar siempre que la vida puede ser muy divertida.

A Carmen, ¿qué decirte que no sepas? Gracias por ayudarme a que mis personajes y yo misma podamos volar más alto. Por estar siempre. No puedo expresar en unas simples líneas lo que siento... luego te mando un audio ;)) Es un verdadero honor, aprender, volar y babear contigo.

A Ana y a María Dolores por ayudarme siempre, por estar ahí y descalabrar la historia frente a una Coca-Cola Light. Por ser las más rápidas cuando os lo pido y enamoraros de los personajes como yo misma hago.

A Joselyn, por creer siempre en mí y a pesar de la distancia sentir y saber que mi twin siempre está ahí.

A Begoña, por la mezcla de sensatez y locura que siempre me das. Porque siempre puedo contar contigo y por permitirme tener el mejor y más adorable compañero de pelis que pueda existir. Gracias por ser parte de mi

historia.

Agradecer enormemente a todos los que ni puedo ni debo mencionar, ellos que trabajan incansablemente y arriesgan sus propias vidas para que podamos vivir en un mundo mucho más bonito y con muchos menos problemas.

A todas y cada una de las personas que permiten que los personajes vivan sus historias y les cogen tanto cariño como lo hago yo cuando escribo. Esas personas que me escriben por las diferentes redes sociales, que reseñan o valoran las historias en las diferentes plataformas, comentan, comparten y emplean ratitos de sus vidas para hablar de las historias y sus personajes en nuestro pequeño rinconcito de Facebook. ¡GRACIAS!, gracias por el enorme cariño que siempre me dais.

Y llegados a este punto, solo desear que Amelia, Xavier, Aiden y Rachel os hayan hecho pasar unos bonitos ratos de lectura.

Un abrazo enorme,

Carol

Para saber más en:

*Página de Facebook: C.G. De La Cruz*

*Grupo de Facebook: Las Lectoras de C.G. De La Cruz*

*Twitter: @C\_G\_DeLaCruz*

*Encuentra la lista de canciones de esta novela y otras en:*

*Spotify: C.G. De La Cruz*

## Otras Obras de la Autora

Disponibles en todas las plataformas de Amazon en papel y formato digital.



- [1.](#) Canción de Fergie - *Big Girls Don't Cry*
- [2.](#) Canción de One Republic - *Secrets*
- [3.](#) Canción de Zaz - *Je Veux*
- [4.](#) Canción de Birdy - *Wings*
- [5.](#) Librería situada en La Haya que posee en su interior una oficina de correos y una cafetería.
- [6.](#) Famoso hotel de 5\* situado frente la playa de Scheveningen en un majestuoso edificio histórico.
- [7.](#) Canción de Calum Scott - *You are the reason.*
- [8.](#) Grandes almacenes del centro de la ciudad.
- [9.](#) Canción de Lady Antebellum - *Need you now*
- [10.](#) Canción de Jason Mraz - *I won't give up.*
- [11.](#) Canción de Alicia Keys - *On Fire*
- [12.](#) Atracción de salto desde una cesta anclada a una grúa en el borde del muelle de De Pier en Scheveningen.
- [13.](#) Canción de Ed Sheeran - *Perfect*
- [14.](#) Dialecto también conocido como somalí costero. Se habla en la zona de Benaadir incluyendo Mogadiscio
- [15.](#) Canción de James Arthur - *Say You Won't Let Go*
- [16.](#) Canción de Luis Fonsi y Demi Lovato - *Échame la Culpa*
- [17.](#) Vehículo aéreo no tripulado que se utiliza principalmente, para misiones de reconocimiento con capacidad para incorporarle dos misiles.
- [18.](#) Canción de Francis Cabrel - *Je l'aime à mourir*